

PATRICK deWITT

El submayordomo Minor



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

EL SUBMAYORDOMO MINOR

PATRICK DEWITT



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Undermajordomo Minor

Edición en formato digital: marzo de 2018

© de la traducción, Mauricio Bach, 2018

© Patrick deWitt, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3924-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Gustavo

Es muy doloroso tener que convivir con lo que te atormenta. ¡Y qué callado se muestra el mundo!

ROBERT WALSER

I. LUCY EL MENTIROSO

La madre de Lucien Minor no lloró, no estuvo siquiera a punto de llorar cuando se despidieron. Durante todo ese día, él había sentido un nudo en la garganta y se había movido con suma cautela, como si cualquier gesto brusco pudiese provocar un estallido de sus emociones. Habían desayunado y comido juntos, pero ninguno de los dos había dicho una palabra, y ahora que llegaba el momento de partir, a Lucy le era imposible incorporarse de la cama, sobre la que yacía completamente vestido, con el abrigo, las botas y el gorro de piel de cordero calado hasta las cejas. Tenía diecisiete años y esa había sido su habitación desde el día en que nació; todo lo que podía ver y tocar estaba impregnado de intensos recuerdos infantiles. Cuando oyó a su madre haciéndose ininteligibles preguntas a sí misma en voz alta desde la cocina de la planta baja, estuvo a punto de dejarse dominar por la aflicción. A su lado, en el suelo, tenía la maleta preparada.

Se incorporó, se levantó y golpeó en el suelo con el pie tres veces: *¡Pum, pum, pum!* Agarró la maleta por el asa de cuero, bajó, salió por la puerta y llamó a su madre desde el pie de la escalera de acceso a su modesta casa. Ella apareció en la entrada, entrecerrando los ojos ante la luz del exterior y sacudiéndose la harina de los nudillos y las palmas de las manos.

—¿Ya es la hora? —le preguntó. Cuando él asintió, añadió—: Bueno, entonces ven aquí.

Lucy subió cinco peldaños que crujían para llegar hasta ella. Su madre le besó en la mejilla antes de desviar la mirada hacia los prados para observar las nubes de tormenta que se deslizaban detrás de la cordillera montañosa que se alzaba cerca del pueblo. Cuando volvió a mirar a su hijo, lo hizo con una expresión aséptica.

—Buena suerte, Lucy. Espero que te vaya bien con ese barón. ¿Me contarás cómo te va?

—Lo haré.

—Muy bien. Adiós.

La madre volvió a entrar en casa, con la mirada clavada en el suelo mientras cerraba la puerta, una puerta azul. Lucy recordaba el día en que su padre la pintó, diez años atrás. Él estaba sentado a la sombra de un escuálido ciruelo observando el inescrutable funcionamiento de un hormiguero, cuando su padre lo llamó, señalándolo con un pincel cuyas cerdas estaban curvadas en forma de cuerno. «Una puerta azul para un chico triste.»¹ Al pensar en eso y escuchar a su madre entonando una cancioncilla desde el interior de la casa, Lucy sintió que lo invadía la melancolía. Analizó lo absurdo de ese sentimiento, ya que nunca se había sentido particularmente unido a sus padres, o más bien ellos nunca se habían preocupado por él del modo en que a él le hubiera gustado que lo hiciesen, de manera que nunca había tenido la oportunidad de establecer una relación sólida con sus progenitores. Llegó a la conclusión de que se sentía apenado por el hecho de que no hubiera gran cosa por la que sentir pena.

Decidió seguir un rato por ahí, su pasatiempo favorito. Sentado sobre la maleta colocada en vertical, con las piernas cruzadas con elegancia, sacó su nueva pipa del bolsillo del abrigo, manejándola con cuidado, casi como quien sostiene a una chica. Se había comprado la pipa el día anterior y, como nunca antes había utilizado una, puso especial atención mientras la llenaba con un tabaco que desprendía un aroma entre el chocolate y las castañas. Encendió una cerilla y dio unas cuantas caladas. Su cabeza quedó envuelta por un fragante humo, se sintió como un actor en plena representación y pensó que ojalá alguien lo estuviese mirando y pudiera hacer algún comentario sobre la escena. Lucy era larguirucho y pálido, con un aspecto casi enfermizo, y sin embargo también había en él cierta belleza: boca carnosa, largas pestañas, ojos grandes y azules. Para sus adentros, se consideraba atractivo de un modo peculiar pero indiscutible.

Adoptó el porte de quien está sumido en una insondable reflexión, pese a que por su cabeza no pasaba nada en absoluto. Sosteniendo la cazoleta de la pipa con la palma de la mano, hizo girar la boquilla hacia fuera para que le quedase entre los dedos corazón y anular. Y señaló con ella aquí y allá porque eso era lo que hacían los fumadores de pipa en la taberna cuando daban alguna dirección o recordaban el lugar concreto de algún incidente. Buena parte del atractivo que la pipa tenía para Lucy era el modo en que se convertía en una extensión del cuerpo del usuario, un apéndice funcional de su persona. Lucy esperaba poder señalar con su pipa en alguna reunión, lo único que necesitaba era una audiencia para la que señalar y algo a lo que

señalar. Dio otra calada, pero como era un fumador bisoño se mareó y sintió un hormigueo; golpeó la pipa contra la parte inferior de la palma de su mano, la bola de hebras de tabaco del interior de la cazoleta cayó al suelo como un ratón de campo chamuscado y él contempló las difusas espirales de humo que emergían de entre el tabaco aplastado.

Mientras contemplaba su casa, Lucy recapituló acerca de su vida en ella. Había sido en gran medida solitaria, aunque no particularmente infeliz. Seis meses atrás había caído enfermo de neumonía y casi murió en su dormitorio. Recordó el rostro amable del cura del pueblo, el padre Raymond, dándole la extremaunción. El padre de Lucy, un hombre sin Dios, llegó de trabajar en el campo y se encontró al cura en su casa; agarró al buen hombre por el brazo y lo sacó de la habitación sin aspavientos, como quien saca a un gato. El padre Raymond se quedó perplejo al verse tratado de este modo; se encontró con la mano del padre de Lucy agarrándole el bíceps y apenas daba crédito.

—Pero su hijo se está muriendo —protestó el padre Raymond (Lucy lo oyó con claridad).

—¿Y qué tiene eso que ver con usted? Creo que podrá encontrar la salida usted solo. Pórtese bien y cierre la puerta después de salir. —Lucy oyó los titubeantes pasos del cura arrastrando los pies. Después de echar el pestillo, su padre preguntó—: ¿Quién lo ha dejado entrar?

—No me ha parecido que hiciese ningún mal —respondió su madre.

—Pero ¿quién lo ha llamado?

—No lo sé, querido. Se ha presentado en la puerta.

—Ha olfateado la carroña, como un buitres —dijo el padre de Lucy, y soltó una carcajada.

Por la noche, solo en la habitación, Lucy sintió la presencia de la muerte. De un modo muy similar a como uno se estremece entre el sueño y la vigilia, notaba que su espíritu se deslizaba entre los dos mundos, y aquello le resultaba aterrador pero al mismo tiempo delicioso como un cosquilleo. El reloj de la torre dio las dos cuando un hombre al que Lucy no había visto en su vida entró en su habitación. Vestía una suerte de saco informe que parecía de arpillera, llevaba la barba recortada y limpia, de una tonalidad que iba del castaño al negro; su largo cabello estaba peinado con una raya en la sien, como si se lo hubiera arreglado con ayuda de un peine y un poco de agua; iba descalzo y las manchas de barro reseco le subían hasta la tibia. Sorteó la cama de Lucy para sentarse en el balancín que había en una esquina de la habitación. Lucy lo siguió con sus ojos legañosos y entrecerrados. El

desconocido no le daba miedo, pero tampoco se sentía cómodo en su presencia.

Al cabo de un rato, el hombre le dijo:

—Hola, Lucien.

—Hola, señor —murmuró él.

—¿Cómo estás?

—Muriéndome.

El hombre alzó un dedo.

—Eso no te corresponde a ti decirlo.

Y guardó silencio mientras se mecía. Parecía feliz meciéndose, como si no lo hubiera hecho nunca en su vida y le resultase muy grato. Pero de pronto, como afligido por una idea que se le hubiese pasado por la cabeza o por algún recuerdo, dejó de mecerse, apareció en su rostro una expresión sombría y preguntó:

—¿Qué le pides a la vida, Lucy?

—No morirme.

—Aparte de eso. Si sobrevivieses, ¿qué te gustaría que pasase?

A Lucy le costaba pensar, y la pregunta de ese hombre le pareció un acertijo agobiante. Y sin embargo la respuesta llegó y salió de sus labios, como si él no tuviese ningún control sobre ella.

—Que sucediese algo —aseguró.

Al hombre vestido con arpillera la respuesta le pareció interesante.

—¿No eres feliz?

—Me aburro.

Lucy empezó a llorar en cuanto dijo eso, porque le parecía una declaración patética y se sentía avergonzado de sí mismo, de su insignificante vida. Pero estaba demasiado débil para llorar mucho rato, y cuando se le secaron las lágrimas se quedó mirando la oscilante luz de las velas y las sombras que devoraban el ángulo de color blanco en el que la pared se topaba con el techo. Su alma empezaba a desgajarse de su cuerpo cuando el hombre pasó ante él, se arrodilló junto a la cama, acercó la boca a la oreja de Lucy y aspiró aire. Y cuando lo hizo, Lucy sintió que todo el calor de la fiebre y el malestar abandonaban su cuerpo. El hombre se marchó conteniendo el aliento y recorrió el pasillo hasta el dormitorio de los padres de Lucy. Unos instantes después, el padre de Lucy sufrió un ataque de tos.

Al amanecer el color había vuelto al rostro de Lucy, mientras que su

padre estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos alrededor de los párpados. Al anochecer su padre estaba postrado en la cama, mientras que Lucy ya era capaz de dar paseos por su habitación. Cuando salió el sol a la mañana siguiente, Lucy se sentía perfectamente bien, salvo por cierta flojera en las articulaciones y músculos, y su padre yacía muerto en su lecho, con los labios fruncidos en una mueca grotesca y las manos rígidas como garras. Vinieron los empleados de la funeraria para llevarse el cadáver y, mientras lo bajaban por la escalera, uno de ellos resbaló y la cabeza del padre de Lucy golpeó contra el canto de un peldaño. El golpe fue tan violento que le provocó una hendidura triangular en el cráneo en la zona de la frente, pero la herida no sangró, un hecho sorprendente que los de la funeraria comentaron y discutieron en presencia de Lucy. El joven siguió al trío hasta la calle y contempló cómo cargaban en una carreta no precisamente limpia el cuerpo tieso de su padre. La carreta partió y el cadáver se balanceó de un lado a otro como si se moviese por su propio impulso. Un viento incisivo se coló bajo la camisa de dormir de Lucy, y el frío de la escarcha del suelo le subió hasta los tobillos. Moviendo los pies para combatir el frío, esperó la llegada de un sentimiento de culpa o respeto que no llegó, ni ese día ni ningún otro.

Durante los meses siguientes, la actitud de la madre de Lucy hacia él se fue haciendo cada vez más agria. Al final admitió que, aunque sabía que Lucy no tenía culpa alguna, no podía evitar considerarlo en parte responsable de la muerte de su padre ya que, sin quererlo, le había pasado su enfermedad a un hombre que estaba muy sano y había muerto antes de que llegase su hora. Lucy quiso hablarle a su madre del desconocido que vestía arpillera, pero tenía la sensación de que era algo de lo que no debía hablar, al menos con ella. Sin embargo, ese episodio se convirtió en una agobiante carga, y por las noches se sobresaltaba en la cama cada vez que la casa crujía al asentarse sobre los cimientos. Cuando ya no fue capaz de soportarlo más, fue en busca del padre Raymond.

Lucy no tenía una opinión muy formada sobre la Iglesia. «No distingo a un Adán de otro», le gustaba decir, una de las muchas ocurrencias de cosecha propia que consideraba que merecían una mejor audiencia que las mujeres de gruesos brazos que holgazaneaban alrededor de la fuente de la plaza. Pero había algo en el padre Raymond que le atraía, cierta sinceridad, cierta empatía impoluta. El padre Raymond era un hombre honesto y comprensivo. Seguía la palabra de Dios al pie de la letra y por las noches, a solas en su

habitación, sentía que el Espíritu Santo le recorría el cuerpo como una bandada de pájaros. Le alegró ver a Lucy con buen aspecto. De hecho, le alegraba ver a cualquiera que apareciese por su iglesia. El pueblo era muy poco religioso y se pasaba días enteros sin que nadie llamase a su puerta. Hizo pasar a su visitante a la sala de estar y sacó una bandeja de galletas resacas que se deshacían como arena antes de que Lucy pudiera llevárselas a la boca. El pálido té apenas tenía sabor, y al final Lucy decidió olvidarse del refrigerio y se concentró en contar la historia de la visita del desconocido. Al acabar su relato, preguntó quién era ese hombre y el padre Raymond hizo una mueca sobreactuada.

—¿Y yo cómo voy a saberlo?

—Me preguntaba si no sería Dios —dijo Lucy.

El padre Raymond pareció dudar.

—Dios no se desplaza por las noches repartiendo enfermedades.

—Entonces, ¿la muerte?

—Tal vez. —El padre Raymond se rascó la nariz—. O tal vez fuese un saqueador. ¿Has comprobado si ha desaparecido algo de la casa?

—Solo mi padre.

—Hum —murmuró el cura. Cogió una galleta, que se hizo añicos. Se sacudió las migas de las manos.

—Creo que ese hombre volverá —dijo Lucy.

—¿Te lo dijo él?

—No. Pero tengo esa sensación.

—Vaya, pues entonces la próxima vez que lo veas pregúntale cómo se llama.

Con este tipo de comentarios, el padre Raymond no contribuyó mucho a tranquilizar a Lucy sobre el desconocido que vestía el saco de arpillera, pero sí le fue de ayuda de un modo inesperado. Cuando Lucy admitió que no tenía ningún plan sobre su futuro, el cura se tomó la molestia de escribir una carta de presentación a todos y cada uno de los castillos situados a no más de cien kilómetros a la redonda, con la idea de que Lucy podía convertirse en un perfecto sirviente. Las cartas no obtuvieron respuesta, salvo una, contestada por un hombre llamado Myron Olderglough, el mayordomo de la propiedad de un tal barón Von Aux en los remotos bosques de las montañas del este. Al señor Olderglough le había seducido la romántica descripción que había hecho el padre Raymond de Lucy, al que describía como «un alma errante en

busca de un puerto seguro». (Se rumoreaba que el padre Raymond se pasaba sus solitarias noches leyendo novelas de aventuras, que daban colorido a sus sueños y también a su vida durante el día. Si eso era o no cierto, no se sabe, pero que el cura tenía tendencia a los giros poéticos es innegable.) La carta que llegó concluía con una oferta de trabajo y la cantidad que iba a cobrar. El puesto (el señor Olderglough le dio el nombre de submayordomo, que Lucy y el padre Raymond decidieron que era una palabra que no existía) era modesto, y el sueldo, acorde con eso, pero Lucy, que no tenía nada mejor que hacer, ningún sitio en el mundo al que ir y además se sentía vulnerable ante la idea de que el hombre vestido de arpillera pudiese regresar, abrazó su destino y respondió por carta al señor Olderglough aceptando formalmente la oferta, una decisión que condujo a un montón de cosas, incluidos, aunque no solo, el amor verdadero, el más amargo desamor, el puro terror espiritual y un poderoso impulso homicida.

Lucy contempló el pueblo de Bury, que se extendía —o se amontonaba, pensó, como restos, como despojos— por un pliegue del valle. El lugar era espectacular, y sin embargo, cuando contemplaba la apiñada aldea le invadía una sensación de derrota, un difuso hastío. ¿Había sido aquí alguna vez otra cosa que un forastero? La respuesta es no. En un lugar célebre por su propensión a engendrar rudos gigantones, Lucy era en comparación un espécimen muy inferior. Era incapaz de bailar, no aguantaba la bebida, carecía de cualquier ambición de convertirse en granjero o propietario de tierras, mientras crecía no había trabado ninguna amistad sólida y ninguna de las jóvenes locales lo consideraba merecedor de comentario alguno y mucho menos de su afecto, excepto Marina, y había sido una única excepción fugaz. Siempre se había sentido al margen de sus conciudadanos y sospechaba que no era en ese pueblo donde debería estar. Cuando aceptó el puesto en la residencia del barón Von Aux divulgó la noticia y recibió indulgentes cumplidos y rutinarias felicitaciones. Su vida en el pueblo había sido hasta tal punto anodina que su partida no logró generar la modesta energía necesaria para provocar alguna opinión.

De pronto la ventana de la habitación de Lucy se abrió y apareció su madre, que sacudió su pequeña alfombra con un golpe seco. La concentrada explosión de polvo apareció iluminada a contraluz por los rayos del sol; quedó suspendida un rato en el aire y Lucy se acercó para contemplar cómo descendía lentamente hacia el suelo. Mientras los desechos —generados por

él mismo— le cubrían el cabello y los hombros, su madre se percató de su presencia y le preguntó:

—¿Todavía estás aquí? ¿No vas a llegar tarde para tomar el tren?

—Todavía queda tiempo, madre.

Ella lo miró incrédula y acto seguido desapareció, dejando la alfombra colgada del alféizar como la lengua de un ternero. Lucy contempló unos instantes la ventana vacía, cogió su maleta y se dio la vuelta para marcharse, siguiendo el sendero rodeado de árboles que descendía por el valle hasta la estación.

Se cruzó con un hombre que caminaba en la dirección contraria, con un desgastado morral en una mano y un improvisado bastón en la otra. El hombre tenía complexión de trabajador del campo, pero llevaba un traje de domingo. Cuando vio a Lucy se detuvo y se quedó mirando su maleta como si supusiese algún tipo de problema para él.

—¿Has alquilado la habitación en casa de los Minor? —le preguntó.

En un primer momento, Lucy no entendió qué le preguntaba.

—¿Alquilado? No, me marchó de allí.

El desconocido se relajó.

—Así que la habitación sigue libre, ¿no?

Lucy ladeó la cabeza, como hace un perro cuando oye un silbido lejano.

—¿Quién le ha dicho que tienen una habitación libre?

—La propia señora. La noche pasada estaba colgando un anuncio en la taberna cuando pasé por allí.

Lucy miró en dirección a la casa, aunque ya no la podía ver a través de los árboles. Cuando la noche anterior le había preguntado a su madre adónde iba, ella le respondió que quería tomar el aire.

—Parecía una mujer honesta —dijo el desconocido.

—No es deshonesto —respondió Lucy, todavía mirando colina arriba.

—¿Y dices que justo hoy te marchas de allí?

—Justo ahora, sí.

Bajando el tono de voz, el desconocido le dijo:

—Espero que no te haya parecido que el hospedaje no reunía las condiciones necesarias.

Lucy miró de frente al trabajador rural.

—No.

—A veces uno no se da cuenta de las carencias hasta que ya es

demasiado tarde. Es lo que me pasó en la última casa. Al final de mi estancia allí, las raciones eran dignas de esclavos.

—Será usted feliz en casa de los Minor.

—Parecía una mujer honesta —repitió el desconocido—. Espero que no le importe que llegue tan temprano, pero me ha parecido mejor subir esto cuanto antes. —Hizo un gesto señalando la pendiente del camino—. Voy bien en esta dirección, ¿verdad?

—Este sendero lo llevará hasta la casa —dijo Lucy.

—Bueno, pues gracias, muchacho. Y buena suerte. —Se despidió con una inclinación y siguió su camino. Ya estaba desapareciendo tras la curva cuando Lucy lo llamó:

—Señor, ¿le dirá que se ha cruzado conmigo? A la mujer de la casa.

—Si quieres, sí. —El desconocido se detuvo—. Pero ¿con quién debo decirle que me he cruzado?

—Dígale que se ha encontrado con Lucy. Y cuénteles nuestra conversación.

Al trabajador del campo la petición pareció sonarle rara, pero se tocó el sombrero con un dedo y dijo:

—Dalo por hecho.

Mientras el desconocido desaparecía entre los árboles a Lucy le vino a la cabeza un pensamiento siniestro, y en el mismo instante en que el pensamiento adquiría toda su dimensión, una ráfaga de viento se arremolinó a su alrededor y un chorro de aire le golpeó el pecho y la cara. Era cierto que en ocasiones una racha de viento era como una voz muda que comentaba una idea o un hallazgo. Si el viento se mostraba de acuerdo o en desacuerdo con él, quién podía saberlo. Desde luego Lucy no, y tampoco es que le importase demasiado. Siguió bajando por la colina. Su mente era como un tambor, un puño, un velero que zarpaba, cargado de empuje e ímpetu.

En cualquier caso, había dejado atrás el aburrimiento.

Lucy pensó que podría hacerle una visita de despedida a Marina y se dirigió hacia su casa para comprobar si estaba. No había ni rastro de las gigantescas botas de Tor en su porche, llamó y se apoyó junto a la puerta tratando de dar la impresión de que pasaba por allí por casualidad. Pero cuando ella abrió, apareció tan hermosa que la mirada de Lucy dejó al descubierto sus verdaderos sentimientos, una combinación a partes iguales de adoración y acritud. Por su parte, estaba claro que a Marina le era del todo

indiferente que él hubiese aparecido por allí. Señalando la maleta, preguntó:

—¿Te vas a algún sitio?

De modo que ni siquiera sabía que se marchaba.

—Sí —respondió él—. Me han contratado en el castillo Von Aux. Supongo que lo habrás oído.

—Pues no.

—¿Estás segura? Está hacia el este, en las montañas; dicen que es un lugar muy pintoresco.

—Lucy, en mi vida he oído hablar de ese sitio. —Miró con desinterés por encima del hombro de su visitante, buscando alguna cosa en la que fijar su atención—. ¿Y qué vas a hacer en ese castillo tan famoso y pintoresco?

—Voy a ser submayordomo.

—¿Y eso qué es?

—Es un puesto similar al de mayordomo, más o menos.

—Suenan a menos.

—Trabajaré coordinado con él.

—Tal como suena, más bien estarás a sus órdenes. —Marina se desató y se volvió a atar el delantal, ciñéndoselo alrededor de su exquisita cintura—. ¿Cuál es el salario?

—Es un buen salario.

—Vale, pero ¿qué cifra en concreto?

—Sin ninguna duda, será un buen salario. Y, además, me han enviado un billete de tren en primera. Me ha parecido todo un detalle. Quieren tenerme contento, esto está claro.

En realidad, le habían enviado un irrisorio avance que no bastó para pagar el billete de tercera, de modo que había tenido que pedirle un préstamo a su madre para cubrir la diferencia.

—¿Cómo has conseguido ese puesto? —le preguntó Marina.

—Me ayudó el buen padre Raymond.

Con una sonrisa de superioridad, ella dijo:

—Ese viejo muñeco de trapo. Va todo empolvado, como una galleta. — Se rió ante su propia ocurrencia, bien alto y durante mucho rato. Lucy no entendía cómo su risa podía ser tan alegre y encantadora cuando ella era tan envidiosa y poco amable. Además, no comprendía cómo él podía sentir un deseo tan irresistible hacia una persona que era muy obvio que estaba podrida hasta la médula.

—Puedes reírte de él si quieres —le dijo Lucy—, pero es la única persona que se ha tomado la molestia de ayudarme. Cosa que no se puede decir de nadie más por estos lares.

Marina ni se inmutó ante el comentario. Miró hacia el interior de la casa y parecía a punto de meterse en ella, pero Lucy todavía no estaba listo para despedirse. Decidió tomar la iniciativa, sacó su pipa y señaló con la boquilla las nubes de tormenta que iban cubriendo el valle.

—Va a llover —dijo. Marina no dirigió la mirada hacia el cielo sino hacia la pipa.

—¿Desde cuándo fumas en pipa? —le preguntó.

—Desde hace poco.

—¿Cuánto de poco?

—Muy poco.

El semblante de Marina adquirió un aire soñador y, con voz meliflua, dijo:

—Tor fuma cigarrillos. Los enrolla con una mano, así. —Balanceó los dedos sobre el pulgar e imitó la expresión de satisfacción y autosuficiencia de Tor—. ¿Ya sabes que está cerrando un acuerdo para comprar la granja de Schultz?

Lucy no había oído hablar de eso y en su mente se arremolinaron los insultos y epítetos, porque la propiedad de Schultz era la mejor de Bury. Pero se mordió la lengua, porque quería que su despedida de Marina fuese tranquila y no exenta de grandeza, de modo que cuando Tor le rompiera el corazón —y Lucy estaba seguro de que Tor se lo acabaría rompiendo— y ella volviese a estar sola, entonces pensaría en la gentileza de Lucy y sentiría una lacerante punzada de amargo arrepentimiento. Con tono neutro, él le dijo:

—Pues qué suerte para Tor. Bueno, es una gran noticia para los dos. Espero que seáis muy felices juntos.

A Marina esas palabras le llegaron al alma y se acercó para abrazar a Lucy.

—Gracias —le dijo.

El cabello de Marina se deslizó sobre la cara de Lucy y él pudo sentir su aliento en el cuello. Este contacto inesperado fue como si una campana le repiquetease en el estómago, y recordó la época de su romane, que se había desarrollado la primavera anterior.

Al principio la relación había consistido en una sucesión de paseos por

el bosque, cogidos de las manos y mirándose a los ojos. Pasado un mes, Marina se dio cuenta de que Lucy no le iba a hacer el amor si ella no lo animaba a dar el paso; lo hizo y Lucy se mostró escandalizado, pero no durante mucho tiempo. Entraron en una rutina de fornicación diaria en los exuberantes campos en pendiente de debajo del pueblo. Lucy se sintió muy aliviado por estar por fin cortejando a una chica y estaba convencido de que Marina sería una futura fiel esposa. Mientras yacían desnudos sobre la hierba, con las nubes moviéndose como un rebaño por encima de los picos de las montañas, él pensaba en su futuro juntos. ¿Cuántos hijos tendrían? Tendrían dos, un niño y una niña. Vivirían con modestia y Lucy se convertiría en profesor de escuela, zapatero o poeta, un oficio que no implicase una actividad extenuante. Por la tarde él volvería a su humilde casa y la familia al completo lo recibiría y lo acompañaría hasta su silla junto al fuego. ¿Le apetecía una taza de té? Hombre, pues sí, muchísimas gracias. ¿Y un bollo? Bueno, por qué no. Estas ensoñaciones provocaban en Lucy una reacción física, una placentera tensión que se extendía desde los hombros a las plantas de los pies y le hacía encoger los dedos de los pies bajo el sol.

Sus visiones de esta agradable vida se veían reforzadas por las relaciones carnales que mantenían en el campo y que, desde el punto de vista de Lucy, iban muy bien. Pero cuando una tarde le comentó todo esto a Marina, la cara de ella se ensombreció. Él le preguntó qué sucedía y ella le respondió:

—Es solo que... no tienes que tratarme tan bien, Lucy.

Poco después, ella rompió con él y Lucy se pasó varios meses desolado, analizando esas curiosas palabras con tal fervor que acabaron perdiendo su significado y jamás llegó a deducir qué era lo que ella quería. De lo que sí era plenamente consciente era de que las manos de Tor estaban cubiertas de un rizado vello castaño que se había convertido en rubio por la exposición al sol, y de que cuando cogía con una un vaso de cerveza parecía que estuviese sosteniendo un dedal. Lucy odiaba a Tor, y antes de irse decidió contar una gran mentira sobre él. Marina se estaba despidiendo de él cuando Lucy le dijo:

—Pero antes de marcharme hay algo que debo contarte sobre Tor.

—Oh, ¿en serio?

—Me temo que sí. Por desgracia, sí.

Ella se cruzó de brazos.

—¿De qué se trata?

Lucy pensó unos instantes. Cuando la mentira le vino a la cabeza, dio una solemne palmada.

—Resulta que sé de buena tinta que está comprometido con otra mujer de Horning.

Marina se rió.

—¿Quién te lo ha dicho? ¡No es verdad!

—Oh, me temo que sí. Ese es el motivo de mi visita. Me marchó de Bury para siempre, pero no puedo soportar la idea de que te engañe de este modo.

—¿Quién engaña a quién?

—Puedes hacer lo que quieras con la información que te acabo de dar.

—Lucy, creo que estás celoso de Tor —dijo ella.

—Eso es un hecho, Marina. Estoy celoso de Tor. Pero, más allá de eso, siento desprecio por él. Porque si tú fueras mía, nunca me vería nadie paseando del brazo de otra mujer por Horning y presentándosela a todos aquellos con los que me cruzo como mi futura esposa. Tengo entendido que esa chica es bastante más joven que tú.

Cuando Lucy se empeñaba, era un mentiroso muy hábil, de ese tipo, tan infrecuente, capaz de lanzar información del todo irreal con una absoluta sinceridad. Veía que Marina se lo empezaba a tomar en serio y decidió presionar, diciéndole:

—Aunque también he oído que la dote no es precisamente insignificante. En cierto modo, tampoco puedes culpar a Tor.

—Ya basta, Lucy —dijo Marina—. Dime ahora mismo que es mentira. ¿Me lo vas a decir?

—Ojalá pudiera. Pero no es posible, porque lo que te estoy contando es real y una vez hice un pacto contigo. ¿Lo recuerdas?

Los ojos de Marina se movían inquietos como si buscasen algo. Solo escuchaba a Lucy a medias.

—Un pacto —dijo en voz baja.

—Me pediste que siempre te dijese la verdad. Y yo te juré que lo haría. Oh, pero tienes que acordarte, Marina. Porque tú hiciste el mismo pacto.

Ella tenía la mirada ausente y pesarosa, y ahora lo creía sin asomo de duda.

—Lucy.

—¡Adiós! —dijo él, y se dio la vuelta para retomar su camino.

Mientras se alejaba con el paso ágil de un potrillo, pensó: «Esto de mentir es fantástico.» Se preguntó si no se trataba de uno de los mayores logros de la humanidad y, después de darle algunas vueltas, decidió que sí lo era. Sintió un entusiasmo desbordante por su futuro, y su marcha habría sido triunfante de no ser por el hecho de que la noche anterior, a doscientos kilómetros de Ravensburg, el ayudante del maquinista del tren había insistido en comerse una segunda ración de queso como postre.

Eirik y Alexander

El ayudante del maquinista, llamado Eirik, estaba ahogando en alcohol el disgusto en la taberna tras oír que a su colega más joven, Alexander, lo iban a nombrar maquinista, todo un insulto teniendo en cuenta que Eirik acumulaba siete años más de leal servicio a la compañía. Ya llevaba nueve aguardientes de ciruela cuando Alexander entró en la taberna, saludando con un leve gesto de la cabeza a los presentes, pero sin hacer mención alguna a su ascenso, lo cual de algún modo era peor que si lo hubiera hecho, ya que bastaba mirarlo para percatarse de que exhalaba orgullo. Se sentó junto a Eirik y le dio una palmada en la espalda. Eirik notó un punto de lástima en esa mano sobre su espalda e hizo un movimiento brusco para sacársela de encima. Alexander se ofreció a invitar a una copa a Eirik, pero este declinó la propuesta:

—Gracias de todas formas, pero todavía no soy un indigente.

—Me habría gustado que no te lo tomases así —dijo Alexander.

—Los deseos no son más que un pasatiempo para los decepcionados —replicó Eirik—. Te lo dice un experto.

Alexander se puso serio y habló con un tono que Eirik no le había oído nunca.

—Escúchame. Tenemos que trabajar juntos. Mañana por la mañana y todas las mañanas que vengan después. Tú y yo siempre nos hemos llevado razonablemente bien. Espero que a partir de ahora no haya problemas entre nosotros.

Eirik se quedó contemplando la ondulada piel de bebé del cuello de su interlocutor e imaginó qué sentiría si pudiera rodearlo con sus manos y apretar. Y con la misma inquietud con que uno repara de pronto en que se ha dejado la puerta de casa abierta de par en par, Eirik supo que sería capaz de matar a Alexander. No es que fuese a hacerlo, pero era capaz.

—Por mi parte, no habrá ningún problema —aseguró Eirik, y se despidió, inclinándose exageradamente antes de salir haciendo eses de la taberna. Se fue a casa a cenar, pero no encontró allí consuelo. Su malhumor

se agravó ante la cicatera ración de queso que le sirvió su mujer. Su esposa era siempre rúcana con las porciones de queso, pero la que le sirvió esa noche era todavía más escasa que de costumbre. Sentado solo a la mesa, contempló el plato vacío y le dio vueltas a su teoría de que su mujer se comía a hurtadillas el queso mientras él estaba en el trabajo.

—Más queso —pidió.

La voz de su esposa, desde la cocina, sonó neutra:

—Ya no queda.

—¿Cómo demonios nos hemos comido un queso entero en menos de medio mes?

—¿Qué quieres que te diga? Te lo vas comiendo y un buen día se acaba.

—Pero yo no me lo como, ese es el problema. —Fue a la cocina y se la encontró de espaldas, apilando platos en la alacena—. Te lo comes tú —la acusó.

Ella se puso tensa, se dio la vuelta y miró a su marido, del que lo detestaba todo: el mentón pusilánime, el olor acre que emanaba, el bigote asimétrico, su postura encorvada. Lo cierto es que, en realidad, ella sí se comía a escondidas el queso. En cuanto Eirik se marchaba a trabajar, buscaba la bola escondida y se cortaba un buen trozo, que degustaba en un rincón que no utilizaba para otra cosa que para llevar a cabo esta solitaria actividad. Se sentía insatisfecha con la práctica totalidad de los aspectos de su vida y el queso era uno de los escasísimos placeres con que contaba. Y ahora parecía que también eso se lo iban a robar. «Muy bien», pensó. «Quítamelo todo, incluso mi más modesta fuente de felicidad.» Metió el brazo en la alacena, sacó el queso que tenía allí escondido y lo dejó sobre la encimera antes de subir al desván para estar a solas, donde rompió a llorar a raudales, sintiéndose todo lo desgraciada que una persona puede sentirse.

Eirik permaneció en la cocina, balanceándose ligeramente y escuchando los lastimeros y entrecortados sollozos de su mujer. Sabía que debía ir a consolarla, pero no tenía ni el más remoto deseo de hacerlo, porque estaba demasiado excitado con esa inesperada pieza de Gouda. «Ya la iré a ver después de comer un poco», pensó. Se llevó el queso a la mesa del comedor y se comió la media bola entera, acompañada de una botella de vino de sauco, tras lo cual se quedó dormido en la silla y sufrió todo un ciclo de horribles pesadillas y visiones. Alexandre copulando furiosamente con su esposa mientras se comía su queso. Su mujer estirada desnuda sobre la mesa mientras Alexandre esculpía elegantes cortes en su blanquísima pantorrilla

con un cuchillo de mondar, porque ella estaba hecha de queso. También soñó que su propio pene era de queso y se quebraba mientras orinaba, y que su pene era de queso y su mujer se lo mordisqueaba mientras dormía. Se pasó toda la noche así, de modo que por la mañana, aparte de sufrir los efectos de la resaca por el vino y el licor de ciruela, estaba bastante alterado cuando salió para ir al trabajo.

Llegó a la estación diez minutos tarde, con los ojos inyectados en sangre y una nebulosa en la cabeza. Alexander vio el mal aspecto de su compañero y sintió el impulso profesional de reprenderlo.

—¿Así que anoche estuviste de juerga? —le preguntó.

—Hice lo que tenía que hacer.

—¿Y ahora?

—Ahora, haré lo mismo.

De modo que fue un principio de jornada incómodo. Hablaron poco durante las siguientes horas, la sensación de malestar y de ofensa no se le pasaba a Eirik ni por asomo, pero sabía que podría aguantarlo y que al día siguiente ya sería más leve. Avanzada la jornada, pensó en lo bien que le sentaría una copa de licor, la primera copa al acabar el turno, en cómo se deslizaría por su garganta y le calentaría las entrañas con su ardiente intensidad, para después dejarle ese aroma ahumado de ciruela recorriéndole las fosas nasales y la garganta cada vez que respiraba. La primera copa de licor de ciruelas siempre era muy vigorizante, y empezó a pensar en la taberna con auténtico entusiasmo. A medida que su rabia disminuía, decidió que de camino a casa desde la taberna le compraría un queso de bola a su mujer y la animaría a comer cuanto quisiera, siempre y cuando a él le quedase una generosa porción. Y cuando se les acabase, no pasaba nada si tenían que comprar otro. Puede que no fuese maquinista, pero ganaba un buen sueldo y podían permitirse algunas extravagancias ocasionales siempre y cuando no se excedieran. Eirik se puso a echar paletadas de carbón en la caldera y las llamas se avivaron y chisporrotearon. El sudor le goteaba de la nariz y el mentón y se le deslizaba en los ojos, y la sensación le resultaba agradable. Después de todo, caviló, la vida tampoco era tan horrible. No era fácil, pero, de lo contrario, resultaría muy aburrida. Se puso a silbar, lo cual indicaba que estaba contento.

Alexander notó el cambio de humor de su compañero y se sintió más tranquilo. Dejó que su mente divagase y se puso a pensar en las dificultades que marcaron su infancia: la muerte de su madre pocos meses después de

nacer él; su padre, sumido en la desolación, que desapareció una mañana de otoño y ya nunca más volvió ni envió ninguna carta. Desde el principio, Alexander tuvo muy claro que fuera cual fuese la forma que tomase su vida, le correspondía a él y solo a él esculpirla, de manera que haber sido ascendido a maquinista hacía inevitable que se sintiese orgulloso de sí mismo. Sin duda era algo del todo comprensible, pero cuando estaban a media hora de Bury cometió el error de verbalizar esa satisfacción.

—Mi trayecto inaugural como maquinista —dijo—. No puedo negar que es maravilloso. —Se volvió hacia Eirik, que no abrió la boca y se limitó a mantener la mirada fija hacia delante. Alexander añadió—: ¿No me vas a permitir que me vanaglorie un momento, viejo amigo?

—Vanaglóriate —dijo Eirik—. No te lo voy a impedir.

—¿Por qué no puedes compartir este momento feliz conmigo?

—¿Quién dice que no lo haga?

—Pero ¿cómo voy a saber yo si lo estás haciendo?

Eirik hundió la pala en el depósito de carbón y le preguntó:

—¿Qué quieres que haga?

Alexander se sintió incómodo.

—Lo normal, cuando un hombre ha tenido un golpe de suerte, es que sus amigos lo feliciten.

Al oír esta última palabra, el malhumor de Eirik regresó, un veneno virulento que se abrió camino hasta lo más profundo de su alma. El cuello de Alexander parecía suave como el terciopelo, y Eirik empezó a retorcer los dedos alrededor del mango de la pala. Retomó sus febriles paletadas de carbón y, mientras el tren avanzaba a toda velocidad por las vías, confió en que su odio se fuese disipando, pero eso no solo no sucedió, sino que se dobló y redobló hasta que se sintió dominado por él. Resignado, esperó el mejor momento para exorcizarlo.

El tren redujo la velocidad al entrar en la estación de Bury. Alexander asomó la cabeza para observar el exterior con ese gesto tranquilo característico en él. Se volvió hacia Eirik, esperando unas sencillas palabras de ánimo o felicitación, pero se percató de que su compañero lo observaba con una mirada fanática, con los ojos llenos de odio y grotescamente transfigurados. Esa mirada puso a Alexander en alerta y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—¿Quieres que te felicite? —le preguntó Eirik.

—¿No crees que es lo justo?

—Desde luego que sí. Pero ¿estás seguro de que quieres que lo haga?

¿Qué tipo de juego era ese? ¿Eirik le iba a pegar un puñetazo? Bueno, entonces mejor ponerse en guardia. Alexander era un joven en forma, aunque rollizo, y había tenido su ración de peleas de taberna; no le daba ningún miedo el desgraciado resentido que tenía delante. Apoyando la mano en la palanca del freno y agarrándola con fuerza, se mantuvo bien erguido, con actitud confiada, y dijo:

—Estoy seguro, Eirik. Vamos allá.

La pala salió con fuerza en diagonal desde el depósito de carbón. Posteriormente, hablando con su compañero de celda, Eirik elucubraría que fue como si la pala se hubiera inclinado hacia él, ofreciéndole su ayuda. Él la levantó describiendo un pequeño círculo y aplastó con el canto la mano de Alexander, cortándole limpiamente los tres dedos más largos, mientras que el cuarto quedó colgando como si lo sostuviera una bisagra. Se balanceaba, y Alexander se quedó petrificado contemplando la sangre que chorreaba de los muñones, con el aire de un hombre que acaba de ser testigo de una desconcertante ilusión óptica.

—Felicidades —dijo Eirik. Recogió los dedos con la pala y los lanzó a la ardiente caldera.

Lucy no supo, ni sabría nunca, nada sobre ese incidente. Cuando llegó a la estación, a Alexander ya se lo habían llevado dando tumbos por el mareo, y un agente de policía estaba ayudando a Eirik a bajar del tren al andén. Parecía un gesto amistoso y a Lucy no le pareció ver nada raro en aquellos dos hombres que salían de la estación, aunque sintió curiosidad por saber adónde podía ir el ayudante de maquinista cinco minutos antes del horario previsto de salida del tren y por qué el agente mostraba tanto empeño en sostener la pala.

La lluvia caía a goterones que provocaron que Lucy parpadease e hiciese muecas, aunque no le importaba mojarse. Se sentía eufórico por la mentira que le acababa de contar a Marina, y, en lugar de estropearle la felicidad, el mal tiempo simplemente añadía un toque de aventura a su partida. Entró en el compartimento de tercera clase, colocó la maleta y encontró un pequeño hueco entre las asistentas, trabajadores y algún que otro anciano que viajaban en él. Nadie hablaba, y Lucy se preguntó por qué los pobres tendían a guardar silencio en público.

El tren iba con retraso por las razones ya expuestas, y Lucy se pasó cuarenta y cinco minutos en el sofocante vagón mientras el revisor y el jefe de estación buscaban a alguien que pudiera sustituir al maquinista. Estaba ensimismado en sus divagaciones cuando oyó que alguien golpeaba en la ventanilla desde el exterior. Se volvió y vio a Marina flotando sobre el andén; mantenía el puño en alto pegado a la cara y tenía la satisfecha expresión de un gato que acaba de matar un bicho. La expresión relajada junto con el hecho de que flotase ante la ventanilla inquietó a Lucy, que sintió una premonición de peligro que le puso la carne de gallina de pies a cabeza.

De pronto se percató de que un par de toscas manos sostenían a Marina por la cintura hasta que la depositaron de nuevo sobre el andén, y ella y Tor dieron unos pasos atrás para poder ver el interior del vagón y que se les viese a ellos desde el tren. Permanecieron allí, cogidos del brazo, sonriendo a Lucy, perfectamente cómodos el uno con el otro. Si habían tenido una discusión relacionada con la mentira de Lucy ya la habían zanjado. Apareció el revisor y Tor lo llamó y le habló con actitud suplicante, señalando a Lucy. El revisor miraba a Lucy mientras Tor le hablaba. Cuando acabó, el revisor subió al tren y se dirigió al compartimento de Lucy.

—¿Puedo ver su billete, por favor? —le dijo.

—¿Mi billete? —preguntó Lucy.

—Por favor.

—¿Por qué quiere ver mi billete?

El revisor tendió la mano. Cohibido, Lucy se lo entregó. El hombre estudió el papel y negó con la cabeza.

—¿De qué habla ese hombre? —Mirando por la ventanilla, trató de llamar la atención de Tor y Marina, distraídos durante la espera—. ¡Es de tercera clase! —Movié en el aire el papel—. ¡Es un billete de tercera! —Tor se llevó una mano a la oreja, simulando no oír bien. Marina le dio un golpe en el hombro como reprendiéndolo por ser demasiado cruel, aunque en realidad no quería que parase; disfrutaba de la escena que le estaban montando a Lucy. El revisor se abrió paso hasta la ventanilla y la bajó—. Este joven tiene un billete de tercera clase —dijo.

Tor se mostró perplejo:

—¿Ese muchacho que parece un palo de escoba? ¿Ese chaval que se ha puesto rojo como un tomate? ¿El de aspecto famélico? ¿Está seguro de que no viaja en primera clase?

—¿Quiere comprobar el billete usted mismo?

Tor escenificó una ligera reverencia.

—Señor, jamás osaría entrometerme en su trabajo —dijo. Apoyó los mitones en las caderas y frunció los labios en un gesto de desconcertada frustración—. Oh, pero estaba seguro de que tenía billete de primera. Este joven tiene un porte aristocrático, ¿no le parece?

El revisor y los restantes pasajeros del compartimento miraron a Lucy con recelo.

—Bueno —dijo el revisor—, este muchacho está en el vagón que le corresponde. Y no sé qué más puedo decirle a usted al respecto.

—Sí —convino Tor—. ¿Qué más se puede decir después de todo?

—Que pase un buen día —dijo el revisor mientras cerraba la ventanilla.

—Usted también, señor —respondió Tor, pero su voz apenas se oyó tras el cristal. Se despidió con un gesto de la mano de Lucy y de los ocupantes del compartimento en general; Lucy no le respondió, pero algunos de los restantes pasajeros sí lo hicieron. Tor y Marina se dieron la vuelta y se dirigieron al pueblo cogidos del brazo. Por lo que se podía deducir de sus gestos, estaban muy enamorados. Todos los contemplaron mientras se alejaban, y cuando desaparecieron de la vista, la atención colectiva volvió a centrarse en Lucy. Ya no tenía la cara sonrojada sino pálida, y su mirada era sombría, impenetrable.

—¿Amigos tuyos? —le preguntó el hombre que tenía al lado.

—No.

—Son una pareja muy guapa.

Lucy cerró los ojos, no para dormir sino para estar a solas en el rico universo que albergaba en lo más hondo de su mente.

El tren avanzaba hacia el este, cruzó el gran valle verde y empezó a subir por las montañas, cada vez más alto, siguiendo los ascendentes giros de las vías. Cuando aparecieron las estrellas, a Lucy le pareció que el tren avanzaba a toda velocidad hacia la noche, adentrándose en las entrañas del cielo. Se durmió sentado, sostenido por los cuerpos de un pasajero a cada lado.

Durante la noche sucedió algo indecente. Lucy, medio despierto, vio a dos hombres, uno alto y el otro bajo, que entraban en el compartimento. Sus movimientos eran sigilosos más allá de lo preceptivo según los buenos modales, y eso, unido al hecho de que llevaban las caras semiocultas tras los

cuellos alzados de sus abrigos, provocó el recelo de Lucy, que los observó con los ojos entreabiertos.

El compartimento estaba en silencio, las caras de los pasajeros dormidos iluminadas por la plateada luz de la luna, y los dos hombres avanzaron hasta situarse delante de una huesuda anciana que agarraba el bolso a cuadros que reposaba sobre su pecho. La boca le colgaba entreabierta, y por un lado de la cara le bajaba un hilillo de baba. El más alto de los dos hombres la observó con la cabeza un poco ladeada y después se puso manos a la obra y fue quitándole los dedos del asa del bolso. Lo hizo con sumo cuidado, apartándolos uno a uno. Lucy esperaba que en cualquier momento la mujer se despertase y lanzase un espeluznante alarido. Pero aquel individuo tenía tal pericia, como si supiese exactamente hasta qué límite podía manipular las manos de aquella señora sin interferir en su sueño, que la víctima no mostró ningún signo de incomodidad. La mano que agarraba el bolso no tardó en ser desplazada y el individuo pudo acceder al bolso, del que sacó varios objetos que le fue pasando al más bajo, quien a su vez escondió el botín en su largo abrigo. Después de sacar todo lo que pudo o le interesaba, el hombre alto volvió a colocar el bolso bajo la mano de la mujer y se desplazó, para concentrarse en el vecino de la izquierda de la señora. Y, siguiendo esta rutina, el dúo desplumó a todos los pasajeros del banco que Lucy tenía delante y después se dio la vuelta para hacer lo mismo con él y sus compañeros de banco.

A medida que esos dos tipos se acercaban a él, el miedo se apoderó de Lucy, porque no sabía qué hacer. Podía entablar una pelea, pero serían dos contra uno y era lógico pensar que esos bandidos estaban mucho más familiarizados que él con el uso de la violencia. ¿Podía quizá salir del compartimento? ¿Levantarse sin más y marcharse, sin volver la vista atrás? Pero no, esos hombres se darían cuenta de lo que pretendía y tal vez no lo dejarían salir. ¿Quién se impondría en ese caso? Al final no fue capaz de encontrar otra alternativa que fingir que dormía y permitir que esos individuos le sustrajesen sus escasas posesiones. Una opción vergonzosa, desde luego, pero aun así preferible a otras posibilidades más inquietantes, de modo que Lucy permaneció sentado, a la espera de lo inevitable.

Tenía encima a los dos hombres cuando un tren que viajaba en dirección oeste se cruzó con el suyo a toda velocidad, provocó un bamboleo y bañó el compartimento con un haz de luz, lo cual alteró el sueño de casi todos los pasajeros. Los ladrones salieron disparados como escurridizas sombras; y

aunque muchos se despertaron momentáneamente al paso del tren que iba en dirección contraria, ninguno vio cómo se largaban ese par y por lo tanto nadie se percató de que le habían robado. Lucy buscó a alguien despierto con quien poder hablar, pero todos se habían vuelto a dormir. Se abotonó el abrigo hasta el cuello y contempló el mundo nocturno a través de la ventanilla. La luna mantenía de un modo admirable su posición, clavada con firmeza en su esquina del cielo.

Lucy se despertó envuelto por la tenue luz del sol invernal, echado de costado. El tren había realizado varias paradas y ahora el compartimento estaba vacío, con la excepción de un hombre desaliñado que se sentaba en el banco de enfrente. El individuo miraba a Lucy expectante, como si esperase a que se despertara para poder conversar. Pero en esos momentos a Lucy no le apetecía hablar con nadie y se puso a mirar por la ventana.

Estaban por encima del nivel en que la nieve cuajaba, habían dejado atrás el primer paso de montaña y avanzaban por las cordilleras en cuyos ventisqueros se formaban merengues de formas imposibles en los que la umbría adquiría tonalidades azuladas y verdosas. Los compartimentos de primera y segunda recibían el calor residual de la locomotora; no así los de tercera. El viento hacía repiquetear la ventana, y Lucy veía cómo su aliento formaba vaho en el cristal.

Lucy estudió en el cristal el reflejo de su vecino. No parecía ni joven ni viejo, sino más bien joven y viejo al mismo tiempo; tenía ojos de adolescente, llenos de energía y picardía, pero la piel bajo las cuencas era flácida y formaba bolsas; el cabello era abundante y lo llevaba echado hacia atrás con un tupé, pero su color negro azabache estaba veteado con numerosas canas que ascendían desde las patillas hasta la coronilla. Ese individuo lo mismo podía tener ochenta años que cuarenta. Se sacó un pañuelo del bolsillo interior del abrigo y se sonó. Cuando volvió a guardárselo, la visión de los dedos deslizándose bajo la solapa a Lucy le hizo pensar en los ladrones de la noche anterior, un recuerdo que debió de hacerle perder la compostura, porque el desconocido le preguntó:

—¿Te encuentras bien, muchacho?

—Sí, señor —respondió Lucy—, pero dígame una cosa: ¿ha pasado usted la noche en el tren?

—Pues sí.

—En este caso, será mejor que compruebe si lleva la cartera, porque

había dos ladrones robando a los pasajeros mientras dormíamos.

En el rostro del desconocido se dibujó una mueca de angustia.

—Oh, vaya —dijo—. ¿En serio? —Se palpó los bolsillos del abrigo y del pantalón, comprobó que todo seguía en su sitio y le dijo a Lucy—: No, no me han robado nada.

—Pues ha tenido usted suerte. Desde luego, mucha más que los otros. Debería haber visto cómo esos diablos deambulaban por el compartimento. Era como si estuviesen segurísimos de que no los iban a pillar.

—¿En serio? —preguntó el desconocido—. Pues sí que parecen diabólicos, sí. ¿Y qué me dices de ti, muchacho? ¿A ti te han robado?

Lucy indicó con un gesto que no.

—No, para nada. Los ahuyenté cuando se acercaron demasiado a mí.

El hombre se inclinó hacia delante y dijo:

—¿En serio?

—Así es.

—Eres muy valiente.

—No soporto a los maleantes y los ladrones, la verdad.

—Eso está claro. —El hombre se levantó e hizo una reverencia—. Te admiro.

Lucy le dio las gracias al desconocido, se sintió halagado por causar semejante impresión. Volvió a mirar por la ventana. Ahora estaban atravesando un denso bosque. Vio un ciervo que, a cierta distancia, se mantenía alejado de las vías y contemplaba el tren con la cabeza ladeada. Cuando Lucy giró la cabeza y volvió a mirar el compartimento, se encontró con que ese hombre seguía observándolo.

—¿Señor? —dijo Lucy.

—Bueno —repuso el individuo—, me estaba preguntando en qué momento ahuyentaste a esos ladrones.

—¿En qué momento, señor?

—Sí. Lo que quiero decir es si viste a esos ladrones robando a alguien.

—Desde luego que sí. A media docena de personas.

—Lo que me gustaría saber es por qué no interviniste antes de que se acercasen a ti. Siendo alguien que proclama su absoluto desprecio por ladrones y maleantes, por los diablos, tal como los llamas, imaginaba que habrías actuado ante el primer atisbo de comportamiento impropio. Y sin embargo no hiciste nada hasta que se acercaron a ti. —El hombre parpadeó

—. O tal vez es que he entendido mal tu relato.

—Bueno —dijo Lucy—, sí, hummm. —Y permaneció unos instantes en silencio, pensando qué decir en su defensa. Al final, lo único que se le ocurrió fue admitir que había tardado en reaccionar porque estaba adormilado.

—Ah —replicó el hombre, asintiendo—. Así que estabas adormilado, ¿no?

—Así es.

—Con un pie en cada mundo.

—Correcto.

—Eso sin duda lo explica todo.

Lucy consideró que había sorteado con facilidad el interrogatorio, aunque al mismo tiempo se preguntaba si lo que se dibujaba en los labios del desconocido no era una sonrisa contenida. ¿Ese inquisitivo individuo se estaba riendo de él?

—¿Puedo preguntarte adónde te diriges? —dijo el desconocido.

—Al castillo Von Aux. ¿Lo conoce?

—Por supuesto que sí. ¿No serás por casualidad el nuevo empleado del señor Olderglough?

—Lo soy. ¿Cómo lo ha intuido?

—Era una mera suposición.

—¿Vive usted en el castillo?

—Desde luego que no.

Lucy creyó detectar en esas palabras un rastro de resentimiento, de modo que preguntó:

—¿Por qué lo dice en este tono?

El hombre alzó un dedo y respondió:

—En primer lugar, allí no soy bienvenido. —Levantó otro dedo—. En segundo lugar, no tengo ningún interés en visitar un lugar como ese. —Levantó un tercer dedo, abrió la boca para hablar, cerró la boca y cerró la mano—. ¿Sabes? —dijo—. Sentí lo del señor Broom.

—¿Quién es el señor Broom?

—Tu predecesor.

A Lucy no se le había pasado por la cabeza que hubiera un predecesor. El desconocido lo dedujo y le preguntó:

—¿No has oído hablar de él?

—No.

—Lo encuentro sorprendente. Es una larga historia. Pobre señor Broom.

Lucy permaneció a la espera, contemplando a ese individuo, que por lo visto no parecía dispuesto a soltar prenda.

—¿No me va a explicar lo sucedido? —preguntó Lucy.

—No soy yo quien debe contártelo. Pregúntaselo a Olderglough. Aunque lo más probable es que ese granuja tampoco te lo cuente. Oh, bueno, todos tenemos lecciones que aprender, ¿no te parece?

—Supongo que sí —dijo Lucy, captando la indirecta, y de hecho advirtiendo algo vagamente amenazante en el propio desconocido. Con la esperanza de disimular esa sensación, se sacó del bolsillo la pipa con gesto distraído y se puso a contemplarla. Su interlocutor también se interesó por ella y le preguntó si se la dejaba un momento. Lucy se la tendió y el hombre la observó desde varios ángulos. Asintió con gesto admirativo y comentó:

—Es una buena pipa.

—Gracias —dijo Lucy.

—De muy buena calidad.

—Gracias, sí. ¿Me la devuelve, por favor?

El desconocido se la devolvió, pero con una mirada triste, como si le diera pena desprenderse de ella. Cuando Lucy se la guardó en el bolsillo, el hombre se quedó mirándole fijamente el pecho.

El sol se había ocultado tras las montañas y el compartimento se tiñó de una luz fría; el revisor atravesó el pasillo, avisando de que estaban llegando a la estación. El desconocido se puso en pie cuando el tren empezó a aminorar la velocidad.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó.

—Lucy.

—¿Lucy? Me gusta. Yo soy Memel. —Señaló la ventana y añadió—: Y ahí está tu nueva casa.

El castillo Von Aux se alzaba a algo menos de un kilómetro de la estación. Lucy vislumbró la silueta de una muralla exterior almenada y dos torres cónicas. Estaba construido sobre la base de la ladera de una montaña y destacaba con su color gris oscuro sobre la nieve; era imponente, pero había también algo escalofriante en él. Lucy pensó que en cierto modo era demasiado monumental, demasiado hermoso.

Memel se estaba abotonando el abrigo. Cuando acabó, hizo algo curioso. Echó la cabeza hacia atrás y habló dirigiéndose al espacio vacío que tenía

ante él.

—Mewe —dijo—. Hemos llegado. ¿Vas a salir o qué? Siento que hayamos discutido. —Se inclinó, echó un vistazo debajo del banco e hizo un gesto con la mano indicándole a alguien que saliera—. Sal de una vez. ¿Qué pretendes? ¿Quedarte ahí para siempre?

De debajo del banco en el que estaba sentado Lucy asomó un muchacho que se quedó mirándolo. Lucy se fijó en los rasgos del chaval, que le resultaron fascinantes, porque mientras que Memel era un hombre mayor que parecía mucho más joven, ese chico de apenas diez años tenía las cicatrices del tiempo impresas en la cara: mejillas hundidas, tez lívida y arrugas alrededor de los ojos. Cuando le tendió la mano, Lucy se la estrechó, pero el muchacho, Mewe, dijo:

—Lo que quiero es que me ayudes a levantarme.

Lucy lo ayudó y los tres salieron del compartimento. Fuera el viento creaba remolinos de nieve, y Memel y Mewe se levantaron el cuello del abrigo antes de bajar. Solo entonces Lucy cayó en la cuenta de quiénes eran aquellos dos.

Bajaron al andén cubierto de una capa de nieve que llegaba hasta la espinilla. El edificio de la estación era una caseta en desuso con la puerta medio desencajada de las bisagras y las ventanas rotas. Se veían huellas de animales que entraban y salían de la sencilla construcción, pero no había ni rastro de pisadas humanas. Ni Memel ni Mewe llevaban equipaje. Enfilaron en dirección al castillo, pisando con firmeza la nieve helada para no resbalar, mientras que Lucy permaneció junto a las vías, porque prefería alejarse de ese par. Pero cuando se dieron cuenta de que se había quedado atrás, se detuvieron y le urgieron a apresurarse, porque podían ir juntos. Lucy no vio otra alternativa que seguirlos y lo hizo, diciéndose a sí mismo: «Estoy solo con dos ladrones sedientos de sangre. Estamos en un lugar cubierto de nieve en el que no hay ni un alma.» Con la esperanza de mantener sus criminales mentes entretenidas con la charla, Lucy se puso a hablar y le preguntó a Memel si Mewe era su hijo o su nieto. Memel le dijo que no, que solo eran amigos.

—No, hoy no lo somos —terció Mewe.

—Sí, eso es cierto. Hoy no somos amigos. Pero normalmente sí.

—¿Y por qué hoy no sois amigos? —le preguntó Lucy a Mewe.

Mewe negó con la cabeza y dijo:

—A Memel le gusta mucho hablar; él te lo contará.

—No haces más que interrumpirme —dijo Memel.

—No es cierto.

—Es por una tontería —le dijo Memel a Lucy.

—Si la imbecilidad es una tontería... —terció Mewe.

—Claro que la imbecilidad es una tontería. Es una de sus características principales.

—Pues a mí tu imbecilidad a veces me ha parecido muy relevante.

Memel puso los ojos en blanco.

—Mewe siempre se refugia en el insulto —le dijo a Lucy.

—Muy pero que muy relevante, de hecho —añadió Mewe. Memel optó por guardar silencio, no estaba dispuesto a entrar al trapo. Mewe dio una patada a la nieve. Y, ya aburrido, añadió—: Nos gusta pelearnos, eso es todo.

Memel reflexionó sobre el comentario, en apariencia novedoso para él.

—Es cierto. Nos gusta. —Admitirlo fue un mal trago, pareció provocarle remordimientos.

Lucy llevaba un rato observando a aquel par, pero ahora que su discusión se apaciguó, desvió la mirada hacia el castillo y al hacerlo se sorprendió, porque estaba mucho más cerca de lo que le había parecido a primera vista, como si el edificio se hubiese desplazado y avanzado hacia ellos. Lucy contempló la fachada con gesto severo y pensó que para él a menudo los edificios adquirían los atributos de una persona. Su propio hogar, por ejemplo, era la materialización arquitectónica de su madre; la taberna era un borracho inclinado y de mirada lasciva, y la iglesia era el modesto pero noble doble del bueno del padre Raymond. Pero ¿a quién personificaba el castillo? Era demasiado pronto para saberlo. De momento, Lucy solo podía decir que transmitía la sensación de algo grandioso, de mal agüero y que quedaba muy por encima de su experiencia vital acumulada hasta el momento.

Se acercaron a una aldea de chamizos apiñados a cierta distancia del castillo, algo más de un centenar de casitas pegadas unas a otras y que en conjunto adquirían una forma de lágrima. Varias estructuras grandes y abiertas formaban una suerte de cruz en el centro; eran, según le explicó Memel, puestos de un mercado. Lucy contempló el trajín de los aldeanos: mujeres cubiertas con chal entrando y saliendo de las casas, cargando con los bebés colgados contra los pechos o seguidas por niños de más edad; hombres

reunidos en grupos de tres o cuatro, que hablaban de forma animada, gesticulando y riéndose. Memel le señaló su casa con orgullo, pese a que era indistinguible de las restantes, una casucha de formas irregulares construida mezclando sin orden ni concierto planchas de hojalata y listones de madera. Del tejado emergía una chimenea, alta e inclinada, de la que salía un hilillo de humo.

—¿Y Mewe vive contigo? —le preguntó Lucy.

—No. Yo vivo solo —respondió Mewe—. Justo al lado de Memel, ahí, ¿lo ves?

Lucy asintió y le preguntó a Memel:

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Nací aquí. Y Mewe también. Todos hemos nacido aquí.

—¿Y desde cuándo existe esta aldea junto al castillo?

—Desde que existe el castillo, existe la aldea.

—Pero ¿de dónde procedéis originariamente?

—Pues la verdad es que no lo sé. —Se volvió hacia Mewe—. ¿Tú lo sabes?

—Yo diría que de ninguna parte.

Se produjo un nuevo silencio y Lucy desvió su atención hacia la ladera de la montaña que acechaba detrás del castillo. Al principio contempló sin más el paisaje, pero de pronto se percató de que se estaba produciendo en él algún tipo de actividad humana en la nieve, se veían personas en movimiento y en el aire flotaba humo.

—Ahí arriba hay gente —comentó.

—Ah, sí —dijo Memel.

—¿Qué hacen?

—Perder el tiempo.

—¿Perder el tiempo haciendo qué?

—Jugando a un estúpido juego.

—¿Y en qué consiste ese juego?

—En matar y que no te maten.

—¿Matar? —preguntó Lucy.

—Sí. ¿Olderglough tampoco te habló de esto?

—En ningún momento se mencionó lo de matar.

Memel se rió entre dientes y dijo:

—Vaya granuja. Bueno, no hay nada de que preocuparse. No corres

ningún peligro.

—¿No?

—Un ligero peligro. Un mínimo peligro. Creo que si te mantienes alerta, no te pasará nada. Los otros están en una situación mucho peor.

—¿Qué otros?

—Las víctimas, los asesinos. Los rebeldes y su tiránica oposición. — Señaló hacia un lado de la montaña y después al otro—. Están siempre activos.

—¿Quieres decir que los dos grupos están enfrentados?

—Están en guerra.

—¿Y por qué se pelean?

—Oh —dijo Memel—. Es una larga historia.

—¿Y qué dice esa historia?

—Es muy complicada, además de larga.

—¿Y no me la podrías contar abreviándola?

—Solo se entiende si se cuenta entera.

La conversación estaba empezando a incomodar a Lucy.

—Tal vez me la puedas contar más adelante —aventuró.

—Tal vez lo haga —dijo Memel—. Aunque lo más probable es que no. Porque, además de ser una historia larga, es muy aburrida.

Habían llegado al borde de la aldea. Memel y Mewe se despidieron, el primero con un abrazo que lo hizo tambalearse y se prolongó mucho más de lo necesario. A Lucy lo violentó esa exagerada muestra de afecto, pero no puso ninguna objeción, pensando que tal vez se tratase de una costumbre local y por lo tanto decidió soportarla como una muestra de su buena disposición.

Lucy caminó fatigosamente colina arriba, se plantó ante las enormes puertas remachadas del castillo y llamó golpeando con los nudillos. Pero era como golpear el tronco de un árbol: producía un sonido tan leve que incluso él apenas podía oírlo. Vio que a un lado de la puerta colgaba una campana de tamaño medio y tiró de la cuerda para llamar, pero la cuerda resbaló de la polea, cayó y desapareció con un leve ruido entre el montón de nieve que se acumulaba junto a los pies de Lucy. Miró a su alrededor y decidió que era el momento de echar un vistazo al entorno. ¿Y qué vio? Vio árboles, nieve y mucho espacio. Puso la maleta en vertical y se sentó en ella. Quiso sacar la

pipa, pero descubrió que había desaparecido. De inmediato pensó en el abrazo de Memel y frunció el ceño.

—La verdad es que no sé qué debo hacer —admitió para sí mismo.

Se le ocurrió una idea: lanzar piedras a la campana. Se puso a rebuscar entre la nieve, orgulloso de sí mismo por haber pensado una solución y por llevarla a cabo; sin embargo, el éxito se mostró elusivo, porque no era fácil encontrar piedras por allí, la campana estaba muy alta y la puntería de Lucy era pésima. Al poco rato estaba resollando y notaba un sudor pegajoso en la espalda. Decidió abandonar el plan, apoyó la barriga contra el muro del castillo y alzó la mirada. Desde ese ángulo, la fachada parecía cóncava y su altura resultaba mareante, hasta el punto de que sintió que podían fallarle las piernas y caer de espaldas colina abajo. La idea le provocó una carcajada. Escuchó su propia risa con lo que podría describirse como un inquisitivo distanciamiento. De un modo muy similar a como jamás había sido capaz de reconciliar la conexión entre su reflejo y su mente. Lucy era incapaz de reconocer su voz como perteneciente a su persona.

Volvió a sentarse sobre la maleta. El sol caía desde lo alto del castillo y le partía el rostro en dos justo por la mitad, una deliciosa calidez amarillenta que le cubría desde el puente de la nariz hasta la coronilla, mientras que de ahí para abajo reinaba el frío. Cerró los ojos y se concentró en los sordos latidos de su corazón que ponían en circulación el riego sanguíneo. Por un instante se sintió feliz, aunque sin saber por qué.

Cuando alzó los párpados, vio por el rabillo del ojo un movimiento en el bosque al este del castillo que captó su atención. Se volvió y vio cómo caía un bloque de nieve acumulada en una rama alta y aterrizaba en el suelo con un amortiguado *plaf*. De inmediato, vio asomar el rostro famélico de un hombre desde detrás del grueso tronco de un roble. El desconocido le miró y Lucy, alarmado, se puso rígido. Un segundo rostro, también famélico, apareció desde detrás de otro árbol y Lucy se levantó. A continuación apareció un tercer rostro, y un cuarto, y de golpe un grupo de al menos doce individuos emergió del sombrío bosque. Cada uno de ellos empuñaba un rifle con una bayoneta calada y avanzaron todos a una hacia Lucy, que dio varios pasos atrás hasta que su espalda topó contra la fría muralla del castillo.

Los desconocidos adoptaron una actitud militar organizada. Todos iban ataviados de arriba abajo con ropa de lana gris verdosa con tiras rojas alrededor de los brazos a la altura de los bíceps y cinturones negros. Sin

embargo, a medida que se acercaban, Lucy pudo ver que, en realidad, vestían de forma distinta: uno llevaba pantalones largos, otro calzones con botas altas; uno llevaba un cuello de piel, mientras que el de al lado lucía una bufanda. Incluso los rifles que empuñaban eran diferentes entre sí y la longitud de las bayonetas variaba de un modo drástico. Era como si cada uno de ellos se hubiera confeccionado sus prendas por su cuenta, siguiendo unas pautas estéticas genéricas. Solo sus rostros enardecidos y sin afeitar eran similares.

Naturalmente, Lucy tenía miedo de estos hombres, por la actitud que mostraban, porque parecía que tenían intención de abalanzarse sobre él y porque todo apuntaba a que pretendían hacerle daño. Pero cuando por fin llegaron hasta él, se limitaron a permanecer allí plantados, respirando en silencio y observándolo como si formase parte del paisaje. Lo miraban, pero se los veía más preocupados por sus propios asuntos que por su presencia.

Uno de ellos se abrió paso desde la retaguardia del pelotón, y desde el momento en que se fijó en él, a Lucy le quedó claro que era distinto de los demás. Mientras que los demás tenían la expresión desesperada de los famélicos, el rostro de este llevaba con dignidad el hambre y su mirada destilaba inteligencia y una natural seguridad en sí mismo. De hecho, era de una belleza tan arrebatadora que Lucy no podía apartar la mirada de él. El individuo avanzó hacia él con expresión seria, y cuando habló, en el tono de su voz grave no había hostilidad, tan solo cierta premura, como si no dispusiese de mucho tiempo.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Lucy.

—¿Lucy?

—Sí, señor, ese es mi nombre.

—¿Qué pretendías hacer con las piedras, Lucy?

—Intentaba hacer sonar la campana.

—¿Por qué?

—Estoy impaciente por entrar en el castillo.

—¿Por qué?

—Para poder empezar mi trabajo ahí dentro. Y también porque tengo frío.

—No me suena haberte visto antes por aquí. —El tipo señaló hacia el valle—. ¿Vienes de la aldea?

—No, vengo de Bury.

—¿Qué es Bury?

—Un lugar, señor. Vengo de allí.

El hombre de belleza arrebatadora se mostró desconcertado unos instantes, como quien trata de resolver mentalmente una ecuación.

—De modo que eres Lucy de Bury, ¿es eso lo que me estás diciendo?

—Así es.

—Y no puedes entretenerme, porque tienes prisa.

—Sí.

—¿Porque tienes frío?

—Correcto, señor, sí.

Los soldados estaban reprimiendo la risa, al igual que el hombre de belleza arrebatadora, y Lucy se mantuvo a la expectativa, mientras reflexionaba sobre la enigmática naturaleza del carisma. Si pudiese cambiar una sola cosa de sí mismo, optaría por pedir ese encanto atípico que algunas personas poseen. El hombre de belleza arrebatadora lo tenía a raudales y, al detectarlo, Lucy sintió tanto avidez de poseerlo como admiración. Vio que el hombre le susurraba algo al oído a uno de sus soldados; este asintió e hizo un saludo antes de salir corriendo hacia el bosque. Entonces el hombre de belleza arrebatadora volvió a dirigirse a Lucy, pero esta vez toda la bonhomía de hacía un instante había desaparecido.

—¿Tienes algo de comida?

—No.

—¿Tal vez una galleta? ¿Un trozo de queso?

—Nada de nada, señor.

—¿Y algo de dinero?

—Tengo una modestísima cantidad de dinero.

—¿Nos la puedes entregar?

—Es todo lo que poseo, señor.

El hombre de belleza arrebatadora se le acercó más, amenazándolo con la bayoneta, y el tono de su voz se transformó en frío y monótono.

—¿Nos vas a entregar el dinero, sí o no, Lucy de Bury?

Lucy le tendió la bolsita con las monedas y el hombre de belleza arrebatadora la vació en la palma de la mano.

—¿Esto es todo lo que tienes?

—Sí.

—¿Esto es todo lo que tienes en el mundo?

—Sí.

El hombre de belleza arrebatadora volvió a meter las monedas en la bolsita y se la guardó en el bolsillo del abrigo con aire malhumorado. Parecía que se tomaba la insolvencia de Lucy como una afrenta personal, y de pronto se generó entre ambos un incómodo silencio. Lucy estaba tratando de dar con algún tema de conversación cuando el soldado que se había marchado regresó y le susurró algo al oído al hombre de belleza arrebatadora. El hombre de belleza arrebatadora escuchó las novedades y se dirigió a los otros, que se mantenían firmes a la espera de recibir instrucciones.

—Muy bien, vamos a regresar al campamento base de inmediato. O mucho me equivoco, o esos bastardos están maquinando algo, de modo que no bajéis la guardia. ¿Estamos preparados, si o no?

Los soldados respondieron todos a una con un entusiasmo y una celeridad que sorprendió a Lucy:

—¡Sí!

Y de pronto, con la misma rapidez con que habían aparecido, desaparecieron, con el líder cerrando la retaguardia.

Al girar en la esquina del castillo, este se detuvo, aparentemente preocupado por algo. Se volvió, con expresión pétrea encañonó con el rifle a Lucy, y de nuevo Lucy sintió que su vida corría peligro. Pero no había nada que temer, el rifle cada vez apuntaba más alto y finalmente el hombre de belleza arrebatadora disparó. La bala rebotó en la parte inferior de la campana y se produjo un repiqueteo que se mezcló con el eco de la detonación del rifle. Como Lucy estaba justo debajo de la campana, sintió como si el ruido crease algo físico que lo envolvía, una cápsula de vibración y sonido. Alzó la vista y vio cómo la campana se mecía con parsimonia de un lado a otro. Cuando bajó la mirada, el hombre de belleza arrebatadora había desaparecido.

Unos minutos después alguien descorrió el cerrojo desde el interior. La puerta se abrió un centímetro, y después otro. Lucy no veía quién la empujaba, pero de la oscuridad emergió una voz apagada y susurrante:

—¿Quién anda ahí?

—Lucien Minor, señor.

—¿Quién?

—Lucy, señor. Me presento en mi puesto de trabajo a las órdenes del

señor Olderglough. ¿Es usted?

—Hummm —dijo la voz, como si dudase.

—Encantado de conocerlo. Gracias de nuevo por ofrecerme el puesto. Estoy impaciente por empezar, y espero no decepcionarlo...

Lucy oyó a lo lejos un disparo de rifle. Fue un sonido en miniatura y envuelto entre algodones, y se maravilló del abismo que separaba el pintoresco sonido de la existencia objetiva de una bala capaz de matar. Hubo una pausa, seguida por un crescendo de detonaciones, como si alguien tirase un puñado de tachuelas sobre un tablón. Lucy tenía los pies entumecidos y notaba el estómago vacío.

—¿Puedo entrar, señor?

La voz dio una respuesta, pero Lucy no logró entender lo que decía.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

La voz se alzó hasta convertirse en un chillido:

—¡Que empujes la jodida puerta!

La reacción de Lucy a la orden fue admirable por su rapidez. Empujó con todas sus fuerzas; la pesada puerta al principio se resistió, pero después empezó a desplazarse poco a poco y se abrió.

II. EL SEÑOR OLDERGLOUGH

El señor Olderglough lo recibió en la lóbrega entrada. Era un sexagenario de aspecto elegante, y vestía un traje de terciopelo negro. Llevaba el cabello cano despeinado o mal peinado; el mechón que le caía en espiral sobre las cejas hasta los ojos le daba un aire pícaro. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo, con los dedos doblados en forma de garra, las uñas ennegrecidas, los nudillos llenos de costras y cardenales cuyas tonalidades iban del azul al amarillo. Hizo una reverencia tan leve que apenas podía considerarse una reverencia y dijo:

—Te pido disculpas, joven, por mi ordinariez de hace un momento. Esta mañana me he levantado de un humor de perros, y desde primera hora el mundo se ha confabulado contra mí.

—Siento oírlo, señor.

—He tenido una pesadilla horrible, eso es el origen de todo. —El señor Olderglough se inclinó hacia Lucy y le dijo—: Anguilas.

—¿Anguilas, señor?

—De eso iba el sueño.

Pero no le ofreció más detalles sobre las anguilas, ninguna descripción de la malignidad que representaban. Lucy no le preguntó al respecto, porque no quería saber más. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, se percató de que el atuendo del señor Olderglough, que en un primer momento le había parecido suntuoso, en realidad era bastante desaliñado: los botones estaban desparejados y en las solapas se veían lamparones. Lucy pensó que parecía un asceta perseguido por una racha de mala suerte. Señalando el cabestrillo le preguntó:

—¿Ha sufrido un accidente, señor?

El señor Olderglough se miró la mano con lo que a Lucy le pareció remordimiento.

—No, no ha sido un accidente —respondió, y puso la mano izquierda sobre la magullada derecha y procedió a acariciársela para reconfortarse, lo

cual le produjo a Lucy una revulsión que no supo explicarse. El señor Olderglough salió de su ensimismamiento y le preguntó a Lucy si quería que le enseñase la propiedad. Antes de que Lucy pudiese responder, el hombre se adentró con pasos tambaleantes por el oscuro pasillo. Lucy lo siguió, no porque le entusiasmase la idea, sino porque no vio otra opción y porque no le gustaba nada la idea de quedarse a solas en ese lugar sombrío y tenebroso. Más allá de que no había corrientes de aire, no había ninguna fuente de calor a la vista en el interior del castillo, así que Lucy no se desabotonó el abrigo.

El señor Olderglough no era un guía muy entusiasta.

—Esto es una habitación —dijo, señalando cuando pasaron por delante—. Últimamente no se usa mucho. Lo mejor, en mi opinión, es no entrar en ella. Y esto..., esto es otra habitación, una simple habitación sin ningún uso en particular.

De hecho, la mayor parte del espacio del castillo no se utilizaba y la propiedad en su conjunto se veía deteriorada; los muebles estaban cubiertos con telas, las gruesas cortinas de terciopelo corridas, y en las esquinas y junto a las puertas se veían bolas de polvo. Ninguna de las chimeneas que fueron apareciendo durante el recorrido estaba encendida y Lucy preguntó:

—¿Nunca encienden el fuego, señor?

—Yo no diría nunca. Pero admito que rara vez. Otra habitación.

—Me pregunto en qué ocasiones lo encienden —comentó Lucy, porque conforme se adentraban en el castillo, la temperatura iba descendiendo y la penumbra aumentando.

—Yo evito encenderlo —respondió el señor Olderglough—. A mí una chimenea encendida no me aporta nada más allá del mero hecho de tenerla encendida. En mi opinión, esa bonita imagen de leer junto al fuego es una pura farsa. Cada vez que logro leer media página, tengo que dejar el libro para avivar las llamas; desde luego, no es la idea que yo tengo de una tarde relajada. —Le lanzó a Lucy una mirada reprobatoria—. No tendrás frío, ¿verdad?

—No tengo calor, señor.

—Bueno, si quieres encender una chimenea, adelante. pero tendrás que buscar tú mismo la leña, porque la poca que tenemos almacenada se usa para la cocina.

—De acuerdo, señor. Gracias.

—Muy bien, muchacho. Y ahora, si me sigues, por favor.

Entraron en un cavernoso salón de baile. De las altas paredes colgaban numerosos lienzos con recargados marcos, retratos de una serie de personajes con un aire regio similar y que Lucy supuso atinadamente que eran los barones y baronesas de la estirpe familiar. El señor Olderglough se situó en el centro de la sala, y cuando habló, su voz reverberó con el eco de la sala.

—Otra habitación más —dijo—, esta muy grande y vacía, ¿no te parece?

—Sí que es grande y está vacía, señor.

—Esta lóbrega habitación antaño rebosaba de música, baile, risas y diversión. Y mírala ahora. Silenciosa como una tumba.

Desde luego, el salón de baile hizo que Lucy se sintiera incómodo, como si el lugar hubiese sido escenario de algún hecho pecaminoso.

—¿Y dónde está todo el mundo, señor?

—Desde que la baronesa nos abandonó, hemos sucumbido a la decadencia.

—¿Quiere decir que murió?

—No, no quiero decir eso. Solo que se marchó y no ha regresado y no parece que vaya a volver. Pero su partida fue como una muerte, si me permites ponerme un poco melodramático.

—Por supuesto.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Sí, bueno, ahora se va a cumplir un año desde que se fue y no pasa un solo día sin que lamente su ausencia.

—¿Estaba muy unido a ella, señor?

—Todo lo unido que se puede estar en mi posición. Conmigo fue toda amabilidad, pese a que su posición la obligaba a racionar la amabilidad.

El señor Olderglough se situó frente al retrato de una dama con aires de cisne que lucía un traje de seda y encaje azul claro: la baronesa Von Aux.

—Una luz en la oscuridad —dijo el señor Olderglough.

—Parece como si tuviese miedo de algo.

—Sí. Oh, pero también era muy valiente.

—¿Y dónde está ahora el barón? —preguntó Lucy.

—El barón va donde al barón le place. Y a veces no le apetece ir a ningún sitio.

—Me gustaría agradecerle en persona el haberme elegido para el puesto.

Si es posible.

—El barón no tiene ni idea de que has accedido a este puesto. De hecho, no tiene el más mínimo interés por el funcionamiento interno del castillo. Seis de cada siete días ni siquiera sale de su habitación. Siete días de cada siete.

—¿Y qué hace confinado allí dentro, señor?

—Creo que algo tiene que ver con la melancolía. Pero eso no es asunto tuyo. Pasarán meses antes de que le puedas ver con tus propios ojos, si es que lo consigues.

—Esperaré a ese momento para darle las gracias —dijo Lucy.

El señor Olderglough negó con la cabeza con énfasis.

—No entiendes lo que te estoy diciendo, muchacho. Si ves al barón, ni se te ocurra hablar con él. De hecho, no te cruces con él si puedes evitarlo. Lo que quiero decir es que no dejes que él te vea.

—¿Yo no debería estar aquí, señor? —preguntó Lucy.

—Nadie debería estar aquí. —El señor Olderglough se puso a temblar. En cuanto se le pasó, se volvió hacia Lucy y le preguntó—: ¿Alguna vez has tiritado de este modo, muchacho?

—Yo también tengo frío, señor. Creo que si encendiésemos una chimenea estaríamos más cómodos.

—No, no es por el frío, es otra cosa, miedo. —Señaló hacia la puerta—. Salgamos de aquí —dijo, y abandonó el salón de baile a toda prisa.

Continuaron su recorrido por el pasillo, taconeando a ratos al unísono, a ratos desacompañados.

—¿Qué tal el viaje, Lucy?

—¿Qué quiere saber, señor?

—¿Me vas a contar cómo te ha ido?

—Me temo que no hay mucho que contar. Coincidí en el tren con un par de aldeanos de por aquí.

—Oh, ¿y qué te parecieron?

—Los encontré muy raros, señor. Creo que uno de ellos me robó la pipa.

—Por lo que me cuentas, diría que has conocido a Memel.

En el tono del señor Olderglough había ironía, pero también cierto escarnio.

—¿Ese hombre no es de su agrado? —preguntó Lucy.

—Que sea o no de mi agrado es irrelevante. Los aldeanos son como niños, y los niños pueden resultar peligrosos porque no temen a Dios. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No mucho, señor.

—Si los actos de una persona carecen de consecuencias, ¿qué va a motivarla a hacer lo correcto con sus semejantes?

Lucy no tenía claro si se esperaba de él que respondiese o no a la pregunta. De todos modos, no tenía ni idea de cuál podía ser la respuesta, y el señor Olderglough no lo presionó para que contestase. Siguió un momento de silencio, semejante al paso de una nube, y Lucy sintió el impulso de salir en defensa de Memel, lo cual era bien raro, porque no lo conocía y además había sido víctima de sus acciones. Cavilando sobre esta paradoja, siguió al señor Olderglough bajando por un tramo de escalera y después otro. El aire se hizo más denso, casi cenagoso. Lucy apenas daba crédito a que este tétrico edificio fuese ahora su hogar; de pronto empezó a preguntarse cómo sería su vida aquí y se le ocurrió pedir información sobre cuáles iban a ser sus tareas.

—Es más fácil preguntarlo que responderlo —dijo el señor Olderglough—. Porque nuestra vida aquí es muy cambiante, y por lo tanto también lo son nuestras necesidades. En general, creo que encontrarás ligera la carga de trabajo, de modo que dispondrás de bastante tiempo libre. Pero ahí llega la pregunta de qué hace uno con su tiempo libre. En ocasiones he tenido la sensación de que eso era lo más complicado con lo que lidiar del trabajo; de hecho, lo más complicado con lo que lidiar en la vida, ¿no crees, muchacho?

—Tal vez tenga usted razón, señor.

—Sin duda. A menudo me enfrento a una tarde o a una noche libres, sin nada pendiente, y, ¿sabes?, ante esa situación me invade algo muy similar al pánico. —El señor Olderglough suspiró—. En cualquier caso, por exponerlo de un modo escueto: tu principal función consiste en anticiparte a mis necesidades y cubrirlas. Tu predecesor lo hacía de maravilla.

—¿El señor Broom?

El señor Olderglough le lanzó una mirada gélida.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Me lo dijo Memel.

—¿Y qué más te dijo, si se puede saber?

—Nada más.

—¿Nada de nada?

—No mucho más. ¿Me va a contar usted qué le sucedió al señor Broom?

—Tal vez más adelante.

—¿Puedo preguntar dónde está ahora?

—Más adelante, chaval.

Lucy oyó una nueva detonación de disparo de rifle en la montaña. Como sin darle importancia, preguntó:

—¿Y quiénes son esos hombres con bayonetas, señor?

El señor Olderglough miró hacia el techo con curiosidad, como si buscara allí la respuesta.

—Hombres con bayonetas —dijo.

—Los que corren por el bosque. Los que están ahora disparando o recibiendo disparos.

—Oh, ellos. —El señor Olderglough se dio una palmada en el brazo en cabestrillo con un gesto de desdén—. Son inofensivos. Solo hacen ruido. No les hagas caso, eso es lo que hago yo.

A Lucy la respuesta le pareció, claro está, insatisfactoria.

—¿Puedo preguntar con quién se pelean?

—Con otro grupo. —El señor Olderglough se encogió de hombros—. Hombres como ellos.

—¿Y por qué se pelean? ¿Lo sabe usted?

—Bueno, chico, ¿por qué se pelea todo el mundo?

Lucy se quedó perplejo. Y aunque notaba que sus preguntas y comentarios incomodaban al señor Olderglough, no pudo evitar añadir:

—Habría preferido que me advirtieran de antemano sobre este asunto.

—Oh. ¿Y por qué?

—Señor, en el exterior del castillo hay una guerra.

El señor Olderglough puso los ojos en blanco y sentenció:

—No es una guerra.

—Hay balas zumbando por el aire.

—Eso no lo convierte en una guerra. Una guerra es una cosa mucho más gorda. Esto, en comparación, es una nimiedad. —Se quedó pensativo unos instantes—. Espero que no pienses que te van a pegar un tiro.

—Espero que no.

—Claro que no. ¿Por qué iban a hacerlo? A un joven encantador como tú.

El señor Olderglough se le acercó y le pellizcó la mejilla con fuerza. Los

dedos de ese hombre parecían de madera. «Vaya pasillo más largo», pensó Lucy.

Después de llegar hasta la otra punta del castillo, el señor Olderglough y Lucy dieron la vuelta, pero esta vez recorrieron otros laberínticos pasadizos, no menos inquietantes que los anteriores. El señor Olderglough le explicó que iban a visitar la cocina. Mientras caminaban, le fue contando:

—Te levantarás a las cinco y media de la madrugada y a las seis me traerás el té. Te lo habrá dejado preparado en una bandeja en la cocina Agnes, a la que pronto conocerás y a la que seguro que acabarás admirando, ya que es admirable en muchos sentidos y tú me parece a mí que eres un chaval con la cabeza bien asentada sobre los hombros, es decir, una persona capaz de separar el trigo de la paja.

—Espero serlo, señor, gracias por el comentario.

—De nada. Yo me tomaré el té en la cama y deberás estar preparado para verme con la ropa de dormir. No es que resulte escandalosa, tranquilo, es tan solo que me ha parecido sensato advertírtelo de antemano.

—Me parece muy bien, señor.

—Estupendo. Bien, sigamos. Te pido que me traigas la bandeja con el té tal como te la dejen preparada. Es decir, no me sirvas el té en la taza, déjalo en la tetera, y tampoco eches ni azúcar ni leche en la taza, porque son pequeñas acciones que prefiero hacer a mi manera, según mis gustos personales, que nadie más que yo conoce.

—Entendido.

—Son pequeños detalles bien resueltos que se van acumulando y que con el tiempo se convierten en algo meritorio. ¿Entiendes a qué me refiero, muchacho?

—Creo que no, señor.

—No me voy a conformar con otra cosa que no sea una taza de té perfecta.

—No.

—Estarás de acuerdo conmigo en que transigir es desastroso, ¿sí o no?

—No había pensado nunca en ello, señor.

—Un hombre acepta una taza de té que no cumple los estándares, porque se dice que no tiene importancia. Pero ¿qué sucede después? ¿Ves a qué me refiero?

—Supongo que sí, señor.

—Muy bien. Sigamos. Después de servirme el desayuno, volverás a la cocina, donde te esperará el tuyo. No olvides felicitar a Agnes, tanto si te gusta lo que te ha preparado como si no.

—Entendido.

—Lo que te preparará no te gustará.

—Entendido.

—Muchacho, aquí no te morirás de hambre, pero tampoco vas a engordar.

—No.

—Después del desayuno lo más probable es que Agnes te envíe al pueblo a comprar las provisiones diarias. ¿Tienes experiencia comprando en los mercados?

—No, señor.

—¿Distinguirías una verdura fresca de otra que no lo está?

—Desde luego que sí.

—Lo que buscamos son verduras en su punto óptimo.

—Sí, señor.

—Si están verdes, no nos interesan. Y si están pasadas, todavía peor.

—Buscaré las verduras más frescas.

—Esta es la actitud que busco. Y ahora, ¿puedo preguntarte qué sabes del regateo?

—Sé que existe.

—Pero ¿has regateado alguna vez?

—No, señor.

—Te darán un precio alto, pero no debes pagar ese precio —le explicó el señor Olderglough.

—No.

—Debes pagar un precio más bajo.

—En esto consiste el regateo.

—Exacto. Y ahora pasemos a la carne.

—La carne, señor.

—¿Has comprado alguna vez?

—Nunca, señor.

—Vas a tener que vigilar de cerca al taimado carnicero.

—¿Es taimado, señor?

—¡Y tanto que es taimado! Te va a colar ternilla con una sonrisa de lado a lado, y tú te irás tan campante, sin darte cuenta de que te la ha colado.

—Lo vigilaré bien de cerca, señor.

—Si le traes ternilla a Agnes, pasarás un mal rato.

—No lo haré, señor.

—Entonces todo irá como la seda. —El señor Olderglough sonrió a Lucy—. Las cosas entre tú y yo marchan viento en popa, ¿no crees?

—Eso espero, señor.

—Desde luego, así me lo parece, si te interesa mi opinión.

—Muy bien, señor.

—Desde luego que sí. Y ahora veamos si nuestra gran dama anda por aquí.

Habían llegado a la cocina, un espacio peculiar, ordenado, limpio y bien iluminado, con un montón de velas encendidas, una hilera de ventanas en la pared que daba al este y un alentador aunque modesto fuego que crepitaba en una pequeña chimenea en la esquina. Esto, sumado al calor que desprendía la cocina, convertía esa habitación en la más cálida de todas las que habían recorrido, y Lucy lo agradeció durante el rato en que permanecieron allí. De Agnes no había ni rastro. El señor Olderglough permaneció allí plantado con los ojos cerrados, balanceándose ligeramente y sonriendo, como si recordarse algo entrañable.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó Lucy.

El señor Olderglough abrió los ojos.

—Antaño, muchacho, aquí llegó a haber veinte personas de servicio. ¿Te lo imaginas? Cocheros, doncellas, porteros, un cocinero, una enfermera... Pero, por desgracia, ese tiempo ya pasó.

—Señor, pensaba que había dicho que Agnes era la cocinera.

—Ella era sirvienta. Cuando el cocinero se marchó, Agnes dio un paso al frente y aseguró que tenía buena mano con los pucheros.

—Pero me ha parecido que usted opina que no cocina muy bien.

—Jamás lo he dicho delante de ella. Pero en privado sí, no soy un entusiasta de sus platos.

—¿Y puedo preguntarle por qué no habla con ella al respecto?

—Porque me incomodan las situaciones desagradables. Y además resulta que esa mujer me impone un poco. Y, por otro lado, tampoco es que

la comida me interese mucho. —Miró a Lucy—. ¿A ti sí?

—Me gusta comer —dijo Lucy.

—¿En serio? —El señor Olderglough negó con la cabeza, como tratando de asimilar una excentricidad—. A mí nunca me ha seducido.

—¿Puedo preguntar qué ha sido de los demás sirvientes? —dijo Lucy.

—Bueno, se marcharon, está claro.

—Pero ¿por qué, señor?

—Supongo que consideraron que era lo mejor para ellos. —El señor Olderglough contempló la habitación con aire melancólico—. Veinte almas —dijo—, ¿y cómo estamos ahora? Bueno, ahora al menos te tenemos a ti, muchacho, y esto me levanta el ánimo, te lo puedo asegurar.

Lucy no estaba tan animado. Siguió al señor Olderglough hasta la despensa; los estantes estaban casi vacíos. De una esquina llegaba el ruido de roedores buscando comida y de pronto estalló una violenta pelea, que se prolongó y terminó con el agónico chillido del derrotado: estridente y agudo al principio, y después, difuso y apagado. El señor Olderglough tenía una expresión satisfecha, como si lo sucedido avalase sus planteamientos. Echándose hacia atrás el mechón, dijo:

—Encuentro la necesidad de constante mantenimiento del cuerpo lastimosamente fatigante, ¿tú no?

Lucy subió detrás del señor Olderglough por una estrecha escalera de caracol que le impresionó porque parecía no acabarse nunca y por lo sofocante y tenebrosa que era. Pasaron por un descansillo en el que había un escabel de madera de patas gruesas y cortas, al que el señor Olderglough dio un puntapié. Al final de la escalera estaba el cuarto de Lucy, un cubículo estrecho, de techo inclinado y con una ventana en el centro de la pared que daba al exterior. El mobiliario consistía en una cómoda con dos cajones, una mecedora, una sencilla cama y una estufa de cuerpo abultado en la esquina. Lucy dejó la maleta sobre la cama y la abrió. El señor Olderglough, detrás de él, dijo:

—Supongo que estarás cansado después del viaje.

—Supongo que lo estoy —replicó Lucy. Estaba revisando sus posesiones. En esa maleta llevaba todo cuanto poseía y no le parecía gran cosa, porque no lo era.

—Entonces debes descansar —dijo el señor Olderglough—, o no, eso es decisión tuya. En cualquier caso, tienes la tarde libre. Mañana empezarás a

trabajar, ¿te parece bien? Bueno, pues que pases un buen día, muchacho.

—Gracias, señor. Que lo pase usted también.

El señor Olderglough salió de la habitación y cerró la puerta, y Lucy se sentó en la cama. El señor Olderglough abrió la puerta y volvió a entrar en la habitación, y Lucy se puso en pie.

—Me he olvidado de comentarte lo de las cartas.

—¿Las cartas, señor?

—Las cartas, sí. El barón mantiene una copiosa correspondencia con la baronesa, que en la actualidad vive, o eso cree él, en la provincia más lejana del este. Cada mañana te encontrarás un sobre sellado en la mesilla de la entrada. Deberás llevarlo a la estación, donde esperarás al tren de las nueve en punto. El tren no se detendrá. Le entregarás la carta al propio maquinista, de este modo.

Levantó el brazo sano por encima de la cabeza.

—¿Quiere decir que lo cogerá de mi mano al pasar? —preguntó Lucy.

—Sí, exacto. Ya sé que no es un método muy ortodoxo, pero es el único modo de enviar el correo. —El señor Olderglough se rascó el mentón—. Me miras como si tuvieses alguna pregunta que hacerme.

—Sí —dijo Lucy—. Me preguntaba cómo se llegó a este método de recogida del correo.

—Ah, soborné al maquinista —dijo el señor Olderglough—. De hecho, sigo sobornando al maquinista. Probablemente suene inapropiado, pero le paso una suma ridícula y, si he de ser sincero, lo encuentro emocionante. Este contacto con la criminalidad me vigoriza..., aunque no debes decir ni una palabra sobre esto, muchacho. Y ahora veo que me miras como si tuvieses otra pregunta que hacerme.

Lucy asintió y dijo:

—El maquinista, señor. ¿Tendrá cartas para entregarme?

—No, ni una. La correspondencia del barón es unidireccional.

Lucy reflexionó sobre la definición de esa palabra.

—No sabía que eso existiese —admitió.

El señor Olderglough hizo una mueca como ofendido por una descortesía.

—¿Pretendes ser irónico? —preguntó.

—No lo pretendía, señor, en absoluto.

—Espero que no. Porque no me agradan las bromas, Lucy. En mi

opinión, la risa es el sonido más infame que puede emitir el cuerpo. ¿Puedo preguntarte si te ríes a menudo?

—Rara vez.

—¿Con qué frecuencia?

—Muy pocas veces, señor. De hecho, poquísimas.

—Muy bien —dijo el señor Olderglough—. Sigamos. Estas cartas son muy importantes para el barón, y deben entregarse con absoluto respeto y discreción. Quiero decir que nada de fisgonearlas.

—Jamás se me pasaría por la cabeza, señor.

—Tendrás la tentación de hacerlo.

—Aun así, no lo haría.

—Y si resulta que por fin un día el maquinista tiene una carta para entregarte, deberás actuar con el máximo rigor. Aunque sospecho que esa situación no llegará a producirse. De hecho, puedo asegurar que no se dará. Aun así, ya sabes qué debes hacer si se da el caso, ¿de acuerdo?

—Sé qué debo hacer, señor.

El señor Olderglough echó un furtivo vistazo al contenido de la maleta de Lucy.

—¿Dónde está tu uniforme, muchacho?

—No tengo.

—¿Qué... quieres decir?

—Que no tengo uniforme, señor.

—Vaya, ¿y entonces tienes algún traje elegante?

—Esto es todo lo que tengo —dijo Lucy, señalando la desgastada ropa que llevaba puesta.

El señor Olderglough contempló el conjunto con indisimulada desaprobación.

—¿No has pensado —dijo, mirando con desagrado el gorro de piel de cordero de Lucy— que se esperaba de ti que vistieses de un modo acorde con el puesto que vas a ocupar?

Lucy meditó la respuesta.

—Admito que sé que en este tipo de trabajos existen ciertos códigos de vestimenta —explicó—. Pero supongo que di por hecho que la persona que contrataba mis servicios me proveería de la ropa necesaria en caso de que tuviese que vestir de determinada manera.

—Ya veo. ¿Y quién te metió esta idea en la cabeza? Me gustaría saberlo.

—Nadie, señor. Se me ocurrió a mí.

—Es una idea atrevida.

—No pretendía ser atrevido.

—Pues lo has sido.

—Lo siento si lo he ofendido.

—Me has enojado un poco. Pero ya se me está pasando mientras hablamos. —El señor Olderglough miró por la ventana y volvió a concentrarse en Lucy—. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que posees cierto encanto?

—No que yo recuerde, señor, no.

—Pues posees cierto encanto.

—Me alegra escucharlo.

—Sí. En fin, quizá podamos hacer algo más adelante con respecto al uniforme, pero entretanto tendrás que apañártelas con lo que te encontremos por aquí.

—Como usted diga, señor.

El señor Olderglough se dispuso a salir de la habitación por segunda vez, pero en el momento en que iba a girar el pomo se quedó paralizado, de modo que Lucy le preguntó:

—¿Le pasa algo a la puerta, señor?

Durante unos instantes el señor Olderglough no respondió, y cuando lo hizo, su voz sonó apagada, reducida casi a un susurro:

—¿Te describirías como alguien con el sueño ligero?

—Creo que sí, señor.

—Bien. ¿Puedo preguntarte otra cosa? ¿Te acuestas temprano o tarde?

—Diría que depende. ¿Debo suponer que tiene usted alguna preferencia al respecto?

—Desde luego que sí. De hecho, te pediré, de un modo amigable pero firme, que te retires a tu habitación no más tarde de las diez, y que cada noche cierres la puerta con el pestillo.

Lucy no estaba seguro de haber oído la petición correctamente.

—¿Me pide que me encierre por las noches, señor?

—Sí.

—¿Es de verdad necesario?

—Sí.

—¿Y por qué es necesario, señor?

—Hummm —balbuceó el señor Olderglough—. Deberías encerrarte porque te lo pido yo, que soy tu superior, y debes acatar mis instrucciones, porque me gusta que se acaten. —Dicho lo cual, permaneció allí plantado, contento consigo mismo por la habilidad con que había esquivado la pregunta. Dio un golpe seco con los talones y se marchó, y Lucy se puso a deshacer la maleta. En el cajón de la cómoda encontró un pesado catalejo metálico con el nombre BROOM grabado en el tubo. Supuso que su predecesor lo utilizaba para vigilar las idas y venidas en la aldea, que se asentaba debajo de la ventana de la torre, y Lucy decidió seguir su ejemplo.

Cuando oteó a través del aparato, apareció la aldea, colorida y en movimiento. Vio al joven Mewe que salía de su chamizo y avanzaba con paso rápido y decidido, pero de pronto se detuvo, con una expresión de duda en el rostro. Dio la vuelta, regresó a su casa y no volvió a salir. Memel estaba plantado ante su chamizo, justo al lado del de Mewe. Discutía con una chica menuda a la que Lucy no logró distinguir bien, porque le daba la espalda. Cuando la chica se apartó de él y se marchó, Memel la llamó, pero ella no se dio por aludida. Mientras la contemplaba alejándose, Memel sonreía, de modo que la trifulca que habían tenido, al menos para él, no había sido ni tensa ni grave. Ya solo, sacó una pipa del bolsillo y llenó la cazoleta de tabaco. Lucy ya había olvidado que Memel se la había robado. Decidió recuperarla y, después de guardar la maleta debajo de la cama, bajó por la escalera de caracol.

III. KLARA LA SEDUCTORA

Eran las seis cuando Lucy descendió por la colina del castillo. El sol invernal ya se había escondido detrás de la montaña, y la aldea ya se preparaba para la noche. Sintió el frío en las orejas y se caló el gorro para cubríselas. Cuando atravesó los puestos cerrados del mercado, media docena de niños se arremolinaron detrás de él y lo observaron apiñados, llenos de curiosidad por el recién llegado. Les resultaba estimulante espiar al desconocido y, aunque la aventura tenía cierto peligro, sabían, con esa intuición infantil para estas cosas, que Lucy no era mala persona. Aun así, cuando él se volvió para saludarlos, salieron todos corriendo cada uno en una dirección, chillando como locos. Lucy se ruborizó al saberse centro de tanta atención, pero al mismo tiempo se sintió feliz, incluso en cierto modo orgulloso, como si se tratase de un recibimiento en toda regla.

Al pasar frente al chamizo de Mewe, se percató de que la ventana estaba entreabierta y se detuvo para fisgar en el interior. Mewe estaba sentado ante una mesa desnivelada, jugando a las cartas. En su rostro se dibujaba la expresión compungida de quien acaba de ser pillado haciendo trampas, porque, en efecto, eso era lo que había sucedido. Frente a Mewe estaba sentada una joven muy guapa. De hecho, era algo más que guapa, era exquisita.

Lucy supuso que tendría su edad, o tal vez fuese un poco más joven. Llevaba el abundante cabello castaño recogido en un moño alto, de modo que dejaba a la vista la delicada curva de su mandíbula, que convergía con el largo y estilizado cuello. Varias velas iluminaban la silueta de su cara a contraluz, y Lucy era incapaz de localizar el más mínimo defecto, ni un solo ángulo fuera de lugar, como si fuese una escultura de mármol tallada por la mano precisa de un maestro empeñado en dar forma al ideal de belleza pura. Su encanto contrastaba con el estado de su chaqueta, una prenda informe con aires de saco y unos puños tan desgastados que se deshilachaban. Pero ella desprendía tal magnetismo que Lucy era incapaz de apartar la mirada de su rostro. Sus ojos resplandecían iluminados por la oscilante luz de la vela

mientras reprendía a su contrincante en la partida.

—¿Por qué lo haces, Mewe?

—No lo sé. Es como un picor que tengo que aliviarme.

—Pero si haces trampas, para mí no tiene ninguna gracia jugar.

—¿No?

—¿Cómo va a tenerla?

—Pensaba que te podía resultar estimulante.

—¿Y qué te lleva a pensar eso?

—Tiene cierta lógica.

—¿Te gustaría que yo te hiciese lo mismo?

—Supongo que no.

La chica le quitó a Mewe las cartas que sostenía en la mano y las mezcló con el resto de la baraja.

—Aunque ganes, en realidad pierdes, ¿lo entiendes?

—No sé de qué me hablas —dijo Mewe.

Ella dejó de barajar.

—¿Vas a dejar de hacerlo, sí o no?

Mewe puso cara desafiante.

—Lo intentaré.

Un perrito negro de apenas unos días de vida trepó a la mesa y se apoyó contra una jarra de arcilla colocada entre Mewe y su encantadora invitada. Cuando la jarra volcó, Mewe la levantó de inmediato y sacó al cachorro de la mesa y se lo colocó en el regazo. La chica repartió las cartas y siguieron jugando, y Lucy tuvo la sensación de estar contemplando un cuadro que cobraba vida; había algo inmortal en esa escena, algo intemporal e intensamente evocador, que lo atrapó con su dulce tristeza. El embrujo se quebró cuando Mewe lo descubrió en la ventana y le dijo:

—Oh, hola.

La chica se volvió para mirar y, cuando sus ojos y los de Lucy se encontraron, a él lo invadió un vergonzante pánico, se escabulló y se arrimó a la puerta de Memel, con el corazón a punto de salirse por la boca.

—¿Quién era ese? —oyó que preguntaba la chica.

—Se llama Lucy. Lo conocimos en el tren. Ahora trabaja en el castillo. Es el sustituto del señor Broom.

Ella guardó silencio unos instantes y preguntó:

—¿Es buena persona?

—Lo parece. Pero ¿quién sabe? Quizá resulta que en realidad es un sinvergüenza.

La chica se rió sin alzar el tono y después guardó silencio. Lucy oyó el chirrido de su silla rozando el suelo, y un momento después ella se asomó por la ventana. Estaba a escasos centímetros de él, pero debido a la oscuridad no se percató de lo cerca que lo tenía. La joven estaba pensando en algo, más bien triste a juzgar por su expresión, y de pronto cerró la ventana y corrió la cortina. Lucy permaneció un rato en la nieve, sintiéndose como un idiota y tiritando.

Se volvió y llamó a la puerta de Memel. Este le abrió con un cachorro en la mano, este también negro pero con las patas blancas.

—¿Me robaste la pipa? —preguntó Lucy.

—Sí —respondió Memel.

—¿Me la puedes devolver, por favor?

Memel se adentró en la casa y regresó con la pipa.

—Gracias —dijo Lucy.

—De nada. —Memel señaló el castillo con un cabeceo—. ¿Qué tal te va?

—Bien.

—¿Qué has cenado?

—Nada.

—¿Tienes hambre?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Quieres que lo averigüemos?

Memel lo invitó a pasar a su chamizo.

La habitación delantera de la casa de Memel hacía pensar en la guarida de un animal. El suelo estaba sucio y el aire olía a raíces y especias. Las paredes eran de trozos de chapa en diversos estados de corrosión que temblaban cuando soplaba el viento. Pero no era un espacio desagradable: sobre la chimenea había colgado un caldero de cobre, cuya voluminosa y redondeada base recibía los lametones de las llamas, y las lámparas de aceite colgadas en hilera de las vigas desprendían una luz color miel. Lucy se sentó debajo de ellas ante una mesa baja. Había una camada de cachorros deambulando por la casa que, entre ladridos, jugueteaban derribando objetos varios y lanzándose los unos encima de los otros. La agotada madre reposaba

estirada en el suelo junto a la mesa, con el vientre todavía dilatado y completamente dormida.

—Pobre mamá —dijo Memel—. Está reventada.

Le dio un golpecito con el pie. Ella se levantó y se dirigió a una de las dos habitaciones del fondo, seguida por los cachorros. Memel retiró el caldero del fuego y lo colocó en el centro de la mesa para que se enfriase. Incluyó la cabeza hacia atrás y gritó:

—¡Mewe!

La voz amortiguada de Mewe llegó a través de la pared desde su chamizo:

—¿Qué?

—¿Está Klara contigo?

—Sí.

—¿Sigue enfadada conmigo?

Lucy oyó que la chica llamada Klara murmuraba algo, pero no logró descifrar sus palabras.

—Dice que no —respondió Mewe.

—¿Y tú te la crees?

—Sí, yo diría que sí.

—¿Y tú? ¿Sigues enfadado?

—Para nada.

—Entonces, ¿vienes a cenar con nosotros?

Una pausa, más murmullos.

—¿Quiénes sois «nosotros»? —preguntó Mewe.

—Lucy ha venido de visita. El chaval del tren.

—Sí, hace un momento nos estaba espiando.

Memel lanzó a Lucy una mirada interrogativa. Lucy negó con la cabeza y susurró:

—Solo he pasado por delante de su casa.

—Mewe, él asegura que no os estaba espiando.

—Oh. ¿Y entonces cómo llamamos a lo que estaba haciendo?

—Él dice que solo ha pasado por delante de tu casa.

Más murmullos. Y después Mewe dijo:

—Por favor, pregúntale de nuestra parte si él considera que para pasar por delante hay que estar en movimiento.

Lucy admitió que sí, que suponía que así debía ser, y Memel transmitió

su respuesta.

—Muy bien, y en ese caso —insistió Mewe—, ¿cómo explica entonces el hecho de que estuviese plantado delante de la ventana?

Memel enarcó las cejas.

—Lucy, ¿estabas plantado delante de la ventana?

—Tal vez me entretuve un momento.

—Ahora dice que se entretuvo un momento —anunció Memel.

—Ya veo —respondió Mewe. Más murmullos—. En ese caso, nos gustaría saber cuál es la diferencia entre ambas cosas.

Lucy creyó oír la risita contenida de Klara. Y le dijo a Memel:

—Espiar implica la esperanza de obtener información privada. Mi intención era mucho más inocente.

Memel digirió y después repitió sus palabras, que provocaron una nueva discusión en voz baja entre Mewe y Klara. Al final el primero dijo:

—¿Entonces Lucy se describiría a sí mismo como un curioso ocioso?

Ahora sí que Lucy estaba seguro de oír a Klara y Mewe reprimiendo la risa.

—¿Y bien? —le preguntó Memel sonriendo.

—Creo que es una descripción correcta —admitió Lucy.

—Dice que es una descripción correcta —informó Memel.

Durante unos instantes, Lucy no oyó más murmullos al otro lado de la pared. Por fin fue Klara la que habló:

—Papá, danos un momento para terminar la partida —dijo.

—De todos modos, el estofado todavía está demasiado caliente —dijo Memel, echando una ojeada al interior del caldero.

Se apartó de la mesa e invitó a Lucy a pasar a su dormitorio, un cubículo anodino, sin ventana ni muebles, salvo un colchón de paja en el suelo y una caja de madera que hacía también de mesilla de noche. Los cachorros se amontonaban en un rincón, succionando leche de su madre, que lanzó a Memel y Lucy una mirada de agobio. Memel se acuclilló y la acarició con suavidad, con aire preocupado.

—La van a matar. —Se volvió y le preguntó a Lucy—: ¿Te gustaría tener un cachorro?

—Oh, no, gracias.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Bueno —dijo Memel—, esto va a acabar mal. —Agarró al cachorro de las patas blancas y salió de la habitación. A Lucy le invadió una sensación angustiante, siguió a Memel y vio que estaba ante el barril de agua que tenía junto a la entrada, con el brazo sumergido hasta el codo—. Si muere la madre, morirán todos —dijo, contemplando la oscura agua con determinación.

Pasaron unos instantes inacabables y, cuando sacó el brazo del agua, no llevaba nada en la mano. Volvió a la habitación, salió con otro cachorro y se dispuso a sumergirlo en el barril. Por qué lo hacía delante de Lucy y además justo antes de cenar era algo que este no se explicaba. Fuera cual fuese el motivo, se sintió obligado a intervenir. Cuando habló, no lo hizo movido por ninguna idea o combinación de palabras, sino en respuesta a una suerte de dolor, de un modo muy similar al grito involuntario que uno lanza al hacerse daño.

—Basta —dijo—. Si hay que llegar a esta situación, acepto llevármelo.

Memel se le acercó y depositó al cachorro en la palma de su mano.

—Llevármela —le corrigió Memel, y se dirigió a la mesa para servir el estofado.

La cachorrilla era la más pequeña de la camada. De pelaje negro resplandeciente, la cabeza le oscilaba como si fuese una anciana sin fuerzas. Alzó la vista para mirar a Lucy y abrió la boca, pero de ella no salió ningún sonido. Bajó la cabeza y cerró los ojos y Lucy se la metió en el bolsillo de la pechera del abrigo. Ella alzó el hocico orgullosa y mostró los dientecillos. Lucy le acarició el pelaje por encima de la nariz y la perra le lamió la punta del dedo, lo cual hizo que Lucy sintiera mariposas en el estómago. Y se dio cuenta de que, cuando uno se siente amado, mejora su autoestima. Fue como si llevase tiempo esperando este momento, sabiendo que se acercaba, de modo que, al llegar, lo asumió sin darle muchas vueltas. Detrás de él, Memel dijo:

—Ven, Lucy, el estofado ya está listo.

Cuando Lucy volvió la cabeza se llevó una sorpresa, porque Klara y Mewe habían entrado sigilosamente y ya estaban sentados, muy tiesos y con las manos sobre la mesa, en actitud formal, salvo por la sonrisa que se les dibujaba en los labios. Lucy sospechó que ese modo de deslizarse de forma inadvertida en la casa formaba parte de la broma que le estaban gastando, una diablura en su honor o a su costa. Como suele ser habitual en este tipo de

bromas, no era hiriente, pero entonces, ¿por qué notó que estaba rojo como un tomate mientras se sentaba a la mesa? Klara fue la primera en llevarse una cucharada a la boca, se tapó la cara y su cuerpo dio pequeñas sacudidas. Mewe dejó escapar una serie de discretos resoplidos. Memel, ya sentado, se percató de su buen humor, pero no tenía ni idea de su origen. Se inclinó hacia delante, apoyándose en los codos, y preguntó interesado:

—¿Alguien ha contado un chiste?

—No —respondieron al unísono Mewe y Klara.

—¿Ningún chiste?

—No.

Memel trató de olvidarse del asunto, pero no pudo.

—Oh, vamos, contadnos el chiste de una vez. —Sentía verdadera curiosidad. Tenía ganas de reírse con los demás, ya tenía la sonrisa dibujada en la cara, anticipándose a la diversión. Pero cuando quedó claro que Mewe y Klara no iban a ofrecer ninguna explicación, hizo una mueca y le dijo a Lucy —: Son unos groseros.

Lucy clavó la mirada en el estofado, a la espera de que pasase el incómodo momento. En voz baja, le dijo a Memel:

—Supongo que es algún tipo de broma entre ellos.

Klara se puso en pie de inmediato al oír el comentario, como si se hubiese clavado un alfiler, y miró fijamente a Lucy durante tanto rato que él pensó que no iba a tener otro remedio que mirarla a la cara.

Cuando sus ojos se encontraron y se sostuvieron la mirada, de nuevo él se sintió importante, pero ahora con más fuerza que antes. Sintió en sus entrañas una reverberación y se le aceleró el pulso. No podía intuir lo que sentía Klara, si es que sentía algo, pero algo en la expresión de Lucy alarmó a la chica, que de pronto apartó la mirada. Cuando lo hizo, a él le dio un vuelco el corazón y sintió deseos de estirar el brazo y tomarle la mano. Y se dio cuenta de que ahora era ella la que se había sonrojado.

Lucy se concentró en su plato. El estofado estaba deliciosamente picante, de modo que sintió cómo brotaban las gotas de sudor en sus sienes, bajo el gorro, y la lengua le ardía. Memel le llenó el vaso de agua, pero Lucy, recordando lo que yacía en el fondo del barril, optó por el vino. Estaba poco habituado a beber alcohol y, al hacerlo, enseguida sintió cierta desinhibición y decidió que iba a pasárselo bien. Cuando terminó el estofado ya iba por la tercera copa y le dominaba una sensación de seguridad en sí mismo o

comodidad ante la situación en la que estaba. Mewe y Klara seguían con sus susurros y risitas, pero a Lucy ya no le incomodaban; de hecho, pensó con orgullo que él era el centro de atención. ¿No resultaba después de todo divertido? El joven desconocido, pálido y escuálido, con un cachorro en el bolsillo. No protestó, ni se sintió ofendido, sino que se puso a prepararse una pipa, porque ahora por fin tenía un público que contemplaría cómo fumaba y se maravillaría por la complejidad de sus ideas. Pero, ay, cuando el áspero humo le rozó la garganta, empezó a toser de tal modo que el contenido de la cazoleta de la pipa acabó desparramándosele por encima. A Memel, Mewe y Klara la escena les pareció muy graciosa y los tres se pusieron a reír a carcajadas, sin disimulo y durante un buen rato. Lucy supo, en el mismo momento en que el tabaco salió volando por los aires, que no se recuperaría de esa metedura de pata; con gesto solemne, se guardó la pipa en el bolsillo del abrigo, se acabó la copa de vino y se sirvió otra.

La habitación le daba vueltas, giraba lentamente y le provocaba una sensación de mareo semejante a la que sintió cuando subía a su habitación por la escalera de caracol del castillo, una sensación moderadamente perturbadora, pero no del todo desagradable. Sacó a la cachorrita del bolsillo, la depositó sobre la mesa y se puso a hacerle cosquillas y a jugar con ella. Ella se echó hacia atrás y le mordió la mano, pero era tan pequeña que no le hizo daño, y Lucy se rió por la ineficacia del ataque. Las facciones de Klara se desdibujaban bajo la oscilante luz de las velas; contemplaba a Lucy con aparente indiferencia. Sin embargo, no le quitaba ojo de encima.

Lucy seguía bebiendo vino como si fuese agua y llegó al nivel de ebriedad en que ya le era imposible pensar con claridad. Notaba la boca adormecida y farfullaba al hablar. Esto divertía a los demás, que no paraban de hacerle preguntas, para evidenciar y reírse de su estado.

Empezó a concebir negros pensamientos. Era obvio que esta gente jamás lo acogería de buena gana en su círculo, y que el único motivo para invitarlo era mofarse de él. Cuando vio al perrito de patas blancas asomando la cabeza desde detrás del barril de agua, supo que Memel le había tomado el pelo y eso fue la gota que colmó el vaso. Se puso en pie y se dirigió dando bandazos hacia la puerta, mientras los otros lo llamaban, con voces ahogadas y entrecortadas por la risa. Memel se le acercó, le agarró del abrigo y le imploró que se quedase. Lucy se apartó de él, salió del chamizo y se enfrentó a la monstruosa ventolera, que le arrancó el gorro de la cabeza y se lo llevó volando. Al darse cuenta de que llevaba a la perrita en la mano, se volvió con

la idea de devolvérsela a Memel, pero Klara estaba plantada en la entrada con una mueca de arrepentimiento en la cara y Lucy no se sintió capaz de confrontarse con ella. Se metió a la perrita en el bolsillo y emprendió la dificultosa caminata por la nieve hacia la acechante y negrísima silueta del castillo.

Mientras subía por la escalera de caracol golpeándose contra las paredes, trastabillando en la oscuridad y con los brazos extendidos como si fuese un mendigo ciego, le invadió un profundo resentimiento. Su idea al marcharse de Bury era que se convertiría en una persona diferente, y que ese nuevo hombre provocaría si no estima, al menos respeto. Pero daba la impresión de que todo seguía igual: se mofaban de él y le hacían parecer idiota. Esos aldeanos lo habían etiquetado de inmediato como alguien a quien no se podía tomar en serio. Al recordar su salida del chamizo, le vino a la cabeza la idea de que Memel le había vuelto a robar la pipa. Se palpó el bolsillo y se dio cuenta de que así era, se detuvo en lo alto de la escalera y lanzó un bufido.

Se dejó caer en la cama sin desvestirse siquiera. La perrita salió del bolsillo y se puso a olisquear bajo las mantas. Lucy contempló el bultito que reptaba entre los recovecos que formaba la tela. Cayó rendido y durmió mal, con sus frustraciones materializándose de forma extraña en sus sueños: la evanescente entrada de un chamizo, una escalera inacabable... Y de este modo se completó su primer día en el castillo.

IV. EL CASTILLO VON AUX

Por la mañana, Lucy se encontró con una mujer menuda y gruesa plantada a los pies de la cama, ataviada con un delantal de un blanco immaculado y con una mueca de desagrado dibujada en el rostro. Llevaba el cabello gris corto, y también su cara tenía una tonalidad gris. De hecho, cabello y cara tenían un color tan similar que se confundían hasta el punto de desconcertar a Lucy. Las manos, que tenía cruzadas sobre el estómago, estaban muy enrojecidas, como si las hubiese escaldado con agua hirviendo. Era Agnes, la cocinera.

—¿No te han dicho que cierres la puerta? —le dijo.

—Hola. Sí. Buenos días, señora. Sí me lo han dicho.

A Lucy la cabeza le martilleaba, y tenía la boca tan reseca que le costaba hablar. Le asomaban las botas por debajo de las sábanas y Agnes, señalándolas, le preguntó:

—¿Esto es una costumbre en tu tierra?

—Me quedé dormido —se excusó Lucy, incorporándose.

—Es lo esperable cuando uno se mete en la cama. Mi pregunta es por qué no te quitaste las botas antes de quedarte dormido. —Agnes retiró la manta; las sábanas estaban manchadas de tierra y nieve. Cuando apareció la cachorrita, Agnes lanzó un grito ahogado—: ¡Dios mío! Pensaba que era una rata.

—No es una rata, señora.

—Ahora ya lo veo. —Agnes se inclinó y acarició la cabeza de la perra —. ¿El señor Olderglough sabe que tienes aquí un animal?

—No.

—¿Y cuánto tiempo pensabas ocultárselo?

—No se lo he estado ocultando, señora. Acabo de traerlo.

—Sin duda, él querrá saberlo.

—No olvidaré comentárselo.

—Muy bien. Me pregunto cuándo piensas levantarte. El señor Olderglough ha tenido que ir a buscar él mismo su desayuno y el tuyo se está

enfriando desde hace rato.

—Lo siento, señora; no volverá a suceder. Ahora mismo me levanto.

Agnes asintió y atravesó la habitación para salir. Se detuvo en la puerta y dijo:

—¿Te acordarás de cerrar con pestillo?

—Sí, señora.

—Es algo que no debes olvidar. —Miró a Lucy volviendo la cabeza hacia atrás—. O acaso no entiendes lo importante que es.

Lucy sacó las botas de la cama y las plantó en el suelo.

—Supongo que sí lo entiendo. —Cogió a la cachorrita y se la metió en el bolsillo—. Bueno, en realidad no —dijo—. ¿Puede explicarme por qué debo cerrar la puerta con pestillo?

—Todos debemos cerrar nuestras puertas.

—Pero ¿por qué motivo?

Agnes midió muy bien sus palabras:

—Hay un motivo para hacerlo, y eso es todo lo que debes saber.

Agnes salió de la habitación y Lucy se quedó un rato sentado en la cama, reflexionando.

—Me gustaría saber mucho más al respecto —dijo al final. Después, lo cierto es que desearía haber sabido menos.

Se acercó a la ventana con el catalejo.

El señor Olderglough estaba sentado en el comedor de los sirvientes, una sala estrecha y triste conectada con la cocina. Ya no llevaba la mano en cabestrillo, que parecía curada, y estaba repasando muy concentrado un enorme libro de contabilidad, junto al que tenía su desayuno, consistente en un bol de gachas, una fina rebanada de pan seco y una taza de té. Había otro desayuno idéntico preparado para Lucy, que se sentó, probó las gachas y no quedó nada satisfecho ni con el sabor, ni con la textura, ni con la temperatura. El té también estaba frío, además de amargo, pero al menos le quitó el sabor a serrín de las gachas, de modo que se lo bebió de un trago.

—Buenos días, señor —saludó Lucy con voz entrecortada.

El señor Olderglough asintió, pero no abrió la boca, concentrado en cortar su rebanada, tres cortes longitudinales y tres verticales, con lo que obtuvo nueve pedazos cuadrados. Una vez cortado el pan, sacó la lengua y depositó sobre el carnosos apéndice rosáceo uno de los trocitos. Metió la

lengua en la boca y procedió a masticar, mientras lanzaba a Lucy una mirada que le retaba a hacer algún comentario. Lucy no lo hizo. En lugar de eso, inquirió:

—Señor, me preguntaba si se me permitiría tener una mascota.

El señor Olderglough tragó. Con aire moderadamente alarmado preguntó:

—¿Un animal?

—Un perro, señor. Un cachorro.

—¿De dónde demonios has sacado un cachorro?

—De Memel, señor. Su perra ha parido una camada.

—Ya veo. Y te ha cargado a ti el muerto, ¿eh?

—Yo no lo llamaría cargarme el muerto.

—¿Lo que ha hecho no es un sálvese quien pueda?

—No exactamente, señor. De hecho, me gustaría quedarme con el cachorro. Si usted me lo permite, por supuesto.

En el rostro del señor Olderglough se había instalado una expresión de perplejidad.

—¿Cuándo ha sucedido todo esto, si se me permite preguntarlo?

—Hace muy poco, señor.

—Evidentemente. —Con la mirada perdida en el vacío, el señor Olderglough inquirió—: ¿Alguna vez has tenido la sensación de que todo pasa demasiado rápido?

—No sé a qué se refiere, señor.

—¿La fugacidad del tiempo? ¿Que todo sucede en un instante?

—No estoy seguro, señor.

—¿Que los acontecimientos se precipitan? ¿Y que una vez que un acontecimiento se ha precipitado ya no hay marcha atrás?

—Supongo que eso es cierto, señor.

—Sí, bueno, en cualquier caso, si quieres tener una mascota, ¿quién soy yo para interferir en tu felicidad?

—Entonces, señor, ¿puedo quedarme con el cachorro?

—¿Por qué no? No me corresponde a mí juzgar tus actos. Yo soy partidario de la libertad individual.

—Sí, señor.

—Cada cual debe seguir los deseos de su corazón, ¿no te parece?

—Oh, sí, señor.

—Solo se vive una vez, ¿verdad, Lucy?

—Solo una vez.

—Y hay que ir a por todas.

—Exacto.

—Así que adelante, ¿no te parece?

—Sí, señor.

De pronto, el señor Olderglough preguntó:

—¿Por qué no te comes las gachas?

—Tienen un sabor raro, señor.

El señor Olderglough miró a su alrededor, se inclinó hacia Lucy y susurró:

—Échalas en la chimenea, ¿de acuerdo? Y las mías también. Agnes se pone hecha una furia si no rebañamos los platos.

Lucy hizo lo que le pidió Olderglough y volvió a su sitio.

—¿Es macho o hembra? —preguntó el señor Olderglough.

—Hembra, señor. Espero que eso no sea un problema.

—No tengo preferencias. Lo preguntaba por preguntar. ¿Te apetece otra taza de té?

—No, gracias.

—Creo que yo sí tomaré otra. —El señor Olderglough se sirvió una segunda taza de té, dio un melindroso sorbo y comentó—: ¿Sabías que yo tengo un pájaro? —Esto lo dijo como si fuese algo que hubiera olvidado y de pronto lo recordase con sorpresa.

—No, no lo sabía, señor —respondió Lucy.

—Una grácula religiosa —explicó el señor Olderglough—. Se llama Peter. Pensé que alegraría mi habitación con sus melodías. Pero resulta que no dice ni pío.

—Creía que las gráculas religiosas eran parlanchinas.

—Eso pensaba yo también. Imagínate el chasco que me llevé.

—Desde luego.

—Piensa en ello.

—Lo haré. Me pregunto si no tendrá alguna tara.

—O simplemente carece de sentido del espectáculo. Sea por lo que sea, Peter habla menos que un monje que ha hecho voto de silencio. —El señor Olderglough suspiró—. Si quieres que te diga la verdad, Lucy, agradecería un poco de música, no me vendría mal un poco de alegría. —Apoyó la cabeza en

el respaldo de la silla—. Siempre me ha gustado el nombre: Peter. Habría llamado así a mi hijo, de haber tenido uno. Bueno, no habrá sido porque no lo haya intentado. Si me dieran un céntimo por cada baile al que acudí en mi juventud...

—Sí, señor.

—Parece que algunos de nosotros estamos destinados a vagar solos por el mundo.

—Es tristemente cierto, señor.

El señor Olderglough apartó su plato.

—¿Te gustaría conocerlo? A Peter.

Lucy no tenía especial interés, pero parecía esperarse de él que mostrase interés, así que dijo que por supuesto que sí. El señor Olderglough dio una palmada, se puso en pie y empezó a abotonarse la chaqueta con rapidez.

Peter era un pájaro muy antisocial. Un paseriforme de tamaño medio con plumaje de un negro apagado y un puntiagudo pico entre naranja y amarillento, que adoptaba una actitud huraña en su percha y no miraba a los visitantes, sino a través de ellos. De hecho, Lucy pensó que su expresión, si es que un pájaro tiene tal cosa, desprendía un legítimo odio.

—Este es Peter —dijo el señor Olderglough.

—Hola, Peter.

—Di hola, Peter.

Peter no dijo hola, sino que inclinó la cabeza hacia el pecho, levantó una pata, se quedó inmóvil y parecía que iba a permanecer así para siempre.

—Ya se ha cerrado en banda —dijo el señor Olderglough—. ¿Ves a qué me refiero?

—Sí, señor. ¿Y dice que jamás ha emitido sonido alguno?

—Ni una sola vez.

—Algo habrá que le haga cantar, señor.

—No hay forma de conseguirlo.

El señor Olderglough se sentó en un descolorido sofá que tenía en una esquina de su habitación. Murmurando para sí mismo, el hombre se pasó un rato perdido en sus divagaciones, y Lucy aprovechó la situación para echar un vistazo a los aposentos de su superior: al mismo tiempo señoriales y de un gusto horrible, antaño debieron de ser elegantes, pero ahora resultaban totalmente pasados de moda y estaban cubiertos por una capa de polvo. En

esa habitación se notaba más de lo habitual el paso del tiempo, y Lucy tuvo la sensación de que era la primera visita que recibía allí en mucho tiempo.

Sonó un reloj de pared y el señor Olderglough dijo:

—Lucy, es hora de que vayas a la estación. En la entrada encontrarás la carta del barón sobre la consola, y también la lista de lo que necesitamos del pueblo.

—¿Y con qué dinero pago las compras?

El señor Olderglough se puso en pie y se palpó los bolsillos, pero no llevaba nada.

—Hazme un favor, muchacho, págalo con tu dinero. Te lo devolveré.

—Me temo que no puedo hacerlo, señor.

El señor Olderglough sintió una punzada de pánico.

—¿No tienes nada suelto a mano?

—Nada. —Lucy guardó silencio unos instantes y después dijo—: Tal vez, señor, si me diese usted un adelanto de mi paga...

—Hummm —dudó el señor Olderglough—. No, no creo que vaya a hacerlo.

—Me preguntaba cuándo iba a cobrar —admitió Lucy.

—Se te pagará el día de paga, naturalmente. De momento, espérame en la entrada, por favor.

Mientras Lucy iba desde la habitación del señor Olderglough a la entrada del castillo, pensó que se sentía cómodo en su posición, le gustaba que le dijese qué tenía que hacer, disfrutaba de la maravillosa sencillez que representaba eso. Siempre había notado que tanto su padre como su madre deseaban que hiciese algo, cualquier cosa, pero eran reacios a darle instrucciones, y dado que él carecía de ambiciones, no hacía nada y lo único que conseguía era seguir decepcionándolos. Pero ahora, de repente, era útil, le decían qué hacer, y eso le proporcionaba una sensación de dignidad. Cuando llegó a la entrada, se quedó junto a la consola esperando al señor Olderglough y disfrutando de esa sensación. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, la animada actitud de Lucy se transformó primero en inquietud y después en franco aburrimiento. Echó un vistazo a la lista de la compra, pero no ofrecía nada mínimamente ameno, de modo que sintió la tentación de echar un vistazo furtivo a la misteriosa carta del barón. Sabía que no debía hacerlo, que contravenía de manera directa las directrices del señor Olderglough, pero el deseo fue haciéndose cada vez más incontrolable y al

final cedió a él. Pasó un dedo por debajo del lacre, abrió el sobre y desplegó la carta.

Querida:

¿Qué novedades tienes? ¿Me vas a decir que ya no me quieres? No confesaré si preferiría enterarme de esto antes que este demoledor silencio. La verdad es que ya no capitaneo este asolado barco. Retiré la mano del timón hace ya mucho tiempo y no me importa en absoluto saber hacia qué destino se dirige la nave. ¿Chocaremos contra unas misericordiosas rocas?

¿Por qué los días felices se me borran de la memoria y en cambio recuerdo los malos de un modo cada vez más vívido? Es más, ¿por qué me molesto en seguir preguntándote nada? Es asombroso, ¿cómo pueden seguir estando los días tan impregnados de alguien por completo ausente? La magnitud de tu vacío me hace sentir minúsculo. Es tan vasta que una parte de mí tiene la esperanza de que hayas muerto. Eso al menos explicaría tu silencio y me daría cierto consuelo. También me haría más fácil enfrentarme con mi propia muerte. Y sin embargo te sigo amando más y más cada día que pasa.

Soy todo tuyo,

Barón Von Aux

Lucy lo leyó a toda velocidad y después una segunda vez con más lentitud. Parecía que de esas palabras emanaba un leve rumor o vibración y Lucy acercó la oreja a la hoja como para absorberla. Reconoció algo de sí mismo en esa carta, pero al mismo tiempo sintió envidia del mal de amores del barón, sin duda muy superior al que él jamás habría sentido. Sentir esos celos le pareció infantil y sin embargo no consideró que fuese algo vergonzante. Volvió a meter la carta en el sobre y la acababa de dejar sobre la mesa cuando apareció el señor Olderglough.

—Vas a tener que estirarlas —le dijo mientras depositaba sobre su mano varias monedas. Lucy sumó su valor y le pareció imposible, y así se lo comunicó al señor Olderglough, quien elogió los méritos de una sociedad basada en el uso del crédito. En ese momento apareció Agnes doblando una esquina. Agitaba en el aire sus puños enrojecidos, enfatizando su evidente ira.

—¿Quién de vosotros ha tirado las gachas a la chimenea?

—Ha sido Lucy —dijo el señor Olderglough, y desapareció de inmediato. Agnes no se percató de su fuga; fue directa hacia Lucy, como si avanzase sobre bien engrasadas ruedas.

Lucy recibió la reprimenda con lo que esperó que fuese una actitud elegante. Se limpió las salpicaduras de saliva de la cara y salió, lamentando haber perdido su gorro, porque el frío lo golpeó en cuanto puso un pie en el exterior, y se le adhirió al cuello, las orejas y el cuero cabelludo. Se subió el cuello y caminó con paso decidido; oía el tren, pero aún no lo veía. Mientras caminaba hacia la estación, miró de reojo la aldea. De la chimenea de Memel y Klara salía un hilillo de humo, y Lucy se preguntó si sería ella la que había encendido el fuego. Decidió que sí y se la imaginó acucillada frente a la chimenea, con las llamas chisporroteando entre los troncos. Visualizó el humo que ascendía en espirales antes de ser succionado por el tiro de la chimenea para salir al exterior. Lucy sintió un dolor en el pecho. Deseaba saber cómo era el día a día de Klara.

Al llegar a la estación, se encontró con Memel y Mewe en el andén, enfrascados en otra discusión. Memel sostenía una liebre muerta en la mano, que Mewe insistía en arrebatarle. Memel estiraba el brazo para que no lograra alcanzarla. Mewe echaba humo.

—Dámela —dijo.

—No pienso hacerlo —respondió Memel.

—Sabes perfectamente que estaba en mi trampa.

—Si hubiera quedado atrapada en tu trampa, ahora la tendrías tú, porque yo jamás reclamaría un animal que no fuese mío.

—¡Pero eso es precisamente lo que estás haciendo! —Mewe trató de cogerla de nuevo y Memel volvió a estirar el brazo para mantenerla fuera de su alcance—. Lo más inquietante de todo esto —le recriminó Mewe— es que te estás empezando a creer tus propias mentiras.

—Solo Dios sabe qué es lo más inquietante de todo esto.

Mewe alzó un dedo amenazante y dijo:

—Siempre metes a Dios en las discusiones que sabes que estás perdiendo, porque el mentiroso siempre se queda solo y agradece cualquier apoyo. Bueno, te lo voy a preguntar por última vez: ¿me vas a dar la liebre, sí o no?

—Sabes que no.

—Muy bien. —Mewe le plantó un taconazo a Memel en el dedo gordo

del pie. El viejo pegó un grito, la liebre salió volando por los aires y Mewe corrió a cogerla. En el mismo momento en que atrapaba al bicho volador, Memel lo derribó y los dos se pelearon sobre la nieve, tirando de la liebre, apretando los dientes e insultándose con absoluta vulgaridad. A Lucy el espectáculo le pareció fascinante, y sentía curiosidad por saber quién acabaría llevándose la liebre; pero el tren estaba ya a punto de entrar en la estación, así que se vio obligado a dar la espalda a los contendientes.

Lucy se colocó en el borde del andén y sostuvo la carta con el brazo en alto. Mientras el tren se acercaba, observó con atención la oscura cabina de la locomotora tratando de ver al conductor. Al no distinguir movimiento alguno, temió que se hubiese equivocado en algo, pero en el último momento asomó una gruesa mano, con los dedos extendidos, lista para atrapar la carta. Lucy contuvo el aliento, y cuando el tren pasó a su lado a toda velocidad, se vio envuelto por un chorro de aire glacial de tal magnitud que no sabía si aún sostenía la carta en la mano o ya le había sido arrebatada. Alzó la mirada y vio que ya no la tenía; giró la cabeza y avistó el sobre azul ondeando en el puño cerrado del maquinista. El puño desapareció de inmediato. La carta ya estaba en el correo.

Lucy sintió una satisfacción y un entusiasmo embriagadores ante el novedoso método de entrega y, obnubilado, se acercó demasiado al tren y sintió un escalofrío al percatarse de que estaba a punto de ser succionado fuera del andén hacia las rechinantes ruedas metálicas y el estridente mecanismo que las movía. De pronto fue consciente de la arrolladora fuerza del tren y, con prudencia, dio un paso atrás mientras acababa de pasar. No le gustaba pensar en la muerte de nadie, y menos aún en la suya.

Cuando se dio la vuelta, se percató de que Memel y Mewe habían dejado de pelearse y estaban ambos plantados ante él, jadeando y cubiertos de nieve, cada uno agarrando la liebre por una punta. Los dos sonreían. Tras ellos, en la cima de la amenazadora montaña, Lucy oyó las lejanas detonaciones de la zona de guerra, porque los soldados combatían de nuevo como un enjambre de insectos alrededor de un pastel.

Dirigiéndose a Memel, le dijo:

—Me has vuelto a robar la pipa.

—Sí, es cierto —reconoció Memel—. ¿Quieres que te la devuelva?

Lucy dijo que sí y la pipa volvió a sus manos. Descubrió que la boquilla estaba mordisqueada y que la cazoleta apestaba al tabaco de menor calidad de Memel. En un tono severo, Lucy le dijo:

—Quiero que dejes de robármela, ¿lo has entendido?

Memel enarcó las cejas y meneó la cabeza, como si la observación le fascinase.

—¿Vas a parar de hacerlo, sí o no? —insistió Lucy.

—Oh, de acuerdo.

Lucy se dirigió hacia el pueblo. Era obvio que no quería compañía, pero Memel y Mewe no se dieron por aludidos y corrieron tras él hasta alcanzarlo y lo acompañaron.

—Estamos encantados de volver a verte, ¿lo sabías? —dijo Memel—. Anoche te marchaste de una manera tan precipitada que no sabíamos muy bien qué pensar.

—Que había llegado la hora de marcharme, supongo.

—Sin duda fue eso. Pero ¿vendrás otra vez esta noche? Esta mañana he cazado una liebre estupenda, y Klara nos la preparará estofada.

—De hecho —intervino Mewe—, la liebre la he cazado yo.

—Se ha cazado una liebre, eso es todo lo que necesita saber.

—Creo que querrá saber la verdad.

—Sí, ¿y cómo va a dilucidarla con todas las falsedades que cuentas?

Lucy los interrumpió para decir:

—No creo que pase a veros esta noche.

Memel y Mewe se quedaron de piedra al oírlo.

—¿Y por qué no? —preguntó el primero.

Al recordar sus miradas maliciosas y burlonas a la luz de las velas en el chamizo, Lucy les dijo:

—Prefiero no ir, eso es todo.

Memel y Mewe cruzaron una mirada solemne y el primero dijo:

—¿Sabes qué, Mewe? Me parece que a Lucy no le caemos simpáticos.

—Creo que tienes razón —replicó Mewe.

Memel reflexionó sobre ello y lanzó la pregunta:

—Pero ¿por qué?

—No sé por qué.

—Bueno —dijo Memel—. No resulta muy agradable, ¿verdad? No caer simpático.

—No, desde luego que no.

Memel siguió reflexionando:

—Pero ¿crees que al menos siente hacia nosotros una ligera simpatía?

—Tal vez. Pero, por lo que parece, no la suficiente como para cenar con nosotros.

—Es como una tenue llamita, ¿es eso lo que quieres decir?

—Le caemos bien, pero muy poquito —dijo Mewe asintiendo.

—Una tenue llamita, desde luego. Bueno, ¿y qué podemos hacer al respecto?

—Sí, ¿qué podemos hacer?

—Si ve que le pedimos por favor que sea nuestro amigo, quizá se lo repiense.

—Sí.

—Y quién sabe. Quizá con el tiempo acabará sintiéndose cómodo con nosotros.

—Es muy posible.

—Entonces, supongo que no podemos hacer otra cosa que esperar a ver qué sucede.

—Así es, sí.

—Esperar a ver qué sucede y confiar en que la cosa funcione.

—Exacto.

Mientras seguían con su animada conversación, Memel y Mewe se separaron de Lucy. Memel hacía girar la liebre en el aire con aire despreocupado; de pronto se la lanzó a Mewe, que la cogió y se la devolvió con otro lanzamiento. Lucy se había detenido para contemplar cómo se alejaban, pero decidió seguir su camino y observarlos desde lejos. Tenía que hacer las compras.

Con las verduras, Lucy regateó un poco, pero no lo hizo muy bien. La verdulera, una mujer ya bien entrada en la mediana edad, de gesto serio y labios finísimos, solo vendía patatas, calabacines, zanahorias y cebollas, y lo que tenía a la vista no estaba muy fresco. Después de inspeccionar la mercancía, Lucy le pidió que le mostrase mejores piezas, convencido de que la verdulera tenía los productos de más calidad escondidos, pero la mujer no parecía dispuesta a hacerle ningún favor a un desconocido y no se tomó la molestia de siquiera disimularlo. Pensando en futuras compras, Lucy aceptó su derrota parcial poniendo buena cara y le deseó a la mujer un feliz día mientras se alejaba de su puesto. Pero tenía claro que con el carnicero no podía flaquear, porque, si lo hacía, su compra inaugural sería considerada un

fracaso.

Al acercarse al siguiente puesto adoptó la actitud de un hombre al que no se le puede tomar el pelo. Ante él tenía a un tipo de aspecto rudo, con manchas de sangre en el delantal y aire malhumorado: el taimado carnicero, que podría haber respondido de cientos de maneras diferentes al saludo de Lucy, pero que optó por no abrir la boca y se limitó a mirarlo, con unos ojos en los que convivían la malicia y la indiferencia. Cuando Lucy comentó que acababa de entrar a trabajar en el castillo, el taimado carnicero dijo:

—Ya no doy más crédito.

—Oh, señor, tengo dinero —dijo Lucy y le tendió la moneda del cambio de la verdulera. El taimado carnicero la sopesó en la palma de la mano y la contempló durante un rato.

—¿Qué quieres? —le preguntó, y Lucy le leyó en voz alta la lista que le había preparado el señor Olderglough. Cuando iba por la mitad, el taimado carnicero dijo:

—Basta.

—Pero, señor, todavía no he acabado de leer la lista.

—Eso es todo lo que te puedo ofrecer por esta moneda.

—¿Podría concedernos usted crédito una vez más?

—No pienso hacerlo.

—¿Puedo preguntarle cuánto se le debe?

El taimado carnicero dijo una cifra mucho más elevada de lo que Lucy hubiese imaginado. Estaba tan por encima de lo que suponía que no supo qué decir y pensó que ojalá no se le hubiera ocurrido preguntarlo. La mera mención de la cantidad sacó de sus casillas al carnicero; se le aceleró la respiración y se le enrojeció la cara.

—Con todo lo que se me debe, estaría en mi derecho de quedarme la moneda y no darte nada a cambio. ¿Es eso lo que quieres?

—No, señor.

—Entonces, te conformas con lo que paga la moneda y te vas tan contento.

Sacó su largo cuchillo y se puso a afilarlo dando la espalda a Lucy, que se preguntaba qué debería haber hecho de un modo diferente para ganarse la simpatía de ese desagradable individuo. Pero no se le ocurría nada, porque no había hecho nada incorrecto; su ojeriza tenía otro origen. Y, sin embargo, pensó que si volvía con un pedido defectuoso, ¿quién se llevaría la bronca?

Él y solo él. Como su reputación corría peligro, dijo:

—Nada de cartílago, ¿de acuerdo?

En cuanto lo dijo, el taimado carnicero se quedó inmóvil como una estatua.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Había en su voz una furia contenida, y al oírla Lucy se dio cuenta de inmediato de la magnitud de su error. Cuando el taimado carnicero se volvió para mirarlo, la expresión del individuo era tan abyecta que Lucy temió que la cosa llegase a la violencia física.

—No pretendía ofenderlo, señor —se disculpó Lucy.

—Pero ¿qué has dicho? —preguntó el taimado carnicero, empuñando el largo cuchillo.

Lucy estaba valorando la posibilidad de huir, cuando oyó una voz a sus espaldas.

—Has oído perfectamente lo que ha dicho. —Lucy se volvió y vio a Klara allí plantada, con una expresión traviesa—. Dale lo que te ha pedido, viejo retorcido.

—Oh, hola, Klara —dijo el taimado carnicero, bajando tímido la mirada. Al aparecer ella, desapareció toda la mezquindad de aquel tipo, que enseguida volvió a concentrarse en afilar el cuchillo. Klara se acercó a Lucy.

—Hola —le dijo.

—Oh, hola.

—Mi padre dice que no vas a volver a visitarnos, ¿es cierto?

—Supongo que sí —respondió Lucy.

Klara miró con atención el ojo izquierdo y después el derecho de Lucy, como alguien que trata de localizar algo en una habitación a oscuras.

—¿Y por qué no?

—Bueno, es que estoy muy ocupado, eso es todo.

—¿Y puedo preguntarte en qué andas tan ocupado?

—Tengo muchas tareas asignadas.

—¿Puedes decirme algunas?

—Tengo un montón de tareas que me quitan mucho tiempo.

—Te vi mirándonos desde tu ventana —dijo ella. Lucy creía que nadie lo había visto mientras espiaba y se puso colorado al descubrir que no era así. Sin duda, Klara se percató de su incomodidad, pero no mostró reacción alguna, cosa que a Lucy le pareció un detalle bondadoso. ¿Había algo más

cruel que una persona que hace un comentario sobre la vergüenza expresada por otra?

—¿Qué ves cuando nos miras? —le preguntó Klara.

—Gente, sin más —respondió Lucy, inclinando la cabeza.

—¿Nadie especial?

—Yo no he dicho eso.

Con tono tenso, Klara dijo:

—Pero mi padre dice que no te caemos bien.

—No —replicó él—. Eso no es cierto.

—Bueno, ¿y entonces qué pasa?

—Simplemente es que no me gusta que me hagan sentir como un idiota.

—¿Y quién te hace sentir como un idiota?

—Tú, por ejemplo. Y Mewe, y tu padre.

—Pero solo te estábamos tomando el pelo.

Klara se pellizcaba la manga de la chaqueta y Lucy volvió a fijarse en lo desgastada que estaba, en lo raída, sencilla y poco adecuada que era para alguien como Klara. Ella agarró un hilo deshilachado y al tirar de él la manga pareció todavía más lamentable y a Lucy le exasperó que todavía destrozase más la prenda.

—Para —le dijo, y ella lo hizo. El hilo ya se había soltado y Klara lo tenía entre los dedos; hizo un movimiento brusco con la muñeca y ambos contemplaron cómo el hilo caía al suelo.

Klara se volvió para mirar a Lucy.

—¿No sabes por qué te tomábamos el pelo? ¿Por qué te lo tomaba yo?

—Supongo que os parecía divertido —aventuró Lucy.

El rostro de Klara se relajó.

—No, Lucy. No era por eso.

—¿Y entonces por qué?

Klara reflexionó un instante y resopló. Estaba ya abriendo la boca para hablar cuando el taimado carnicero dejó sobre el mostrador el pedido de Lucy con un golpe seco.

—Aquí lo tienes —dijo—. Y dile al barón que tiene que pagarme lo que me debe.

Lucy cogió el paquete, saludó a Klara con la cabeza y salió sin decir palabra. Mientras atravesaba el pueblo, en su cabeza bullían ideas y posibilidades. Pensó que de igual modo que uno se siente feliz al pasar bajo

un cerezo en flor, Klara también generaba ese efecto radiante.

Esa noche Lucy no lograba conciliar el sueño. Se sentó en la mecedora ante la estufa, se metía ramitas en la negra boca mientras contemplaba por la ventana el pueblo, medio oculto bajo un manto de niebla estática. Ya era pasada la medianoche cuando, entre el crepitar del fuego, oyó otro ruido, un sonido amortiguado a su espalda, y se volvió dando por hecho que sería la cachorrita acomodándose para dormir. Pero no, ella dormía a pierna suelta sobre la almohada, y Lucy pensó que había imaginado el ruido. Estaba otra vez mirando por la ventana cuando volvió a oírlo, aunque ahora más lejano. Esta vez Lucy dirigió su atención hacia la puerta.

Alguien estaba girando el pomo. Lo hacía con lentitud, como si quienquiera que fuese no quisiera llamar la atención sobre su presencia. Cuando el pomo llegó al máximo de su rotación, la puerta osciló pero, como estaba cerrada con el pestillo, no se abrió y el pomo volvió a su posición inicial con la misma discreción. Lucy se quedó mirando, petrificado por el miedo. Cuando el pomo empezó a girar de nuevo, gritó:

—¿Quién anda ahí?

La respuesta fue apenas un murmullo. Era una voz de hombre y el tono el de alguien desconcertado y ofendido:

—¿Por qué estás en mi habitación?

Una pregunta sencilla, y sin embargo, esas seis palabras, provocaron a Lucy un escalofrío. Se levantó, se apartó de la mecedora y se deslizó hacia la cama sin perder de vista la puerta. Sacó el pesado catalejo de debajo de la almohada y, agarrándolo, dijo con el tono más sereno que fue capaz de darle a su voz:

—Esta no es tu habitación. Es mi habitación.

—No —respondió la voz, y repitió—: No.

El desconocido empezó a pasearse por el pasillo, a pasearse y a murmurar para sus adentros, susurrando ininteligibles amenazas y protestas. De pronto, dio un puñetazo a la puerta tan violento que Lucy pegó un bote hacia atrás y alzó el catalejo como si fuese un garrote.

—No —dijo la voz por tercera vez, y a continuación el desconocido se marchó escaleras abajo arrastrando los pies. Lucy se dejó caer en la cama, pero se mantuvo un buen rato sentado, observando angustiada el pomo de la puerta, y pensó que si volvía a moverse se pondría a gritar de miedo. Cuando se despertó por la mañana, seguía con el catalejo agarrado en una mano y la

cachorrita olisqueaba la parte inferior de la puerta.

Lucy entró en la habitación del señor Olderglough con la bandeja del desayuno. El señor Olderglough se incorporó en la cama, se dio una palmada en el regazo, se quitó el gorro de dormir y parecía encantado de que le sirviesen el desayuno. En cuanto tuvo la bandeja en su regazo se puso manos a la obra y emprendió la meticulosa preparación del té. Lucy permaneció de pie a su lado, preguntándose cómo verbalizar la preocupación que le rondaba por la cabeza. Por fin decidió que no había otro modo de plantearlo que explicárselo tal cual, así que dijo:

—Señor, esta noche un hombre ha intentado entrar en mi habitación.

El señor Olderglough estaba distraído con la minuciosa preparación de la cantidad exacta de azúcar.

—¿Qué me dices, muchacho? —preguntó—. ¿Qué te pasa?

—Un hombre, señor. Ha intentado entrar en mi habitación esta noche.

—¿Un hombre?

—Sí, un hombre muy raro.

—¿En serio? —preguntó con aire sorprendido el señor Olderglough. Vertió la leche en el té, lo removió con la cucharilla y lo probó; al encontrar el sabor satisfactorio, sonrió ante la perspectiva de disfrutar de uno de esos pequeños pero infalibles placeres de la vida—. ¿Y qué tenía de extraño, si puede saberse?

—Bueno, el hecho de que intentase entrar en mi habitación es extraño.

El señor Olderglough reflexionó al respecto.

—No sé si yo llamaría a eso extraño por sí mismo. Después de todo, para qué están las habitaciones si no es para entrar. O para salir de ellas. De hecho, muchacho, piensa en la cantidad de habitaciones de las que entramos y salimos día tras día. Vamos de habitación en habitación en habitación. En eso consiste nuestra vida.

Se rió entre dientes por lo absurdo que resultaba el comentario. Pero Lucy no estaba de humor para las melancólicas reflexiones del señor Olderglough; de hecho, se sintió molesto con su superior, que se hacía el inocente, cuando sin duda sabía de qué le estaba hablando al contarle lo del desconocido visitante de la noche pasada.

—Sin duda lo describiría como un hecho extraño, señor —aseguró Lucy—. Porque debemos considerar que no se trataba de una habitación de uso

común, sino de mi habitación, en la que yo estaba ya acostado, porque eso sucedió en mitad de la noche. Si esto no es extraño, entonces ya no sé qué podrá serlo. Por no hablar de la actitud de ese individuo.

—Oh, ¿también su actitud era extraña? —preguntó el señor Olderglough con voz inexpresiva.

—Así es. Parecía muy excitado y hablaba consigo mismo, chasqueando la lengua, refunfuñando y quejándose.

—¿Quieres decir como si fuese dos personas?

—O incluso varias personas, sí, señor. ¿Sabe de quién se trata?

—Pues sí, chaval. ¿Y no te alegras de haber cerrado la puerta como te dije? Ya no estoy para muchos trotes, no voy a negarlo, pero sé muy bien lo que me digo.

—Pero ¿quién es?

—Últimamente se deja ver muy poco.

—¿Y qué le pasa?

—Un poco de todo. De hecho, diría que está loco.

Lucy respiró hondo y repitió:

—Que está loco.

—Sí.

—Me está diciendo que hay un loco acechando por los pasillos del castillo en plena noche, ¿es eso?

—Acechando —dijo el señor Olderglough, meneando la cabeza mientras untaba la mermelada en el pan—. Ya estás otra vez cargando las tintas.

—¿No acecha, señor?

—Merodea.

—Pero ¿qué busca? —preguntó Lucy, con un punto de exasperación en su tono.

—¿Quién sabe? Sin duda no una única cosa.

—¿Por qué?

—Porque nadie busca una única cosa.

Con el tono más calmado de que fue capaz, Lucy preguntó:

—¿Y no se puede hacer algo con respecto a este individuo?

—¿Qué sugieres, chico?

—¿Expulsarlo?

—Excelente idea. Dime por favor cómo lo harías tú, ¿de acuerdo?

—Lo único que sé, señor —dijo Lucy—, es que nunca me voy a sentir seguro aquí, sabiendo que puede abalanzarse sobre mí en cualquier momento.

—No, no. Solo aparece ya muy entrada la noche. Eso te lo puedo asegurar. Si te retiras a tu habitación a una hora decente y cierras la puerta con pestillo antes de acostarte, no te pasará nada. Y ahora, si no te importa, yo...

—Ese individuo estaba convencido de que mi habitación era la suya, señor.

—¿Qué?

—Ese hombre estaba convencido de que mi habitación era la suya. Parecía muy seguro de ello.

—¿En serio? —dijo el señor Olderglough.

—Así es. ¿Podría usted decirme por qué?

—¿Por qué? —dijo el señor Olderglough parpadeando cortésmente.

—¿Qué le pasó al señor Broom, señor? —preguntó Lucy.

El señor Olderglough frunció el ceño y del fondo de su garganta emergió un apagado gruñido.

—No —dijo por fin—. No pienso hablar de eso.

—¿Por qué no?

—Porque no se puede hablar de ello.

Reflexionando sobre el solemne y enigmático horror de esta observación, Lucy se sumergió en sus pensamientos; la cosa se prolongó durante tanto rato que el señor Olderglough creyó necesario comentar:

—Chico, me empiezo a preguntar cuándo piensas salir de mi habitación.

Lucy se retiró dominado por una suerte de aturdimiento y se pasó el resto de la mañana agobiado por la inquietud. Cumplió con sus obligaciones a medio gas, y cada vez le rodaban por la cabeza más recuerdos de Bury, de la tranquilidad y la comodidad del hogar. El señor Olderglough, al intuir su estado de ánimo y confiando en restablecer entre ellos un lazo de complicidad, visitó a Lucy en su habitación esa misma tarde para comunicarle que al día siguiente lo iba a enviar a la ciudad de Listen, donde le tomarían las medidas para confeccionar el uniforme. La propuesta causó escaso efecto en Lucy, que se mantuvo ensimismado y con el semblante serio, pero cuando el señor Olderglough le tendió su gorro, captó por fin la atención de Lucy.

—Lo ha traído esa chica de la aldea —explicó el señor Olderglough.

—¿Klara?

—No sé cómo se llama. La chica menuda de ojos chispeantes.

Al cogerlo, Lucy notó en el gorro un pequeño bulto y descubrió que había una nota escondida bajo el reborde de piel de cordero. La caligrafía de Klara era escrupulosamente elegante y las palabras tenían una inclinación que parecía empujarlas a salir por el borde del papel.

Lucy, te tomamos el pelo porque nos caes simpático. Por favor, ¿nos harás una visita? Tu Klara.

El señor Olderglough miró la nota por encima del hombro de Lucy y la leyó.

—¿Estás enfrascado en una aventura sentimental? —le preguntó.

—Todavía no lo sé, señor.

—¿Me lo comunicarás cuando lo sepas?

—Lo haré.

—Tengo curiosidad por saberlo.

—Se lo diré, señor.

—Muy bien —dijo el señor Olderglough, y salió de la habitación.

Lucy pasó un rato releendo y sosteniendo en la mano la nota y reflexionando sobre su relevancia, sobre la influencia que podría ejercer en su futuro. La cachorrita estaba sentada a sus pies y lo miraba.

—Mi Klara —dijo Lucy.

El sastre era un hombre de piel cetrina con monóculo, bigote fino y cabello azabache peinado con raya. Leyó la carta de presentación y las instrucciones del señor Olderglough con serena indiferencia, el hombro arqueado y un ojo —el que no llevaba el monóculo— entrecerrado. Plegó la carta, la dejó, miró a Lucy de arriba abajo y pronunció una palabra: «Bien.» Le pidió que se desnudase y se quedase en ropa interior y que se colocase sobre una tarima rodeada de altos y relucientes espejos. Mientras contemplaba su reflejo, encantado con la situación y las atenciones, Lucy tomó conciencia del lamentable estado de su ropa interior. La camiseta era deplorable, y los calzoncillos, penosos. El sastre debió de formarse su opinión con respecto a esas deplorables prendas, pero se la guardó para sí y se concentró en su trabajo. Con la cinta métrica en la mano, se desplazó gateando alrededor de Lucy y fue voceando medidas que anotaba su

asistente, en todo momento fuera de la vista, y que durante el rato que Lucy permaneció allí no hizo ningún ruido.

Después Lucy se vistió y se reunió con el sastre en la parte delantera de la tienda, donde este le dijo que su traje estaría listo en dos semanas y que podían enviarlo al castillo por tren. Lucy le dio las gracias y ya se encaminaba hacia la puerta cuando vio una capa azul de tres cuartos colgada de una pared. La señaló.

—¿Cuánto cuesta esta capa?

—Es una capa de mujer.

—Lo sé. ¿Cuánto cuesta?

El sastre le dijo una cifra que casi doblaba la del precio del traje.

—¿Tanto? —preguntó Lucy. Pero al inspeccionarla comprobó que era de la máxima calidad: cosida con doble puntada y forrada de seda, con piel de zorro alrededor de la capucha. Con un tono de voz relajado, como si se hubiese olvidado decírselo antes, le indicó al sastre—: Añádala a la cuenta.

El sastre dudó.

—El señor Olderglough no dice nada de la capa en su carta.

—A él no le va a importar, no se preocupe.

—Seguro que no. Pero preferiría preguntárselo primero, si no te importa.

—De hecho, sí me importa —dijo Lucy.

—Estaré encantado de reservártelo hasta que reciba su respuesta —le aseguró el sastre.

Lucy negó con la cabeza.

—O bien me entrega la capa ahora y hace con ello un buen negocio, o bien nos olvidamos del asunto y se conforma usted con la modesta cantidad que ganará con el traje.

Pasó un buen rato durante el cual el sastre se quedó contemplando la capa. Lucy sabía que solo se saldría con la suya si ese hombre era un comerciante de tomo y lomo y no alguien que se dedicaba a eso de forma temporal y sin mucho interés. Resultó que el sastre había crecido en la tienda. Fue de su padre antes que suya, y antes, de su abuelo. El mundo del comercio era todo lo que conocía y el único que quería conocer; y aunque no confirmar la compra con el señor Olderglough suponía quebrar con claridad el protocolo, no podía dejar pasar la oportunidad de vender la capa, así que se la jugó y celebró la ocasión con un curioso movimiento circular del índice seguido por un silbido semejante al trino de un pájaro. Lucy no consideró que

estos gestos fuesen representativos de ninguna emoción en concreto, sino más bien un modo de celebrar en general otro productivo día sobre la tierra. Y así era.

Mientras el ayudante invisible envolvía la capa, el sastre y Lucy brindaban con coñac en el despacho del piso superior, hablando de esto y aquello como si fuesen viejos amigos con historias y posturas vitales compartidas. Lucy se sintió un hombre de mundo y orgulloso de sí mismo. Se las apañó para beberse el coñac sin atragantarse, lo cual fue un alivio, porque, de haber sucedido, habría arruinado toda la aventura.

Klara abrió la puerta y se encontró con Lucy plantado en la oscuridad, con un paquete bajo el brazo. Después de darle la bienvenida, se acercó a la cocina y puso agua para preparar el té. Lucy se sentó a la mesa y dejó el paquete en el banco, junto a él. Estaba tan nervioso que notó que se acaloraba. Se quitó el abrigo y después el gorro, que dejó sobre la mesa. Klara, de espaldas a Lucy, dijo:

—Veo que ya tienes el gorro.

—Sí —dijo Lucy—. ¿Te costó encontrarlo?

—La verdad es que sí.

—Bueno, gracias por devolvérmelo. —Colocó el paquete sobre la mesa, delante de él—. Y también por la nota.

Klara no dijo nada, pero llevó el té a la mesa. Al ver el paquete, preguntó:

—¿Qué es eso?

—¿Qué es esto? —dijo Lucy.

—Sí —dijo Klara—. ¿Qué es?

—¿Esto?

—¿Me vas a decir qué es, sí o no?

Tocó el paquete con un dedo.

Lucy lo empujó hacia ella, y Klara preguntó:

—¿Qué hago? ¿Lo abro?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es para ti.

Eso pareció sorprender, incluso molestar, a Klara. Cuando por fin deshizo el lazo, utilizó solo una mano y dejó la otra sobre el regazo. El

paquete se abrió como una flor arrugada y temblorosa, y cuando Klara escudriñó el contenido, se quedó petrificada.

—¿Qué es esto?

—Una capa. ¿No te gusta?

—¿Por qué me la has traído?

—Porque el otro día te vi temblando de frío en el mercado —le explicó él. Al decírselo, vio que en la cara de Klara se dibujaba una expresión de vergüenza y Lucy se dio cuenta de su error.

—Debes de pensar que voy con harapos —susurró ella.

—No, Klara.

—Una chica vestida con harapos que necesita caridad, ¿no es eso?

—No tiene nada que ver con eso.

Pero ella ya se había puesto a envolver de nuevo el paquete y Lucy vio que la situación se le estaba escapando de las manos.

—Para —le dijo—. Espera. —Al ver que ella no se detenía, insistió—: Para.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿Por qué me trajiste el gorro? —le preguntó él.

Al oírlo, Klara bajó la mirada, como si pensase que él no estaba jugando limpio al sacar el tema.

—¿Por qué? —insistió él.

—Porque parecía que creías que no nos caías simpático —respondió ella—. Quería demostrarte que no era así.

—Esto es lo mismo —dijo él, desenvolviendo otra vez el paquete.

Ella tocó el cuello de la capa.

—Es demasiado.

—¿Por qué? —Lucy cogió la capa y se puso de pie, sosteniéndola ante él—. ¿Por qué, al menos, no te la pruebas?

—No debería —dijo ella.

—Por favor —le pidió Lucy.

—No puedo.

De pronto se oyó la voz de Memel desde detrás de la puerta:

—Deja de torturar al chico.

—Y a nosotros —añadió Mewe.

—Pruébate la capa —dijo Memel.

—Es evidente que deseas hacerlo.

Al oír esto, Lucy y Klara se pusieron colorados, pero la incomodidad enseguida dio paso a una risa sofocada. Lucy recuperó la iniciativa y se acercó a Klara con la capa; ella siguió quieta, él se la colocó sobre los hombros y Klara se envolvió en ella y se dirigió al espejo que había en una esquina del chamizo para contemplarse. Lucy la siguió y se colocó detrás de ella, contemplando su rostro y su expresión complacida y después la de él mismo. Cerró los ojos y sintió que le invadía la más completa felicidad, porque ahora sabía que, en efecto, estaba en mitad de una aventura sentimental, tal como había dicho el señor Olderglough. Cuando abrió los ojos, Klara lo miraba por el espejo con simpatía o tal vez, se atrevió a pensar Lucy, con algo más que eso.

—Gracias —dijo ella.

—De nada —respondió él.

—¿Qué tal te sienta? —preguntó Memel.

Lucy se despertó con los ruidos de la zona de guerra. Se incorporó en la cama y enfocó con el catalejo la ladera de la montaña y el campo de batalla. Disfrutó relajado del espectáculo de ver aparecer las nubes de pólvora, esas «toscas floraciones» (la frase llevaba tiempo rondándole por la cabeza a Lucy) que el viento diluía enseguida, para ser reemplazadas por nuevas nubes cuando llegaba la siguiente salva. Distinguía los movimientos de los soldados, pero no las caras, lo cual era preferible. Desde lejos todo parecía más una elaborada representación teatral que un combate real, como si fuese una recreación realista de una batalla del pasado.

Se pasó toda la mañana trabajando: ayudó a Agnes a limpiar la despensa y los hornos, después cortó y amontonó leña hasta la hora de comer y, como tenía la tarde libre, fue al pueblo. Llevaba la pipa, la pipa que todavía no dominaba; no le tiraba y tenía que volver a encenderla una y otra vez, pero en cuanto lo conseguía, el viento dispersaba el humo y se le metía por la nariz o los ojos. Tosiendo y con lágrimas correteándole por las mejillas, guardó la pipa. Llevaba en el bolsillo del abrigo a la cachorrita, que contemplaba con mucho interés el paisaje.

Lucy vio a Klara en el mercado. Enseñaba la capa a media docena de aldeanas, un grupo de campesinas rollizas y de tez rojiza que la hacían girar para contemplar la prenda. Klara sonreía orgullosa mientras las otras toqueteaban la capa y daban vueltas a su alrededor. Lucy se acercó más y pudo escuchar la conversación.

—¿Y qué opina el señor Adolphus de esto?

—¿Conozco a algún Adolphus? —preguntó con tono inocente Klara, mirando a un lado y a otro—. No veo a ningún Adolphus por aquí.

—¿Y esta vez por cuánto tiempo se ha marchado?

Klara alzó las manos.

—¡Bah! —exclamó. Lucy se incorporó al grupo y Klara, radiante, les dijo a las demás:

—Aquí está. Este es el caballero que me ha regalado la capa.

Las mujeres rodearon como un enjambre a Lucy, con sonrisas pérfidas, toqueteándolo con dedos cortos y regordetes y hablando de él como si no estuviese allí.

—¿Cuáles crees que son sus intenciones?

—¿El siguiente regalo será un anillo?

—Adolphus va a rasgar la capa en dos.

—La va a destrozarse por completo, diría yo.

—¿A mí me regalará una capa? Está bien claro mi estado.

Le dieron unas palmaditas en la espalda a Lucy, riéndose y felicitándolo por su atrevimiento. Él esbozó una media sonrisa, pero no dijo nada; no creyó que pudiera salir victorioso si se enfrentaba a ellas. Cuando por fin se dispersaron, Lucy se quedó a solas con Klara y ambos se miraron sin decir palabra durante un rato. El sol invernal envolvía el rostro de Klara; a Lucy la mirada se le enturbió y se hizo borrosa.

—Klara, ¿quieres dar un paseo conmigo? —preguntó.

—Sí, encantada —respondió ella, y se pusieron a pasear juntos por el mercado, sin que ninguno de los dos supiese qué decir. Cuando Klara descubrió a la cachorrita en el bolsillo del abrigo de Lucy, la sacó, la sostuvo en las manos y le preguntó a Lucy cómo se llamaba. Él le confesó que todavía no le había puesto nombre y Klara adoptó una actitud pensativa, mirando a Lucy por el rabillo del ojo.

—Quizá podrías ponerle el nombre de tu amada, ¿no crees?

—Supongo que sí —dijo Lucy—. El problema es que no tengo amada.

—¿No?

—Tuve una. Se llamaba Marina.

—Bonito nombre. ¿Y qué fue de ella?

Lucy contempló el vaho que formaba su aliento. Le vino a la cabeza una mentira imperdonable y dio una palmada para celebrar la ocurrencia:

—Si quieres que te cuente la verdad —dijo—, murió.

—Oh, no —replicó Klara—. Siento oírlo.

—Sí, gracias.

—Pero ¿cómo murió? —preguntó Klara—. Si es que no te importa hablar de ello.

Lucy alzó una mano y dijo:

—No me importa hacerlo.

—¿Estás seguro?

—No me importa en absoluto. Lo cual no quiere decir que me guste hacerlo.

—Por supuesto que no.

Lucy se aclaró la garganta.

—Sí. Bueno. Éramos felices, Marina y yo..., a nuestra discreta manera. Pero entonces a ella se le metió en la cabeza que debíamos casarnos, y cuando yo no quise dar el paso, ella quedó tan desconsolada que se quitó la vida.

Klara dejó escapar un grito ahogado y dijo:

—¡Oh, pero esto es terrible!

—Fue lamentable —se mostró de acuerdo Lucy.

—¿Y por qué no querías casarte con ella?

—No era mi verdadero amor —dijo él sin más detalles.

—Pero ¿tú eras el de ella? —tanteó Klara.

—Supongo que sí. De hecho, puedo afirmar que lo era, porque ella me lo dijo muchas veces. Y cuando entendió que yo nunca le pertenecería en exclusiva, se ahorcó de un árbol delante de mi casa.

Klara se tapó la boca; Lucy asintió con un gesto compasivo.

—Tal vez lo peor de todo —continuó— fue que se prendió con un alfiler una nota en el vestido, una nota dirigida a mí, pero que leyeron todos los habitantes del pueblo antes de que yo tuviese ocasión de hacerlo. Y así todos supieron hasta el último detalle de su desesperación.

En ese momento Lucy hizo una pausa, como si los recuerdos le pesasen demasiado para seguir evocándolos.

Klara le mostró su apoyo acariciándole el antebrazo.

—¿Por eso has venido aquí? —le preguntó—. ¿Para alejarte de esos recuerdos?

—En parte, sí.

—¿Solo en parte? Por sí solo ya me parece razón suficiente.

—Sí, sin duda. Pero a eso se sumó otra situación desagradable, en este caso relacionada con un tipo del pueblo llamado Tor. Ese individuo siempre había estado colado por Marina, pero era tan idiota, feo y nauseabundo que ella lo rechazaba de forma sistemática. Eso carcomía a Tor. Y cuando ella se ahorcó, y encima por otro hombre, Tor juró ante todo el que quisiese escucharlo que vengaría el honor de su amada.

—¿Yendo a por ti, quieres decir?

—Exacto.

—¿Y lo hizo?

—Sí, era un hombre de palabra. Eso no lo voy a negar. De hecho, no tardó nada en colarse en mi casa y lanzarse sobre mí hecho una furia mientras yo dormía.

—¡Mientras dormías!

—Sí, sí.

—Vaya loco —dijo Klara, negando con la cabeza, perpleja.

—No era un loco —respondió Lucy—. Tan solo un idiota. Un animal. Diría que su edad mental era la de un niño de cinco años, y además uno no particularmente brillante.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me defendí, por supuesto, y saqué a patadas a Tor de mi casa. Aunque no sin arrearle uno o dos puñetazos para que se acordase de mí, debo añadir.

—¿Tú? Pero tú eres muy enclenque.

—Soy ágil, eso es lo que soy.

—¿En serio?

—Muy ágil y rápido, y estoy en forma.

—Nunca lo hubiera dicho.

—Puedo cruzar una habitación en el tiempo que te lleva parpadear.

—Vaya.

—Sí. Y así fue como lo saqué a patadas de mi casa aquella primera noche, pensando que eso zanjaría el asunto. Pero él resultó incansable, y parecía que cada vez que yo salía de casa, allí estaba Tor, que salía disparado desde una esquina y se abalanzaba sobre mí.

—¿Quién puede vivir sometido a esa presión? —se preguntó Klara.

—Yo no, desde luego.

—Nadie podría soportarlo. —Klara volvió a adoptar un aire pensativo y

de nuevo iba mirando a Lucy por el rabillo del ojo—. Tal vez esa desgracia te conduzca a algo mejor —le dijo.

—Tal vez tengas razón —admitió Lucy—. De hecho, estoy convencido de que la tienes.

Esa respuesta hizo feliz a Klara, que pasó el brazo por el de Lucy.

—Pero ¿qué nombre le ponemos a la cachorrita? —preguntó.

—No lo sé. —Lucy miraba la serpenteante mano de Klara.

—Me gusta el nombre de Rose —propuso ella con aire pensativo.

—¿Rose? —dijo Lucy.

—Rose —repitió ella.

La mano de Klara se posó sobre la de Lucy y él dijo:

—Entonces la llamaremos Rose.

Y así lo hicieron.

Klara lo invitó a tomar el té y eso condujo a la cena, solos los dos en el chamizo, porque Memel y Mewe se habían ido a Listen para trabajar entre la multitud que se iba a concentrar en una celebración del solsticio. Pasaron las horas y no se produjo ningún silencio incómodo entre ellos, porque en cuanto Klara respondía una pregunta de Lucy, pasaba a ser ella la que preguntaba y después todo volvía a empezar, hasta que la aldea quedó en silencio cuando al caer la noche la gente se retiró a sus casas. En determinado momento, Lucy se armó de valor y preguntó:

—¿Y quién es ese tal Adolphus?

Klara apartó la mirada y dijo:

—Un soldado al que conocía.

—¿Conocías o conoces?

—Conozco. Bueno, no lo sé. Llevo meses sin verlo. Y no sé adónde va cuando desaparece.

—Pero ¿te gustaría saberlo?

—A veces, sí. —Klara volvió a mirar a Lucy—. Tal vez te pueda parecer halagador que me sienta inclinada a mentirte sobre esto.

—Tal vez podría parecérmelo.

Rose estaba sobre la mesa, dormitando entre ellos dos; ambos la acariciaban, pero ponían mucho cuidado en que sus manos no se tocasen. Lucy podría haberse quedado allí toda la noche, pero cuando Klara reprimió un bostezo, él se levantó y dijo que tenía que marcharse. Klara asintió; tenía

el cabello revuelto y le sonrió cuando él se detuvo junto a la puerta para despedirse. Lucy atravesó la aldea y subió por la colina hasta el castillo, cruzó la silenciosa entrada y se detuvo al pie de la escalera para sacarse un cabo de vela del bolsillo del pantalón. Rose trató de salir del bolsillo y Lucy la puso en el suelo. La perrita desapareció escaleras arriba y Lucy, después de encender la vela, fue a buscarla. La llama con aspecto de bulbo oscilaba mientras subía los peldaños; al llegar al rellano de la planta principal, se detuvo y pensó en la belleza del rostro de Klara a la luz de la vela y en cómo ella había ocultado la sonrisa entre las sombras. Lucy recordó que al volverse para mirarla la había sorprendido acariciándose la mejilla con el forro del cuello de la capa; era una imagen que lo llenaba de orgullo, una imagen que sabía que evocaría un montón de veces en los días y meses venideros.

Mientras recapitulaba acerca de estos acontecimientos, miraba sin prestar mucha atención los oscuros recovecos del rellano. Cualquiera que lo observase vería a un joven despreocupado y seguro de sí mismo, alguien a quien la vida no le presentaba ningún problema, solo oportunidades y aventuras. Pero poco a poco la expresión relajada abandonó su rostro y fue reemplazada por otra más adusta y seria. En su cabeza se había colado una idea, una sospecha terrible: que la oscuridad que había estado contemplando no estaba vacía, sino que en ella había una presencia oculta; que allí había alguien. Miró hacia allí con creciente intensidad, conteniendo el aliento. No se veía movimiento alguno entre las sombras, pero cada segundo que pasaba se mostraba más y más convencido de que en la esquina había alguien oculto, y que además era del todo consciente de la presencia de Lucy allí; que también ese desconocido lo estaba mirando a él.

De pronto se oyó algo, pero al principio era un sonido tan tenue que Lucy no estaba seguro de si lo oía o lo imaginaba. No tardó en aumentar de volumen, no mucho, pero sí lo suficiente para que a Lucy no le cupiese duda de su existencia. No estaba seguro de qué era aquel ruido, pero creyó identificarlo, y rogó con todas sus fuerzas estar equivocado. Sin embargo, ay, a medida que aumentaba de volumen, se confirmaron sus sospechas, lo cual era horripilante, porque de todos los ruidos posibles a esas altas horas de la noche y estando allí a solas, aquel era el que menos deseaba oír, y le invadió el pánico. Era el ruido de alguien que comía con voracidad acompañada de gruñidos.

Lucy alzó la vela y eso proyectó un halo de luz lechosa en la sombría

esquina, en la que ahora pudo distinguir la silueta de un hombre, un tipo de aspecto lamentable, arrodillado en el suelo y que encima solo llevaba unos raídos pantalones de tweed. La espalda desnuda era huesuda, la piel mugrienta y las plantas de los pies, que sobresalían por debajo del trasero, estaban completamente negras. Lucy no podía ver la cara del desconocido, porque estaba oculta bajo una cortina de cabello grasiento, pero sí vio que devoraba con verdadera pasión, lanzado jubilosos gruñidos, y arqueó el cuerpo cuando el banquete llegó a su cénit. A Lucy le temblaba la mano, de modo que también la vela oscilaba. «¿Dónde está Rose?», pensó.

El hombre dejó de comer y se volvió hacia Lucy. Tenía la cara cubierta de sangre y sostenía en las manos los restos de un pequeño animal, cuyo lomo había devorado salvo por una franja de piel negra que conectaba los dos extremos. En el rostro del desconocido se dibujó una sonrisa mientras se incorporaba. Tenía enganchados en su esquelético cuerpo restos de piel, carne y entrañas del animal. Jadeaba, y su mirada era tan feroz que Lucy era incapaz de mirarlo a los ojos. El tipo se reía, pero reprimiendo la carcajada, como si no quisiese hacer ningún ruido que pudiera molestar a alguien o como si, de manera inexplicable, temiese ofender a Lucy. Ya de pie, se le acercó y extendió el brazo para aproximar los restos de su festín a la luz de la vela. Lucy se sintió incapaz de no mirar lo que le mostraba, y al hacerlo se sintió al mismo tiempo aliviado y horrorizado, pues comprobó que no se trataba de Rose sino de una enorme rata. También el desconocido contemplaba el cadáver, pero en su mirada había devoción o satisfacción. Cuando se lo llevó a la boca y seccionó con los dientes el resto de la piel que unía las dos mitades, Lucy sintió tal repugnancia que perdió el mundo de vista, se desmayó y cayó al suelo.

Se despertó a la mañana siguiente en su cama, y Rose le lamía la cara. Llevaba la cabeza vendada y notaba el bulto de un chichón. Llamaron a la puerta y Agnes entró con la bandeja del desayuno. Lucy se incorporó en la cama y ella le colocó la bandeja sobre el regazo y le sirvió una taza de té, acercándole la cara más de lo que nunca había hecho hasta entonces; Lucy se percató de que tenía mejillas carnosas y las orejas redondeadas y enrojecidas de un recién nacido. Ella le puso una cuchara en la mano, se sentó en la mecedora y lo contempló con mirada comprensiva y sin decir palabra mientras él comía. Cuando terminó el desayuno, Agnes retiró la bandeja y la dejó junto a la puerta antes de volver a sentarse en la mecedora. Se cogió las

manos y, con lo que parecía irritación contenida, dijo:

—Bueno, chico, me gustaría saber qué se supone que estás haciendo aquí.

—¿Perdón? —dijo Lucy.

—¿No has oído mi pregunta?

—Sí la he oído. Supongo que no estoy seguro. Entiendo la pregunta. Me ofrecieron un puesto en el castillo y yo lo acepté.

—Pero sin duda en tu pueblo natal habría otro tipo de trabajos.

—No muchos. Y ninguno adecuado para mí.

—Y qué tiene este trabajo que sea adecuado para ti, si me permites preguntártelo.

—Está lejos —respondió él—. Y es diferente.

Agnes pareció considerar que habían llegado a un punto relevante y dijo:

—¿Y qué pasa si resulta que está demasiado lejos, Lucy? ¿Y si resulta que es demasiado diferente? —Agnes sacó una moneda del bolsillo de su blusón y lo lanzó sobre la cama—. Con esto puedes comprar tu billete de vuelta. Quiero que regreses a casa, hazme caso.

Lucy miró la moneda, pero no la cogió.

—¿Me está despidiendo?

—Eso no está en mi mano.

—¿Entonces es el señor Olderglough el que quiere que me marche?

—No lo creo. Pero en estos momentos el señor Olderglough no está en condiciones de tomar estas decisiones.

—¿Qué quiere decir con eso, señora?

Agnes puso cara de estar pensándose hasta dónde le podía contar al chico.

—¿No te parece un hombre peculiar?

—La verdad, señora —dijo Lucy—, casi todas las personas a las que he conocido desde que salí de casa han resultado ser, de un modo u otro, peculiares. —Lucy vio que a Agnes la respuesta no le parecía satisfactoria, así que añadió—: Pero sí, supongo que a él lo encuentro particularmente peculiar.

Ella asintió y le preguntó:

—¿Y te sorprendería descubrir que es aún más peculiar de lo que crees?

—No sé a qué se refiere —dijo Lucy, y en efecto así era, no sabía por dónde iban los tiros.

Agnes se puso a sacudirse hipotéticas migas de su blusón.

—No pretendo en absoluto —dijo— poner en cuestión su buen nombre. Dios sabe que he buscado en él apoyo y guía un montón de veces a lo largo de estos años. Pero lo cierto, Lucy, es que no puedo decir que en la actualidad busque en él este apoyo. —Pareció invadirla la tristeza, y añadió—: Escúchame, chico, ¿no ves que ha sido un error traerte aquí?

—Pero, señora, yo no quiero volver a casa —respondió Lucy—. Allí no soy feliz.

—¿Y aquí eres feliz?

Lucy no respondió de inmediato. Pensó en Klara y dijo:

—Probablemente sí.

—Pero ¿comprendes que estás en peligro?

—Sí.

Agnes se puso en pie. Se percibía en su actitud un aire de irreversibilidad o derrota, de modo que Lucy pensó que la había decepcionado de algún modo.

—Lo que te ha pasado esta noche —le dijo ella— te volverá a suceder si te quedas aquí. La situación no va a mejorar. Todo lo contrario.

Y, dicho esto, se volvió para marcharse. Lucy le preguntó:

—¿Y usted, señora, por qué se queda?

Agnes se detuvo en la puerta, pensándose la respuesta. Y, volviendo la cabeza, le dijo:

—Hace muchos años, hice un pacto con un amigo. Mientras él se quedase, yo no me marcharía. —Ahora su mirada era más amable y estaba cargada de emoción—. Guárdate la moneda. Si sientes ganas de marcharte, quiero que la uses. ¿Lo harás por mí, chico?

—De acuerdo.

—No lo digas por decir. Eso fue lo que hizo el señor Broom, y mira lo que le sucedió.

Lucy sintió un escalofrío al oír el nombre de Broom.

—¿Qué le ha pasado exactamente? —preguntó.

—¿A quién? —preguntó Agnes.

—Al señor Broom.

Agnes negó con la cabeza y miró a Lucy como si le diese lástima.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿Entender qué?

—Lucy, el señor Broom lleva tiempo muerto. El hombre con el que te topaste anoche es el barón.

Después de que Agnes se marchase, Lucy se quedó un buen rato sentado, intentando conectar al autor de las elegantes cartas cargadas de mal de amores que él entregaba a diario con el ser asilvestrado y primario que se había encontrado en el rellano. Cuando decidió que era imposible establecer ningún paralelismo entre esos dos individuos, decidió olvidarse del tema por el momento. Le invadió la inquietud y se vistió, bajó por la escalera y salió. Al toparse con el frío aire de la mañana, se puso el gorro, con cuidado para no deshacer el improvisado vendaje. Se sintió en cierto modo a gusto con su herida de la cabeza; ¿no tenía cierto encanto pese al dolor que le producía? Se preguntó cuál sería la reacción de Klara al verla, e imaginó sus suaves manos recorriéndole el cráneo en busca del epicentro del dolor. Él le contaría cómo se la había hecho y ella quedaría embelesada y maravillada por la prueba de entereza que había tenido que superar y le ofrecería una reconfortante taza de té y tal vez un pedazo de tarta de semillas de amapola. ¿Y ese momento no justificaría por sí solo la dura experiencia que Lucy había tenido que soportar? Pero por desgracia no fue como imaginaba, porque cuando llegó ante la puerta de Klara descubrió que ella no estaba, y tampoco Memel, ni Mewe, lo cual no quiere decir que el chamizo estuviese vacío, porque no lo estaba; de hecho estaba repleto de gente, a rebosar de soldados, los mismos con los que Lucy se había topado el día en que llegó al castillo. Todos estaban de pie, salvo el hombre de belleza arrebatadora, que estaba sentado en el centro, ante la mesa, y sostenía en las manos la capa de Klara. Se lo veía ojeroso y ceñudo, y no se alegró de ver aparecer a Lucy, sino más bien todo lo contrario.

V. APARECE ADOLPHUS

El hombre de belleza arrebatadora tomó la palabra:

—Soy Adolphus, Lucy de Bury. Te pido disculpas por no presentarme cuando nos vimos. Pero es probable que desde entonces hayas oído mencionar mi nombre.

—Sí —dijo Lucy.

Adolphus sostuvo en alto la capa.

—Ha llegado a mis oídos que le has comprado un regalo a Klara, ¿es eso cierto?

—Así es.

—¿Y por qué lo has hecho, si me permites preguntártelo?

—Porque Klara pasaba frío.

—Ya veo. —Adolphus se volvió hacia el soldado que tenía a su derecha—. ¿Tú tienes frío?

—Sí, tengo frío —respondió el soldado.

—Yo también tengo frío —dijo Adolphus. Y se volvió hacia Lucy—. Todos tenemos frío. Pero a nosotros no nos vas a regalar capas, ¿verdad?

Lucy guardó silencio. La expresión de Adolphus se volvió agresiva y dijo:

—Esto es lo que vamos a hacer, muchacho. Te voy a devolver la capa. Y se la puedes dar a otra chica del pueblo, o puedes ponértela tú, o puedes quemarla. Puedes hacer lo que te dé la gana, porque es tuya. Pero hay algo que ya te digo yo que no puedes hacer, y es volver a regalársela a Klara. De hecho, yo diría que tú y ella no vais a veros más, ¿entendido?

Lucy no respondió. Se percató de que los soldados estaban innecesariamente pegados a Adolphus.

—¿Puedo preguntar por qué lucháis? —dijo.

—Luchamos para que otros no tengan que hacerlo —respondió Adolphus.

—¿Y contra quién lucháis para que yo no tenga que hacerlo?

—Son bastardos que morirán siendo bastardos. —Adolphus hizo un gesto a los hombres que lo rodeaban—. En breve afrontaremos una campaña importante, que nos mantendrá ocupados hasta la primavera. Ya tengo bastante trabajo encima con esto como para además tener que preocuparme por un desarraigado que viene de fuera y se dedica a menear su pequeño pito sonrosado ante mi prometida. Vas a hacer lo que te digo, ¿sí o no?

Se levantó y se acercó a Lucy. «Si no fuese tan grandullón», pensó Lucy. «Si no fuese tan aguerrido.» Lucy era incapaz de mirarlo a los ojos, y cuando Adolphus le plantó la capa en las manos y lo empujó hacia la puerta, no tuvo más remedio que aceptar la situación y así lo hizo.

Mientras caminaba aturdido por la aldea, vio a Klara en el mercado, tiritando de frío con su viejo y raído abrigo. Se acercó ella y sintió que la indignación bullía en sus entrañas. Cuando se plantó ante ella, se preguntó si no la odiaba.

—Adolphus dice que te vas a casar con él —le espetó.

Cuando ella se volvió para mirarlo, Lucy vio que había estado llorando.

—Según él, así es.

—Entonces supongo que debo felicitarte. —Hizo una inclinación—. Os deseo una larga y feliz vida juntos.

A ella el comentario le dolió y dio un paso atrás. Miró la capa que Lucy llevaba en las manos y le dijo:

—¿Esto es todo lo que tienes que decirme, Lucy?

Él hubiera querido transmitir una sensación de indiferencia y frío control de la situación, pero al mirar a Klara a la cara, y sabiendo que el amor lo había hecho mejor persona, su corazón se revolvió contra él y el pecho se le llenó de un expansivo pesar.

—¡Una larga vida! —dijo, se volvió y enfiló hacia el castillo con lágrimas deslizándose por sus mejillas. Cuando subió por la escalera y llegó a su habitación estaba agotado y se sentía vacío. Impulsado por automatismos, sacó la maleta de debajo de la cama y metió en ella sus pertenencias, incluidos la capa de Klara y el catalejo del señor Broom. Se metió en el bolsillo la moneda de Agnes y tomó papel y lápiz para escribirle al señor Olderglough una carta de despedida. La dejó sobre la almohada, agarró a Rose, cogió la maleta y bajó por los escalones. Al atravesar el vestíbulo vio que el barón había dejado su carta en la mesa auxiliar. Dejó en el suelo la maleta y se quedó mirándola. La abrió y la leyó.

Anoche cogí una cuchilla de afeitar con la que podría haberme degollado. Sería muy fácil: un movimiento rápido de la muñeca y la vida se escaparía de mi cuerpo, la habitación se haría borrosa y por fin encontraría la paz. No temo morir, hace mucho que no temo a la muerte. Y sin embargo creo que no sería capaz de dar el paso, sabiendo que tú todavía respiras. Si estuvieras muerta, no me costaría nada hacerlo, pero saber que sigues en este mundo me inmovilizó la mano. Así que viviré hasta que vuelvas conmigo. Si no vuelves, moriré esperándote. Este es mi compromiso contigo.

Lucy sabía que encontraría consuelo marchándose; el bálsamo de la aceptación del fracaso era algo que le resultaba familiar. A partir de su dolor y su miedo había construido cierto tipo de justificación, porque, después de todo, estos sentimientos eran razonables, y marcharse de allí era necesario, y además una decisión sabia. Sin embargo, la carta del barón le generó una sensación de vergüenza que eclipsó todas las otras emociones y decidió no partir hacia la estación como tenía planeado, sino que sacó la capa de la maleta y caminó colina abajo hasta la aldea. Cuando golpeó con los nudillos en la puerta de Klara sentía cómo le palpitaba el corazón con cada golpe. Ella respondió; estaba sola. Él le volvió a ofrecer la capa y le dijo:

—No te puedes casar con Adolphus.

Klara estaba muy pálida y miró la capa con una tristeza superlativa.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque resulta que te quiero.

Lucy vio cómo al pronunciar estas palabras la tristeza de Klara se disipaba, en sus ojos volvía a palpar un resplandor y de nuevo la envolvía ese aire seductor. Se le acercó, se puso de puntillas y le dio un fugaz beso en la boca y a continuación le plantó otro en el cuello. Después volvió a entrar en el chamizo y Lucy la siguió. La observó mientras se quitaba la chaqueta y se ponía la capa ante el espejo como la otra vez, para poder contemplarse.

—Sí, hola —dijo Klara—, ¿quién es esta joven dama? Parece tan feliz, ¿verdad? Me pregunto en qué estará pensando. Tal vez acaba de recibir buenas noticias. Tal vez acaba de oír lo que quería escuchar. —Se volvía hacia uno y otro lado, sonriendo al contemplarse—. Oh, pero parece de verdad muy feliz, ¿verdad? Bueno, veamos cuánto le dura, ¿de acuerdo?

El reciente vuelco de los acontecimientos sumió a Lucy en un estado emocional imprevisto que al principio era incapaz de identificar, pero que al

final decidió que era euforia. Y en ese estado pergeñó un plan, o estrategia, que le pareció inspirado y además humanamente necesario. A la mañana siguiente, en su habitación, se puso manos a la obra y se pasó varias horas trabajando con papel y pluma hasta que sintió calambres en la mano y se le agarrotó.

Lucy le escribió una carta a la baronesa Von Aux. Se presentó a sí mismo, explicando su puesto en el castillo, y a continuación expresó su parecer sobre la situación mental del barón. Porque a pesar del desesperado y sombrío tono de sus cartas, Lucy pensaba que la baronesa desconocía la verdadera situación de su marido y que, si tomaba consciencia de ella y le quedaba todavía algún rescoldo de afecto hacia él, sin duda respondería de un modo u otro. Bueno, Lucy no era precisamente un sabio, y jamás había afrontado una tarea como aquella, tratando de cambiar los destinos de terceros sirviéndose en exclusiva del lenguaje. Llegó a la conclusión de que era una tarea tediosa y no sintió envidia alguna de los hombres y mujeres ilustrados de este mundo para los que la escritura era su instrumento de trabajo. A la mañana siguiente, después de releer por enésima vez lo que había redactado, decidió dar la carta por buena, la metió en un sobre y la colocó junto a la correspondencia del barón de ese día.

Mientras escribía la carta y cuando salió a entregarla, Lucy se sintió en todo momento justificado, porque sabía que lo que hacía era correcto y necesario. Pero entonces, en el momento en que le quitaron la carta de la mano, en el momento en que su plan se ponía por fin en marcha y dejaba de ser una mera elucubración, sucedió algo peculiar: tuvo una premonición, que se le presentó como una verdad divina que le decía que acababa de cometer un enorme error de impredecibles consecuencias. Permaneció un rato en el andén, pensando en eso y empezando a temerse lo peor. Cuando el tren desapareció de su vista, apartó esas ideas de su cabeza, porque tenía otras cosas más inmediatas y placenteras en las que pensar. Salió de la estación y se dirigió al pueblo. De la chimenea de la casa de Klara salía humo. Lucy se dirigió hacia allí corriendo.

VI. LUCY Y KLARA ENAMORADOS

Los días eran cada vez más cálidos y Adolphus seguía fuera por su campaña. Por las tardes Lucy y Klara daban largos paseos por el bosque, con los dedos entrecruzados. Hablaban de nimiedades, o de cosas que parecían nimiedades pero que después a Lucy se le quedaban grabadas en la cabeza. Un día Klara comentó que cuando la nieve se derretía, la hierba que quedaba al descubierto parecía el pelaje de un potro o un ternero recién nacidos.

—Pero la tierra no es un animal —comentó Lucy.

—Sí que lo es —respondió ella, y le apretó los dedos entrelazados con más fuerza.

Ahora Lucy pasaba las noches en la cama de Klara. Lo consiguió gracias a su habilidad para hacerla reír, y a él le resultaba tan placentero que a veces se excedía y al día siguiente ella se quejaba de agujetas en el estómago. Normalmente él se despertaba al alba, mientras ella y Memel seguían dormidos, y regresaba al castillo. Su uniforme ya había llegado de Listen y se sentía satisfecho cuando cada mañana se ponía el elegante traje.

A veces Rose lo acompañaba al castillo, pero en otras muchas ocasiones cuando salía del chamizo se la encontraba holgazaneando junto a la puerta y sabía que eso significaba que ella prefería quedarse allí, jugando con sus hermanos y hermanas y su madre. Cuando eso sucedía, Lucy lo interpretaba como una pequeña traición, pero Rose ya había crecido demasiado como para seguir llevándola en el bolsillo y él sabía que debía dejarle vivir su propia vida.

Al acabar su jornada, Lucy se volvía a poner el viejo traje y el gorro de piel de cordero y regresaba al pueblo. Algunas noches, Klara y él estaban acompañados por Memel y Mewe; otras noches estaban solos. Y así iba pasando el tiempo y la vida resultaba agradable. Todo fluía de un modo natural. Más tarde, Lucy se preguntaría cuántos días había durado este periodo.

A una semana de incesante lluvia le siguió un calor achicharrante, y de pronto ya era primavera y los ruidosos insectos invadieron el valle. Lucy y Klara estaban echados en un prado de hierba alta por encima del pueblo. Él estaba apoyado sobre los codos con una expresión somnolienta. Klara estaba acurrucada a su lado, contemplando cómo los narcisos se inclinaban hacia el suelo cuando una abeja se posaba sobre ellos. Puso la mano sobre la barriga al aire de Lucy y él la miró.

—¿Lo has hecho alguna vez con algún otro? —le preguntó él.

Ella asintió.

—¿Y tú?

Él asintió. Pasándose la mano por el pelo, le preguntó a Klara qué iban a hacer con respecto a Adolphus.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella.

—¿Quieres que me bata con él?

—No.

—¿Por qué no?

Klara no estaba muy segura de cómo decírselo:

—Sería una insensatez.

—¿Quieres decir que crees que me ganaría él?

Ella le acarició la cara y respondió:

—Sí.

—Bueno, supongo que eso sería lo que sucedería.

—Ni se te ocurra intentarlo.

—No sé si tendré otra opción cuando él regrese.

Klara negó con la cabeza y dijo:

—Hablaré con él. Se sentirá dolido. Pero no es mala persona.

Lucy pensó en eso.

—¿Qué es lo que quiere exactamente? —dijo.

—Ser un héroe —respondió Klara—. En realidad, eso es todo.

—¿Y qué se supone que deberías hacer tú?

—Se supone que debería arrullarlo.

Lucy se rió. Y dijo:

—En realidad, siento que podría batirme con él, ¿sabes? Me bastaría con pensar en vosotros dos juntos como estamos nosotros ahora.

Klara se incorporó, alarmada.

—Adolphus y yo... Nunca llegamos a este punto. Y la verdad es que no lo lamento.

Lucy sintió un enorme alivio, seguido de una gran curiosidad que quiso ignorar, aunque no fue capaz de hacerlo y preguntó:

—¿Con quién lo has hecho entonces, si no fue con Adolphus?

—Fue una sola vez —dijo Klara—. Y para mí no significó nada. —Volvió a echarse—. Si de verdad quieres saberlo, te lo contaré.

—Quiero saberlo.

—De acuerdo.

De cómo Klara fue engatusada por el misterioso desconocido que vino del este, corruptor impío

Fue el modo en que el desconocido miró a Klara, como si fuese algo para consumir, algo al alcance de la mano. Nadie la había mirado así nunca, y le resultó incómodo por varios motivos. El principal fue que en realidad esa mirada le gustó, o al menos a una parte de ella le gustó. El desconocido entró en el pueblo con su tambaleante carromato al inicio de la tarde. Su llegada fue una distracción en esa hora de inactividad, y los aldeanos se reunieron para mirar boquiabiertos y maravillarse mientras le hacían todas las preguntas que se les pasaban por la cabeza. ¿De dónde venía? ¿Por qué se había marchado? ¿Adónde se dirigía? ¿Qué le esperaba en ese lugar? Todos querían saber noticias del mundo exterior y el fatigado vagabundo satisfacía estas y otras peticiones con paciencia pero sin entusiasmo. De pronto hubo un momento de tranquilidad y él se quitó el sombrero y preguntó si podía pasar la noche en el pueblo, para descansar y avituallarse. Cuando le dijeron que sí, volvió a ponerse el sombrero con una sonrisa que a Klara le pareció del todo impura. Como si hubiese intuido lo que ella pensaba, el desconocido movió la cabeza para localizarla entre la multitud y la observó con frialdad y algo más que descaro, y como el tipo era apuesto y tenía esa actitud turbia y taciturna que a algunas jovencitas impresionables les resulta irresistible, Klara descubrió que no podía apartar la vista de él y sintió un miedo que no podía ni definir ni explicar.

El desconocido saltó de su carromato y atravesó la multitud en dirección a Klara. Llevaba un jubón mugriento sin nada debajo; los brazos desnudos eran nervudos, sin vello y muy tostados por el sol. Lucía un diente de oro y le faltaba el lóbulo de la oreja izquierda, y cuando tomó la mano de Klara ella se puso a temblar, con unos estremecimientos que le sacudían la espalda y los hombros. Él le besó los nudillos de la mano. Ella bajó la mirada para contemplar el lugar donde los labios del desconocido se habían posado sobre su piel y eso supuso el fin de Klara. Su destino estaba sentenciado.

Pasó el resto de la tarde sin parar de moverse, cumpliendo con pequeños recados y haciendo visitas a gente a la que no tenía demasiadas ganas de ver, cualquier cosa con tal de no estar a solas con sus pensamientos o ir a ver al desconocido. Temerosa de que este pudiese colarse en su cama, le pidió a Mewe que durmiese con ella. Cuando resultó que el desconocido no apareció, Klara no logró entender por qué eso la preocupaba tanto, como si ambos hubiesen planeado encontrarse y él hubiera roto su promesa. Por la mañana se despertó temprano y fue al pozo para lavarse la cara. Al pasar por delante del carramato cubierto del desconocido, carraspeó para aclararse la garganta y esperó. Al cabo de un rato oyó pisadas en la hierba a sus espaldas y sonrió, pero no se dio la vuelta; cuando notó algo peludo contra su pierna, se volvió con un suspiro, pero no era más que la perra de Mewe que se frotaba contra ella, y Klara se rió para sus adentros. Cuando acabó de enjuagarse el jabón de la cara, estiró el brazo para coger la toalla, pero había desaparecido.

—¿Por qué te escondes de mí? —le preguntó el desconocido. Estaba detrás de ella, muy pegado a su cuerpo. Klara miró la marmórea y oscura superficie del agua al fondo del pozo. El corazón le latía con tal fuerza que temió que se le saliese de sitio.

—No me fío de usted —respondió—. Me hace sentir rara.

Él le puso las manos sobre las caderas y la obligó a volverse para mirarlo. Llevaba la toalla colgada de un hombro.

—Pero ¿eso no es agradable, después de todo? —le preguntó.

—No sé si lo es o no —respondió ella—. De hecho, es como si me subiese fiebre.

Del cabello, la nariz y la barbilla le goteaba agua y el desconocido cogió la toalla y se puso a secársela. Lo hizo con suavidad y minuciosidad, y cuando terminó, le enrolló la toalla alrededor del cuello y el esternón. Klara volvía a tiritar y le preguntó con voz temblorosa.

—¿Cuándo se marchará de aquí?

—Pronto. Pero todavía no estoy listo para irme.

—¿Y cuándo lo estará?

Él le puso la mano sobre la mejilla.

—Más adelante.

Al oírlo, ella casi jadeó. Él se dio la vuelta y caminó sobre la hierba hacia el pueblo con la perra siguiendo su estela.

Por la tarde Klara intentó una nueva aproximación, consistente en

hacerse amiga del desconocido. Lo vio saliendo del mercado y se puso a caminar a su lado. Con tono sociable, le señaló la oreja y le dijo:

—¿Cómo se ha hecho lo de la oreja, señor?

Él la miró divertido, como si supiese qué jugada intentaba ella.

—No puedo contestar esta pregunta —fue su respuesta—. Una mañana me desperté cubierto de sangre y el pedazo de oreja había desaparecido.

—¿Se la cortaron mientras dormía?

—Sí.

—¿Quién?

—Algún enemigo. Nadie vino a proclamar su responsabilidad.

Qué decidido era, pensó Klara, como si ese incidente careciese de importancia, pese a lo mucho que había sangrado.

—¿Qué clase de hombre le haría algo así? —quiso saber Klara.

—¿Por qué das por hecho que fue un hombre?

—Oh, porque una mujer jamás haría una cosa así.

El desconocido rebuscó en su memoria con aire ausente.

—Cosas peores les he visto hacer —exclamó con sobriedad.

Al oírlo, Klara se puso colorada. La hizo sentirse celosa de un modo inexplicable pero inequívoco, y esa reacción le fastidió. Cuando logró recomponerse, le preguntó con tono cortés:

—¿Tiene muchos enemigos?

—La verdad es que sí.

—¿Y cómo es eso?

—No sé por qué. Pero parece que los atraigo allí adonde voy. —Volvió a aflorar en su rostro la misma sonrisa impura del día anterior. Klara se cogió las manos y las dejó reposar sobre la cadera.

—¿Por qué sonrías de este modo?

—¿De qué modo?

—Así —dijo ella, señalándolo—. Es una sonrisa que oculta algo.

—No tengo nada que ocultarte.

—¿Seguro?

—Bueno, tal vez sí, después de todo. ¡A ver si averiguas qué es!

El desconocido se rió de lo que había dicho, se rió de ella, y una vez más Klara se alejó de él. Se mantuvo ocupada limpiando el chamizo y preparando la cena, pero no logró dejar de pensar en ese hombre. Esa noche, Mewe se ofreció a dormir con ella, pero Klara prefirió dormir sola. Dio igual; el

desconocido no apareció. A la mañana siguiente, después de desayunar, salió a buscarlo. Estaba tomando el sol en el campo de altramuces situado entre el pueblo y el castillo. Cuando la vio venir, el desconocido sonrió.

—No sé cómo soportas vivir aquí —le dijo—. Es terriblemente aburrido.

—No es aburrido.

—Es inmensamente aburrido. Es monstruosamente aburrido.

—A mí me encanta —dijo ella, y así era.

Con tono irónico, él le preguntó:

—Dime, ¿qué es lo que te encanta?

—Mi padre y mis amigos. Los animales, los ríos. Adoro las estaciones. Creo que cada una dura lo justo, ¿no cree?

El desconocido no respondió.

—Adoro estos campos —continuó Klara. E hizo un gesto con la cabeza hacia la verde ladera que descendía desde el castillo. El desconocido se incorporó para echar un vistazo.

—¿Qué hay en lo alto de la cuesta? —preguntó.

—Más de lo mismo.

—¿Alguna vez subes hasta allí?

—Alguna vez.

Él la miró a los ojos.

—¿Me llevarías allí?

—¿Por qué?

—¿No crees que ya es hora de que estemos a solas?

—Ahora estamos a solas.

—A solas, pero no exactamente a solas. Quiero estar completamente a solas contigo. —Se puso en pie y la miró. Era bastante más alto que ella—. ¿Tú quieres estar completamente a solas conmigo?

Tiró de Klara hacia la cumbre de la colina. Su mano era callosa y la agarraba con fuerza. A ella le llegaba el olor del cuerpo del desconocido y se le revolvió el estómago casi hasta la náusea. Klara iba descalza y se fijó en sus pies caminando sobre la hierba y las flores. No sabía muy bien qué pretendía el desconocido, pero no se hubiera marchado corriendo por nada del mundo. Cuando llegaron a la cima, se recogió el cabello por detrás de las orejas y buscó un lugar llano. Dio con uno, lo señaló y dijo:

—Allí.

Ambos se dirigieron hacia el punto elegido.

A Lucy le incomodó la jactancia con que Klara le contó esta historia; se sentía orgullosa de sí misma por tener un espíritu aventurero, y eso a él le dolió. Sabía que su reacción era de cortas miras, pero no podía luchar contra sus sentimientos. Se estaba volviendo a poner la ropa cuando se fijó en una avispa que luchaba por liberarse de una telaraña desplegada en una rama baja de un árbol cercano. La tela oscilaba y vibraba, y Lucy se acercó para observar la escena con más detalle, seguido por Klara. El frenético zumbido de la avispa angustió a Klara, que le pidió:

—Libérala, Lucy.

—No —dijo él—. Mira.

Por la rama se acercaba la araña, con sus patas, cabeza y abultado y oscilante cuerpo. Era enorme. Su peso tensó la telaraña y por un momento la avispa dejó de intentar liberarse. Pero de inmediato, como si fuese consciente de lo que se avecinaba, mientras la araña se acercaba a ella, redobló los esfuerzos para escapar y su zumbido subió una octava.

La araña rodeó a la avispa, buscando el mejor punto de ataque. Dio dos vueltas a la telaraña antes de abalanzarse sobre su víctima; cuando los dos bichos se enzarzaron en la pelea, la avispa le clavó el aguijón a la araña en la cabeza y esta murió de forma fulminante. La araña cayó, pero siguió unida a la telaraña por un hilo plateado que salía de su abdomen. Quedó colgada en el vacío, sin vida, girando por efecto del viento.

La escena desagradó e incluso ofendió a Lucy, que contempló a la araña con expresión airada. Cogió sus botas, una en cada mano. Las alzó hasta la altura de la araña.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Klara.

Lucy no respondió, hizo chocar las suelas y aplastó a la araña como si fuese una uva. A Klara el gesto le horrorizó.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó.

—No lo sé —admitió Lucy. Él mismo estaba sorprendido de su reacción.

—Bueno, me parece horripilante que hagas una cosa así.

Lucy no sabía qué decir. Se alejó de la telaraña y se sentó para calzarse las botas. Klara permaneció de pie, tratando de disimular su indignación. Creía merecer una disculpa, aunque no sabía muy bien por qué. Empezó a caminar en dirección al pueblo. Lucy vio cómo se marchaba, pero no la llamó

ni trató de seguirla. De vuelta en el chamizo, Klara se pasó casi una hora llorando estirada en la cama. Al día siguiente, Lucy se disculpó y todo volvió a la normalidad. Ninguno de los dos entendió lo que había sucedido y ambos acordaron no hablar nunca más de la araña ni del misterioso desconocido que vino del este.

Una mujer de la aldea se puso enferma y le pidió a Klara que cuidase a su bebé varios días. Ella y Lucy tuvieron que jugar a ser una familia, al principio con cierta ligereza, pero cada vez un poco más en serio, hasta que la cosa adquirió un cariz de absoluta seriedad. «Así es como sería», pensó Lucy, y se quedó preocupado porque nunca se había sentido tan feliz.

La pequeña se llamaba Anna, tenía los ojos morados y estaba gorda como un lechón. Casi siempre estaba de buen humor y reía con facilidad, y cuando lo hacía no había quien la parara. Pero la tercera noche algo la asustó y no dejaba de llorar. Y si con la risa era entusiasta, con el llanto lo era el doble. Permanecía sentada en la cama de Klara, temblando, con la cara enrojecida, los puños cerrados y dando bocanadas en busca de aire. Pensaron que estaba enferma, o que se había clavado alguna astilla, pero no tenía fiebre, ni tampoco ninguna herida en el cuerpo, y no sabían qué hacer.

Klara miraba de reojo al bebé. Se le ocurrió una idea y salió de la habitación. Solo ante el peligro, Lucy optó por hacer un repertorio de muecas ante Anna. Cuando comprobó que no surtían ningún efecto, se puso a emitir sonidos: el ruido de golpear con los nudillos en una puerta, el ruido del trote de un caballo y, por último, el de una rana toro sobre un nenúfar. Pero Anna seguía berreando y Lucy aceptó su derrota.

—Ya he repasado todo mi repertorio de sonidos —admitió.

—Espera —dijo Klara. Volvió con una vela, cuya llama protegía con la mano, y se estiró en la cama boca abajo ante Anna. Empezó a mover la vela de un lado a otro, y los ojos de Anna se iluminaron y siguieron el movimiento de la llama. Distraída o embelesada, el llanto fue aminorando. Klara sostuvo la vela sin moverla y sopló para que la llama se inclinase pero sin llegar a apagarse; titiló y el sonido hacía pensar en la vela de un barco a lo lejos, hinchada por el viento. Anna dejó de llorar. Klara sopló más fuerte y la llama luchó por mantenerse en la mecha; lanzó un soplido más violento y la llama se apagó con un «clic». Como si se tratase del momento culminante de un truco famosísimo, Anna se rió a carcajadas y su misterioso malestar desapareció. Klara sonrió, contenta por su éxito, mientras desde la mecha

ascendía un hilillo de humo. Lucy, que había contemplado toda la escena, estaba pasmado.

La sensación de felicidad permaneció con él incluso mientras dormía esa noche y continuaba allí a la mañana siguiente, de modo que cuando regresó al castillo sabía que estaba atrapado sin remedio por las garras del amor. Le llevó al señor Olderglough el desayuno y se saludaron con amabilidad. En la esquina de la habitación, Peter arañaba su jaula con las patas; al pasar junto a él, Lucy comprendió de pronto algo sorprendente. Cogió el espejo de mano del señor Olderglough de la cómoda y lo sostuvo ante el pájaro.

—¿Qué haces, muchacho? —le preguntó el señor Olderglough.

—Espere —le dijo Lucy.

Peter se quedó embelesado. Movi6 la cabeza para observar mejor al desconocido que tenía delante y lanzó un dubitativo y ronco graznido al espejo. Siguió un denso silencio durante un rato en el que Lucy y el señor Olderglough contuvieron la respiración, y por fin Peter entonó su canción largo tiempo olvidada. Salió de su pico de un modo atropellado, como si retenerla en sus entrañas durante tanto tiempo hubiera sido un tormento. Peter le cantaba a su reflejo, cantaba una canción de amor dirigida a sí mismo, porque por fin ya no estaba solo y el mundo se llenaba de inexploradas posibilidades. El señor Olderglough lanzó la bandeja por los aires, lo cual generó un enorme estruendo, saltó de la cama y cruzó la habitación a toda velocidad con la ropa y el gorro de dormir, expresando a gritos su entusiasmo.

Sin embargo, aún había detalles inquietantes. De Klara emanaba cierta tristeza y eso a Lucy le provocaba algo más que una ligera preocupación. La tristeza estaba oculta, pero se intuía en cada uno de sus gestos: el modo en que se cogía las manos, el modo en que se apartaba un mechón de cabello de la cara y se lo recogía detrás de la oreja, el modo en que sus ojos observaban los espacios abiertos como si buscara algo familiar, o tal vez algo nuevo, desconocido. Se intuía en sus silencios. A Lucy le sorprendió descubrir lo importante que era para él combatir esa tristeza o, mejor, eliminarla. Porque si lo conseguía, ¿qué ocuparía su lugar?

Progresivamente Klara se fue encerrando en sí misma, daba paseos a solas de una hora por el bosque. Lucy desconfiaba de un modo instintivo de esas excursiones en solitario.

—¿Adónde vas cuando paseas sola por el bosque? —le preguntó.

—Simplemente paseo por el bosque.

—¿Por qué?

—Para estar sola en el bosque.

—Pero ¿por qué?

—Porque me apetece. —Miró a Lucy—. ¿A ti no?

—No quiero estar más solo de lo que ya estoy —admitió Lucy. No le enorgullecía admitirlo, y el comentario tampoco hizo que Klara sintiese admiración por él.

Un día Lucy estaba comprando verdura en el mercado cuando vio a Klara atravesando la multitud hacia las afueras del pueblo. Tenía una mirada triste y Lucy decidió seguirla. Klara se dirigió hacia los primeros árboles, caminando sin prisas pero con decisión. Parecía claro que tenía algún destino concreto en mente. Lucy podría haberla llamado, pero no lo hizo. Cuando ella se adentró en el bosque, él no la perdió de vista.

La luz del sol se tamizó y el viento cesó. Klara resultaba alternativamente visible e invisible, desaparecía detrás de algún árbol y después reaparecía a lo lejos. A Lucy le parecía feo espiarla y eso le puso nervioso, pero no podía evitarlo e iba serpenteando para no perderla de vista. Klara entró en un claro en el centro del cual había un árbol solitario, un roble bajo y nudoso, muerto y sin hojas, con las ramas llenas de cuervos. A medida que Klara se acercaba, algunos de los pájaros hicieron crujir las ramas al mover la cabeza y desplegar y volver a plegar las alas. Ella se detuvo ante el árbol. A Lucy le pareció que les dirigía unas palabras a los cuervos, pero no estaba seguro. Cuando Klara siguió avanzando, él se aseguró de no perderla de vista y pasó lo más lejos posible del árbol porque había en él algo inquietante.

Klara siguió caminando y se detuvo ante un río que bajaba caudaloso por el deshielo. Cuando se levantó la falda para sentarse en la orilla, Lucy se acercó con sigilo y se ocultó tras un árbol caído para poder observar su cara y deducir en qué pensaba. El estruendo del río era tan potente que Lucy sentía la vibración contra el pecho. La gente piensa en un río como una corriente de agua, pero esta realidad física es secundaria en relación con el ruido que produce.

Klara contemplaba la fluida superficie del río y tenía una expresión sombría. No tardó en romper a llorar; lo hizo sin disimulo, sin cubrirse el rostro, sin vergüenza alguna. Al contemplarla, Lucy tomó conciencia de que la vida que compartían era finita. Después de todo, la excepcionalidad era su

principal atributo y algo así no puede esperarse que dure para siempre. Le invadió un sentimiento de gratitud, tan poderoso que sintió como si flotase. Pasado un rato, Klara se secó las lágrimas, se puso en pie y emprendió el regreso por donde había venido. Lucy se agachó cuando pasó junto a él y después se quedó allí sentado unos minutos. Después, taciturno, se alejó del río.

Se estaba acercando al claro cuando pisó una rama; produjo un chasquido y los cuervos, como un solo cuerpo, salieron volando. Produjeron un ruido tan inesperadamente fuerte y violento que Lucy se asustó. Era como si una parte importante de sí mismo se le hubiera desprendido, y eso le dolía y le producía inquietud.

Esa noche los movimientos de Klara eran los de alguien abatido, y en la cama le dio la espalda a Lucy. Él mismo durmió a trompicones toda la noche y por eso se despertó tarde. Klara ya no estaba en la cama, pero Lucy vio que le había dejado preparada en la sala una tetera, una gruesa rebanada de pan, una jarrita de miel y una manzana, pelada y troceada. La manzana estaba crujiente y ácida, y en el té había cierto aroma a pino. Pensó en Klara preparándole el desayuno mientras él seguía durmiendo. Por la ventana entraba un haz de luz que caía en ángulo hasta el suelo, como un tronco apoyado contra la pared. En el haz flotaban motas de polvo que se desplazaban en el aire y desaparecían en la oscuridad que lo rodeaba, lo cual a Lucy le hizo pensar en mareas cambiantes. Ahora la vida de Lucy parecía pasar por un momento de cierta estabilidad. Pensó que nunca se había sentido tan melancólicamente feliz.

Sacó la mesa, limpió, secó y guardó los platos. Oyó el silbido del tren de la mañana en el valle, lo cual significaba que disponía de veinte minutos para recoger la carta del barón y entregarla en el andén. Se sentó, se calzó las botas y se estaba atando los cordones cuando apareció de golpe Klara, casi sin respiración y con los ojos brillándole.

—¿No has oído el tren? —le dijo.

—Lo he oído.

—¡Pues ponte en marcha, perezoso! —Lo agarró por las solapas y lo besó. Sonreía pletórica, sujetó a Lucy por la cintura y lo atrajo hacia ella. Fuera lo que fuese lo que la había estado preocupando, ya lo había superado; Klara había tomado una decisión y estaba claro que favorecía a Lucy. Lo empujó hacia la puerta y le dijo que volviera a tiempo para cenar y él le

aseguró que así lo haría. Mientras atravesaba el pueblo, se sentía ufano y aliviado, porque a su Klara no le sucedía nada y todo iba como la seda entre ellos. Sin embargo, esa sensación de alivio le duró poco, porque al pasar por el mercado el taimado carnicero se le acercó y le dijo:

—Una pena lo de Adolphus, ¿verdad?

—¿Qué le ha pasado?

—¿No lo has oído? Lo han hecho prisionero.

—¿Cómo lo sabes?

—Me encontré con uno de sus hombres en la montaña y me lo contó todo. Me dijo que a Adolphus le dispararon en el estómago y los enemigos lo atraparon y se lo llevaron. Dejó un rastro de sangre y no pudo escapar. Si sobrevive, me imagino que lo ahorcarán. ¿Qué opinas de todo esto?

—No sé qué decir.

—Imagino que te alegrarás, ¿no?

—No. No lo sé.

A Lucy no le gustó que el taimado carnicero dijese una cosa así, aunque fuese cierta; y sintió un estremecimiento, porque sin duda las noticias sobre la captura de Adolphus eran el motivo de las lágrimas de Klara. Y aunque parecía que ella ya lo había asimilado, Lucy sabía que no sería lo último que oiría al respecto. «El amor es algo muy violento», pensó. «Violento» fue la palabra que le vino a la cabeza.

Lucy se plantó en el andén con la carta del día del barón. Se sentía deprimido y su mente divagaba por rincones oscuros. Cuando el tren se acercó, asomó la familiar mano, solo que esa mañana había algo diferente en ese miembro, porque también sostenía una carta. La situación era tan inusual que Lucy olvidó alzar la suya con su carta y se quedó contemplando embobado el ondulante sobre rosa que agarraba el maquinista. Al pasar el tren, el maquinista soltó el sobre y Lucy vio cómo giraba en el aire. Cuando por fin cayó al andén, dejó la carta del barón en el suelo, agarró la otra y salió corriendo hacia el castillo. Mientras subía por la colina, el maquinista hizo sonar el silbato media docena de veces en staccato. Estaba claro que también él había estado leyendo las cartas del barón, desde antes incluso de que Lucy empezase a hacerlo.

Lucy se encontró en la cocina a Agnes cortándole el pelo al señor Olderglough, envuelto en una sábana y sentado en una silla de respaldo bajo mientras ella, de pie detrás de él, blandía las tijeras. Era una escena tan

doméstica que Lucy se sintió un intruso, y desde luego sus superiores lo miraron como a tal, pero él apenas se disculpó, porque no había tiempo que perder con puerilidades. Le plantó la carta en la mano al señor Olderglough y le dijo:

—Señor, la baronesa ha escrito.

El señor Olderglough estudió el sobre, por delante, por detrás; miró a Agnes y asintió. Lo abrió y leyó la carta, con aire concentrado y con el índice de la mano derecha levantado. Cuando terminó, se levantó de la silla, se paseó por la habitación y se dirigió a Lucy y Agnes con tono serio y neutro:

—La baronesa llegará dentro de veinte días.

Agnes dejó escapar un resoplido.

—Es imposible.

—Va a venir, Agnes.

—No puede hacerlo. Escríbele y explícale que es imposible.

—Ya está viajando, y por lo tanto es imposible localizarla. Lo siento, pero no podemos hacer nada. —Metió la carta en el sobre—. Y me temo que eso no es lo peor.

Agnes se puso pálida.

—No me digas que...

El señor Olderglough asintió.

—Vamos a tener invitados.

Agnes bajó la cabeza.

—Los invitados llegarán dos días después que la baronesa —le explicó el señor Olderglough.

—¿Quiénes son?

—El duque y la duquesa. El conde y la condesa.

El señor Olderglough y Agnes cruzaron una cómplice mirada de desesperación.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar? —preguntó ella.

—Hasta final de mes.

Agnes guardó silencio mientras digería la información.

—Bueno —dijo por fin—, es evidente que la baronesa no sabe cómo están las cosas por aquí, de lo contrario no se le ocurriría volver. Y, menos, traer invitados.

—Creo que sí es consciente de la situación —replicó el señor Olderglough, y leyó una línea de la carta—: «Os pido que el barón esté lo

más presentable posible dentro de su estado.»

—Entonces lo que busca es acabar de hundirlo —reflexionó Agnes—. O también ella se ha vuelto loca.

—Parece contenta. —El señor Olderglough miró la carta—. Su letra es tan elegante como siempre.

Eso no resultó un gran alivio para Agnes, que se dejó caer en la silla al borde de un soponcio.

—Es superior a mis fuerzas —admitió—. No sé ni por dónde empezar.

—No voy a negar que no parece una tarea fácil.

—¿Una tarea? —dijo Agnes, perpleja.

—Sí, «tarea» es la palabra que he utilizado.

Miró a Lucy y dijo:

—¡Estamos viviendo en un cementerio!

El señor Olderglough se le acercó y le puso una mano en el hombro. Le habló con firmeza, aunque con cierta ternura:

—Tranquilízate, Agnes. El castillo ha estado aletargado. Tenemos que devolverlo a la vida. ¿Por qué te comportas como si no hubieras pasado por esto otras veces?

—La situación nunca ha sido tan catastrófica como ahora.

—No diré que no tengas razón. De acuerdo, es posible que fracasemos. Pero solo tenemos dos opciones: intentarlo o no intentarlo. Y, querida, sé que vas a intentarlo, igual que tú sabes que yo también voy a hacerlo.

Agnes lanzó un suspiro digno de un condenado y salió con paso cansino de la cocina. Tenía muchas cosas que planificar, dijo, pero quería pasar un rato a solas antes de ponerse manos a la obra, para reflexionar sobre lo que se les venía encima sin intrusiones ni distracciones. En cuanto se marchó, el señor Olderglough se volvió hacia Lucy. La ternura había desaparecido por completo de su rostro.

—Bueno, muchacho, vamos a hablar sobre lo que hay que hacer mañana —le dijo.

—¿Mañana, señor?

—Mañana, sí. —Se aclaró la garganta—. Mañana no va a ser un día en el que podamos dedicar nuestros pensamientos a loar a Dios en su trono celestial.

—¿No, señor?

—Mañana no va a ser un día que en el futuro recordaremos con alegría o

mantendremos siempre apegado a nuestros corazones.

—¿No lo será, señor?

—Mañana no va a ser un día agradable para nosotros.

—Pero ¿por qué, señor?

El señor Olderglough se guardó la carta en el bolsillo de la pechera.

—Mañana vamos a tener que localizar, aprehender y reintegrar a la normalidad al barón.

VII. LOCALIZACIÓN, APREHENSIÓN Y REINTEGRACIÓN A LA NORMALIDAD DEL BARÓN

El proceso de localización del barón fue una experiencia inusual para Lucy, porque si antes pensaba en esa persona como en alguien a quien debía evitar a toda costa, ahora la buscaba con ahínco, aunque de momento sin resultado.

Estaba claro que el barón dormía durante el día, de modo que tenían la esperanza de pillarlo en las horas de sol durmiendo en algún rincón. Pero no encontraron ninguna evidencia de sus andanzas nocturnas. De hecho, no encontraron evidencia alguna de la existencia del barón, salvo algún discreto charco o montoncito. Pero sus habitaciones estaban intactas, y en la despensa no faltaba siquiera un pellizco de sal. Por las noches, galvanizados por el fuerte café de Agnes y con un aturdimiento nada desagradable después de pasar largas horas en vela, recorrían los pasillos con velas y calzados solo con calcetines, esto último por insistencia del señor Olderglough, a quien le parecía más sigiloso. A Lucy la táctica no le entusiasmó, porque el suelo estaba frío y, por lo tanto, se le enfriaban los pies. Ante su actitud huraña, el señor Olderglough le acabó prestando un par de calcetines extra, que Lucy se puso encima de los suyos y que aliviaron su malestar y restauraron la paz entre ellos dos. Hay que decir que el señor Olderglough disfrutaba al máximo de estas expediciones y se maravillaba de su inexplorado potencial como aventurero.

Sin embargo, pasaron tres días con sus noches, y seguían sin estar más cerca de lograr su objetivo que cuando emprendieron la búsqueda. Sin apenas dormir, notaron cómo el cansancio se apoderaba de ellos, seguido de la inquietante sombra de la duda, que no tardó en dar paso a una sensación de absoluta futilidad. Al final, el señor Olderglough llegó a la conclusión de que era imposible localizar al barón y decidió tirar la toalla. A Lucy le apenó ver a su superior tan abatido. Considerando la situación, sugirió que el problema era que estaban enfocando mal el asunto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el señor Olderglough.

—Andamos a tientas en la oscuridad, señor. En su oscuridad. ¿No tendría más sentido obligarlo a salir a la luz?

El señor Olderglough entornó los ojos.

—¿Estás sugiriendo que le tendamos una trampa?

—¿Por qué no? —dijo Lucy.

El señor Olderglough se quedó intrigado y se retiró a sus aposentos para planificar la estratagema. Lucy estaba encantado de haber dado con una posible solución, pero no tardó en desear no haber compartido su idea, porque lo que se le ocurrió al señor Olderglough fue utilizar a Lucy como cebo. Lo planteó de la siguiente manera:

—Te irás a la cama a tu hora habitual y harás lo mismo de siempre, salvo que no solo no cerrarás con pestillo la puerta de tu habitación, sino que la dejarás abierta de par en par.

—¿En serio, señor? —dijo Lucy.

—Desde luego que sí.

—¿Y dónde se colocará usted?

—Yo me esconderé detrás de la puerta —explicó el señor Olderglough con orgullo.

—¿Y qué hará allí?

—Esperaré a que el barón entre en la habitación.

—¿Y qué hará cuando eso suceda, señor?

—Saldré de mi escondrijo y golpearé a mi patrón en la cabeza con una porra de madera de abedul.

—¿En serio?

—Puedes estar seguro, chico.

—¿Y después qué?

—Después de dejarlo inconsciente, lo llevaremos a sus aposentos y lo ataremos a su cama. Lo alimentaremos a la fuerza, lo afeitaremos, le cortaremos el pelo y haremos todo lo que esté en nuestra mano para devolverle el interés por la sociedad sofisticada. —El señor Olderglough se frotó las manos—. ¿Qué te parece?

—Creo que es un poco descabellado, señor —dijo Lucy.

—¿No estás dispuesto a intentarlo?

—La verdad es que no. Y para ser sincero, señor, creo que usted tampoco.

—¿Qué clase de actitud es esta? Organicémonos, muchacho.

—Pensemos otro plan.

—Busquemos en nuestro interior al guerrero dormido que llevamos dentro.

—El mío está tan dormido que directamente no existe. Nada en mí me llama a echarme en la cama por completo desvalido a la espera de que aparezca ese hombre.

—Ya te he dicho que no estarás solo.

—Pero me sentiré solo, señor.

El señor Olderglough lo miró con dureza.

—Muchacho, debo decir que me has decepcionado.

—Puede redactar un resumen pormenorizado del plan, señor, y lo leeré con sumo interés. Pero dudo mucho que descubra en esas páginas algo capaz de hacerme cambiar de opinión sobre él.

—Bueno, muchacho, siento tener que decirte esto, pero vamos a tener que llevarlo a cabo, y lo haremos.

—Me temo que no, señor.

—¿Pretendes mantenerte en tus trece?

—Sabe perfectamente que sí.

—Entonces no tenemos nada más que hablar. —Y, dicho esto, el señor Olderglough se acercó a la ventana para contemplar el exterior—. Vaya, ¿dónde se ha escondido el viejo y tímido sol?

Tratando de localizarlo, se acercó demasiado a la ventana y se golpeó la frente con el cristal.

Lo cierto es que Lucy se acostó esa noche con la puerta abierta y el señor Olderglough se escondió detrás con una porra de abedul en la mano y una mirada de obstinación en la cara. Le había dicho a Lucy que no debían hablar, así que no lo hicieron. En un momento dado, Rose cruzó la habitación para olisquear y mordisquear los zapatos del señor Olderglough. Lucy la cogió, se la llevó de vuelta a la cama y se puso a acariciarle la panza. Eso la relajó y no tardó en dormirse, ajena a la inquietud de su dueño.

Lucy estaba muy nervioso. Una y otra vez creía escuchar al barón que se acercaba arrastrando los pies, pero no aparecía nadie por la puerta y Lucy no podía hacer otra cosa que contemplar la insondable oscuridad y preguntarse qué habría allí. Pasó una agónica hora, y después media hora más, y de

pronto se percató de un desafortunado hecho: el señor Olderglough se había quedado dormido de pie, lo cual era evidente por los plácidos y sibilantes ronquidos. Lucy había echado a un lado la manta para ir a despertarlo cuando vio al barón encorvado junto a la escalera, completamente desnudo, cubierto de mugre, jadeando y observando a Lucy con perpleja mirada de loco.

—Señor Olderglough, señor... —dijo Lucy.

El barón entró con desconfianza en la habitación.

—Señor Olderglough.

El barón se acercó a Lucy.

—Señor Olderglough.

El señor Olderglough resopló y el barón, al oírlo, miró atrás hacia la puerta. Se acercó, cerró la puerta y detrás apareció el señor Olderglough, apoyado contra la pared, los brazos laxos a los costados, la boca abierta, dormido como un bebé. El barón lo observó durante un rato, como si le sonase vagamente. Estiró el brazo y le acarició con la mano la mejilla. En ese momento, el señor Olderglough se despertó y, al ver al barón pegado a él, lanzó un fugaz pero intenso alarido, alzó la porra y le arreó un golpe en la cabeza. El barón se desplomó y quedó tendido inmóvil en el suelo.

El señor Olderglough contempló admirado la porra de abedul.

—¿Sabes qué? He disfrutado al hacerlo —reconoció, y en su rostro se dibujó una expresión de euforia, porque la vida era de verdad curiosa, una novela insondable y, en ocasiones, maravillosa. El señor Olderglough movió al barón para colocarlo boca arriba. Y mientras le agarraba las mugrientas muñecas, le dijo a Lucy:

—Levántate, muchacho, ¿a qué esperas?

El barón volvió en sí poco después de que lo ataran a la cama. Al tomar conciencia de que lo habían atado, se puso a dar sacudidas y a gimotear, a maldecir y escupir, a emitir unos sonidos guturales, y su cólera llegó a tal punto que perdió el control de sus funciones corporales; o tal vez se trataba de que de forma intencionada daba rienda suelta a este modo no verbal de expresar su ira. Sea como fuere, a Lucy le pareció un espectáculo horripilante. El señor Olderglough, por el contrario, se lo tomó con filosofía y con algo más que simple paciencia. Parecía que estuviesen tratando con un niño rabioso en lugar de con un loco cubierto de roña en pleno desvarío. Sin embargo, poco antes del alba, la edad empezó a hacer mella en él y dejó de rebelarse para descansar y recobrar fuerzas. El señor Olderglough le ordenó a

Lucy que se quedase con el barón y no lo perdiese de vista. Así lo hizo él, sentado a una prudente distancia, atento a las nuevas pataletas del barón, hasta que el hombre llegó al límite de su resistencia y se quedó dormido. Al poco rato, Lucy sucumbió al cansancio e hizo lo mismo, sentado en la silla. A ambos los despertó varias horas después la intensa luz del sol de la tarde que se colaba por la ventana. El barón espío a Lucy de reojo, después giró la cabeza y en su rostro apareció una expresión de calma. Tal vez fuese efecto directo del descanso, o quizá el ataque de locura se había disipado de forma espontánea, pero el hecho era que, de pronto, era de nuevo un ser humano.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Lucy, señor. Hola.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí. He sustituido al señor Broom.

—Broom. —El barón lo repitió con el ceño fruncido, como si ese hombre fuese antagónico a su bienestar. De pronto se puso serio, como si le hubiera venido a la cabeza una idea apremiante—. Desátame —ordenó.

—No puedo hacerlo, señor.

—O me desatas o te despido.

—Siento no poder hacer lo que me pide, señor, pero tengo órdenes del señor Olderglough, y debo obedecerle a él.

—El señor Olderglough —dijo el barón, y por su tono estaba claro que sentía afecto por ese hombre—. ¿Dónde está?

—Aquí estoy, siempre presente —respondió el señor Olderglough mientras entraba en la habitación con aspecto fresco y con un humeante cuenco de sopa—. A su disposición en todo momento. —Se sentó en la cama del barón y, al comprobar su estado, se alegró—. Oh, bienvenido de vuelta, señor. Es una alegría verlo, y le aseguro que es la pura verdad.

El barón sonrió.

—¿Cómo te va, Myron?

—Tengo mis altibajos, señor.

—¿Como siempre?

—Así es la vida.

—¿Y cómo llevas la melancolía, si puedo preguntártelo?

—Siento decir que ahí sigue, obstinada.

—Ojalá la sencilla felicidad fuese tan persistente, ¿verdad?

—Tiene toda la razón, señor.

El barón señaló alzando la barbilla el cuenco que el señor Olderglough llevaba en las manos.

—¿Qué llevas ahí? Espero que Agnes no esté trajinando en la cocina otra vez.

—Me temo que sí, señor.

—Y supongo que querrás que me coma lo que me traes, ¿no es así?

—Esa es la idea.

—¿Puedo preguntar qué es?

—En mi opinión, señor, es mejor que se lo coma sin preguntar. Lo único importante es que lo revitalizará. —El señor Olderglough acercó una cucharada de sopa a la boca del barón. El barón se la tragó con reticencia, bizqueando.

—Su entusiasmo por la pimienta no ha decrecido.

—Siente devoción por ella, señor.

El barón observaba el cuenco.

—¿Qué es eso que flota?

—Hay una manera de averiguarlo, señor. Coma y después averiguaremos qué nos va a deparar el día, ¿qué le parece?

El barón aceptó y siguió comiendo. Al contemplar a ese par, Lucy se preguntó cuántos años debían de llevar juntos. Se sentían tan cómodos el uno con el otro que parecían uña y carne. Parecía lo más normal del mundo que uno le estuviese dando de comer al otro con la cuchara. Una vez vació el cuenco, el señor Olderglough preguntó:

—¿Tan horrible ha sido?

—Sabes perfectamente que sí —respondió el barón, aunque ahora se lo veía más repuesto—. Bueno —continuó—, creo que ha llegado el momento de hablar sobre el hecho de que siga atado a mi cama, desnudo y con una necesidad perentoria de darme varios baños seguidos.

—Sí. Con respecto a eso, señor —dijo el señor Olderglough—, no hace falta decir que siento en el alma teneros en esta situación. Pero al mismo tiempo, no puedo decir que no haya sido necesario tomar estas medidas, porque lo ha sido.

—¿He vuelto a... comportarme de forma inadecuada? —inquirió el barón.

—Sí, señor; durante los últimos meses, sí. ¿No se acuerda de nada?

—De manera difusa. —Trató de recordar y se estremeció al recobrar

ciertas imágenes—. No es agradable pensar en ello —zanjó.

—No voy a contradecirlo al respecto, señor. Posiblemente sea mejor no removerlo.

—Sí.

—Mejor miremos hacia el futuro en lugar de revivir el pasado.

—Muy buena idea, Myron, gracias. —El barón resopló—. ¿Y ahora me puedes desatar?

—No, señor, no puedo hacerlo.

—¿Tienes ya pensado cuándo podrás hacerlo?

—Muy pronto, espero.

—Siempre has sido un hombre ecuaníme.

—Me gusta pensar que es así, señor.

El barón hizo una mueca de dolor.

—¿Por qué me duele la cabeza?

—Bueno, señor —dijo el señor Olderglough—, estaba usted en tal estado que me vi obligado a pegarle un garrotazo.

—¿Has dicho darme un garrotazo?

—Pues sí.

—No sabía que fueras capaz de una cosa así.

—Yo tampoco. Y la verdad, si se me permite el atrevimiento, es que ha sido excitante.

—Sin duda lo habrá sido. Tendrás que contármelo detalladamente algún día.

—Sí, señor.

—¿Alguien más ha resultado herido?

—Cuando me disponía a darle el garrotazo, usted me golpeó en un costado, pero estoy entero. Y le pegó usted tal susto al joven Lucy, aquí presente, que se dio un golpe en la cabeza, ¿no es así, muchacho?

El barón miró a Lucy y en su rostro se dibujó una expresión de pesar, como si al contemplar ese semblante de porcelana a la luz del día volviera a ser consciente de sus pecados, de modo que se sintió avergonzado y giró la cabeza para esconder la cara entre las almohadas y las sábanas. Se pasó un rato afligido, gimoteando, y Lucy vio en el barón a un individuo patético pero digno de compasión. Pero la empatía de Lucy fue fugaz, porque al poco rato la voz del barón adquirió un tono áspero, volvió a ser poseído por la ira y de nuevo se puso a despotricar, escupir y maldecir, gobernado otra vez por su

álter ego. Sin embargo, al señor Olderglough el cambio no le sorprendió en absoluto. Sacó a Lucy de los aposentos del barón. En el pasillo le lanzó una mirada de complicidad. Iba a ser, le aseguró a su *protégé*, una ardua tarea.

Pasaron varios días con sus noches. Lucy y el señor Olderglough se sentaban, juntos y por separado, en los aposentos del barón con él, le daban de comer, conversaban con él e intentaban alejarlo de sus obsesiones con las mismas argucias con las que se convence a un niño para marcharse de un parque de atracciones. Una mañana, Lucy entró en la habitación del barón y descubrió que el hombre ya no estaba atado, porque se lo encontró sentado en la bañera, con el cabello cortado y la rala barba afeitada, dejando a la vista un bello rostro anguloso. Estaba leyendo, con aire horrorizado, la carta que le había escrito la baronesa.

—¿No está contento de que vuelva, señor? —le preguntó Lucy.

El barón plegó la carta y la dejó sobre la mesilla auxiliar.

—Muchacho, lo único que sé es que a veces la vida es demasiado complicada para mis gustos.

Dicho lo cual, se sumergió y lanzó un montón de enormes burbujas desde las profundidades de la bañera, producidas por el hecho de que el barón chillaba bajo el agua.

En el castillo se inició un periodo de frenética actividad. Mientras Lucy y el señor Olderglough se encargaban del barón, Agnes hizo un viaje de ida y vuelta a Listen y, a su regreso, durante los días siguientes fueron recibiendo cereales, harina, especias, velas, carne de ave, pescado, barriles de cerveza, cajas con botellas de vino y brandy y todo tipo de exquisiteces culinarias de las que Lucy jamás había oído hablar y mucho menos probado. Llegó el sastre, con tres ayudantes, y los cuatro se pusieron a tomar medidas para el nuevo traje del barón y para otro destinado al señor Olderglough, cuyo atuendo estaba ya más que desgastado. Las ropas indignas del barón se quemaron y el señor Olderglough empezó a pasearse zalamero por los pasillos con un traje negro azabache que lo convertía en modelo de elegancia. Afrontaba su trabajo con un excedente de energía que hasta ahora Lucy no había visto en él, y también Agnes se mostraba más entusiasta en el desempeño de sus tareas. Era como si, con el renacimiento del barón, también el estado de ánimo de sus subordinados de toda la vida hubiera mejorado de golpe. Por fin Lucy fue capaz de entender a qué buenos recuerdos se habían

estado agarrando el señor Olderglough y Agnes; por fin comprendió la satisfacción que podían encontrar en su trabajo. Y no resultó extraño que también él se sintiese igual: el sol había entrado por fin en el castillo y ahora se veía el futuro con esperanza.

Lo cual no quiere decir que fuesen tiempos fáciles para Lucy. Tres días antes de la llegada prevista de la baronesa, el señor Olderglough le hizo pasar al salón de baile y le dijo:

—Por favor, quiero que limpies toda esta zona.

—¿Qué zona, señor?

—Todo esto.

—¿Se refiere al salón, señor?

—Exacto, sí.

Lucy estudió las dimensiones del espacio.

—¿Qué quiere decir exactamente con lo de «limpiar», señor?

—Limpiar las ventanas. Limpiar el suelo. Limpiar las paredes. Limpiar el techo.

—¿Limpiar el techo, señor?

—Airear la sala. Limpiar las chimeneas. Sacar las telas que cubren el mobiliario. Hacer que las tapicerías y los ornamentos reluzcan. Y cuando acabes aquí, pasas a la siguiente sala y después a la siguiente, y así sucesivamente.

—Me parece, señor —dijo Lucy—, que me está pidiendo que limpie todo el castillo de arriba abajo antes de que la baronesa vuelva a casa. ¿Es así?

—¿Tienes algún problema con el encargo, muchacho?

—Sí, que es imposible de llevar a cabo.

Al señor Olderglough le pareció una actitud desafortunada, y, además, reafirmaba su preocupación por que Lucy se estuviese tomando demasiadas confianzas para alguien de su rango. Pero al final cedió y le dio a Lucy una pequeña suma de dinero para que pudiese buscar ayuda en la aldea. Lucy contrató a media docena de las mujeres de aspecto más bruto, más o menos el mismo grupo que se había mofado de él con lo de la capa de Klara, porque consideraba que tendrían la fortaleza necesaria para afrontar una tarea de tal magnitud. El planteamiento dio sus frutos, porque aquel grupo de mujeres limpiaba con una furia palpable, como si la acumulación de mugre fuese una afrenta directa a su honor. La agresividad era una buena ayuda para la tarea,

pero resultó menos ventajosa en otros aspectos. A Lucy aquellas mujeres le daban miedo, y ellas lo sabían y se aprovechaban, y le pellizcaban, le daban codazos y le hostigaban; se inventaban bromas crueles a sus expensas por el placer de ver cómo se ponía colorado. La más corpulenta del grupo llegó a aplastar la cabeza de Lucy contra la pared con sus enormes pechos y él se puso a agitar los brazos, asustado porque no podía respirar.

Dejando de lado estas maldades, el plan de Lucy fue todo un éxito: el trabajo se completó de un modo impecable y el castillo recuperó un aspecto digno de una baronesa. La sensación entre el personal era una vigorizante combinación de júbilo y elevado nerviosismo, ambos contenidos, al menos en la medida de lo posible.

En el centro de todo este ajetreo estaba el barón, y en ese momento Lucy no podía quitarle los ojos de encima, debido no solo a su notorio regreso al mundo civilizado, sino también al hecho de que la persona que emergió de esas espantosas tinieblas resultó ser el caballero más seductor imaginable. El mero hecho de contemplar cómo entraba en una habitación era ya todo un espectáculo. Era un *danseur noble* atravesando un escenario, cada uno de sus movimientos era de una elegancia sin fisuras, cogiendo con gesto fluido un libro, un cenicero o un vaso de agua; la liviandad con que actuaba llevó a Lucy a preguntarse sobre los estándares o cualidades de la sangre noble y sobre si alguien humilde como él podía conseguir clarificar su sangre, elevarse hasta ese nivel. Con pesar, llegó a la conclusión de que no.

Más allá de lo meramente físico, había muchas más cosas que admirar en relación con el temperamento y la personalidad del barón. En los días que precedieron a la llegada de la baronesa, supervisó cada detalle de la puesta a punto del castillo con mano firme y ojo implacable. Sin embargo, jamás perdió la cortesía en el trato con sus subalternos, combinando en perfecto equilibrio amabilidad y mando. Lucy se dio cuenta de que era de este equilibrio de donde emergía el verdadero líder. Le admiraba en especial el modo en que el barón recondujo las carencias de la cocina de Agnes. Cuando, por ejemplo, probaba su estofado, actuaba como si estuviese catando una exquisitez, ocultando por completo su repugnancia ante el guiso y prodigándose en elogios, que ella recibía henchida de orgullo. Pero una vez que había ablandado a Agnes, el barón le decía algo del tipo:

—Querida, me pregunto si la pimienta no predomina demasiado, cuando en realidad tu deliciosa salsa debería ser la estrella de la función.

Y entonces Agnes se dejaba arrastrar por la sugerencia y preguntaba:

—¿Cree que deberíamos poner menos pimienta, señor?

—Excelente idea, Agnes, ¿por qué no intentarlo?

Y Agnes acababa cocinando el estofado con la mitad de pimienta y de pronto el guiso resultaba comestible, el barón la felicitaba asegurándole que era un genio, y durante el resto del día ella levitaba en una nube de orgullo y satisfacción.

Dicho de otro modo, ese hombre era el encanto personificado y tenía a Lucy embelesado.

La tarde anterior a la llegada de la baronesa, Lucy contempló desde su ventana al barón deambulando por el campo que separaba el castillo de la aldea. Se pasó un buen rato caminando de un lado a otro con rostro relajado y las manos a la espalda, pero de pronto empezó a murmurar para sí mismo, después a hablar en voz alta y a gesticular, con una sonrisa taimada. Lucy dedujo que el barón estaba imaginando que hablaba con la baronesa y ensayaba las cosas que le diría. En determinado momento se llevó la mano a la boca, tal vez tratando de dar con alguna frase ingeniosa. Cuando se le ocurrió y la verbalizó, los ojos le brillaron de entusiasmo. Lucy se sintió identificado con ese hombre, y eso lo asustó. Porque si el amor había degradado a un personaje tan poderoso como el barón, ¿qué efecto podría tener en él? Plegó el catalejo y apartó esa idea de su mente. Era demasiado inquietante para afrontarla.

VIII. LA BARONESA VON AUX

El día señalado a la hora señalada, el barón estaba en el andén esperando el regreso de la baronesa Von Aux. Llevaba el cabello repeinado, estaba muy serio, agarraba con fuerza las flores que llevaba en la mano y permanecía inmóvil en un estado de febril expectación. El señor Olderglough estaba muy serio; de pie junto al barón y con Lucy a su otro lado. Los tres miraban hacia delante, más allá de las vías, hacia la zona boscosa y despoblada. Tenían la sensación de que el tren se retrasaba, y en efecto así era.

—Es ella la causante del retraso —murmuró el barón.

—Oh, señor, por favor —dijo el señor Olderglough—. ¿Por qué iba a hacer una cosa así? Y además, ¿cómo iba a poder hacerlo?

—Habrá encontrado el modo..., para así hurgar en la herida. Y apuesto a que llega acompañada de algún joven y guapo sirviente.

—Señor, ella jamás haría una cosa así.

—¿No? Te olvidas de lo que pasó con Broom.

—No me olvido de nada. Pero no le veo sentido a dar por hechas ciertas cosas antes siquiera de verla. Hoy es un nuevo día, señor.

—Hoy es un día como cualquier otro.

—Es un día hermoso, límpido y que acaba de empezar. Nunca ha habido un día como el de hoy.

—Bah —dijo el barón, y se apartó para esperar a solas.

Lucy le preguntó al señor Olderglough:

—Señor, ¿cuáles dice que fueron las circunstancias que rodearon la desaparición del señor Broom?

—No lo he dicho.

—¿Me las puede explicar ahora?

El señor Olderglough hizo una mueca de dolor.

—Algo maligno se apoderó de él, y mantenerlo en su puesto se hizo insostenible. Él trató de superarlo y yo intenté ayudarlo. Pero, por desgracia, ya no se podía hacer nada.

—Pero ¿cómo murió, señor?

—Cayó en el enorme agujero —explicó el señor Olderglough, como si fuese algo obvio.

—Un agujero enorme —repitió Lucy.

—El enorme agujero, sí. —El señor Olderglough se volvió y señaló las onduladas colinas detrás del castillo—. Solo hay uno. Y me parece que uno solo ya es más que suficiente. Si no, que se lo pregunten al señor Broom, ¿eh? —Negó con la cabeza—. Vaya final para ese muchacho. Me dio mucha pena. Tenía esperanzas puestas en él. Ah, pero su codicia y sus deseos pudieron con él, como siempre sucede con la codicia y los deseos. —El señor Olderglough se rió entre dientes—. Acabo de recordar algo, muchacho. ¿Quieres que te lo cuente?

—De acuerdo.

—No quiero forzarte.

—No, me gustaría oírlo, señor.

—Muy bien. Cuando yo no era más que un crío, estaba sentado en la mesa del desayuno con mi padre. Sin que él se diera cuenta, cogí la última salchicha, sabiendo que en realidad era para él, porque yo ya me había comido la mía. Cuando vio el plato vacío, me miró y dijo: «Hay a quienes la codicia les sienta como un traje a medida. Pero a ti, hijo, te sienta de pena.» Bueno, ¿qué te parece?

—No sé qué pensar, señor.

—¿Estas palabras no te dicen nada?

—No mucho, señor. Creo que no.

—A mí sí. Y después de decírmelas, recuerdo que me clavó el tenedor.

—¿El tenedor?

—En realidad, me pinchó con él. No quiero decir que me clavase el tenedor. Fue más una punzada psicológica que una tortura física. Papá sabía cómo escenificar.

En la punta del andén, el barón hablaba con tono lastimero al vacío. Lucy lo observó un rato y después se volvió hacia el señor Olderglough.

—Señor, no puedo imaginarme que tuviera usted un padre y una madre.

—¿No? Tal vez crees que salí de un huevo, ¿eh? Y tal vez fue así..., quién sabe, muchacho. —Aguzó el oído—. ¿Esto ha sido un *chut*?

—¿Un qué, señor?

—Un *chut*.

—¿Es algún tipo de pájaro?

—Es el ruido que hace el tren. *Chut chut*.

En efecto, el tren se estaba acercando y el barón volvió a colocarse junto a Lucy y el señor Olderglough. Las flores temblaban en su mano y dijo:

—Estoy temblando, Myron.

—Piense en los momentos felices que ha pasado con ella. Sigue siendo la hermosa joven a la que usted cortejó hace años.

—Si fuese así, yo no habría sufrido lo que he sufrido.

Cuando el tren entró en la estación, el barón lanzó las flores bajo las ruedas y la chirriante maquinaria que las movía. Los tres contemplaron cómo los pétalos desaparecían aplastados. En el momento en que el tren se detuvo, se vieron envueltos por una nube de vapor y los tres cerraron los ojos.

La voz de la baronesa era más grave y potente de lo que Lucy había imaginado. No había en ella nada masculino, pero poseía cierta gravedad, cortaba el aire y se hacía oír.

—¿Nadie me va a ayudar a bajar?

La brisa que soplaba dispersó la nube de vapor y allí apareció ella, perfectamente visible en lo alto de la plataforma, vestida con resplandeciente cuero negro, estirando la mano, cubierta por un guante también negro. Su rostro era de una belleza sublime, pero había algo sombrío en su mirada, una frialdad, y Lucy supo que la mujer que tenían delante no era la del cuadro. Mientras que la mujer del cuadro desprendía una elegancia sencilla, esta otra persona había sido claramente pervertida. A Lucy le dio miedo y se quedó inmóvil, y también el barón se quedó petrificado. Al final fue el señor Olderglough quien se acercó al tren para recibirla, la ayudó a bajar la escalerilla y la acompañó ante el barón.

Al principio se miraron sin decir nada y sin siquiera darse la mano. La baronesa era la personificación del comedimiento: lo que pensaba y lo que sentía era un misterio, y contemplaba a su esposo con aire altivo. El barón logró imitar su actitud durante unos instantes, pero su fachada empezó a tambalearse y al final se vino abajo y dio rienda suelta a sus emociones. Lloriqueando de manera grotesca, cayó de rodillas y se agarró a las piernas de la baronesa, entre jadeos y lágrimas, sin importarle lo más mínimo lo que pensarán de él. La baronesa no reaccionó de inmediato; se limitó a observar, y además sin mucho interés. Sin embargo, poco a poco la expresión de su rostro se relajó, se quitó el guante y le acarició la cabeza al barón. Se inclinó

y le dio ánimos susurrándole al oído, él asintió, se incorporó poniéndose muy recto y recuperó o intentó recuperar la compostura.

Ahora estaban cara a cara. La baronesa se volvió a poner el guante y le pasó el pulgar por la mejilla para secarle las lágrimas. Le besó. Fue un beso largo y delicado, y mientras se prolongaba, Lucy notó que una mano le agarraba el brazo. El señor Olderglough tenía los ojos humedecidos: la escena le había emocionado. El barón y la baronesa se encaminaron cogidos del brazo hacia el castillo, conversando en voz baja y comportándose como amantes que acaban de reencontrarse.

Detrás de ellos, un mozo agobiado iba amontonando los numerosos baúles de la baronesa en el andén. Veía la escena que se estaba desarrollando por el rabillo del ojo, pero no prestó ninguna atención ni al barón ni a la baronesa, porque ya tenía bastantes cosas de que preocuparse sin necesidad de interesarse por los líos de los demás, muchas gracias.

La lección de Memel a los niños

El barón y la baronesa pasaron la tarde encerrados en sus habitaciones, así que el señor Olderglough le dio la noche libre a Lucy, la primera desde hacía muchos días. Fue a la aldea, entró en el chamizo de Klara sin llamar, confiando en ser recibido con alegría. Pero el fuego de la chimenea ardía a medio gas y no había nadie a la vista. Oyó hablar en voz baja en la parte trasera de la casa, y cuando se asomó se encontró con Memel metido en la cama y envuelto en varios edredones, pese a que tampoco hacía frío. Tenía la piel macilenta y era evidente que estaba enfermo. Klara y Mewe permanecían erguidos a los pies de la cama. A su lado, sentados en el suelo, había siete u ocho niños del pueblo que miraban a Memel como si esperasen recibir sus instrucciones. Memel tenía en la mano una copa de vino. Hablaba con tono monótono y relajado.

—Un invierno —dijo—, cuando yo era un niño como vosotros, mi padre y yo fuimos a Listen para vender una vaca. Ninguno de vosotros ha conocido a mi padre, pero puedo aseguraros que era un hombre de honor. Era religioso y todo el mundo lo apreciaba, pese a que tenía una peculiaridad: se contaba que jamás, en toda su vida, se había reído en voz alta. No es que fuese un hombre infeliz, pero llevaba una existencia que no le dejaba tiempo para celebraciones ociosas.

»No nos podíamos permitir pagar el tren, así que fuimos a Listen caminando, lo cual nos llevó tres días a través de parajes nevados. Acampábamos cada noche junto a las vías, le echábamos una manta encima a la vaca y dormíamos pegados a ella para mantenernos calientes. Cuando pasaban los trenes, tras el furgón de cola se levantaba una ventolera glacial que sacudía la manta y levantaba chispas y avivaba las brasas de nuestra hoguera. Sigo sin saber por qué mi padre me pidió que lo acompañase en aquel viaje. Al fin y al cabo, yo no añadía más que otra preocupación y mi madre habría agradecido que me quedase en casa para ayudarla. Bueno, me gusta pensar que quería que le hiciese compañía. Pero quién puede saber lo que pasa por la cabeza de un hombre, ¿verdad, niños?

»Anocheía cuando llegamos a Listen. Papá llevaba a la vaca cogida de una cuerda y yo la cogía de la cola. A papá le preocupaba venderla por un buen precio, porque el dinero que sacásemos nos serviría para pasar el invierno. Yo me quedé esperándolo fuera del edificio donde se subastaba el ganado. Cuando salió ya era noche cerrada y no pude distinguir la expresión de su rostro ni, por lo tanto, saber si había conseguido o no un buen precio. Pero él me dijo: «Esta noche nos quedaremos en la ciudad, ¿qué te parece?» Y entonces supe que había conseguido un precio por encima del que esperaba, porque tenía dinero para alquilar una habitación en una posada, algo inaudito para nosotros. Le dije que me encantaba la idea y atravesamos juntos la concurrida plaza, muy contentos los dos.

»Hasta ese día yo no había salido nunca del pueblo y me maravillaba lo que veía en Listen. Las luces de las calles, los escaparates de las tiendas, el ajetreo de hombres y mujeres, todo lo cual me era desconocido hasta entonces. Agarré la mano de mi padre, asustado por ese mundo extraño, pero cuando cruzamos entre la multitud nos separamos. Miré a mi alrededor, pero no logré localizarlo. Solo veía cuerpos de desconocidos y ninguno de ellos tenía tiempo para detenerse y prestarme atención. Me golpeaban al pasar, me apartaban de su camino, y yo estaba tan asustado que había empezado a llorar cuando noté un par de manos que me levantaban agarrándome por detrás. Era mi padre, claro. Me subió sobre sus hombros, me dio una palmadita en la rodilla y me dijo: «No tienes que llorar, Memel. ¿No sabes que nunca te voy a abandonar? Tu papá siempre te protegerá, ¿lo entiendes?» Le dije que sí, y sentí un amor absoluto por ese hombre, porque sabía que lo que decía era cierto.

»Entramos en la posada y, después de dejar el equipaje en nuestra habitación, nos dirigimos a la taberna de la planta baja. Estaba tan concurrida como la plaza de nuestro pueblo, así que tuvimos que cenar en la barra. Mi padre buscó un taburete para que me sentase y él se quedó de pie a mi lado, y después de pedir la cena contemplamos el espectáculo que se desarrollaba a nuestro alrededor. Papá estaba más contento que nunca. Había conseguido que la cena estuviese incluida en el precio de la habitación, de modo que se veía a sí mismo como alguien cosmopolita y astuto. Bebía cerveza y contemplaba a los parroquianos con mirada cómplice. Creí ver el esbozo de una sonrisa en sus labios, pero quizá me engañase la luz titilante de las velas. Desde luego que no se rió, pero fue lo más cerca que lo vi nunca de esbozar una sonrisa.

»Nos acababan de servir la cena cuando apareció un hombre con un abrigo andrajoso. En cuanto vio a mi padre, volvió sobre sus pasos, lo señaló con el dedo y lo miró con aire perplejo. «¿Sí?», dijo mi padre. «¿Qué pasa, señor?» El desconocido se dio una palmada en la frente. «¿No pretenderás decirme que no me reconoces? Ven aquí, bribón.» El tipo abrazó a mi padre con todas sus fuerzas, levantándolo del suelo y zarandeándolo. Papá, obviamente, estaba perplejo y se apartó del desconocido, que pareció sentirse ofendido o insultado. «Pero ¿por qué te apartas, hermano? ¿Tanto tiempo ha pasado que ya no reconoces a los de tu sangre?» Mi padre le explicó que no tenía ningún hermano, que todo era un malentendido. Al principio el desconocido no se lo creía, pero papá insistió y le aseguró a ese hombre que él no tenía otra familia que su esposa y yo, su único hijo. Siguieron unos instantes de silencio y al final el desconocido negó con la cabeza. De pronto estaba avergonzadísimo y dijo: «Por supuesto, ahora veo que no es usted mi hermano. Discúlpeme, señor. ¡Qué tonto soy! Y entretanto se le está enfriando la cena.» Se sentía muy violento por la confusión, pero mi padre le dijo que no tenía por qué avergonzarse, que no había sido más que una equivocación, y le dijo a ese hombre que ojalá encontrase a su verdadero hermano y le deseó una feliz noche. El desconocido saludó a mi padre con una reverencia y se volvió para marcharse. Pero antes de hacerlo, me miró y, sin que mi padre se diera cuenta, me guiñó el ojo.

»Mi padre ya había empezado a comerse la sopa, pero yo no podía apartar los ojos del desconocido y vi cómo se marchaba. Me pareció que, para alguien que hacía un instante había estado pidiendo disculpas efusivamente, ahora caminaba con paso muy ligero. De hecho, cruzó el umbral pegando un salto antes de desvanecerse entre la multitud. «¿Qué te ha parecido esto?», me preguntó mi padre mientras se llevaba a la boca una cucharada de estofado. Le dije que no sabía qué pensar, pero que aquel hombre era muy raro. Él se mostró de acuerdo y acabamos de cenar antes de volver a la habitación, donde nos estiramos en el mullido colchón de plumas. Los ruidos festivos de la calle se prolongaron toda la noche y mientras me dormía me sentí más cerca de mi padre que nunca. Éramos el vivo retrato del orgullo y la felicidad.

»Sin embargo, todo eso se esfumó por la mañana. Porque cuando llegó el momento de pagar la cuenta, nos vimos sorprendidos por algo terrible: la billetera de mi padre había desaparecido. Rebuscamos en la habitación y rehicimos nuestros pasos del día anterior, pero no la encontramos y al final

tuvimos que asumir que el dinero había desaparecido. Mi padre empezó a sospechar que el desconocido de la taberna que lo había abrazado era un embaucador, un carterista. Cuando me lo contó, recordé el salto que había dado al salir por la puerta. Probablemente había deducido por el peso de la cartera de mi padre que acababa de agenciarse un buen fajo de billetes de alguna paga y ya estaba pensando en qué se lo gastaría. Y aunque yo sentía lástima por mi padre y temía por mi familia, al mismo tiempo no podía evitar sentir una curiosa simpatía o complicidad con el ladrón.

»Es una pregunta que me he hecho muchas veces a lo largo de los años: ¿de dónde salió esa simpatía? Mi padre y mi madre jamás me dijeron ni media mentira y me habían educado para creer que cuanto más duro trabajabas, más te acercabas a la pureza y, por lo tanto, mejor situado estabas para recibir la misericordia de Dios cuando accedías a su reino. No tenía motivo alguno para poner en duda lo que mis padres me habían contado, porque ambos eran personas buenas y cariñosas. Pero, pese a todo, cuando vi a ese habilidoso ladronzuelo largarse con el dinero de mi padre, me sentí transformado.

Memel bebió un sorbo de vino de su copa y pareció masticarlo antes de tragarlo. Dio un segundo sorbo y dejó escapar un «Ah» o «Ajá». Y continuó:

—No fue solo el hecho de que ese hombre robase lo que me resultó atractivo, fue también el modo en que parecía hacerle sentir el hecho de robar. ¡Cómo deseaba cruzar un umbral tal como lo había hecho él! No podía sacármelo de la cabeza y empecé a vivir de tal modo que seguir sus pasos resultó inevitable. Y ese es el camino que seguí, queridos niños. Dedicué todas mis energías a jugar, a evadirme, a reírme y a no pegar golpe. Me escabullía de cualquier tipo de responsabilidad que se me presentase, ya fuesen tareas rutinarias o deberes escolares o lo que a vosotros os pidan hacer. Mi padre y mi madre se enfrentaron con decisión a mi rebeldía, pero yo no cedí en mi empeño y no tardé en embarcarme en mi propia carrera como carterista, y lo cierto es que ha sido un carrera ilustre, si me permitís decirlo.

»Tal vez os interese saber que, durante todo mi proceso de aprendizaje y posterior dominio del arte del robo, jamás dejé de lado mi religión. De hecho, fortalecí mi fe, aunque mi Dios no era el Dios de mis padres. Porque a mí siempre me había parecido muy poco atractivo que Él tuviese que premiar a Sus siervos por el trabajo duro, por no hablar del mero hecho de que quisiese tener siervos. Y como no me sentía a gusto con ese Dios, creé mi propio

Dios, y el mío no recompensaba el trabajo sino la audacia.

»El granjero, al ver que en sus campos ha crecido una cosecha espléndida, se arrodilla y da las gracias. Un zapatero agradecerá los beneficios anotados en su libro contable. Yo, por mi parte, cada vez que me topaba con un comerciante rico dormido en un compartimento de primera clase, me detenía un instante para dar gracias a mi Salvador. Porque era Él quien me había guiado hasta esos ricos pastos, hasta esos hombres adormilados que pedían a gritos que les robasen. Dios quería darles una lección, y yo, el valiente Memel, era Su instrumento.

Apartó la mirada de los niños y clavó los ojos en la parte alta de la pared.

—Todavía ahora, cuando sueño, sueño con un compartimento repleto de hombres ricos dormidos. En el sueño soy una versión más joven de mí mismo, mi energía no conoce límites y no le temo a nada en el mundo. Les quito sus posesiones y sus rostros enrojecidos tienen una expresión plácida y feliz mientras duermen, porque también ellos están soñando, tal vez con una mesa llena de manjares, con un banquete celebrado en su honor, del que van cogiendo todo tipo de comida.

»Mi querida Klara lleva tiempo diciendo que llegará el día en que rendiré cuentas. Un día en que sentiré mis pies envueltos en llamas y entonces me arrepentiré y pediré perdón. Pero ahora que parece que ese día se acerca, puedo decir con total sinceridad: yo tenía razón y mi padre y mi madre estaban equivocados. Los quería a los dos, pero eran un par de bobos. No hay nada noble en el sufrimiento, nada que merezca la pena en el trabajo rutinario. Y, niños, si veis algo que deseáis, debéis cogerlo. Porque el hecho de que lo deseáis convierte lo deseado en vuestro.

Memel cerró los ojos.

—Esto es todo lo que quería decir —concluyó—. Gracias por escucharme.

Los niños salieron de la habitación de manera ordenada y tranquila.

Memel no tardó en quedarse dormido, Klara y Mewe lo dejaron solo y Lucy los siguió. Lucy preguntó qué le pasaba a Memel; durante un rato, ni Klara ni Mewe le respondieron. Al final, Mewe dijo:

—No lo sabemos.

—¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

—Lleva meses cayendo y recuperándose. Pero nunca había estado tan

mal.

Se produjo un silencio y Mewe dijo que estaba cansado; Klara lo acompañó hasta la puerta y le susurró algo al oído antes de que se marchase. Mewe asintió y ambos cruzaron una mirada triste. Después de que Mewe se fuese, Klara se puso a trincar una cebolla para un guiso. Lucy se le acercó, pero no la tocó, porque tenía la sensación de que no era correcto estando Memel enfermo. Lucy pronunció el nombre de Klara, pero ella siguió trinchando como si él no estuviese allí.

—¿Estás enfadada conmigo por algo? —le preguntó.

—No —respondió ella.

—¿Me vas a decir qué pasa?

—No pasa nada.

Lucy contemplaba el perfil de Klara.

—¿Ha habido alguna novedad sobre Adolphus?

Klara dejó de trincar. Le sorprendió el mero hecho de que se atreviese a preguntarlo. Tardó un rato en responder: meneó la cabeza, no.

—Klara, ¿para ti es muy duro? —preguntó Lucy.

Otra pausa, Klara dejó el cuchillo y se volvió hacia Lucy, lo agarró, se aplastó contra su pecho. Klara temblaba; Lucy pensó que estaba llorando, aunque no hacía ningún ruido. Él volvió a preguntarle qué pasaba y ella se limitó a decir que lo sentía. No especificó qué era lo que sentía.

Esa noche, más tarde, bebieron el vino de Memel, después de lo cual ella volvió a mostrarse cercana y cariñosa. Solo estaba cansada, le explicó a Lucy, lo había echado de menos y estaba preocupada por su padre. Se metieron en la habitación de Klara y todo volvió a ser como siempre. Por la mañana Lucy le dio un poco de caldo a Memel y le contó los últimos chismes del castillo; el anciano agradeció ambas cosas, y parecía más animado cuando Lucy se despidió deseándole un buen día.

Klara le besó en la puerta y le ayudó a ponerse la camisa. Le tomó la cara con las manos y le miró a los ojos con una firme adoración antes de despedirse de él con mucho cariño. Lucy tenía el corazón henchido de felicidad mientras atravesaba la aldea y se dijo a sí mismo que no debía dejar pasar tantos días sin visitarla, porque tanto tiempo sin verse no era bueno para su noviazgo con Klara. Decidió que, sin duda, ese había sido el problema; sin embargo, una vocecita en su interior ponía en duda esta conclusión. Porque, además, ¿por qué el taimado carnicero le había lanzado

esa mirada resabiada cuando pasó junto a su establecimiento?

La baronesa estaba sentada en la cama leyendo un libro. Lucy entró con la bandeja del desayuno y permaneció a la espera, a cierta distancia. Ella sabía que él estaba allí, pero no alzó la mirada de inmediato; exhaló con fuerza, cerró el libro con un golpe seco y dijo:

—La verdad es que me fastidia cuando una historia no sigue los derroteros que una espera. ¿A ti no te pasa, chico?

—No estoy seguro de entender a qué se refiere, señora.

—¿No te gusta el entretenimiento?

—Sí.

—¿Y no te da rabia que algo que promete entretenimiento no cumpla su finalidad?

—Supongo que sí, señora.

—¿Lo ves? Es a esto a lo que me refiero.

—Lo veo —se mostró de acuerdo Lucy.

La baronesa dejó el libro en la mesilla de noche y miró a Lucy.

—Así que tú eres el tristemente célebre escritor de cartas.

—¿Soy tristemente célebre, señora?

—Desde mi punto de vista, sí. ¿Puedo preguntarte qué te impulsó a escribirla?

—Consideré que estaba legitimado para hacerlo. ¿Está usted disgustada conmigo?

—¿No debería estarlo?

—Supongo que sí.

—Tu carta me molestó mucho.

—Lo siento, señora.

—Me fastidian las prisas de cualquier tipo.

—A mí tampoco me gustan. Pero aquí todo era un desastre, y como su ausencia parecía la fuente de todos los problemas, me tomé esa pequeña libertad.

—¿La llamas pequeña libertad?

—Así es, señora.

—Al leerla me derramé el té por encima.

—Señora, él comía ratas.

—¿Qué?

—El barón comía ratas. Aquí todo era un caos.

La baronesa lo miró de un modo raro.

—¿Intentas ser gracioso, chico?

—No, no intento ser gracioso.

—Eres un bicho raro.

—Es probable que lo sea, señora. Es probable que lo sea. —Lucy pensó en ello—. Sí, lo soy —añadió.

La baronesa apartó la manta y se sentó en el borde de la cama, con los pies descalzos casi tocando al suelo. Sintió un escalofrío, bostezó y preguntó:

—¿Qué pretendes, chico?

—No pretendo nada, señora, aparte de cumplir con mis obligaciones de un modo eficaz. En cuanto a la presente situación, espero que me perdone la intromisión.

—Supongo que lo haré.

—Eso espero. —Lucy alzó un poco la bandeja—. ¿Dónde quiere que se la deje?

La baronesa, ensimismada, no respondió. Se quedó contemplando la pared o mirando a través de ella con aire soñador. Lucy dejó la bandeja en una mesa auxiliar y dijo:

—Señora, si me permite decírselo, es una bendición que haya vuelto.

—¿Una bendición para quién? —preguntó la baronesa con aire ausente.

—Para todos.

—Yo no estoy tan segura.

Despertó de su ensoñación y contempló a Lucy con una mirada risueña, como si el chico hubiera dicho algo gracioso.

—¿Qué pasa, señora?

—No lo sé —dijo ella—. De pronto me he sentido feliz. Qué raro. —Se tocó la suave y pálida frente con la punta de los dedos. Hubo algo en ese pequeño gesto que sobresaltó a Lucy; de pronto comprendió cómo esa mujer podía empujar a un hombre como el barón a los abismos en que se había hundido.

Lucy quiso evidenciar que era consciente de la fuerza de la baronesa haciendo un comentario y dijo:

—Señora, es usted tal como la describía el señor Olderglough.

La baronesa bajó de la alta cama y se sentó en la banqueta ante el tocador.

—¿De verdad? —dijo, con el cabello recogido con una cinta cayéndole hasta la mitad de la espalda—. ¿Y cómo me describió, si puede saberse?

—Dijo que era usted una luz en un lugar sombrío.

La baronesa, que había estado mirándose en el espejo de refilón, se miró de frente. ¿Qué pasaba por la cabeza de una mujer hermosa cuando contemplaba su reflejo? A juzgar por su expresión, no estaba pensando en sí misma en términos admirativos.

—La verdad es que este lugar es muy sombrío —le dijo a Lucy. Levantando con las manos mechones de su cabello y haciéndolos girar con pulso firme, se hizo un moño que asentó en un pulcro montículo sobre su cabeza y, aplastándolo con la mano izquierda, lo fijó con una aguja para el pelo que manejaba con la derecha. Era la primera vez que Lucy contemplaba estos movimientos femeninos llevados a cabo de un modo automático y quedó impresionado por su elegante precisión. La baronesa lo miraba por el espejo.

—Entonces tú y yo vamos a ser amigos, ¿no es así? —le preguntó.

—Sí, señora.

—De acuerdo, amigo. Acerca esta bandeja y dame de desayunar mientras me acabo de arreglar.

En un primer momento Lucy pensó que la frase era una simple broma, pero cuando vio que la baronesa adoptaba una actitud expectante, entendió que se lo decía en serio, así que hizo lo que le pedía, se sentó a su lado y le fue metiendo en la boca trocitos de fruta y cucharadas de gachas, y entre bocado y bocado le acercaba a los labios la taza de té para que diera un sorbo mientras ella se miraba la cara y se iba aplicando cremas, polvos y colorete que tenía en frascos, botes y botellitas con pulverizador desplegados en perfecto orden ante ella. A Lucy le complació poder darle de comer; había una tristeza tan profunda en la mirada de la baronesa que a él se le hacía un nudo en la garganta. No sintió ningún deseo de protegerla o de aliviar ese pesar, tal como sí había hecho con Klara; tan solo quería contemplarlo y después evocarlo cuando estuviese a solas. La admiraba del modo en que uno admira una avalancha, y se quedó obnubilado, embriagado por la proximidad de una persona excepcional como ella. De pronto se dio cuenta de que la baronesa le estaba pellizcando el dorso de la mano.

—¿Has oído lo que te he preguntado, Lucy?

—No, no lo he oído.

—Te he preguntado si después podrías acompañarme a dar un paseo.

—Sí, señora. ¿Y por dónde quiere pasear?

La mirada de la baronesa se perdió en la lejanía.

—Ya te indicaré el recorrido —le dijo, y le pidió que la dejase sola, porque iba a vestirse para la ocasión. En el pasillo, junto a la puerta, Lucy contempló, asombrado, la intensa mancha roja que le había dejado el pellizco.

El enorme agujero

Lo cierto es que el enorme agujero era muy muy grande. Desde el momento en que lo vio, a Lucy le inquietó su existencia, porque todo lo que los rodeaba era tierra sólida y de pronto aparecía ese vacío, inmenso y pagano, que lo dejó atónito. Decidió que aquello no era un agujero sino más bien un abismo, un cañón. La baronesa y él circunvalaron el perímetro, caminando juntos sin decir palabra, ambos contemplando el vacío como si en su interior fuese a ocurrir algo. Eso generó en Lucy la tensión de la expectación, y cuando del agujero emergió hacia el cielo un pájaro, se estremeció. La baronesa lo cogió del brazo para tranquilizarlo, pero Lucy no podía quitarse de la cabeza la muerte del señor Broom y empezó a no fiarse del suelo que pisaban.

—Señora, quizá no deberíamos caminar tan cerca del borde —dijo.

—¿Por qué no?

—Estaba pensando en el accidente del señor Broom.

La baronesa lo miró con compasión y dijo:

—Pero en eso no hubo nada accidental.

Lucy sintió náuseas al oírlo.

—¿Cómo puede estar segura?

—Lo conocía lo bastante bien —dijo ella. Y con tono jovial, como alguien que conversa sobre banalidades tomando el té, le preguntó—: ¿Tú alguna vez piensas en el suicidio?

Lucy reflexionó un momento y respondió:

—No más de lo habitual, señora.

La baronesa miró con aprobación.

—Una respuesta con estilo.

—Gracias.

Llegaron a una zona en la que daba el sol y ella se detuvo para disfrutarlo. Cerró los ojos y Lucy vio la maraña de pequeñas venas que recorrían sus párpados.

—¿Y usted piensa alguna vez en eso? —le preguntó.

—Hummm —fue su respuesta. Abrió los ojos—. Es una sensación tan rara, estar de vuelta entre vosotros... Estaba tan segura de que jamás regresaría...

—Pero ¿por qué se marchó, señora?

—Oh —dijo ella—, se estaban poniendo imposibles.

—¿Quiénes?

—El barón y el señor Broom. —Señaló una zona de hierba alta a cierta distancia del agujero—. Aquí es donde veníamos el señor Broom y yo —dijo, y se sentó en el suelo, tirando de Lucy para que hiciese lo mismo. Mirando a su alrededor, la baronesa parecía recordar con emoción los momentos pasados allí.

—Señora, ¿puedo preguntarle acerca de la naturaleza de su relación con el señor Broom? —dijo Lucy.

—Era mi amante, claro está —respondió ella.

—¿Y qué lo condujo a tal desesperación?

La baronesa sonrió con picardía, pero no dijo nada. Estiró el brazo para arrancar un diente de león y sopló para que las semillas salieran volando. Viajaron por el aire y llegaron al enorme agujero, donde las atraparon las corrientes. Primero se elevaron en una ascensión escalonada, cayeron hasta casi desaparecer y volvieron a subir. El ciclo se repitió sucesivas veces y resultaba hipnótico contemplarlo. Cuando una ráfaga de aire descendiente hizo desaparecer las semillas, la baronesa dejó escapar un suspiro.

—¿Cuánto tiempo hacía que nada me sorprendía? —se preguntó.

—No lo sé, señora.

—Mucho tiempo. —Agarró un manojito de hierba y añadió—: Lucy, los invitados no tardarán en llegar.

—¿No le alegra, señora? —preguntó Lucy, porque el tono de la baronesa al hacer el comentario dejaba entrever cierta incomodidad.

—No sé cuál es mi papel —dijo ella. Y junto con Lucy contempló cómo las verdes briznas de hierba se le escurrían de la mano.

—¿Por qué ha vuelto, señora?

La baronesa negó con la cabeza. Se inclinó hacia delante y le estampó un beso en la frente a Lucy, después se incorporó y siguió caminando, ahora sola, sin rumbo, envuelta en su extraña y terrible belleza.

IX. EL CONDE Y LA CONDESA, EL DUQUE Y LA DUQUESA

La mañana en que estaba prevista la llegada de los invitados, el señor Olderglough llevó aparte a Lucy y le dijo:

—Yo estaré pendiente del duque y la duquesa, y tú te encargas del conde y la condesa. ¿Te parece bien, muchacho?

Lucy respondió que sí, pero la pregunta le pareció curiosa, porque hasta entonces el señor Olderglough nunca le había dado instrucciones de un modo tan condescendiente.

—¿Puedo preguntarle por qué prefiere usted al duque y la duquesa en lugar del conde y la condesa? —inquirió Lucy.

El señor Olderglough asintió como si lo hubiera pillado.

—Tú y yo ya hemos pasado por unas cuantas cosas juntos, de modo que creo que puedo hablarte en confianza, como a un colega. ¿Te parece bien?

—Por supuesto, señor.

—Muy bien, de acuerdo, muchacho. Si quieres que te diga la verdad, ninguno de los invitados que van a aparecer por aquí es lo que podríamos denominar una compañía grata. De hecho, cuando los traté en el pasado me parecieron claramente ingratos.

—¿En qué sentido, señor?

—En muchos que, me temo, descubrirás por ti mismo. Pero tu pregunta, si la he entendido bien, es acerca de cuál de las dos parejas es peor, ¿verdad?

—Supongo que sí, señor.

—En ese caso, debo decirte que el conde y la condesa merecen este honor, sin duda. Y aunque por un lado me siento en la obligación de asumir la carga más pesada, por otro debo reconocer que ya no poseo el mismo aguante que antaño. Velar por gente como la que va a venir a visitarnos es tarea de un joven, y yo ya no soy joven, así que me quedo con la tarea menos complicada, aunque te aseguro que cuando digo menos complicada no quiero decir que sea sencilla. El duque y la duquesa no son el equivalente a un paseo

relajado, y de eso puedo dar abundante testimonio de primera mano. —El señor Olderglough se acercó más a Lucy, con los ojos llenos de desagradables recuerdos—. Muchacho, con esta gente tienes que estar siempre en guardia. Ellos no responden ante nadie. Nunca lo han hecho y nunca lo harán.

Estas palabras le seguían rondando por la cabeza a Lucy mientras esperaba en el andén la llegada del conde y la condesa. Mientras el tren entraba en la estación, oyó las desaforadas carcajadas de un hombre; cuando bajó de su compartimento, el conde estaba claramente borracho y, una vez plantado en el andén, con un puro entre los flácidos labios de color arándano, el cuerpo se le balanceaba. Su cráneo era un huevo ligeramente sonrosado, y los ojos, las yemas inyectadas en sangre; se apartó del sol como si quemase. Después de aclimatar los ojos a la luz, clavó la mirada en Lucy y lo agarró por las solapas.

—Ah, Broom, muchacho, encantado de volver a verte.

—Sí, señor, yo también me alegro de verlo. Pero no soy el señor Broom. Me llamo Lucy.

—¿Qué?

—Mi nombre es Lucy, señor.

El conde lo observó con atención.

—Tú eres Broom.

—No, señor.

—Bueno, ¿y adónde se ha largado Broom?

—Ha muerto, señor.

El conde cargó el peso de su cuerpo sobre sus talones. Y volviendo la cabeza hacia el oscuro compartimento, dijo:

—¿Tú lo sabías?

—¿El qué? —preguntó la condesa.

—Broom está muerto.

—¿Quién?

—El joven sirviente, Broom. La última vez que vinimos, estabas encantada con él.

—Oh, sí, él. Un muchacho encantador, con un buen color de piel. ¿Y dices que está muerto?

—Muerto y enterrado, por lo visto.

—¿Cómo murió?

—No lo sé. —El conde miró a Lucy—. ¿Cómo?

—Algo maligno se apoderó de él y se lanzó al enorme agujero, señor.

El conde puso cara de malas pulgas.

—¿Ha dicho un enorme agujero? —preguntó la condesa.

—Sí —dijo el conde.

—¿Enorme agujero?

—Sí.

La condesa guardó silencio unos instantes y después comentó:

—Bueno, no quiero oír ni una palabra más sobre este asunto.

Dicho lo cual, emergió del compartimento: una mujer corpulenta y jadeante, con negro cabello crespo, cuello carmesí y un intenso disgusto en la mirada, que Lucy atribuyó al cansancio del viaje, pero que no tardó en descubrir que era lo habitual en ella. Cuando le tendió la mano para ayudarla a bajar, ella le arreó en los nudillos con un abanico plegado un golpe seco que lo dejó sin aliento. La condesa se abrió paso por el andén apartando de un manotazo a Lucy y tomó el sendero en dirección al castillo, murmurando para sí misma difusas amenazas o quejas. Cuando su voz dejó de oírse, el conde se dirigió a Lucy con un susurro y entre una nube de humo azulado.

—¿A qué hora se sirve la cena? —preguntó.

—A las seis y media, señor.

—Inaceptable. —El conde le puso a Lucy una moneda en la palma de la mano—. Si pudieras suministrarme algún tipo de sustento, te estaría muy agradecido.

Lucy contempló la moneda. Allí era dinero extranjero del todo inútil.

—¿Sustento, señor? —preguntó.

—Algo que llevarme al gaznate.

—Algo para comer.

—Me gustan las salazones. Algo de carne. Y que no lo vea la condesa.

—No, señor.

—Si te pillan, yo no sé nada.

—De acuerdo.

—Y supongo que ya habrán preparado un baño. ¿Puedes asegurarte de que esté listo?

—Por supuesto, señor.

—Muy bien. Pues tráenos el equipaje y ponte en marcha con todo lo demás. Pareces un buen chico, pero ¿cuántos me han fallado en el pasado?

De hecho, demasiados para nombrarlos.

Empezó a subir con dificultad por la colina con sus piernas cortas, y Lucy se volvió para observar cómo el mozo bajaba los baúles y las maletas. Era el mismo mozo al que ya había visto cuando llegó la baronesa. Era más o menos de su edad y Lucy se acercó para ayudarlo.

—¿Qué te ha dado? —le preguntó el mozo, y Lucy le mostró la moneda. El mozo sonrió y se sacó otra idéntica y sin valor del bolsillo. Los dos las tiraron al suelo y cuando el tren se puso en marcha el mozo se subió al furgón de cola. Saludó con una reverencia a Lucy, que respondió con el mismo gesto, y ambos volvieron a sus respectivas tareas.

El conde toqueteaba con languidez el contenido de su baúl. Estaba desnudo como un recién nacido y, dejando de lado su altura, podía parecerlo. La condesa, en la otra punta de la habitación, estaba sentada ante el tocador, contemplando sus potingues, desplegados siguiendo su particular ordenación. En una esquina, oculto tras un biombo, Lucy estaba echando el último perol de agua caliente en el baño del conde. Llevaba un salami de considerable tamaño escondido bajo la manga y estaba a la espera de que la condesa se distrajese para sacarlo y ofrecérselo al conde. Esperaba que el momento propicio llegase más pronto que tarde, porque el salami estaba frío y aceitoso, y en contacto con la piel resultaba repugnante.

El conde alzó una camisa de seda blanca. Se volvió hacia la condesa, que le dijo:

—Mejor una más oscura. Últimamente estás muy rubicundo.

El conde suspiró.

—Demasiado tabaco —dijo la condesa.

—Me temo que es más por el alcohol.

—Bueno, sea la que sea la causa, no debes llevar blanco si lo puedes evitar.

El conde se plantó ante el espejo y comentó con tristeza al ver su semblante:

—Demasiados excesos a lo largo de la vida.

—Sí.

—Las malditas consecuencias de nuestros apetitos. Pero ya sabes lo que decía mi padre: «Solo los mediocres tienen apetitos moderados.» —Cambió la camisa blanca por una azul y pareció satisfecho porque, en efecto,

disimulaba el color de su tez—. Me pregunto qué habrá de cena —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

Lucy salió de detrás del biombo.

—Sopa fría de eneldo y yogur, lengua de ternera con mantequilla, codillo de cerdo con salsa de ortigas y, de postre, tarta de fruta.

El conde y la condesa se quedaron mirando a Lucy.

—¿Tú sabías que estaba en la habitación? —le preguntó el conde a su esposa.

—No —respondió la condesa.

—Yo tampoco.

—Ojalá lo hubiera sabido.

—Yo también.

—He llamado antes de entrar —aseguró Lucy.

—Yo no he oído nada parecido a unos golpecitos en la puerta —dijo el conde.

—Yo tampoco —añadió la condesa.

—Tendrías que haber llamado más fuerte —dijo el conde.

—Lo siento —se disculpó Lucy.

—O anunciarte de viva voz.

—No quería molestarlos.

—Pero lo has hecho, ¿no te parece? —dijo la condesa. Se volvió hacia el espejo del tocador y, con un gesto de rabia, se puso a peinarse frenéticamente. El conde dejó la camisa azul, porque había visto que tenía pelusa en el ombligo y se concentró en sacársela utilizando los dedos a modo de pinzas.

—¿El baño está listo? —le preguntó a Lucy.

—Sí, señor.

El conde rodeó el biombo y metió un pulgar en el agua. Como la temperatura le pareció correcta, pasó una pierna por encima del borde de la bañera con gesto delicado y se deslizó en el agua lanzando un resoplido mientras lo hacía.

—Chico, dame detalles sobre esa tarta —le pidió a Lucy.

—Es una tarta de melocotón, empapada con brandy.

El conde enarcó las cejas.

—¿Brandy?

—Sí, señor.

—¿Tú la has probado?

—Sí, señor.

—¿Y qué te ha parecido?

—La tarta de Agnes me merece una excelente opinión, señor. —Y era cierto: la tarta de Agnes era su única receta conseguida. El conde pareció encantado con lo que acababa de escuchar; apretó los labios y en un susurro preguntó:

—¿Me has traído la carne en salazón?

Lucy asintió y se dio una palmada en el brazo.

—La llevo aquí.

El conde le hizo señas para que se acercase y sacara el salami, pero antes de conseguirlo, la condesa, a la que ni Lucy ni el conde habían oído acercarse, estaba plantada junto al biombo observándolos con una expresión agria.

—Me iba a frotar los pies —le explicó el conde.

—Frótatelos tú mismo. Chico, ven conmigo.

Lucy la siguió por la habitación y no tardó en estar contemplando los sudados pliegues de la piel desnuda de la condesa mientras le desabrochaba el corsé. Liberada de la prenda, la mujer siguió un rato allí sentada, relajando su apretado cuerpo. De pronto olisqueó el aire y dijo:

—Chico, hueles a salami.

—Sí, lo sé. Lo siento, señora.

—¿Entonces eres consciente del olor que desprendes? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿Y no deberías hacer algo al respecto?

—Lo haré, señora.

—No es algo insalvable. No hay por qué ir oliendo a salami si uno no quiere.

—No, tiene usted toda la razón, señora.

—Muy bien —dijo ella—. Y, ahora, márchate. Quiero descansar un poco antes de las actividades nocturnas. Despiértame una hora antes de la cena.

Lucy hizo una reverencia, se volvió, cruzó la habitación y se detuvo ante el biombo, tras el cual el conde le hacía señales desesperadas desde la bañera. Lucy se acercó a él y giró el brazo a un lado y a otro para que el salami se

deslizase; pero el puño de la camisa era muy ceñido y el tubular pedazo de carne en salazón quedó atascado en la manga. Estaba tratando de desabotonarse el puño cuando la condesa, que había estado observando sus movimientos, frustró la entrega.

—Te he dicho que te marches, chico. ¡Fuera!

Lucy miró al conde con una mueca de impotencia y al salir de la habitación casi choca con el señor Olderglough, que pasaba por allí. Se dirigieron juntos a la cocina.

—¿Qué tal va, muchacho?

—Son como usted me dijo, señor.

—¿Verdad que sí?

—Desde luego, señor.

—Cuéntamelo.

Lucy le relató a su superior sus experiencias con ellos hasta el momento, aunque dejó a un lado el hecho de que llevaba un salami bajo la manga, porque le pareció un hecho desafortunado e incluso vergonzante, y encima lo había cogido de la despensa sin pedir permiso. El señor Olderglough escuchó el resto de la historia, con la cabeza gacha mientras la iba digiriendo. Cuando Lucy acabó su exposición, le dijo:

—Son unos glotones de la peor calaña.

—Sí, señor —se mostró de acuerdo Lucy—. ¿Y qué tal le va a usted con el duque y la duquesa? —Los había visto fugazmente cuando entraron en el castillo hacía unas horas. Parecían muy similares al conde y la condesa en cuanto a temperamento, aunque se los veía todavía más distinguidos y rollizos; la duquesa en concreto poseía una belleza coqueta, era más bien corpulenta y le sacaba una cabeza al duque.

—Mi experiencia hasta ahora ha sido muy similar a la tuya —dijo el señor Olderglough—. Es como cuidar de unos niños, ¿no te parece?

—Sí, así es.

—Pero ¿lo aguantas bien, muchacho?

—Oh, todo va como la seda, señor —De hecho, a Lucy la tarea de atender a este tipo de gente le resultaba divertida y eso se reflejaba en su actitud. El señor Olderglough guardó silencio y se limitó a mirar a Lucy con cariño.

—¿Qué pasa, señor?

El señor Olderglough se pensó la respuesta.

—Es solo que me alegro de que estés aquí, muchacho. Tu entereza ha quedado probada entre estas paredes, y la verdad es que me has dejado impresionado y tengo que darte las gracias.

Esas palabras tan sentidas resultaron sorprendentes y parecían del todo improvisadas; y más sorprendente todavía fue hasta qué punto emocionaron a Lucy. Se le hizo un nudo en la garganta y su respuesta fue por completo sincera:

—Muchas gracias, señor. Y quiero que sepa que yo también me alegro de estar aquí con usted.

—Estupendo. —El señor Olderglough le dio una palmada en la espalda a Lucy. Cuando ya estaban a punto de llegar a la cocina, su superior le dijo con un tonillo travieso en la voz—: Bueno, muchacho, espero que no te ofendas, pero esta noche nos hemos tomado ciertas libertades.

—¿Eh? —dijo Lucy—. ¿Qué quiere decir, señor?

—Que nos hemos tomado ciertas libertades, eso es todo. Échale la culpa a Agnes. Necesitábamos una ayuda extra y ella pensó que a ti te gustaría. —El señor Olderglough abrió la puerta y cedió el paso a Lucy. Al entrar en la cocina se encontró con Klara plantada en el centro, ataviada con un uniforme de criada y mirando con timidez. Llevaba el cabello lavado, peinado y recogido, los antebrazos a la vista y el delantal blanco bordado ajustado a la cintura. Así que ahí estaba Klara, solo que una versión diferente de ella, más elegante y femenina, y mientras Lucy absorbía esta imprevista aparición de la belleza, sintió que por segunda vez caía de cabeza en los abismos del amor.

Desde la despensa, Agnes llamó al señor Olderglough y Lucy se quedó a solas con Klara. Se acercó a ella.

—¿De quién ha sido la idea? —preguntó.

—¿No te gusta?

—Me gusta.

—Agnes me ha ayudado con el cabello.

—Me gusta.

—Tiene unas manos más callosas que las de mi padre.

—Estás preciosa y me gusta muchísimo.

Klara sonreía, mirando al suelo.

—¿De verdad te gusta? —insistió.

—Me gusta. Me encanta. Te quiero.

Klara alzó la mirada, satisfecha y aliviada por la reacción de Lucy; porque la vida en la aldea nunca le había permitido tener un aspecto tan elegante y veía que Lucy estaba de verdad impresionado. Dio un paso adelante y se dispuso a abrazarlo. Al tocarle el brazo, se quedó un instante paralizada y apartó la mano.

—¿Qué es esto?

—Un salami.

—¿Y por qué llevas un salami debajo de la manga?

—El salami no es mío.

—¿Por qué tienes un salami debajo de la manga?

El señor Olderglough asomó de la despensa y, al ver a Lucy y Klara tan juntos, se puso a aplaudir con ímpetu y por encima del ruido de los aplausos les dijo:

—¡No tenemos tiempo para arrullos! ¡Klara, ve a la despensa a ayudar a Agnes! ¡Lucy, tú acompáñame a preparar el comedor! ¡Ahora tenemos que olvidarnos de nosotros mismos y dedicarnos a los demás! ¡El servicio es un arte! ¡Vamos! —Siguió dando palmadas de ánimo mientras salía de la cocina al pasillo—. ¡Buscad en vuestro interior! ¡Excelencia! ¡Magnificencia!

Lucy y Klara sonreían. Él le plantó un beso en la frente y salió detrás del señor Olderglough, pero le lanzó a su amada una última mirada antes de cruzar la puerta: Klara se estaba estirando el uniforme, y cuando se volvió con un gesto muy femenino para dirigirse a la despensa, Lucy pudo contemplar su delicioso perfil. Después corrió detrás de las palmadas, que seguían sonando.

La mesa del banquete estaba lustrosa y resplandeciente, la cubertería brillantada, las servilletas planchadas y el majestuoso comedor bañado por la luz dorada de las innumerables velas blancas. También las tres parejas parecían resplandecer e iban acicaladas de manera imaculada; estaban sentadas muy erguidas y hacían educados gestos de asentimiento cada vez que mantenían uno de sus escasos diálogos, forzados y superficiales, mayormente centrados en chismes sobre el gobierno. El barón y la baronesa trataban de mantener viva la conversación, pero los demás no parecían estar por la labor, y Lucy, mientras servía la sopa, vio la mueca de justificada preocupación en los rostros de los anfitriones, porque el ambiente era tan frío que resultaba incómodo y la velada corría peligro de descarrilar. Pero cuando

se sirvió el segundo plato y empezó a correr el vino, el grupo se relajó y la charla se hizo más fluida. Cuando acabaron el tercer plato, el ambiente era alegre, con tendencia a lo estridente; las cabezas se inclinaban hacia atrás arrastradas por las carcajadas y la faz rojiza del conde tiraba ya al púrpura cuando escupió un bocado a medio masticar. Cuanto más bebían, más difusos se hacían sus rasgos individuales y el grupo se convertía en una piña, en una pequeña sociedad que irradiaba hacia el exterior antipatía e incluso cierto aire amenazante.

Lucy primero creyó ver, y después tuvo la certeza de que era así, que el conde miraba a Klara cada vez que ella entraba en el comedor. Al principio eran solo miradas furtivas, pero a medida que avanzaba la velada, las miradas se hicieron más descaradas y cada vez que ella se le acercaba, el conde trataba de establecer algún tipo de ligero contacto físico: le tocaba la muñeca cuando ella retiraba un plato vacío y le acariciaba la espalda cuando pasaba a su lado. Cuando se producía el roce, Klara se quedaba paralizada, con el rostro inexpresivo, pero Lucy percibía que la actitud del conde la violentaba y cada vez que eso sucedía se le revolvían las tripas. En un momento en que Klara se había metido en la cocina, el conde le preguntó al barón:

—¿Dónde has encontrado a esta?

—Oh, es una chica de la aldea.

Al conde eso pareció fascinarle.

—¿Así que no es una empleada del castillo?

—No forma parte del servicio, no. Pero no hemos tenido tiempo de contratar a todo el personal necesario, de modo que le hemos pedido que nos ayude de forma temporal. ¿Por qué lo preguntas? ¿No te gusta cómo sirve?

—¡Todo lo contrario!

—Creo que mi marido está embelesado —intervino la condesa.

—Ah —dijo el barón, asintiendo—. Bueno, no me extraña. Pero me parece que tienes un competidor en el joven Lucy.

Todos se volvieron a mirar a Lucy, que estaba al fondo del comedor, disimulando su indignación.

—¿En serio? —preguntó el conde.

—Basta ver su cara cuando ella se le acerca —dijo el barón, sonriendo con complicidad a Lucy—. Y la tristeza en su mirada cuando se aleja. Es evidente que está entregado a ella en cuerpo y alma. —Deslizó su mano sobre la de la baronesa—. Es algo que solo sabe ver alguien enamorado.

Mirando a Lucy, el conde dijo:

—Bueno, chaval, ¿qué me dices? ¿Un duelo con sable al amanecer?

Tan solo bromeaba, pero también había una soterrada agresividad en el comentario. Bastaba mirar a ese hombre para darse cuenta de que jamás en su vida había tenido que pedir dos veces cualquier cosa que desease. ¿Qué se debía de sentir, pensó Lucy, al hundir la hoja de una espada en el cuerpo de una persona? ¿Debía de ser rápido, como cuando atraviesas con la mano un rayo de luz, o lento y costoso, como al introducir un remo en el agua? Sea como fuere, en esos momentos deseaba con toda su alma ensartar al conde, así que en respuesta a su pregunta dijo:

—Al alba, bajo la luz de la luna, como preferáis, señor.

A los comensales la réplica les pareció muy ingeniosa y se rieron un buen rato. El barón se puso en pie y le lanzó un saludo a Lucy, y la baronesa le dedicó un aplauso con los guantes blancos que cubrían sus manos. Lucy hizo una reverencia al grupo, salió del comedor y se topó con Klara escondida junto a la puerta, sonrojada y sonriente, porque había estado escuchando a escondidas y había oído la contestación de Lucy al desafío del conde. Lucy se dejó arrastrar por una inusitada audacia y besó a Klara allí mismo, mientras de fondo se oía el frufrú del uniforme de su amada rozando contra su piel. El beso se prolongó unos instantes y ella se apartó, retrocedió y lo contempló pasmada. En la mirada de Klara afloró una indescriptible decisión y, agarrando a Lucy de la mano, lo arrastró lejos del comedor, hasta el salón de baile a oscuras, y después de colarse allí, cerró la puerta.

Klara no se comportó con timidez, lo cual provocó la timidez de Lucy. Lo había aplastado contra una pared del salón de baile, y mientras le desabrochaba los pantalones, Lucy la observaba con tal idolatría que afectó físicamente a su corazón; su tamaño y peso aumentó de tal modo que temió que no le cupiese en el pecho. En ciertos momentos de su apareamiento Klara se mostraba tan arrebatada que a Lucy le parecía que no era ella sino que estaba poseída por algún espíritu para él desconocido. Lucy le tomó la cabeza con ambas manos y se maravilló de su minúscula delicadeza y le pareció desconcertante que un cuerpo tan frágil pudiese albergar el ímpetu que demostraba Klara. En el momento culminante de la pasión, Lucy sintió en su cuerpo una avalancha de liviandad. Nunca había experimentado una sensación semejante.

Klara se reincorporó y se recompuso, estirándose el dobladillo del

uniforme con ambas manos. Sonreía con un tímido orgullo y le dijo a Lucy:

—Ya saldré primero.

Lucy asintió, pero no dijo nada. Después de que ella saliese, él siguió apoyado contra la pared, con las piernas temblorosas y los pantalones todavía bajados hasta los tobillos. «Vaya día más ajetreado que estoy teniendo», pensó.

Esta sensación se incrementó cuando de pronto se abrieron las puertas y entraron los invitados en alegre tropel. Lucy se deslizó lateralmente como un cangrejo para esconderse tras una cortina que tenía a su derecha; no se le ocurría el modo de subirse los pantalones sin atraer la atención hacia él, así que se vio obligado a dejarlos bajados. Se mantuvo un rato en la oscuridad tras la gruesa tela, pero al final la abrió un poco para echar un vistazo al grupo y, desde su punto de observación, Lucy fue testigo de todo un repertorio de extraños y terribles comportamientos en el salón de baile. Estaban todos presentes, excepto el conde, que entró a toda prisa poco después, con la tarta en los brazos como si estuviese acunando a un bebé y con una expresión en el rostro de absoluta felicidad.

—Mira lo feliz que está —dijo la condesa.

—Prácticamente levita —comentó la duquesa.

—¿Se puede ser demasiado feliz? —preguntó la baronesa.

—No es posible —dijo el conde mientras dejaba la tarta en la mesa—. Porque la felicidad no tiene consecuencias y no trae otro anhelo que el de más felicidad. —Mientras los demás digerían su reflexión, el conde contempló admirado ese postre, sonriendo embobado, convertido en la pura imagen de la dócil satisfacción. Pero entonces algún tipo de negro pensamiento pasó por su cabeza, porque en sus ojos asomó una mirada cruel. Y aplastó su puño con todas sus fuerzas contra la inmaculada tarta.

Los extraños y terribles comportamientos del salón de baile

El conde, con una indolencia que parecía cultivar de manera intencionada, comía la tarta de la palma de su mano, con todo el aplomo de un cerdo hozando en la mierda. Cerró la mano y contempló cómo los restos se deslizaban entre sus dedos y caían churretes al suelo. Se limpió la mano con la pernera del pantalón y miró a los allí reunidos con ojos vidriosos.

—Querida, nuestro invitado ha disfrutado con la tarta —le dijo el barón a la baronesa.

—Eso parece —dijo la baronesa.

—Y si él es feliz, nosotros somos felices, ¿no es así?

—Desde luego que sí.

—Porque, después de todo, ¿cuál es la función del anfitrión?

—La función del anfitrión es proporcionar comodidad y diversión a sus huéspedes —respondió ella como si recitara una máxima.

El barón le dio una palmadita en la mano y ambos se miraron complacidos. Y, dirigiéndose a los demás, el barón dijo:

—Me pregunto si el resto de nuestros invitados están tan satisfechos como el conde.

—Yo estoy encantado —dijo el duque. Y, volviéndose hacia su esposa, le preguntó—: ¿Tú necesitas algo, querida?

La duquesa negó categóricamente con la cabeza.

—¿Nada de nada?

Ella insistió en el gesto de negación y sonrió. Al parecer, había bebido demasiado y era incapaz de articular palabra. De hecho, a esas alturas de la noche todos ellos estaban completamente borrachos, con las mejillas sonrosadas por el vino y el júbilo. Era por lo tanto natural que, pese a su alcurnia, dejasen a un lado las formalidades. Sin embargo, a Lucy le horrorizaba que el conde, que ahora aplastaba los restos de tarta en la alfombra con una bota con polainas, se comportase de tal modo sin recibir

una reprimenda; porque era obvio que había traspasado la línea que separa a un invitado divertido de un bruto. Así que Lucy se sintió satisfecho cuando oyó a la condesa decirle desde el sofá:

—Oh, lo estás dejando hecho un asco. ¿No ves que les estás fastidiando el postre a los demás?

El conde dejó de pisotear la tarta. Y miró fijamente a la condesa. Ella pasó un dedo por el borde de su copa, en apariencia arrepentida de haberle levantado la voz.

—Bueno, lo siento —dijo—, pero la verdad es que me ha parecido que estabas estropeando el postre.

Él apartó la mirada y echó un vistazo al salón, como escrutando el mobiliario. De pronto apareció en su cara una expresión de asombro, como iluminado por una repentina idea. Dirigió la mirada hacia la tarta, agarró otro pedazo y atravesó el salón en dirección a la condesa, con el paso decidido de alguien tocado por el exceso de alcohol pero que pone toda su concentración en no perder el equilibrio. Se plantó ante su esposa y estiró el brazo como si le ofreciera el pedazo de goteante tarta que llevaba en la mano. Su respiración era entrecortada.

—¿Qué pretendes, si se puede saber? —preguntó ella.

El conde tomó impulso y le lanzó con saña la tarta en plena cara. La condesa se retrepó en el sofá y se quedó inmóvil unos instantes, sin decir palabra pero con aspecto de que el golpe le había dolido lo suyo. El conde, orgulloso del lanzamiento, regresó a su puesto junto a la tarta con el aire orgulloso de quien ha cumplido con su cometido. Pese a que la condesa sangraba por la nariz, nadie se levantó para ayudarla; de hecho, nadie pareció inmutarse lo más mínimo, y a Lucy le impactó que todos hubiesen contemplado el desarrollo de la escena como si se tratase de algún tipo de pasatiempo o diversión. Lo cierto es que, a juzgar por la embelesada expresión de sus caras y su respetuoso silencio, se diría que eso era precisamente para ellos. A Lucy le dio la sensación de que este violento espectáculo era algo que ya habían escenificado antes, incluso tal vez en muchas ocasiones.

La condesa se puso de pie y se apartó del sofá. La tarta que le embadurnaba la cara iba empapándose de sangre, los trocitos adquirirían un tono púrpura y se inflaban. No parecía disgustada ni en absoluto ofendida; al contrario, su mirada era de majestuoso desafío, como si se considerase la mujer más cautivadora de la sala. Se empezó a desvestirse y, en cuanto se puso

a ello, la duquesa y la baronesa se acercaron para echarle una mano. Sin decir palabra, la ayudaron a sacarse el vestido y a aflojar el corsé. No tardó en quedar completamente desnuda ante las damas y caballeros allí reunidos. Por el mentón le goteaba sangre, que le caía sobre el pecho desnudo, se concentraba en el canalillo y desde allí se deslizaba hasta la oronda barriga. Se acercó a la tarta y cogió la bandeja, que le ofreció al duque con una reverencia. Él la aceptó de inmediato, pero en su cara había una expresión de desconcierto. Se volvió hacia el conde y le preguntó:

—¿Qué tengo que hacer ahora, querido amigo?

—Un caballero debe satisfacer los deseos de una dama —dijo el conde.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro en mi vida.

De modo que el duque cogió un pedazo de tarta y, tal como había hecho el conde, se la estampó a la condesa en la cara.

—Con más fuerza —le pidió ella.

Le lanzó otro pedazo, esta vez con tal ímpetu que hizo que la condesa cayese al suelo dando un salto, como un saltimbanqui. Como antes, permaneció inmóvil unos instantes, asimilando el dolor. Mientras tanto, la duquesa empezó a desnudarse, seguida por el conde y el duque. Lucy se fijó en que cuando la duquesa se sacó el vestido, este se mantuvo rígido sin un cuerpo dentro, lo que creaba un efecto fantasmagórico.

¿Y el barón y la baronesa qué hacían? Lucy estaba tan subyugado con las acciones de los invitados que no se había preocupado de observar sus reacciones. Cuando lo hizo se quedó pasmado al comprobar que esas dos personas, hacia las que había llegado a sentir algo muy parecido a la veneración, también se estaban desnudando, se manoseaban y se miraban con lascivia animal. Todo el grupo evolucionaba por el salón. Estaban cada vez más inquietos y excitados, y se generó tanta expectación que a Lucy se le hizo un nudo en el estómago como reacción a la repugnancia que sentía. Quería salir de allí, pero no había modo de conseguirlo sin que lo descubrieran. Quería apartar la mirada, pero era incapaz de hacerlo. Contempló el ritual con embelesado horror. Sintió que la mente y el cuerpo se le embotaban mientras esperaba a que terminase aquel repugnante espectáculo.

En cierto momento el salami, que llevaba tiempo haciendo fuerza contra el puño de la camisa, se deslizó y cayó al suelo con un ruido sordo. Y aunque nadie se percató de lo sucedido, Lucy pensó que si descubrían un salami

perdido en el suelo tan cerca de él, eso sin duda los llevaría a investigar de dónde había salido. No se atrevió a inclinarse para recogerlo, sino que decidió apartarlo de una patada, pero le dio con excesivo entusiasmo y el salami rodó hasta mitad del salón y quedó a unos centímetros del pie desnudo del conde. El conde vio el salami y se quedó mirándolo. Su aparición lo desconcertó. Alzó la vista y observó la sala, como buscando alguna pista sobre su procedencia. No vio nada sospechoso y decidió empujar el salami con el dedo del pie; después se apartó intranquilo para unirse a los otros.

El duque había agarrado a la condesa del pelo y la obligaba a arrodillarse ante el barón.

—¿Por qué no lo intentas también tú, barón? —le propuso, y le ofreció la tarta.

El barón sonrió con cordialidad a la condesa y le dijo a la baronesa:

—¿Qué hago, cariño?

Ella cogió un pedazo de tarta y se lo colocó en la palma de la mano.

—¿Estás segura? —preguntó él.

Ella asintió y el barón aplastó la tarta contra la mejilla de la condesa con cierta delicadeza. La condesa puso cara de decepción y miró a los demás como pidiendo ayuda.

—No, no —dijo el conde.

—Hay que hacerlo con más contundencia, barón —le sugirió el duque.

—Con mucha más contundencia.

—Inténtalo de nuevo, pero con más fuerza —dijo el duque.

—Con toda tu alma —insistió el conde.

Pero el barón dudaba.

—¿Estás segura de que quiere que lo haga? —le preguntó a la condesa.

—Más fuerte —fue su jadeante respuesta.

El desenfreno dominante se apoderó del barón y, prescindiendo de la tarta, le arreó un bofetón de tal calibre a la condesa que la hizo caer de nuevo al suelo. El acto recibió aplausos entusiastas. Por la reacción del grupo, podría pensarse que el barón acababa de compartir un comentario particularmente agudo o incisivo. La condesa se reincorporó y volvió a colocarse de rodillas ante el barón, quien le ordenó abrir la boca. En cuanto lo hizo, procedió a introducirle varios pedazos de tarta, uno tras otro, hasta que la mujer se atragantó, sintió arcadas y, de manera involuntaria, escupió la tarta en el suelo. Se le ordenó comérsela y ella lo hizo con gran entusiasmo,

como si jamás hubiera deseado hacer algo con tanta intensidad. Cuando todos estuvieron completamente desnudos, formaron un círculo que fue estrechándose.

Siguió una fase de copulación colectiva entre los huéspedes. Lucy no entendía ni logró deducir qué tipo de formato o protocolo seguían, pero parecía haber ciertos códigos invisibles de etiqueta a los que se ceñían: el modo en que se juntaban, el acto en sí, la formal frialdad con la que se separaban. Quizá el aspecto más chocante de todo eso era la absoluta ausencia de humanidad que reinaba en el salón, porque en ningún momento se intercambiaban un beso o una caricia. En determinado momento, el conde se apartó de la duquesa y fue a buscar el salami. Regresó y volvió a penetrarla, esta vez por detrás; blandiendo el salami como una porra, se puso a azotarla en la espalda, las nalgas y la cabeza. Los demás ya habían completado sus intercambios y se habían reunido para contemplar este espectáculo final. A medida que las embestidas del conde ganaban fiereza, también lo hacían los azotes y, cuando terminó, el salami estaba destrozado, solo quedaba el grasiento trozo que tenía agarrado en la mano. Se incorporó y se apartó de la duquesa, con el cuerpo sucio y sudado, el pecho y el estómago inflándose y desinflándose de manera desacompañada. La duquesa estaba agotada; gimoteaba echada boca abajo, con la espalda cubierta de verdugones y restos de salami. El conde le tiró a la cabeza el trozo que tenía en la mano; rebotó en su cráneo y rodó por el suelo bajo el sofá. Y con esto se dio por acabada la sesión.

—Bueno —dijo el barón—, ¿quién quiere un puro?

Al oír la propuesta, el duque y el conde reaccionaron con un entusiasmo que a Lucy le pareció desmesurado, aplaudiendo y lanzando hurras. También la baronesa actuaba de un modo extraño, con la mejilla y el cuello enrojecidos y una tensa sonrisa en los labios propia de alguien que guarda en secreto un placer privado; se acercó a la mesa que había en el centro del salón y se subió encima. El barón repartió puros de una caja de cedro y los hombres se acercaron a la baronesa con paso relajado, como si estuviesen dando un paseo una soleada mañana de primavera. Ella ya se había colocado en posición, la cara pegada a la superficie de la mesa, los brazos extendidos hacia delante y el culo en pompa. El duque y el conde alabaron su trasero desnudo mientras el barón se subía a la mesa, estiraba un brazo para alcanzar la lámpara de araña y sacaba una vela con cuidado para que no se le apague.

En cuanto tuvo la vela en la mano, Lucy intuyó lo que estaba a punto de

sucedier y deseó con todas sus fuerzas estar equivocado, pero no lo estaba, y cuando vio cómo el borde inferior de la vela desaparecía por el trasero de la baronesa pensó en el sombrío presente del ser humano y reflexionó sobre el concepto de libertad mientras sentía una difusa náusea. Uno a uno, los hombres se inclinaron para encender sus puros y a continuación se irguieron para fumárselos mientras contemplaban con aire reverencial la oscilante llamita de la vela. Pasó tal vez un minuto. El barón le preguntó al duque:

—¿Cómo está la situación del transporte en tu ciudad?

El duque proyectó hacia delante el labio inferior y negó con la cabeza.

—Una tormenta en una tetera.

—La última vez que nos vimos parecías preocupado.

—Al final todo ha quedado en nada. Expulsaron de la ciudad a los sindicalistas implicados y volvió el orden.

—Me alegra oírlo. ¿Y cómo han ido tus ganancias este año?

—Mejor que nunca.

—¿Y el tiempo?

—Hemos tenido un invierno suave, gracias a Dios. Y tú, ¿qué tal tus intereses?

—Como otros años.

—Siempre ganas dinero.

—Siempre ha sido así.

—Dicen que el dinero llama al dinero —comentó el conde.

—Eso dicen, y resulta que es verdad —dijo el barón, agradecido.

Entretanto, la duquesa y la condesa estaban entrando en calor junto al fuego. Sobre el marco de la chimenea había un enorme ramo de rosas amarillas. Empezaron a coger las flores una a una y a lanzarlas a las llamas. La baronesa, que había seguido inmóvil en su posición varios minutos, se sacó la vela y se acercó a sus amigas. También ella cogió una rosa y la echó al fuego, y después otra. Tres mujeres desnudas, sin decir palabra, iban tirando rosas a las llamas hasta que desapareció el ramo entero. Los hombres se habían vuelto a sentar en el sofá y contemplaban con expresión sombría el desconcertante empeño de sus esposas. Cuando las rosas ya eran ceniza y los puros se habían consumido, el grupo se vistió, se desearon buenas noches y fueron saliendo por parejas, primero el duque y la duquesa, después el conde y la condesa, y al final, el barón y la baronesa.

Una vez solo, Lucy se subió los pantalones y salió de detrás de la

cortina. Vio entrar a Agnes cuando ya se acercaba a la puerta.

—¿Dónde demonios te habías metido? —le preguntó ella.

—Estaba aquí, señora. Los demás ya se han acostado.

—Sí, el conde me ha dicho que se retiraban a sus aposentos. ¿Crees que se lo han pasado bien?

—Sí.

—¿Y les ha gustado la cena?

—Sí.

—¿Y la tarta?

—Sí.

—¿Les ha parecido sabrosa?

—Sí.

—¿Lo han dicho?

—No.

—Pero te ha parecido que les gustaba, ¿no es eso?

—Sí —respondió Lucy. Le vino a la cabeza un pensamiento desagradable—. ¿Cuándo ha hablado con el conde, señora?

—Acaba de pasar por la cocina. Me ha dicho que quería algo para picar.

—¿Dónde está Klara?

—En la cocina, fregando los platos.

—¿Hay alguien más con ellos?

—No.

Lucy salió del salón. En cuanto llegó al pasillo se puso a correr. Agnes se quedó allí, se sirvió un brandy y se sentó en el sofá dando un suspiro. Fue dando sorbitos mientras contemplaba el salón con recelo. Había algo en esa habitación que siempre le había inquietado.

Cuando Lucy entró en la cocina, el conde tenía a Klara acorralada en una esquina. Le había levantado el vestido y la estaba manoseando por debajo mientras le lameteaba la cara. Cuando ella trató de liberarse, él la abofeteó y la zarandeó con tal violencia que le habría podido arrancar la cabeza. Lucy atravesó la cocina a grandes zancadas, casi como si levitase, o como si patinara sobre hielo. Agarró el mortero de mármol de Agnes del recipiente de los cuchillos y lo blandió dispuesto a aplastarle el cráneo al conde, pero en el último momento este se volvió y recibió el golpe en plena boca. Su cabeza rebotó contra la pared de piedra y cayó de rodillas, noqueado. La hilera

superior de dientes le había saltado por los aires y la sangre de un rojo oscuro le chorreaba en abundancia por la cara y le caía en la pechera de la camisa. Fluía con más rapidez de la que Lucy creía que podía fluir la sangre. Le hizo una seña a Klara y ella se colocó detrás de él. Lucy agarraba el mortero con tal fuerza que se estaba clavando las uñas en la palma de la mano. Cuando empezó a sentir el dolor, aflojó el puño y el mortero cayó al suelo y se partió en dos. Era la primera vez en su vida que golpeaba a alguien.

El conde se puso en pie, se apoyó contra la pared y miró a Lucy y Klara con absoluto desconcierto, como si no los hubiera visto nunca, como si no hubiera visto nunca a nadie en toda su vida. Se pasó un dedo por el mentón y lo miró. Fue tambaleándose hasta la pila, aspiró hondo y escupió los dientes partidos. Se reajustó las solapas, giró sobre sus talones y, dirigiéndose a Lucy con la voz distorsionada por la abundante sangre y la escasez de dientes, preguntó:

—¿Qué aspecto tengo, muchacho?

—Tiene toda la parte inferior de la cara empapada de sangre, señor.

El conde se sacó el pañuelo del bolsillo de la pechera y se lo pasó por las mejillas.

—¿Y ahora?

—Sigue habiendo mucha sangre.

Se pasó el pañuelo por la cara, pero el resultado fue que extendió la sangre y empeoró considerablemente su aspecto. Le lanzó a Lucy una mirada interrogativa.

—Mucho mejor, señor.

El conde le hizo una reverencia a Lucy y después otra a Klara.

—Bueno —dijo—, me reclama la almohada, así que debo marcharme. Gracias a los dos por esta deliciosa velada.

—De nada, señor —dijo Lucy.

—De nada, señor —dijo Klara.

El conde salió de la cocina, y Lucy y Klara se quedaron mirando la puerta vacía. El conde volvió a asomarse y Klara se agarró a Lucy.

—¿Cuál es mi habitación? No logro recordarlo.

Lucy se la señaló.

—Tiene que subir la escalera, señor, y es la segunda puerta a la derecha.

El conde volvió a desaparecer. A Lucy le temblaban las piernas; notaba que le ardían las mejillas y le daba apuro mirar a Klara. Cerró los ojos

mientras ella lo agarraba con todas sus fuerzas por la cintura. Se abrazaron y se besaron, perdidamente enamorados.

A la mañana siguiente, la condesa abrió los ojos y descubrió que la cara de su marido se había convertido en un hinchado amasijo de resplandeciente carne sanguinolenta digna de exhibirse en el escaparate de una carnicería. Empezó a gritar, y siguió haciéndolo un buen rato.

El conde no tenía ningún recuerdo del incidente con el mortero. Lucy había limpiado los restos de sangre y pedazos de dientes de la cocina, y también las gotas de sangre del tamaño de un botón que recorrían el pasillo hasta el primer peldaño de la escalera. Cuando después se vio que el goteo de sangre empezaba allí, se dio por hecho que el conde había tropezado. Los invitados y sus anfitriones reconstruyeron lo sucedido a la mañana siguiente, con gran entusiasmo por parte de todos excepto el propio conde, que se mantuvo al margen de los demás, con la cara morada y un aspecto abominable. El barón se acuclilló para tocar el romo borde de piedra de un escalón, acaso el mismo con el que había tropezado el conde, y un escalofrío recorrió a todos los reunidos. El conde intentó hablar, pero sus palabras resultaron ininteligibles. Las repitió, pero solo la condesa logró entenderlas y procedió a traducirlas:

—Se pregunta adónde han ido a parar los dientes.

El duque se inclinó hacia él y le dijo:

—¡Yo diría que te los has tragado, querido amigo!

El conde hizo una mueca de dolor al pensar en ello, y después otra mueca producto del dolor de su mueca.

—¡Supongo que no tardarás en averiguarlo! —comentó el duque.

La duquesa, que tenía dolor de cabeza, dijo:

—Querido, no se ha quedado sordo. Por favor, no hables tan alto.

Se dirigieron a la mesa del desayuno, donde se decidió que era necesario llamar a un médico. El conde se mostró de acuerdo, pero no estaba dispuesto a ver a ninguno que no fuese el doctor de la corte. El barón dijo que enviaría una carta de inmediato para requerir la presencia de ese hombre; pero no, el conde prefería recuperarse en la comodidad de su propia finca. La propuesta se discutió, pero el conde se mostró inflexible y por la mesa se extendió el malhumor, pues la partida prematura del conde y la condesa significaba que la reunión del grupo llegaba a su fin. ¿Y qué iban a hacer el duque y la duquesa? Pues, al parecer, también ellos estaban planteándose marcharse;

enseguida se pusieron a planear futuros encuentros y a hablar de la mala suerte del conde al tropezarse y de que era una lástima lo sucedido. El barón consideró la situación, agraviado, y en sus ojos asomó un destello de desesperación. Les rogó a sus invitados que se quedasen, prometiéndoles cenas fastuosas y barricas de los mejores vinos, pero no logró convencerlos y se hizo un silencio solo roto por el tintineo de los cubiertos.

Algo se había torcido la noche anterior, algo que no podía arreglarse. No estaba claro si se trataba de una compartida sensación de repugnancia fruto de lo acontecido en el salón de baile, o de una subterránea hostilidad mutua que se había apoderado del grupo. Lucy no sabía si el ritual de la noche anterior era o no algo habitual en esas reuniones. Pero fuese cual fuese el motivo, lo cierto es que la alegría había abandonado a los invitados, y también al barón y, de un modo más evidente, a la baronesa, quien, tras constatar que la felicidad se había esfumado una vez más, se levantó de la mesa y, sin despedirse de sus viejos amigos, desapareció en sus aposentos privados y se encerró en ellos.

Lucy y el señor Olderglough se pasaron el día atareados hasta bien entrada la tarde, ayudando a los huéspedes a hacer las maletas y trasladándolas hasta la estación. El conde se comportaba de un modo pueril, pero estaba claramente encantado de ser el centro de compasivas atenciones. Lucy se sentía incómodo en presencia de ese hombre, porque temía que de pronto recordase cómo se había hecho las heridas, pero él solo veía en Lucy otro cuerpo en el que apoyarse y otra persona ante la que lamentarse. Lucy y el señor Olderglough acompañaron al conde hasta su tren. Cuando partió, el señor Olderglough dijo:

—Muchacho, creo que ahora vamos a estar más tranquilos, y me parece que nos lo merecemos.

Lucy se percató de que sonreía, pero intentaba ocultarlo.

—¿Qué pasa, señor?

El señor Olderglough se aclaró la garganta.

—Bueno, me estaba preguntando qué le pasó realmente al conde la noche pasada. Tú no debes de tener ni idea, ¿verdad?

—Oh, señor, parece que se cayó.

—Sí, esta es la teoría. Debió ser una caída terrible, ¿no?

—Debió serlo.

—Si es que fue una caída.

—Sí.

El señor Olderglough guardó silencio para reflexionar.

—Y también me pregunto —continuó— qué pasó con el mortero de Agnes.

—¿El mortero, señor?

—Sí, el mortero. ¿No sabías que esta mañana se lo ha encontrado partido en dos?

—¿En serio?

El señor Olderglough asintió.

Lucy negó con la cabeza y comentó:

—Qué desastre.

El señor Olderglough asintió.

—Y por último —dijo—, tengo curiosidad por saber qué le pasó al uniforme de la joven Klara.

—¿Al uniforme, señor?

—Agnes me ha contado que tenía el cuello y una manga desgarrados. Espero que ella no se haya hecho daño.

—No, señor, no le ha pasado nada.

—¿Entonces ha vuelto a casa ilesa?

—Sana y salva.

—Gracias a Dios. Parece una buena chica.

—Lo es, señor. Gracias por decirlo.

Siguieron caminando un rato en silencio. Ambos sonreían. De pronto, el señor Olderglough dijo:

—¿No estás de acuerdo en que lo más atractivo de un misterio es el hecho de que sea misterioso?

Lucy reflexionó unos instantes y dijo:

—Tal vez sí, señor.

—Pero también es lo más frustrante, ¿no te parece?

—Tal vez sí. Pero la verdad, señor, es que debo admitir que no sé de qué me está hablando.

—¿No?

—No.

—Bueno, no importa. —Miró hacia otro lado—. Esta noche, si quieres, te la puedes tomar libre.

—Me encantaría, señor, muchas gracias.

—Sí, muchacho. Ya puedes marcharte.

Lucy se encaminó hacia la aldea, escuchando el cricrí de los grillos en el crepúsculo. De nuevo se emocionó al ver el hilillo de humo que salía de la chimenea de Klara. Y deseó poder vivir el resto de sus días en ese chamizo.

Cuando llegó a la aldea se percató de que se había congregado una multitud ante la casa. Se abrió paso entre la gente y descubrió el motivo de tanto revuelo: Adolphus estaba plantado ante la puerta de Klara, con aspecto famélico y agotado, mugriento, vestido con harapos manchados de sangre y sostenido por dos de sus camaradas. Uno de esos hombres llamó a la puerta, y cuando Klara abrió, se quedó petrificada, mirando a Adolphus como si fuese un espectro. Cuando lo tomó en sus brazos, se desató el júbilo entre los aldeanos. Se lo llevó dentro y la multitud se dispersó; todos excepto Lucy. Cuando asumió que no podía entrar en el chamizo, dio media vuelta y se marchó.

X. UN MUCHACHO TRISTE

Llegó un periodo de desolación durante el cual Lucy no tenía ni idea de qué tipo de relación tenía con Klara. Apenas unos días antes habían conectado como si fueran uña y carne. Ahora no tenía ninguna noticia de ella, ni tampoco de Memel o Mewe. Se contaba entre los aldeanos que a Adolphus lo habían torturado y privado de alimentos y aún corría peligro de morir; pero pasaban los días sin noticia alguna de su fallecimiento, y como de la chimenea de Klara seguía saliendo humo, Lucy sabía que ella estaba cuidando de él, dándole de comer y curándole las heridas. Entretanto, como si estuviese conectado con esa inquietante situación, la actitud de los moradores del castillo se hizo más distante. La baronesa siempre eludía al barón y se confinaba en sus aposentos. Por su parte, este la perseguía con voz plañidera y suplicante. Al final, cada uno se recluyó en sus respectivos aposentos y un silencio cruel se extendió por todos los pasillos y puertas. Desde la cocina, Agnes y el señor Olderglough hablaban en susurros, ambos inseguros, porque temían lo que se avecinaba. Fue un periodo de incertidumbre, y Lucy eludía sus tareas para espiar la aldea con el catalejo, como cuando llegó.

Una mañana vio a Klara que caminaba por la aldea hacia su chamizo y cargaba con leña para la chimenea. Observó con atención su rostro, pero carecía de cualquier atisbo de expresión. Habían pasado siete días desde el regreso de Adolphus y alrededor del corazón de Lucy se había formado una dura armadura de desdén. ¿Por qué Klara no había ido a verlo? Sin duda era consciente de que él sabía que Adolphus se había instalado con ella en su casa, y sin duda era consciente de que eso le tenía que doler. ¿Cómo había que interpretar que no se hubiera dignado a darle una explicación sobre aquello? Se dijo que si esperaba a que fuera ella quien se acercase a él era por puro orgullo, pero en realidad estaba demasiado asustado para ser él quien diera el paso. Cuando pensaba en el modo de abordarla y romper con ella, se ponía enfermo.

Klara dejó la leña y se quedó mirando a lo lejos con expresión atónita. Adolphus había salido del chamizo y permanecía por su propio pie junto a la

puerta. El sol le iluminaba la cara, y aunque era evidente que todavía no estaba del todo recuperado, se lo veía mucho mejor que cuando llegó. Sonreía y le indicó a Klara con un gesto que se acercara, cosa que ella hizo. Permanecieron un buen rato uno frente al otro, dirigiéndose cariñosas palabras que Lucy no podía oír. Cuando vio que Klara le acariciaba la mejilla a Adolphus, supo que la había perdido. Y fue así como su corazón quedó devastado.

Lucy no tenía ganas de salir del castillo y vagaba por los pasillos con su pena, comía poco, dormía mal y no hablaba con nadie, porque hacerlo le resultaba doloroso. Acabó encerrándose en su habitación, cegó la ventana con ceniza, plegó y guardó el catalejo y se metió en la cama. Al principio no le rondaba por la cabeza ninguna idea concreta, se limitaba a sufrir un profundo y constante dolor, pero después aparecieron las visiones de una muerte redentora y valoró las diversas posibilidades con embelesada devoción. Al tercer día de encierro, el señor Olderglough le hizo una visita acompañado por Rose. Cuando entraron, Lucy se tapó la cara con la almohada.

—No, por favor —dijo.

—¿No qué, muchacho?

—No lo diga.

—¿Que no diga qué?

—No diga nada.

El señor Olderglough se sentó en la cama.

—¿No te encuentras bien, Lucy?

—No.

—¿Qué te pasa?

—No me encuentro bien.

—Supongo que tiene que ver con Klara, ¿no?

Lucy no respondió. El señor Olderglough inclinó la cabeza y el mechón rebelde se le desparramó.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Nada

—¿Y cuándo te recuperarás?

—No quiero recuperarme.

—Esta no es la mejor actitud.

—No puedo evitarla.

—¿Tienes que hablar tapándote la cara con la almohada?

—Pues sí.

El señor Olderglough se echó hacia atrás el mechón y su expresión se hizo más severa.

—Lucy —dijo—. He venido en primer lugar porque estoy preocupado por ti. Pero también hay que tener en cuenta que se te paga por realizar una serie de tareas en el castillo y hace días que no estás cumpliendo con tu cometido. Todos nos desmoronamos en algún que otro momento, pero...

—Usted nunca me ha pagado —dijo Lucy.

El señor Olderglough frunció el ceño.

—Oh, vamos, muchacho, eso no es cierto. —Reflexionó unos instantes—. ¿Es cierto?

—Ni una sola vez.

—Bueno, eso es horrible. —El señor Olderglough guardó silencio y de pronto propuso—: ¿Y si te pago ahora? ¿Eso te animaría?

—No.

—Esto resulta muy desalentador. ¿Puedo preguntarte cuáles son tus planes?

—No tengo ninguno.

—Alguno tendrás que tener. ¿Qué quieres hacer en el futuro?

—No hay futuro.

El señor Olderglough suspiró.

—Si te soy sincero, esta conversación no me gusta nada. De hecho, me voy a marchar ahora mismo. Te dejo aquí a Rose, si no te importa. Me la he encontrado esta mañana vagando por los pasillos.

—De acuerdo. Adiós, señor.

—Sí, adiós.

El señor Olderglough salió. Rose se subió a la cama y se echó junto a Lucy, que volvió a sumergirse en la ciénaga de su autocompasión, lo cual era un alivio, porque era un refugio estupendo dentro de la desolación. Como se lo había construido a su medida, sentía cierta complacencia mientras se bañaba en esas aguas. Siempre había encontrado algo reconfortante en la melancolía, como si fuese una importante tradición a la que él se sumara.

A la tarde siguiente, Memel fue a visitar a Lucy, que en esta ocasión no se tapó la cara con la almohada, pero se pasó todo el rato mirando al techo.

—Mewe tiene gripe —le contó Memel—. ¿Rose y tú queréis venir a dar

un paseo conmigo?

—No.

—¿Por qué no?

—Estoy demasiado triste para paseos.

Memel hizo un puchero y se lamentó:

—No deberías hablar así.

—¿Por qué?

—Aquí huele mal, ¿no te parece? —Olisqueó el aire—. ¿Por qué no vacías el orinal?

—Porque me da lo mismo.

—Eso está claro.

Había un tono discordante en la voz de Memel. Lucy lo miró y se quedó impactado de su mal aspecto. Había perdido peso, estaba pálido y temblaba.

—¿Todavía no te has recuperado, Memel?

—Algo se ha agriado en mis entrañas —dijo Memel—. Sea lo que sea, no logro sacármelo de encima. —Se miró el estómago y volvió a mirar a Lucy—. ¿No vas a venir conmigo? Hoy no tengo ganas de estar solo. Y además, quiero enseñarte algo.

Lucy no tenía ni pizca de ganas de pasear, pero a Memel se lo veía tan vulnerable que se sintió en la obligación de acompañarlo, así que se levantó, se visitó y salieron. Rose abría camino. Memel hizo varias observaciones sobre el tiempo con la esperanza de entablar conversación, pero a Lucy no había modo de sacarle más de una o dos palabras. Al final, Memel optó por preguntarle abiertamente qué le pasaba. Cuando Lucy le respondió que nada, Memel replicó que eso era mentira.

—¿No es cierto que estás teniendo problemas con Klara?

—Supongo que es cierto.

—¿Por ese soldado?

—Sí. —A Lucy se le hacía raro hablar sobre Klara con Memel—. No sé qué pretende Klara —dijo con tono apagado.

—Chico, yo no te puedo responder a eso. Y dudo que tampoco ella pudiese. —Memel puso la mano en el hombro de Lucy—. Si quieres que te diga la verdad, no sé qué le ve a ese tipo.

—¿Él no te cae simpático?

—Un hombre dispuesto a dar su vida por una idea no me despierta ninguna simpatía —aseguró Memel, y escupió al suelo para enfatizar su

indignación. Lucy, para el que la guerra era todavía un misterio, dijo:

—Lo entiendo, ¿y cuál es esa idea?

—Ese es el tema —respondió Memel, y se detuvo para recuperar el aliento, pese a que no caminaban muy rápido. Lucy le ofreció su brazo, Memel lo aceptó y continuaron hacia la hilera de árboles. Se adentraron en una parte del bosque por la que no habían pasado nunca y llegaron a un claro, una loma cubierta de hierba con varias filas irregulares de sencillas lápidas: era el cementerio de la aldea. Lucy siguió a Memel entre las hileras. Se detuvieron ante una de las lápidas, que Memel señaló.

—La madre de Klara —dijo—. Se llamaba Alida. —Se arrodilló y continuó—: Supongo que pronto me reuniré con ella.

—No digas eso.

—¿Por qué no? Es la verdad. Ya he escrito mi epitafio. ¿Te gustaría oírlo?

Lucy le dijo que sí, Memel se aclaró la garganta y, mirando al cielo, se puso a recitar como si declamase un poema:

*Paseó de aquí para allá por sinuosas colinas.
No llegó a ver el océano,
pero soñó con él a menudo.*

Se volvió hacia Lucy con expresión inquisitiva.

—Es muy bonito —le dijo Lucy.

Memel inclinó la cabeza con modestia y preguntó:

—¿Has visto alguna vez el océano?

—No.

—Un hombre me contó en cierta ocasión que es vasto como el cielo y el doble de azul. ¿Tú te lo crees?

—Supongo que sí.

Memel, al pensar en esa maravilla, negó con la cabeza.

—¿Y qué crees que pondrá en tu lápida? —le preguntó a Lucy.

A Lucy jamás se le había ocurrido pensar en eso. ¿Qué se suponía que era exactamente un epitafio? ¿Un listado de logros? ¿Una representación de la actitud ante la vida de uno? Perfecto, pero el problema era que hasta el momento no tenía ningún logro en su haber y no tenía una opinión clara ni sobre su vida ni sobre la de nadie. Lucy no sabía qué decir, así que respondió encogiéndose de hombros.

—Ya llegará el momento —dijo Memel.

Lucy no estaba seguro.

—Memel, ¿por qué me has traído aquí? —preguntó.

Memel señaló con un movimiento de la cabeza la tumba de Alida.

—Me preguntaba si sabías que ella me hizo exactamente lo mismo que Klara te está haciendo ahora. Y nada menos que con mi amigo del alma Tomas.

Se hacía extraño pensar en Memel con ningún otro amigo que no fuese Mewe.

—No conozco a Tomas —dijo Lucy.

—Claro que no. Lleva muerto un montón de tiempo. Tomas era jugador. Él y yo éramos uña y carne desde niños.

—¿Y cuándo murió?

—Justo después de que se desvelase la indecencia. Lo asesinaron.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Quién lo mató?

—Yo.

—¿Mataste a tu mejor amigo? —preguntó Lucy.

—Sí.

Lucy reflexionó unos instantes.

—¿Cómo sucedió?

—¿Quieres que te lo cuente?

—Quiero que me lo cuentes.

—De acuerdo, pues te lo voy a contar.

Cómo sucedió que Memel mató a su amigo del alma, Tomas

Una mañana Memel fue a visitar a Tomas y se lo encontró en la cama, abrazado a su esposa como un pulpo, y ninguno de los dos llevaba nada de ropa encima. Ellos no se percataron de su presencia y Memel observó estupefacto sus evoluciones. Era una visión de lo más chocante, porque él no tenía ni la más remota idea de que hubiese ningún tipo de relación inapropiada entre esos dos. Cuando Alida lo descubrió junto a la puerta pegó un grito, y Memel salió del chamizo y se quedó en el exterior bañado por la luz del sol, agarrándose la pechera de la camisa y jadeando.

Salió Tomas, a medio vestir y muy azorado. Abrazó a Memel, pero tenía el cuerpo impregnado del olor de su esposa, y se apartó de él y se marchó indignado del pueblo en dirección a las colinas. Tomas lo siguió, pidiéndole que volviera. Era un día seco y caluroso. Tomas empezó a quedarse afónico. Dejó de gritar, pero siguió en pos de Memel. Caminaron uno detrás del otro, por encima del pueblo. Atravesaron el bosque hasta llegar al borde del enorme agujero, donde las piernas de Memel dijeron basta. Tomas se sentó a escasos metros de él. Cuando ambos hubieron recuperado el aliento, dijo:

—Veníamos aquí a menudo cuando éramos niños e intentábamos lanzar piedras al otro lado, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo.

—Pero nunca lo logramos, ¿verdad?

—No, nunca lo logramos.

—Y ahora supongo que ya somos demasiado viejos para hacerlo.

—Sí, es verdad.

En realidad ninguno de los dos era viejo, aún tenían los brazos musculados y las espaldas todavía eran fuertes y firmes, aunque ambos habían superado ya el punto álgido de sus vidas y eran conscientes de haber entrado en un declive general.

—Cada día estamos un poco más cerca de la muerte —dijo Tomas.

—Eso es así desde el principio —señaló Memel.

—Sí, pero ¿pensabas en eso cuando eras más joven?

Memel admitió que no. Tomas se puso en pie, cogió una piedra y la lanzó al agujero. Memel hizo lo mismo. Ninguna de las dos piedras llegó muy lejos.

—Debería ser capaz de superar esto —dijo Memel.

—Sí —dijo Tomas—. Intentémoslo de nuevo y echemos el resto.

Recogieron otras piedras y las lanzaron con todas sus fuerzas. Ambas llegaron bastante más lejos que las del primer intento, pero Memel superó por poco a Tomas.

—Buen lanzamiento —dijo Tomas.

Estaba justo en el borde del enorme agujero, con las manos en las caderas. Mientras miraba el abismo, Memel se colocó detrás de él.

—Bueno, Tomas, ¿y qué hacemos con respecto a eso?

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

—Vale, ¿qué es lo que quiere Alida?

—Quién sabe lo que quiere esa mujer.

Tomas se rió para sus adentros.

Memel dio un paso hacia Tomas. Lo hizo con sigilo.

—¿Entonces dejamos que sea ella la que decida?

De la garganta de Tomas salió un extraño ruido, porque estaba llorando.

—Supongo que eso es lo que debemos hacer —respondió.

Memel avanzó otro paso.

—¿Y qué será de nosotros dos?

—Eso es cosa tuya.

—¿En serio?

—Sí. Por mi parte, deseo con toda mi alma que sigamos siendo amigos.

Otro paso.

—¿Así que quieres a mi esposa y además mi amistad?

—Sé que es imposible. Pero ese es mi deseo. —Aspiró hondo, temblando y sollozando—. Oh, Memel —dijo—, te quiero mucho.

Memel lo embistió y Tomas perdió el equilibrio y cayó al vacío. Memel lo empujó con tanta fuerza que casi se cae él también al agujero. Cuando se recompuso, permaneció allí reflexionando sobre la ya inamovible ausencia de su amigo. Era como si la oscuridad hubiera devorado no solo el presente de Tomas, sino también su pasado, su historia y todo lo que lo rodeaba. Memel

regresó a toda prisa al pueblo. Sentía curiosidad por ver cómo reaccionaría Alida cuando se lo contase.

Había algo palpable en aquel relato que impactó a Lucy. Le inquietaron la escena y el modo aséptico en que la recreaba Memel, pero también se sintió conmovido por la historia que había detrás. ¿No había después de todo cierta justicia en ese acto? Tal vez eso explicase que Lucy enseguida se pusiese a reimaginar la situación con Adolphus al borde el enorme agujero y él detrás, acercándose con sigilo. Se preguntó si en la realidad sería capaz de hacerlo. Lo dudaba.

—Debió resultarte difícil hacerlo —le dijo a Memel.

Memel negó con la cabeza.

—Lo empujé. Eso fue todo. No hizo ni un ruido. Esperaba que gritase.

—Tal vez lo pilló por sorpresa.

—Debió ser toda una sorpresa, ¿no crees? Salir volando de repente. — Memel se calló un momento para reflexionar—. La verdad, Lucy, es que no puedo decir que me arrepienta. El infortunio persigue a quienes juegan con Eros, ¿no crees?

—Supongo que sí.

—Cupido va bien armado, así que nosotros debemos hacer lo mismo, ¿no es así?

—Así es.

Memel se puso serio.

—La verdad es que echo de menos a Tomas. A él y a Alida. Si te soy sincero, nunca he superado su desaparición.

Con cierta inquietud, Lucy preguntó:

—¿Y cómo murió Alida?

—Al dar a luz nueve meses después de que muriese Tomas. —Miró a Lucy con malicia, como retándolo a seguir preguntando.

—Nueve meses —dijo Lucy.

Memel asintió.

—¿Me estás diciendo que Klara es hija de Tomas?

—Te estoy diciendo que Mewe es hijo de Tomas.

—¿Mewe lo sabe?

—No.

—¿Nunca ha preguntado sobre sus orígenes?

—A mí nunca me ha preguntado.

—¿Cuándo se lo vas a contar?

—No tengo pensado hacerlo.

—¿Por qué no?

—Por qué debería hacerlo es una pregunta más relevante.

Lucy pensó en ello y no se le ocurrió nada más que añadir.

—¿Por qué me has contado esta historia sobre Tomas? —preguntó.

Memel mostró las palmas de las manos, pero no respondió, y no pensaba decir nada más al respecto. Al acabar el paseo se despidió de Lucy y Rose, y cuando emprendió el descenso hacia la aldea, sus pasos eran trémulos e inseguros.

Esa noche Lucy permaneció un buen rato echado en la cama confiado en conciliar el sueño, pero no hubo forma de conseguirlo. Al final se incorporó y sentenció:

—Bueno, voy a tener que matarlo: no hay otro remedio.

Volvió a echarse y empezó a maquinarse planes.

Adolphus contemplaba el enorme agujero desde cerca del borde. Y silbaba de un modo estridente. Lucy estaba acucillado a media docena de pasos del agujero. No había pegado ojo en toda la noche y sentía unas persistentes y molestas punzadas en la cabeza. Se masajeó las sienes con las yemas de los dedos y le pidió a Adolphus que dejase de silbar. Adolphus dejó de hacerlo. «Pero ahora va a empezar a escupir», pensó Lucy, y así fue. El soldado puso verdadero empeño en la tarea.

—Bueno, chico, ¿dónde está Klara? —preguntó.

—Enseguida llega. —Había algo en la voz de Lucy, ciertos indicios de preocupación o tensión que llamaron la atención de Adolphus. Empezó a mirar a Lucy de reojo. Los ojos de Lucy tenían una tonalidad entre gris y azulada, y respiraba rápido, sin apenas coger aire.

—Sé lo que ha habido entre vosotros mientras yo estaba fuera —le comentó Adolphus.

Lucy no dijo nada. Había sacado la pipa del bolsillo y le estaba dando golpecitos contra una roca.

—Quiero que sepas que no te deseo ningún mal por lo sucedido. Los deseos nos dominan y no podemos hacer nada al respecto. No te culpo de nada. El comportamiento de Klara me resulta del todo desconcertante, pero

ella nunca ha sido muy previsible. —Lanzó un segundo escupitajo y le preguntó a Lucy—: ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—No me pasa nada.

—¿Qué?

—No me encuentro mal.

Adolphus dio varios pasos.

—Pero ¿por qué te ha mandado ella a buscarme? ¿Y por qué quería que nos encontrásemos precisamente aquí? No tiene sentido.

—Lo siento.

—¿El qué?

Lucy se limitó a mirar a Adolphus, que le respondió con un sonido desdeñoso y volvió a mirar el interior del agujero.

—Este sitio no me gusta —admitió.

«Como escupa una vez más, lo hago», pensó Lucy. Adolphus escupió. Lucy dejó la pipa en el suelo y se levantó.

—Lo siento —repitió. Respiró hondo y embistió a Adolphus, con las manos extendidas y los brazos flexionados por los codos. Pero Adolphus se había oído algo cuando vio la inquietante mirada de Lucy y estaba en guardia ante cualquier movimiento inesperado. Se apartó y Lucy no pudo frenar a tiempo y cayó en el enorme agujero de cabeza y directo al fondo.

Adolphus se quedó un rato mirando el agujero, después negó con la cabeza y se marchó. Resultaba extraño que Lucy no hubiese gritado al caer. En cualquier caso, estaba encantado de que el chico hubiese desaparecido, porque así se acabaría toda esa tontería con Klara. La noche anterior ella le había confesado que amaba a ese canijo más que a él, por increíble que pudiese parecer. Tal vez ella no estaba haciendo otra cosa que provocar una pelea; su padre era igualito. En fin, ahora ella volvería a estar tranquila, lo cual significaba que Adolphus podría concentrarse en el asunto de la guerra, que era lo que más le interesaba, lo que de verdad lo hacía feliz.

Lucy no gritó al caer.

Solo un instante antes su corazón latía con tal violencia que parecía a punto de estallarle; ahora parecía haber dejado de latir. Daba volteretas en el aire y con cada rotación veía el resplandor del cielo por encima de él, seguido por la más absoluta oscuridad por debajo. A medida que descendía, la luz se hacía más difusa y el aire era más frío. Cuando llegó al fondo del enorme

agujero, le esperaba una sorpresa: una corriente de agua contra la que chocó con tal violencia que perdió el conocimiento. Pasó un rato y su cuerpo emergió a la superficie y empezó a ser arrastrado río abajo.

—¿Lo has cogido? —preguntó una voz jadeante en la oscuridad.

—Lo tengo —respondió una segunda voz. Un par de manos habían agarrado a Lucy.

Al principio Lucy no entendía lo que sucedía a su alrededor, porque estaba atontado y sus ojos no se habían adaptado aún a la oscuridad; pero a medida que se fue aclimatando, dedujo que alguien lo había sacado del agua y estaba tumbado boca arriba sobre un montículo arenoso. Había dos hombres cuidando de él, uno joven y uno viejo, y, a juzgar por su aspecto, ambos llevaban bastante tiempo sin tener contacto con la civilización. Sus ropas eran harapos, llevaban el cabello enmarañado y muy largo, y pobladas barbas alejadas de la moda imperante. Pese a su apariencia, se los veía cuerdos y sanos, y parecían de buen humor, así que Lucy no ofreció ninguna resistencia a sus cuidados.

El joven sostenía la cabeza de Lucy con las manos y se la movía a un lado y a otro.

—No sé de dónde sale —dijo—. ¿A ti te suena?

Lucy vio aparecer ante él el rostro del viejo. Este lo observó con atención y respondió:

—De nada. ¿Lleno la bota para asearlo?

—Sí, por favor.

El viejo desapareció, mientras que el joven seguía inspeccionando la cabeza de Lucy. Cuando sus miradas se cruzaron, Lucy le dijo:

—Hola.

—Vaya, hola. ¿Cómo te encuentras?

Lucy se encogió de hombros. Se lamió los labios, notó el sabor de la sangre y frunció el ceño.

—Estás herido —le dijo el joven, asintiendo—. Aunque por más que lo intento, no logro dar con la herida que sangra. No es una buena noticia, no vamos a negarlo, pero convendrás conmigo en que peor sería que la herida fuese muy visible, ¿no crees?

—Sí.

—¿Puedo preguntarte quién eres?

—Me llamo Lucy.

—Bueno, Lucy, por si no te has enterado, te has caído. Pero no te preocupes: te vamos a asear en un periquete y después comeremos un buen trozo de pescado. ¿Qué te parece la propuesta? —Como Lucy no respondió de inmediato, el joven le preguntó—: Te gusta el pescado, ¿verdad?

A juzgar por el tono, era un asunto de considerable relevancia.

—Sí, me gusta —contestó Lucy.

El joven se sintió aliviado al oír eso.

—Estupendo —dijo—, eso es estupendo.

El anciano regresó con una bota de mujer llena de agua del río. Se acuclilló y la vació sobre la cara de Lucy para limpiarle la sangre. Los dos desconocidos contemplaron su semblante con indisimulada curiosidad.

—No es más que un chaval —dijo el viejo.

El joven, entretanto, había localizado una herida en forma de diamante justo debajo del cabello y le pidió a Lucy que se la apretase con el dedo para contener la hemorragia. Lucy hizo lo que le pedía y no se quejó cuando lo agarraron para incorporarlo. Una vez sentado, echó un vistazo a su alrededor.

Estaba en una cueva, de forma y magnitud similares a una iglesia grande. Un río de tamaño medio fluía desde una oquedad de la pared que daba al norte, rodeaba el montículo arenoso en el que estaban los tres y desaparecía por la pared que daba al sur. Desde lo alto llegaba un haz de luz solar que iluminaba una parte del río antes de la isla. Mientras lo contemplaba con aire ausente, Lucy vio un pez que saltaba y desaparecía en el centro del haz de luz y después las ondas circulares que se crearon en la superficie del agua, y en ese momento le vino una idea a la cabeza.

—Tú eres Tomas, el jugador —le dijo al anciano—. Y no estás muerto. —A continuación se dirigió al joven—: Y tú eres el señor Broom. Espero que no te importe, pero he estado utilizando tu catalejo.

Las deducciones de Lucy dejaron a los dos aludidos mudos. En sus caras se veía un tenso pasmo. Por fin fue el joven el que rompió el silencio; se dirigió al viejo:

—Vaya, ¿qué te parece? Nos ha caído del cielo un tipo misterioso.

—Me muero de curiosidad —dijo el anciano.

—Es lógico que así sea; yo también, por supuesto. Pero ¿debemos bombardearlo a preguntas ahora mismo, o es mejor esperar a que se recupere un poco?

El anciano se mordisqueó los nudillos unos instantes y dijo:

—Dios sabe que me muero de ganas de bombardearlo. Pero contengámonos.

—Sí.

—Es nuestro invitado, así que vamos a hacer que se sienta cómodo.

—Sí, bravo. —El joven le puso a Lucy la mano en el hombro—. Tengo entendido que le gusta el pescado.

El comentario provocó que los dos hombres rompieran a reír como locos y el eco de la caverna multiplicó sus carcajadas hasta crear un estruendo que recordaba al de un trueno por cómo retumbaba. Las risas se prolongaron de un modo que a Lucy le pareció desmesurado, y no estaba muy seguro de cómo interpretarlas. Después de pensárselo un poco, decidió que debían asustarlo, así que se asustó.

XI. EL SEÑOR BROOM Y TOMAS EL JUGADOR

Sirvieron la cena: pescado, como habían prometido, aunque no un trozo como había dicho el señor Broom, sino un pescado entero por persona, sin desescamar y sin cocinar, porque en el enorme agujero no disponían ni de cuchillos ni de fuego. Los peces los mantenían vivos en el río; aquel par había construido una red de paredes de piedra que formaban una suerte de corrales en los márgenes del río en los que los peces se metían con ingenuidad. Al toparse con el camino bloqueado, trataban de volver atrás, pero se encontraban con la salida tapiada, porque o bien el señor Broom o bien Tomas ya habían construido una cuarta pared que los dejaba encerrados. Una vez confinados, los peces languidecían en lo que Tomas describió como un completo aburrimiento hasta que llegaba el momento en que los sacaban de la celda, les arreaban un golpe en la cabeza y se los comían. A Lucy el método de pesca le pareció ingenioso, pero eso no quitaba que la comida le resultase repugnante. Se quedó mirando el pescado que le habían plantado en las manos y su actitud dejó bien claro el nivel de su decepción.

—Bueno, pues empecemos —dijo Tomas, y él y el señor Broom hincaron el diente en los húmedos vientres de los pescados y arrancaron la carne mordisqueando como animales, una visión que a Lucy le quitó por completo el apetito. Dejó su pescado y decidió que no iba a comer, al menos de momento, aunque era consciente de que si permanecía allí, antes o después se vería obligado a seguir los pasos de los otros. Pero, en ese momento, la idea le pareció repulsiva. La bota de mujer estaba plantada en el centro del círculo, llena de agua y convertida en el recipiente compartido. Lucy bebió de ella para sacarse el regusto que le había quedado en la boca al pensar en el pescado crudo.

Cuando acabaron de comer, llegó el momento del interrogatorio. Después de averiguar cómo pudo Lucy identificarlos, Tomas y el señor Broom, encantados con la compañía y la novedad en sus rutinarias existencias, quisieron saber hasta el último detalle de la vida de Lucy, desde su nacimiento hasta el momento presente. Él no puso inconveniente en saciar

su curiosidad, y la mayoría de sus respuestas habían sido sinceras. Les contó, por ejemplo, su triste infancia con una franqueza que le sorprendió incluso a él mismo. En cuanto al relato de su decisión de marcharse de Bury y decir adiós a todo lo que había conocido hasta entonces, no obvió ni un solo detalle. Pero cuando llegó el momento de explicar por qué había caído en el enorme agujero, se dio cuenta de que la verdad pura y dura no era adecuada. Porque ¿no rompería la armonía que se había generado entre ellos admitir que había intentado asesinar a un hombre con frialdad y alevosía? Lucy escenificó la actitud de alguien atormentado por una avasalladora culpabilidad y, cuando habló, su voz sonó vacilante y cautelosa:

—No me enorgullece admitirlo —dijo.

—Tómate tu tiempo —le propuso el señor Broom.

—Desde luego que sí —insistió Tomas.

Lucy asintió dándoles las gracias.

—Sí. Hummm, resulta que lo que sucedió y vosotros queréis saber es que me lancé a este pozo yo solo.

—¿Quieres decir por propia voluntad? —preguntó Tomas.

—Exacto —respondió Lucy.

—Pero ¿por qué has hecho una cosa así? —quiso saber el señor Broom.

—Estaba desconsolado.

—Desde luego que sí —dijo Tomas—. Pero ¿cuál era el motivo de tu desconsuelo?

—Un montón de cosas.

—¿Como qué?

—El conjunto de circunstancias que rodeaban mi vida en este mundo.

—¿Quieres decir la vida en general? —preguntó el señor Broom.

—Sí.

—¿Quieres decir absolutamente todo? —inquirió Tomas.

—Pues sí.

—¿No encontrabas ningún consuelo? —preguntó el señor Broom.

—Ni medio, por mucho que pusiese todo mi empeño.

—Tan mal estabas, ¿eh? —dijo Tomas.

—Me temo que sí.

El señor Broom y Tomas negaron con la cabeza: era un gesto compasivo. De pronto, al segundo le vino una idea a la cabeza y dijo con entusiasmo:

—Es probable que ahora tu vida dé un vuelco. ¿Has pensado en ello?

—La verdad es que no —admitió Lucy.

—Esto puede ser un nuevo punto de partida.

—Es una idea.

—El momento de empezar de cero. —Tomas le dio un codazo al señor Broom—. Un nuevo principio en este lugar.

—Sí —dijo el señor Broom—. Me gusta.

—Después de todo, ¿no ha sido así para nosotros, amigo mío?

—Desde luego, así ha sido.

El barbado dúo siguió un rato sentado, haciendo la digestión. Tomas se estaba limpiando los dientes con una espina del pescado, mientras el señor Broom se pellizcaba la punta de la lengua, una, dos, tres veces. Se sacó algún resto de la boca, que de inmediato se puso a estudiar con atención. Al contemplar a ese par, Lucy sintió un escalofrío, consciente de que no tardaría en formar parte de su pequeña sociedad. Obviamente, la perspectiva no le seducía lo más mínimo, de modo que se sintió impelido a preguntar sobre las posibilidades de escape. Ambos asintieron, como si hubieran previsto la pregunta, y Tomas, alzando un dedo admonitorio, dijo:

—No hay ni la más remota posibilidad.

—Tiene que haberla —repuso Lucy, observando la cueva como si intentase dar con la solución.

—Es imposible escalar las paredes —dijo el señor Broom.

—Entonces está el río.

Tomas negó con la cabeza.

—La ruta río abajo es, como puedes comprobar a simple vista, impracticable, porque el río se mete en la roca. La ruta río arriba es la única vía de escape posible, y diré sin reservas ni vergüenza que es la mejor.

—¿Entonces la habéis intentado?

—Por supuesto que sí. Durante los años que pasé aquí solo lo intenté más veces de las que soy capaz de recordar, antes de abandonar la idea por completo. Después, cuando llegó el señor Broom, me dejé arrastrar por su juventud y entusiasmo, y emprendí un montón de tentativas más con él, cada una de las cuales acabó en un completo fracaso. Supongo que querrás valorar las posibilidades por ti mismo, lo cual me parece muy bien, pero yo descarto de entrada mi participación en nuevas intentonas, y supongo que el señor Broom hará lo mismo, ¿no es así?

El señor Broom asintió con énfasis.

Tomas señaló río arriba.

—Entras en la cavidad —le explicó— y caminas unos cien metros hasta que llegas a una bifurcación. Allí tienes que elegir si seguir por la derecha o por la izquierda; en realidad da lo mismo, porque tomes la que tomes, te conducirá a otra bifurcación y después a otra y a otra, y así de un modo inacabable o en apariencia inacabable, hasta la oscuridad total. Avanzar contra la corriente cuesta mucho, el camino es resbaladizo y traicionero y, obviamente, como bien sabes, la temperatura del agua no es lo que podríamos llamar apetecible. —Tomas hizo una pausa antes de recordar—: Nuestra última expedición fue catastrófica. Llevábamos varios días caminando cuando me torcí el tobillo y el señor Broom tuvo que cargarme a sus espaldas. Acabamos delirando de hambre, estábamos calados hasta los huesos y no exagero si digo que llegamos a abandonar toda esperanza de sobrevivir. Al final, nos limitamos a dejarnos arrastrar por la corriente, deslizándonos en la oscuridad y confiando contra toda lógica en no acabar aplastados contra rocas ocultas. A la vuelta, a medio camino, el señor Broom se rompió un brazo. —Se volvió para mirar al aludido; este se levantó la manga y mostró una muñeca torcida en un ángulo grotescamente antinatural—. Piensa en ello, muchacho —continuó Tomas—. Descender flotando río abajo en completa oscuridad, esperando que en cualquier momento mi cráneo se aplastase contra una piedra y el único sonido que se escuchaba, aparte del de la corriente de aguas gélidas, era el de los gritos del señor Broom reverberando en el techo de la cueva. —Hizo una mueca de horror y negó con la cabeza—. Este lugar es endiablado, y si no me crees, compruébalo por ti mismo.

Lucy contempló el río, cavilando sobre el destino que lo había llevado hasta allí. ¿Qué le depararía el futuro en ese lugar? ¿Y qué estaría sucediendo más allá de los confines de la cueva? Se preguntaba qué le habría contado Adolphus a Klara sobre su desaparición. Lo más probable sería que le hubiese contado la verdad, de modo que ella estaría llorando su muerte. Pensar en ella sufriendo le hacía sufrir, y ya no digamos pensar en Adolphus consolándola.

—Tenemos que volver a intentarlo —dijo Lucy.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó Tomas.

—Por supuesto que sí. De lo contrario, moriremos aquí abajo.

Tomas se dirigió a él con tono amable y comprensivo.

—Nosotros no lo vemos así, Lucy.

—¿Cómo lo veis?

—Nosotros vivimos aquí.

Pasaron la noche muy pegados para darse calor. Al despertarse a la mañana siguiente les esperaba otra comida, idéntica a la de la noche anterior. A esas alturas, Lucy ya estaba hambriento, pero seguía sin ser capaz de meterse el pescado en la boca. Ni el señor Broom ni Tomas hicieron ningún comentario al respecto, porque ambos habían pasado por la misma dura experiencia y sabían que Lucy acabaría comiendo cuando estuviese preparado para hacerlo. Durante el desayuno y después, Lucy notó que el señor Broom lo miraba con aire apesadumbrado. Esa actitud se prolongó durante tanto tiempo que Lucy acabó preguntándole si sucedía algo.

—Es solo que —dijo el señor Broom— me estaba preguntando si eres consciente de que tú y yo hemos llegado aquí en circunstancias similares.

—Soy consciente —dijo Lucy.

—¿Y cómo es que lo eres, si te lo puedo preguntar?

—El señor Olderglough me habló de ello, y también la baronesa.

Al oír que la baronesa había regresado, el señor Broom apartó la mirada. Guardó silencio durante un buen rato, hasta que al final preguntó:

—¿Cuándo ha vuelto?

—Hace varias semanas.

—¿Y qué impresión te ha dado?

—Me ha parecido que se sentía aliviada de haber vuelto. Al menos, al principio. Esa fue la sensación que tuve.

—¿Quieres decir que, desde entonces, algo ha cambiado?

—Sí, se ha producido un cambio.

—¿Qué cambio?

Lucy no sabía muy bien cómo describirlo.

—Tengo la sensación de que está cada vez más débil.

—¿Está enferma?

—No, no está físicamente enferma.

—Entonces, ¿en qué sentido lo está?

—Percibo cada vez menos sensibilidad en sus acciones —explicó Lucy.

—No te entiendo.

—Mantiene relaciones con personas deplorables y se involucra en actos sociales antinaturales.

—Habla claro.

—No me atrevo.

—Cuéntame todo lo que sabes.

—No puedo hacerlo. Lo único que puedo decir es que creo que la podredumbre se ha instalado en el castillo.

—¿Qué tipo de podredumbre?

—Una podredumbre generalizada.

—¿Qué es lo que resulta tan desagradable?

—Es algo que no puedo expresar con palabras, solo puedo decir que sospecho que acaba afectando a todos los que viven en el castillo. ¿Tú no te sentiste en peligro durante tu estancia allí?

—No.

—Atrapado en las garras de algo que te dominaba.

—No.

—Y sin embargo buscaste la muerte en el enorme agujero, donde ahora vives vestido con harapos y comiendo pescado crudo que encima llamas cena o desayuno.

El señor Broom no podía negar que había sufrido un proceso de degradación.

—Pero esto podría haberme sucedido en cualquier sitio —dijo—. Porque la culpa la tiene el amor, y el amor florece en cualquier lugar. — Señaló a su compañero de fatigas—. Mira a nuestro amigo Tomas. Él está en la misma situación que yo, y sin embargo jamás ha puesto un pie en el castillo.

Eso era cierto, pero Lucy no se podía quitar de la cabeza la idea de que había algo maligno y aborrecible merodeando por el castillo. Le vino a la mente la imagen del barón, de su cuerpo desnudo empapado de sangre de roedor, y la imagen le provocó un estremecimiento. Como si le hubiese leído la mente a Lucy, el señor Broom preguntó:

—¿Y qué me cuentas del barón? ¿Le va tan mal como a su esposa?

—Más o menos como a ella —respondió Lucy—. Se perciben en él síntomas de decadencia, y en mi opinión esa decadencia va a ser terrible.

—¿Y cuál es su relación en estos momentos?

—¿Qué quieres decir?

—¿A efectos prácticos siguen siendo un matrimonio?

—¿Qué quieres decir?

—Probablemente ya sabes a qué me refiero.

—Probablemente sí.

—¿Siguen siéndolo?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto.

—Ya veo. Discúlpame, por favor. —El señor Broom se levantó y se metió en el agua, se alejó nadando y desapareció en la oscuridad de la cueva. Tomas le lanzó a Lucy una mirada reprobadora.

—¿Qué otra cosa podía haber hecho? —preguntó Lucy.

—Mentir —se limitó a responder Tomas. Y Lucy se dio una palmada en la rodilla, como si hasta ese momento no hubiera caído en la cuenta de que existía esa posibilidad.

Se hizo el silencio, y para Lucy el tiempo pasaba muy despacio. Si al menos dispusiese de una hoguera, podría dedicarse a contemplar con aire melancólico las brasas, preguntándose por los siniestros misterios de la vida. Si tuviese sueño, podría dormir y soñar con Klara caminando por prados infinitos de hierba ondulante. Pero allí solo se podía hablar, y no había nadie más con quien hacerlo aparte de Tomas. Además, Lucy tenía la sensación de que ya habían agotado todos los temas de conversación posibles, excepto uno. Decidió sacarlo a colación con la intención de generar un diálogo.

—Memel me contó que él y tú erais muy amigos.

¿Tomas se esperaba ese comentario? No pareció sorprenderle, y su tono al responder no fue arisco.

—Lo éramos —dijo—. ¿Puedo presuponer que te contó cómo llegué yo aquí?

—Puedes presuponerlo.

—¿Y él cree que estoy muerto?

—Sí.

—¿Me ha perdonado?

—No me dijo ni que sí ni que no. Me pareció que consideraba que su acción estaba justificada. En cualquier caso, no expresó ningún tipo de arrepentimiento. Y sin embargo te recuerda con cariño.

Tomas se encogió de hombros, como si no se acabase de creer lo que le contaba Lucy. Con un tono calculadamente relajado, le preguntó:

—¿Y qué tal está Alida?

A Lucy no se le había pasado por la cabeza que pudiese hacerle esta pregunta y ahora se arrepintió de haber sacado el tema de Memel. Percatándose de su reacción, Tomas dijo:

—Espero que no le haya pasado nada malo.

—De hecho está muerta, Tomas.

El rostro de Tomas se torció en un gesto de incredulidad.

—Muerta.

—Sí, siento decírtelo.

—Muerta —repitió Tomas—. Pero ¿cómo?

—Al dar a luz.

Tomas se quedó mirando fijamente a Lucy.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Unos meses después de tu desaparición.

—¿Cuántos meses después?

—Nueve.

Al oírlo, Tomas hizo un gesto peculiar, se pasó la mano por la cara, como desplegando un velo sobre sus facciones y tapándose la boca para bloquear la salida de alguna palabra innombrable. Lucy supo que estaba viendo cómo a un hombre se le partía el corazón ante sus ojos.

—¿El niño también murió? —preguntó Tomas.

—El niño está vivo —respondió Lucy—. Se llama Mewe. Vive con Memel y Klara.

Durante un buen rato solo se escuchó el murmullo del río, y a Lucy le pareció que ese ruido de fondo iba aumentando de volumen. Tomas se puso a cavar un pequeño agujero en la arena.

—Cuéntame cosas sobre él —le pidió—. ¿A qué se dedica? Tal vez también se ha hecho jugador, ¿no?

—No, trabaja con Memel en los trenes.

—¿Se ha convertido en un ladrón?

—Sí.

—¿Y tiene talento para el oficio?

—Un gran talento.

Tomas llenó el agujero que había hecho y lo alisó.

—Una eternidad sin que suceda nada —dijo—, y de repente me entero de todo esto.

—Es un muchacho feliz, Tomas. Es feliz y querido.

Tomas asintió.

—¿Y qué tal está Klara? —preguntó—. Supongo que ya será toda una jovencita.

—Es una jovencita —le confirmó Lucy. Y debió deslizarse cierto tono familiar de dolor en el modo en que lo dijo, porque Tomas lo miró con una expresión cómplice.

—No tendrá ella nada que ver con el hecho de que hayas acabado aquí, ¿verdad?

—Indirectamente, sí —dijo Lucy.

Tomas dejó escapar una risa desdeñosa.

—Bueno, pues vaya grupo que tenemos aquí, ¿no crees? Tú, yo y el señor Broom.

—Sí, vaya grupo.

—A todos nos la han jugado, ¿no?

—Tal vez sí.

—Parece que Cupido va bien armado.

—Pues nosotros también deberíamos armarnos —dijo Lucy, y ambos se miraron y sonrieron, compartiendo un momento de complicidad que no duró mucho, porque lo interrumpió el regreso del señor Broom. Mientras ascendía fatigosamente por el montículo de arena, dijo:

—Mañana por la mañana, en cuanto nos despertemos, vamos a intentarlo, y o bien conseguimos escapar de este sitio y retomar nuestras vidas en el mundo exterior o bien morimos en el intento. —Y como si hubiese quedado agotado tras la arenga, se desplomó sobre las rodillas y, en un susurro, añadió—: De hecho, es muy posible que muramos.

Y se puso a mirarse las manos, tal vez valorando lo que sería capaz de hacer con ellas.

Lucy y Tomas cruzaron una mirada y enarcaron las cejas.

—A nuestro amigo la natación lo ha revitalizado —comentó Tomas.

Debido a los evidentes peligros del intento de fuga, a los que se sumaban su edad y nula forma física, la propuesta, de entrada, no entusiasmó a Tomas. Por la tarde estuvo taciturno y parecía que se iba a abrir una grieta entre ellos, pero a última hora ya estaba mentalizado y proclamó, elevando el tono más de lo necesario, que se unía a la expedición.

Sin duda existía una conexión entre el cambio de actitud y las noticias sobre Mewe, del mismo modo que la decisión de marcharse del señor Broom la indujo la información de que la baronesa había regresado al castillo. Lucy, por su parte, ya había decidido intentar salir de allí antes de que el señor Broom lo propusiera. De haber sido necesario, habría optado por marcharse solo, porque él solo pensaba en Klara, y su deseo de recuperarla se sobreponía a cualquier otra consideración. En cuanto a los preparativos, no había mucho de que hablar más allá de acordar el método de escape. Este tema se discutió a fondo, sin llegar a un acuerdo, pero por suerte sin generar una división irrevocable.

El señor Broom quería tomar la iniciativa. Quería liderar el grupo, porque aseguraba ser el más fuerte de los tres, algo que ni Tomas ni Lucy podían discutirle, aunque ambos se preguntaban de qué iba a servirles a ellos la fuerza del señor Broom, que en todo caso le sería útil únicamente a él. Además de sus capacidades físicas, el señor Broom también proclamó, con cierta humildad o reluctancia, poseer el don de la clarividencia. Según les explicó, sentía a menudo su influjo y estaba convencido de que si lograba concentrarse y utilizar ese don al máximo, podría guiar al grupo hacia la libertad.

Tomas parpadeó, perplejo.

—Primera noticia al respecto, amigo mío.

—No es algo que uno vaya proclamando a los cuatro vientos.

—¿Por qué no? Aquí hemos hablado de todo tipo de temas, incluidos nuestros números favoritos. —Tomas cerró los ojos—. Por favor, dime, ¿en qué estoy pensando ahora?

El señor Broom negó con la cabeza.

—No funciona así.

Tomas escondió una mano detrás de la espalda.

—¿Cuántos dedos tengo extendidos?

—No funciona así.

—¿Y cómo funciona?

—Creo que puedo dar con la salida —dijo el señor Broom.

—Y, sin embargo, no lo lograste en ninguna de nuestras expediciones anteriores. ¿Por qué no? Por pura modestia, seguro.

Al señor Broom se le enrojeció la cara.

—Quizá tú tengas un plan mejor.

—Quizá sí.

—¿Lo tienes o no lo tienes?

Tomas recogió el guante:

—Si alguien tiene que liderar esta expedición —dijo—, creo que debería ser yo.

—Oh —dijo el señor Broom—. ¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque soy la persona de más edad y, por lo tanto, cuento con la sabiduría de la experiencia.

—¿La sabiduría de la experiencia? —preguntó el señor Broom. Por lo visto, la frase le había parecido graciosa.

—Eso es lo que he dicho —respondió Tomas con tono severo.

—¿Una cosa siempre lleva a la otra?

—En mi caso, creo que sí. Además, y esto es incuestionable, yo me he aventurado río arriba más veces que tú, así que estoy más familiarizado con el terreno.

—Es una manera de verlo. La otra sería decir que estás más familiarizado con fracasar en los intentos de encontrar una salida.

Tomas alzó un dedo admonitorio ante Broom.

—He visto salir el sol miles de veces antes de que tú nacieses.

—¿Y qué?

—Yo ya estaba penetrando a mujeres mientras tú todavía te manchabas los pantalones cortos.

—¿Y qué?

—Yo ya le había cortado el cuello a un hombre antes de que tú aprendieses siquiera a ordeñar una vaca.

—Sigo sin saber ordeñar. Pero tu plan me parece un disparate.

—No es más disparatado que el tuyo.

—Sí, pero mi plan es mío y lo prefiero.

—Y, como es natural, yo prefiero el mío.

En situación de tablas, ambos metieron a Lucy en la trifulca, al preguntarle qué plan le parecía mejor. Como los dos le parecían igual de endebles, Lucy aseguró no tener ninguna preferencia, una observación que ofendió a los dos contendientes, y ambos se lanzaron a atacar a Lucy, a quien criticaron porque, mientras ellos urdían posibles planes, él estaba ahí sentado, pasando el rato y sin aportar nada útil.

Había estallado el conflicto entre ellos y la confianza menguaba a cada

minuto que pasaba. Al final, Lucy se sacó de la manga un plan que resultó ser una idea que a los tres les pareció viable.

Los detalles del plan de evasión del enorme agujero

A esas alturas, Lucy ya llevaba casi tres días sin comer. A Tomas y al señor Broom les inquietaba, porque podía hacer fracasar el plan de evasión, así que le llevaron otro pescado y, mientras que las anteriores veces no estaban pendientes de si comía o no, ahora no le quitaban ojo, de modo que Lucy se sintió presionado a complacerlos. Tenía un hambre atroz, que le provocaba pinchazos en el estómago. Pero seguía sintiéndose incapaz de hincar los dientes en esas escamas de aspecto metálico y les dijo a sus compañeros que no iba a comer.

—Te dará fuerzas, así que debes hacerlo —le dijo Tomas.

—Si vamos a partir por la mañana, como propone el señor Broom, puedo aguantar sin comer.

El señor Broom negó con la cabeza.

—Pasaremos días en la oscuridad, necesitaremos todas nuestras energías para lograrlo, si es que al final lo logramos. Lo siento, Lucy, pero debo insistir en que tienes que comer.

Lucy miró el pescado, convencido de que le iba a resultar repugnante y sin saber cómo empezar. Tomas tocó con la punta del dedo el vientre del bicho.

—Aquí —dijo—. Dale un mordisco.

Al final, Lucy se llevó el pescado a la boca y lo mordió; y en el mismo instante en que lo hizo, explotó, desparramando una viscosa masa de huevas, porque era una hembra y estaba a punto de desovar cuando la capturaron. Lucy se quedó perplejo, inmóvil, con huevas pegadas a las mejillas y la barbilla. Cuando el señor Broom y Tomas dejaron de reírse, le quitaron el pescado de las manos y le dieron otro, asegurándose de que fuese macho. Con este Lucy no remoloneó, sino que se lo comió con cierta ansiedad o rabia. En un abrir y cerrar de ojos, del pescado ya no quedaron más que la cabeza, la cola y las espinas, y cuando Lucy comprobó que su cuerpo aceptaba el anhelado alimento, se tranquilizó. Se estiró sobre la arena y

contempló el lejano círculo púrpura que formaba el cielo del ocaso enmarcado por la boca del enorme agujero. Su estómago empezó a hacer incesantes ruidos. Estaba escuchándolos impasible y divertido cuando una idea relevante se coló en su mente, como un pájaro que se cuelga por una ventana abierta, y quedó allí posada. Se incorporó muy alterado y miró a Tomas y al señor Broom, que también habían acabado de comer y estaban cada cual pensando en lo suyo.

—Los peces remontan el río cuando desovan, ¿no es cierto? —dijo Lucy.

—Así es —dijo Tomas.

—¿Hasta dónde remontan el río?

—No lo sé con exactitud. ¿Tú lo sabes, Broom?

—No lo sé, pero seguro que un buen tramo —respondió el señor Broom—. ¿Para qué quieres saberlo?

—Bueno —dijo Lucy—, si seguimos a uno, ¿no nos conducirá hasta la libertad?

Al escuchar esto, también el señor Broom se incorporó. Tomas mantuvo una expresión escéptica, pero en su rostro también se dibujó cierta tensión o seriedad.

—¿Y cómo vamos a hacerlo —quiso saber—, dejando aparte el pequeño detalle de que avanzaremos en completa oscuridad?

Lucy miraba la bota de mujer, que de nuevo estaba en el centro del círculo que formaban los tres. Creía saber la respuesta a la pregunta de Tomas, pero, conteniéndose, no la dio de inmediato. Cogió la bota y vertió el agua. Sacó el cordón, lo dejó en el suelo formando una línea recta delante de él y lo iba mirando mientras se desabrochaba sus propias botas y colocaba los cordones en línea con el primero, triplicando su longitud. El señor Broom se tocó los labios con los dedos, en un gesto de sorpresa y comprensión; también él empezó a desabrocharse las botas. Tomas no entendía lo que estaba sucediendo y tuvieron que explicárselo, pero ni siquiera entonces se mostró dispuesto a desembarazarse de sus cordones. Pero Lucy y el señor Broom se lo suplicaron, y aunque a Tomas todo eso le parecía un disparate, tampoco quería chafarles la idea, así que les dio los cordones y los ataron a los demás, con lo cual obtuvieron un único cordón de una considerable longitud. Lo estudiaron con reverencia durante un buen rato, porque era su última posibilidad para escapar. Después se durmieron y soñaron sus sueños de vanagloria, mientras las lengüetas de sus botas colgaban sobre la arena

como si estuviesen exhaustas.

La idea, claro, era atar los cordones anudados a la cola del pez hembra, que remontaría la corriente para desovar, y, como quien pasea al perro atado con una correa, seguirlo hasta el nacimiento del río. A Lucy le parecía que no solo era una buena idea, sino la única idea, el único método lógico alternativo a confiar a ciegas en la suerte o en la fuerza bruta para lograr volver a casa. Probablemente se sentía más orgulloso de lo que se había sentido nunca en toda su vida, y le era difícil contenerse y no comentar de forma reiterada el origen de la idea y la brillante astucia del plan ante sus dos compañeros, que en opinión de Lucy no se mostraron todo lo entusiastas y agradecidos que deberían. El señor Broom parecía considerarse prácticamente coautor de la idea, o en todo caso le parecía tan obvia que estaba convencido de que se le habría ocurrido a él mismo tarde o temprano.

Seleccionaron a uno de los peces de los corrales, una hembra de tamaño medio a la que habían atrapado la mañana anterior y por lo tanto esperaban que todavía no se hubiese vuelto perezosa. Tomas la sostuvo inmovilizada mientras Lucy le ataba el cordón a la cola. Mientras lo hacía, el animal trataba de resistirse con violencia, pero cuando lo devolvieron al río se limitó a permanecer allí flotando, y los tres se quedaron mirándolo expectantes. Lucy dio un tirón al cordón, pero no sucedió nada. Dio un segundo tirón, esta vez más agresivo, pero no sirvió de nada. No se le había pasado por la cabeza la posibilidad de fracasar y sintió cómo la desesperación se adueñaba de él. Pero de pronto, con gran alivio, notó que el cordón se tensaba y que el pez enfilaba hacia la boca de la cueva por la que emergía el río. Por lo visto, o bien el bicho había quedado temporalmente desmoralizado por su captura y reclusión, o bien el cordón atado a la cola le había producido un desconcierto momentáneo y necesitaba un rato para acostumbrarse, pero el instinto de desovar retornó y se lanzó a consumarlo.

Lucy, el señor Broom y Tomas, guiados por el cada vez más impaciente pez, se adentraron de cabeza en la boca de la cueva de la que manaba el estruendoso caudal del río.

«Hay muchos tipos de oscuridad», pensó Lucy, «pero esto es la oscuridad más absoluta.»

Al comienzo del recorrido hablaban entre ellos, deseándose suerte, riéndose de la extravagancia de sus vidas, eufóricos por la aventura que

iniciaban. Pero al poco rato Tomas enmudeció, después le siguió Lucy y al final el señor Broom, porque había llegado la hora de la verdad de su huida y se concentraron al máximo en el empeño.

El agua nunca les cubría por encima de la cintura y la corriente no era muy fuerte, pero el mero hecho de luchar de forma constante contra ella bastaba para agotarlos y no tardaron en sentirse sobrepasados, desesperadamente fatigados. Los tres sentían un intenso miedo ante la muy real posibilidad de morir. Pasado un rato, el cuerpo se les empezó a adormecer, lo cual por un lado aminoraba el dolor, pero también les hacía más torpes y tropezaban con frecuencia con piedras y rocas inadvertidas y quedaban empañados. Avanzaban dando bandazos, suspirando y cada vez más incómodos.

Una y otra vez llegaban ante una bifurcación, que identificaban por la dispersión del ruido de la corriente ante ellos, y una y otra vez el pez optaba por un camino sin dudar un instante, tirando del cordón, que Lucy se había anudado a un dedo. Resultaba imposible saber si era de noche o de día, pero los tres siguieron avanzando hasta el límite de sus fuerzas y ya estaban al borde del colapso cuando localizaron con el tacto un montículo de arena y roca. Treparon por él gateando y se estiraron para recuperar fuerzas. El pez no tenía ningunas ganas de descansar, y el cordón se tensaba con una constante presión. A Lucy le resultaba desquiciante. Para poder dormir un poco, ató el cordón a una roca. Cuando se despertaron eran incapaces de calcular cuánto tiempo habían dormido. Lo único que tenían claro era que no habían descansado lo suficiente. Pese a todo, se pusieron en pie, estiraron los doloridos músculos y reemprendieron el camino río arriba, porque sabían que el tiempo se les agotaba. Podían sufrir alguna herida grave, podían morir de hambre, las fuerzas les acabarían abandonando, podían morir de frío... Era primordial seguir avanzando mientras les quedasen energías, porque el hecho evidente que nadie se atrevía a verbalizar era que sus posibilidades de supervivencia disminuían a cada minuto que pasaba. La oscuridad era tan completa que cuando Lucy cerraba los ojos no percibía diferencia alguna, lo cual le parecía inverosímil. Era como si alguien aplaudiese y no produjera sonido alguno.

Solo se detenían para comer y dormir. Cada uno llevaba encima dos pescados, uno en cada bolsillo del pantalón. Cuando se les acabaron las provisiones, les cambió el humor. Como suele pasar en las largas travesías, se les quitaron por completo las ganas de comunicarse entre ellos. Avanzaban

en silencio. Era como si cada uno estuviera solo y los pensamientos de los tres tendían a la divagación abstracta. Eso llevó a Lucy a instantes de relajación, momentos en que olvidaba el hambre y el frío infernal, momentos en que el pez, como si estuviese aturdido, no tiraba del cordón sino que se movía con parsimonia, y Lucy se olvidaba de su presencia y propósito e incluso de sí mismo. Esos momentos eran maravillosos pero fugaces. Los tormentos de Lucy no tardaban en reaparecer, y se anunciaron de un modo cruel, estruendoso e inapelable.

Pasaron los días y llegó un momento en que Lucy cruzó un terrible umbral y todo lo que les sucedía empezó a parecerle muy divertido. Supuso que era una señal de que el final se acercaba, lo cual no pareció afectarlo demasiado. Cuando de pronto se percató de que llevaba un rato sin notar las sacudidas del pez, se palpó el dedo y descubrió que ya no tenía el cordón atado. Por un momento recuperó el sentido de la realidad y llamó al señor Broom y a Tomas, pero no obtuvo respuesta. Dejó de caminar y esperó, confiando en que no tardarían en darle alcance, pero no aparecieron. El ruido de la corriente lo envolvió y le hizo perder el equilibrio. Tenía la sensación de estar sobre una superficie inclinada, aunque sabía que no era así. Cuando cerró los ojos, tuvo la sensación de estar durmiendo de pie. ¿Y si simplemente se dejaba caer en el agua y se dejaba arrastrar de vuelta a la seguridad de la isla arenosa? Pero si lo hacía, ¿no acabaría muriendo al golpearse la cabeza contra alguna roca puntiaguda? «Qué más da», pensó, y su cuerpo ya se estaba echando hacia atrás cuando cayó en la cuenta de que al cerrar los ojos la oscuridad había aumentado. Abrió y cerró los ojos varias veces para asegurarse de que en efecto era así. Al comprobar que sí, rescató un último resto de determinación de lo más profundo de sus entrañas. Se tomó un momento para recuperar fuerzas y siguió caminando. La luz era cada vez más visible.

XII. LUCY LIBERADO

Era una mañana soleada de finales de primavera, y ante Lucy apareció un prado de hierba alta en cuyo centro había un manzano. Caminó hacia él y se desplomó junto al tronco. El sol se filtraba entre las ramas y la tierra estaba caliente; dejó que esa calidez penetrara en su sangre, en sus huesos, y a su alrededor vio manzanas caídas que fue devorando una tras otra y le parecieron un lujo de ensueño. Después se quedó dormido y se despertó hacia mediodía. Se acercó a la boca de la cueva, gritó llamando al señor Broom y Tomas, y esperó allí más de una hora antes de emprender el camino hacia el este, en dirección al castillo. Tal vez habría sido mejor adentrarse de nuevo en la cueva y tratar de localizar a sus amigos, pero Lucy solo reparó en ello más tarde y enseguida se lo quitó de la cabeza. Quiso creer que sus dos compañeros de viaje habían sido devueltos, sin rasguño alguno, al montículo arenoso y estaban allí tan tranquilos manteniendo una de sus peculiares conversaciones, pero en el fondo sabía que a esas alturas ya serían cadáveres.

Todo cuanto lo rodeaba le resultaba extraño, y Lucy avanzaba con cautela. Tras varias horas de camino, vio aparecer a lo lejos la aldea y pensó en Klara, lo cual le provocó cierta angustia. ¿De qué había servido todo cuanto había sufrido esos últimos días? ¿Para qué había sobrevivido? Cuando vislumbró su chamizo, supo que tenía que ir allí de inmediato y cogió y sopesó en la mano una pesada piedra para aplastarle el cráneo a Adolphus. Más allá de esta idea, Lucy no tenía ningún plan, pero confiaba en que, una vez que la hubiera consumado, todo lo demás vendría solo.

Mewe estaba sentado en el exterior del chamizo, con la mirada perdida y aire ausente. Al ver a Lucy se sobresaltó y se enderezó.

—¿No estás muerto? —le dijo perplejo.

—No, no estoy muerto. Hola.

—Pero ¿dónde demonios has estado?

—Fuera.

—¿Dónde están tus zapatos?

—Los he perdido.

—¿Por qué tienes la ropa harapienta?

—He atravesado una mala racha.

—Sí, nosotros también —replicó Mewe apoyándose contra la pared. Señaló la banqueta que tenía al lado y Lucy se sentó.

—¿Por qué llevas esta piedra en la mano?

—Voy a matar a Adolphus con ella.

—Vaya broma.

—¿No te crees que lo vaya a hacer? —preguntó Lucy.

—No, no me creo que lo vayas a hacer. Porque Adolphus ya está muerto.

—¿Qué? —dijo Lucy.

—Ha muerto. Lo hicieron volar por los aires.

—¿Quién?

—Ellos.

—¿Qué quiere decir que lo hicieron volar por los aires?

—Quiere decir que su cuerpo ya no es una unidad.

—¿Dónde está?

—Aquí y allá... Es lo que te estoy diciendo.

—¿Dónde está la parte principal de su cuerpo, Mewe?

Mewe señaló el chamizo de Klara. Lucy se levantó y entró. El cadáver de Adolphus descansaba sobre una mesa en la sala. Estaba desnudo hasta la cintura y le faltaba la cabeza. Se la habían arrancado de cuajo, desde la base del cuello. El borde de la herida estaba chamuscado, pero por lo demás el cuerpo estaba immaculado y Lucy se quedó mirándolo, observando lo incongruente que resultaba aquel espécimen, con un cuerpo de aspecto saludable pero sin cabeza. No sintió nada mientras contemplaba el cadáver; ni alivio, ni una sensación de triunfo. Pasados unos momentos dejó la piedra sobre la mesa, donde debería haber estado la cabeza. Mewe entró en el chamizo y se acercó a Lucy.

—Fue una bala de cañón, ¿sabes? Una bala de cañón le arrancó la cabeza.

—Oh —dijo Lucy.

—Dicen que su cuerpo siguió en pie unos instantes sin la cabeza y que, cuando se desplomó, se hizo un ovillo, como si se dispusiese a dormir.

Después lo trajeron aquí, para mostrárselo a Klara. Pero ella ya se había marchado.

—¿Marchado? —preguntó Lucy.

—Sí, se fue con la baronesa.

Lucy negó con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Klara fue al castillo para comprobar si tenían alguna noticia sobre tu paradero. Allí se encontró con la baronesa y llegaron a algún tipo de acuerdo. Klara me dijo que iba a trabajar como doncella de la baronesa. Y poco después, las dos se marcharon.

—¿Adónde?

—Al oeste; es todo lo que me dijo Klara. Y también se llevaron con ellas a Rose.

—¿Dónde está Memel? —preguntó Lucy.

Mewe señaló hacia la puerta de la habitación de Memel, Lucy entró y se lo encontró estirado en la cama, completamente vestido y con las botas puestas, el cabello peinado con raya y las manos sobre el pecho. Su piel tenía un color grisáceo, porque también estaba muerto. En la habitación había varias velas encendidas, y sobre el cuerpo y a su alrededor habían colocado flores de tallo largo. Lucy se colocó a los pies de la cama y le llegó el aroma de las flores. Mewe se quedó en la puerta, mirando a su viejo amigo con expresión triste.

—A ver si me aclaro —dijo Lucy—. Memel ha muerto, Klara y Rose se han marchado, la baronesa también se ha ido y Adolphus se ha quedado sin cabeza.

—Exacto —dijo Mewe.

—¿Me puedes explicar por favor qué ha pasado exactamente mientras yo he estado fuera?

Mewe se aclaró la garganta y le contó:

—Adolphus apareció por aquí diciendo que habías intentado matarlo. No nos lo acabábamos de creer, pero entonces resultó que desapareciste, y cuando Klara y yo fuimos hasta el enorme agujero para echar un vistazo, encontramos tu pipa. —Mewe se sacó la pipa del bolsillo y se la tendió a Lucy, que la cogió y se la quedó en la mano.

—Entonces Klara pensó que yo había muerto —dijo.

—Sí. Cuando descubrimos la pipa, supimos que era así y nos entristeció

mucho. De hecho, Klara estaba algo más que triste. Porque a esta noticia se sumaba la precaria salud de Memel. Después de su muerte, Adolphus estaba siempre merodeando cerca de Klara. Se le metió en la cabeza que Klara y él debían casarse de inmediato, y no paraba de insistir, hasta que al final ella le dijo que eso era imposible.

—Imposible —repitió Lucy.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ella no lo amaba tanto como para casarse con él, Lucy —dijo Mewe—. No desde que te conoció a ti.

Lucy observó con atención a Mewe después de oírle decir esto. Quería creérselo con toda su alma.

—Adolphus se tomó mal el rechazo —continuó Mewe—, así que cuando llegaron noticias de que habían atacado a las tropas de la montaña, se apresuró a unirse a ellas. Los soldados que bajaron su cadáver dijeron que había luchado con algo más que valentía. Al final simplemente corrió hacia los cañones enemigos, y así fue como murió.

Lucy volvió a la sala y se quedó contemplando los restos de Adolphus. Había moscas revoloteando alrededor de la sangre coagulada del cuello y sintió una difusa lástima por su antagonista.

—Me pregunto por qué luchaban —dijo Lucy.

—Creo que hay hombres a los que, sin más, les gusta matarse entre sí —opinó Mewe. Había permanecido inmóvil en la puerta de la habitación de Memel y miraba a Lucy volviendo la cabeza por encima del hombro—. ¿Y ahora qué? —le preguntó—. ¿Te quedarás en el castillo?

—No creo.

—¿Volverás a casa?

—No.

—¿Cuándo te marcharás?

—Supongo que de inmediato.

Mewe le daba la espalda a Lucy; ocultaba el rostro y Lucy le preguntó:

—¿Estás bien?

Cuando Mewe volvió a mirarlo, Lucy vio que lloraba en silencio.

—Todo está llegando a su fin —dijo.

Salió corriendo del chamizo, Lucy vio cómo se alejaba y se quedó solo en la silenciosa y fría habitación. Al pensar en las veces que había estado allí

se le acumularon recuerdos y se vio empujado a un estado de absoluta tristeza. Se sintió desconsolado; le costaba respirar y le temblaban las piernas.

Echó un último vistazo al dormitorio de Memel, le arregló la solapa de la chaqueta al muerto y le metió la pipa en el bolsillo. Nunca le había acabado de gustar lo de fumar en pipa y le pareció bonito que Memel se la quedase para siempre.

Lucy salió del chamizo y se dirigió hacia el castillo.

No se oía un alma mientras subía por la escalera hasta su habitación. Era imposible arreglar el traje que llevaba, así que se lo quitó y se puso la ropa con la que había llegado. Los pantalones le hacían bolsa en las rodillas, los calcetines estaban muy gastados por el uso y todos los botones del abrigo, excepto uno, habían desaparecido. Se puso el gorro de piel de cordero y, para bien o para mal, volvió a ser él mismo. Después de hacer la maleta, salió para buscar a los demás y encontró a Agnes en la mesa del comedor de la servidumbre con una taza de té en la mano y el mentón reposando sobre la otra. Lucy la saludó y ella se volvió para mirarlo.

—Voy a marcharme del castillo, señora —le anunció—. Pensé que debía saberlo.

—¿Te marchas? —dijo ella—. Pensaba que ya te habías ido.

—Me había ido. Pero he vuelto.

—¿Para volver a irte?

—Exacto. —Lucy se sentó frente a Agnes—. ¿Dónde están los demás?

—La baronesa se ha marchado de nuevo, así que el barón ha vuelto a esconderse por ahí, enfurruñado. Y no sé qué le pasa al señor Olderglough, pero también él está enfurruñado. —Había cierta rigidez en los movimientos de Agnes, como si le doliese algo; cuando Lucy le preguntó si se encontraba bien, le respondió—: No, creo que no estoy bien, Lucy.

—¿Y qué le pasa?

En un tono confidencial, le dijo:

—Muchacho, tengo la sensación de que aquí todos estamos menguando.

—¿Menguando?

—Sí, estamos menos llenos.

—No sé si entiendo lo que intenta decirme, señora.

—Nos estamos vaciando. Nos quedamos vacíos. —De pronto se le iluminó la cara al dar con la palabra exacta—: Nos estamos secando. Sí, eso

es. Nos estamos secando y no tardaremos en desaparecer. —Bebió un sorbo de té y se quedó mirando la taza con aire desconfiado—. Está frío.

—¿Quiere que ponga más agua a calentar, señora?

—¿Para qué molestarse? Se volverá a enfriar.

Empezó a murmurar para sí misma, y de pronto Lucy reparó en el estado de la alacena, con pilas de platos sin lavar amontonados sin orden ni concierto. El mantel estaba lleno de manchas y por el suelo había ceniza pisoteada.

—Bueno, señora —le dijo Lucy—, solo quería darle las gracias por toda su ayuda.

—¿Te he ayudado en algo? —preguntó ella con aire ausente.

—Sí.

—¿Cómo?

—Fue generosa conmigo e hizo que me sintiese menos solo aquí.

Ella lo miró como si pensase que Lucy estaba siendo zalamero.

—¿Todavía tienes la moneda que te di?

Lucy se palpó el bolsillo.

—Aquí está, señora.

—¿Y ahora la vas a utilizar?

—Voy a hacerlo.

—Bueno, eso ya es algo, ¿no te parece?

Le dio otro sorbo al té y frunció el ceño.

—Adiós, señora —se despidió Lucy.

Salió del comedor de la servidumbre. Agnes volvió a murmurar para sí misma.

El señor Olderglough se sentó ante el tocador con su arrugada ropa de dormir, el gorro torcido y sin afeitarse. Hablaba con Peter a través de los barrotes de la jaula del pájaro, que tenía sobre el regazo. Cuando Lucy lo saludó, lo miró a través del espejo del tocador.

—Oh, hola, muchacho —le dijo—. ¿Dónde te escondías?

—Hola, señor. Le pido disculpas por mi desaparición, pero me caí en el enorme agujero y he tenido que luchar con uñas y dientes para salir de allí.

—¿En serio?

—Sí, señor.

—¿Caíste hasta el fondo pero has vivido para contarlo?

—Sí, señor, he sobrevivido.

—¿Y ahora te presentas ante mí como alguien que ha desafiado a la muerte?

—Supongo que sí, señor.

—¿Alguien que ha retado al destino?

—Tal vez sí, señor.

—¿Y te ha resultado muy difícil?

—Sí lo ha sido, señor.

—¿Ha sido fastidioso?

—No sé si utilizaría la palabra fastidioso en concreto, señor.

—Bueno, la verdad es que suena fastidioso. Pero yo qué voy a saber, ¿verdad?, con mi cabeza llena de paja. En cualquier caso, me alegro de tenerte de vuelta.

—Gracias, señor. Pero no he vuelto.

—¿No?

—No, señor. De hecho, he venido para comunicarle que me marchó.

—¿Te marchas? —preguntó el señor Olderglough, como si la idea fuese una excentricidad.

—Sí, señor, me marchó; y, además, de inmediato.

—Pero ¿por qué?

—Señor, creo que ya no tengo ninguna razón para quedarme aquí —le explicó Lucy.

—Oh, pero eso no es cierto, muchacho.

—¿No es cierto que la baronesa se ha vuelto a marchar?

—Sí, es cierto.

—Entonces, ¿no es probable que el barón vuelva a su estado anterior?

—Es más que probable. Pero no sé qué tiene que ver eso con el abandono del puesto de trabajo. Por lo tanto, yo no quiero ni pensar en eso.

—El señor Olderglough se estremeció, dio un respingo y volvió a dedicar su atención a Peter, que, según se percató Lucy, había vuelto a su mutismo.

—¿Ha vuelto a olvidar su cantinela, señor?

—Hummm —fue la respuesta del señor Olderglough. Se estremeció y dio un respingo por segunda vez, y al mirarlo, Lucy se dio cuenta de que aquel hombre había perdido por completo el juicio. Ahora le estaba lanzando sonoros besos a Peter y, como si hablara con el pájaro, dijo:

—Yo voy a cumplir con mis funciones. Voy a seguir al lado de mi señor.

—Pero ¿qué pasa si su señor es incapaz de seguir a su lado? —preguntó Lucy.

—Eso a mí no me concierne.

—Por supuesto que le concierne.

El señor Olderglough negó con la cabeza y guardó silencio. A Lucy no se le ocurría qué más añadir, porque ya no había nada más que hablar, y se estaba dando la vuelta para marcharse cuando el señor Olderglough lo llamó y, con un tono de voz lleno de cariño, le dijo:

—¿Sabes, Lucy? He llegado a verte como al hijo que nunca tuve. —Dejó la jaula del pájaro encima del tocador y se colocó las manos en el regazo. Contempló la aldea, las verdes colinas boscosas que se prolongaban a lo lejos y el horizonte, y añadió—: Creo que podría pasar el resto de mi vida limitándome a mirar por una ventana.

—¿Cualquier ventana, señor?

—Sí, cualquiera. Por ejemplo esta.

El señor Olderglough se quedó mirando a través de ella. Y Lucy salió de la habitación.

Ya solo quedaba despedirse del barón. Lucy lo encontró en el salón de baile, plantado ante uno de los retratos de sus antepasados, con las manos a la espalda, balanceándose de un lado a otro y murmurando para sí mismo. Iba descalzo y, cuando se volvió para mirar a Lucy, se hizo evidente que la locura había vuelto a hacer acto de presencia. Todavía no estaba bajo su influjo, pero ya estaba por ahí rondándole y cerniéndose sobre él. Lucy se preguntó qué había sucedido durante los días anteriores, porque parecía que un nubarrón de mal agüero hubiera recorrido el valle y todo el mundo se hubiese vuelto idiota.

El barón mostraba una risa torcida y al principio no tenía claro quién era aquel joven que tenía delante.

—¡Lucy! —exclamó por fin—. ¿Cómo estás, muchacho? Alguien me contó que te habías volatilizado.

—Hola, señor. Sí, no. No me he volatilizado. ¿Cómo está usted?

El barón asintió encantado y volvió a concentrarse en el cuadro. Lucy se colocó a su lado y el barón le explicó:

—Este es mi tatarabuelo, Victor von Aux. Él fue quien construyó el castillo. ¿Qué sabes de él, si me permites preguntártelo?

—Nada, señor.

—¿No has oído contar ninguna historia?

—No, señor.

—¿Que era aficionado a volar en globo y que le interesaba el ocultismo?

—No lo sabía, señor.

—¿Que era un experto tirador y que tenía predilección por el opio?

—No.

—¿Que criaba caballos árabes? ¿Que era conocido por entretener a sus huéspedes con ejecuciones?

—No, señor.

—Bueno, me sorprende que no hayas oído nada de todo esto.

—Sí, a mí también —convino Lucy—. Por lo que parece, era un hombre complicado.

—Un demonio —dijo el barón con rotundidad. Se movió hacia un lado y se colocó delante del retrato de la baronesa.

—Se ha vuelto a ir, muchacho.

—Sí, señor, siento oírlo. —Lucy también se desplazó hacia ese lado—. ¿Sabe adónde ha ido?

—Al océano, según ha dicho. Y también me ha dejado claro que esta vez no pensaba volver.

—Quién sabe, señor.

—Ella lo sabe y lo cumplirá. Me siento inclinado a creer su palabra. —Miró a Lucy—. Dice que ya no me quiere. ¿Tú qué opinas?

—No lo sé, señor. A mí me parecía que sí le quería.

El barón asintió.

—Sí, muchacho, a mí también. Bueno, es probable que en el pasado fuese así. Pero, por lo visto, ese sentimiento se ha esfumado. —Tragó saliva y se aclaró la garganta—. El amor nos abandona igual que nos abandona la suerte —sentenció. Se dio la vuelta y salió del salón. Lucy se quedó allí, contemplando a la baronesa y reflexionando sobre las palabras del barón. Cogió su maleta y salió del castillo Von Aux para no volver.

El revisor le preguntó a Lucy cuál era su destino, y Lucy le preguntó si con su moneda le llegaba para pagar un billete hasta el océano.

—Te llega justo —respondió el hombre, y Lucy se acomodó en un compartimento vacío. Pasó una hora y empezó a oscurecer. El esfuerzo de

sus recientes aventuras afloró en su cuerpo: se sentía tan débil que se podría pasar días enteros durmiendo. Se dejó vencer por el cansancio y en sus sueños apareció poco más que un telón negro y la sensación de frío. Durmió toda la noche y al despertarse se encontró con algo sorprendente: su viejo amigo el padre Raymond estaba sentado frente a él, con una expresión de impaciencia en la cara. En cuanto Lucy abrió los ojos, el sacerdote mostró su alegría, se inclinó hacia delante y le estrechó las manos a Lucy.

—No quería despertarte, muchacho —le dijo—, pero te aseguro que ha sido una verdadera tortura contenerme.

—Hola, padre. ¿Qué hace usted aquí?

—Vengo de Listen. Tengo allí una hermana, quizá te la mencioné alguna vez.

—No, nunca me había hablado de ella. ¿Ha sido una visita agradable?

—No, no lo ha sido. Si te soy sincero, no veía el momento de marcharme. ¿En qué estaría yo pensando cuando emprendí el viaje para ver a alguien como ella? Es de las de suelas de zapato y engrudos.

—No le entiendo.

—Muchacho, no cocina, se limita a escaldar.

—Vaya, lo siento.

—En cualquier caso, ya voy de vuelta a Bury y estoy encantado. Pero ¿cómo te va a ti? ¿Me vas a poner al día? ¿Cómo va todo en el castillo? Supongo que debes de vivir muy bien allí.

—No, la verdad es que no. De hecho, acabo de marcharme de allí.

—¿Te has marchado? Espero que no para siempre.

—Me temo que sí.

—¿Y por qué?

—Por un cúmulo de razones.

—Explícame una o dos.

Lucy no sabía por dónde empezar.

—Ha resultado ser un entorno poco saludable.

—¿Poco saludable?

—Poco saludable y, en cierto modo, peligroso, sí.

El padre Raymond negó con la cabeza.

—Eso es inaceptable, muchacho —dijo—. Pero no te preocupes, ya te encontraremos otro trabajo, incluso mejor, en nuestro pueblo.

—No, no vuelvo a Bury.

—¿Qué? ¿Y por qué no?

—Resulta que estoy persiguiendo a una chica, padre. Porque me he enamorado de ella.

El padre Raymond se inclinó hacia delante.

—¿Enamorado, dices?

—Así es.

—¿Y qué se siente? Me lo he preguntado muchas veces.

—Es un tormento y un éxtasis.

—¿En serio? ¿Entonces no lo recomiendas?

—Lo recomiendo muchísimo. Pero no es apto para pusilánimes.

El padre Raymond se quedó pensativo. De pronto apareció en su rostro una mueca de preocupación y Lucy le preguntó si le pasaba algo.

—No es por criticar tu decisión, muchacho —dijo el sacerdote—, pero siento curiosidad por saber por qué tienes que perseguir a esa chica. Es decir, ¿por qué ella no se queda quieta? En otras palabras, ¿esa joven no está enamorada de ti?

—Oh, sí. Se ha marchado porque creía que yo estaba muerto.

—¿Muerto? —dijo el padre Raymond, y se dio una palmada en la rodilla—. Esta sí que es buena.

—Sí.

—Y supongo que quieres demostrarle que no lo estás, ¿eh?

—Eso espero, padre, si logro localizarla.

—Seguro que lo conseguirás.

Se pasaron toda la mañana conversando, ambos estaban encantados de haberse reencontrado. El padre Raymond dedujo que Lucy no llevaba ni un céntimo encima y le dio unas monedas para que no pasase hambre. Cuando el tren entró en la estación de Bury, Lucy echó un vistazo al pueblo. Todo estaba igual, pero ese paisaje familiar no le reconfortó y no sintió el más mínimo deseo de apearse.

Se fijó en un mendigo arrodillado en el andén. El hombre tenía la cabeza gacha y las manos extendidas hacia delante. Pasó una persona y dejó caer una moneda en sus palmas. Cuando levantó la cabeza para comprobar el valor de la moneda, Lucy se percató de que era el hombre vestido con arpillera y dejó escapar un grito ahogado.

—¿Qué sucede? —le preguntó el padre Raymond mientras bajaba su bolsa de viaje del portaequipajes.

—El mendigo del andén. Es el mismo hombre que se me apareció cuando yo estaba muy enfermo. ¿Lo recuerda?

—¿Qué, el merodeador del que me hablaste? —El padre Raymond observó al mendigo y negó con la cabeza—. Te equivocas, muchacho: ese de ahí es Frederick.

—¿Lo conoce?

—Todo lo que se puede conocer a un pobre bobo. Frederick me barre el refectorio de vez en cuando a cambio de un pedazo de pan o un vasito de vino. Dicen que recibió un golpe en la cabeza siendo niño y desde entonces está así. Puedes creerme, no posee ningún don, ni sobrenatural ni de ningún tipo.

Lucy siguió observándolo.

—Estoy seguro de que es el mismo hombre —dijo.

—Lo más probable es que te fijases en él algún día antes de caer enfermo y después sencillamente imaginaste su visita. Al fin y al cabo, delirabas a causa de la fiebre. Lo recuerdo porque lo vi con mis propios ojos.

El revisor avisaba a los pasajeros con destino a Bury para que bajasen del tren.

—Me gustaría que te quedases unos días —le dijo el padre Raymond a Lucy—. ¿Seguro que no puedo convencerte?

—Lo siento, padre, pero no.

—El amor te llama con urgencia, ¿eh?

—Así es.

—Entonces, tal vez yo viva mejor sin él. Nunca me han gustado las prisas. Bueno, me ha encantado volver a verte, Lucy. Cuídate, ¿de acuerdo?

—Lo haré —dijo Lucy.

En cuanto el padre Raymond se marchó, Lucy volvió a concentrarse en el hombre vestido de arpillera, que ahora se había sentado y estaba contando las monedas que había reunido. Esa era la persona indirectamente responsable de que Lucy se marchase de Bury y de todo lo que le había sucedido desde entonces. Cuando un hilillo de baba se escurrió entre los labios del mendigo, lo reabsorbió con rapidez, como si fuese algo muy preciado para él y no quisiera perderlo. El tren dio una sacudida y empezó a salir de la estación, Lucy estaba otra vez en marcha.

Nunca hasta ahora había viajado hacia el oeste de Bury y contempló la llanura que se desplegaba ante él con mucho interés. Allí no había ni árboles

ni montañas, solo verdes pasturas. A Lucy, desde su acolchado compartimento de terciopelo rojo, ese entorno le transmitía una sensación de sosiego y paz. Pensó en qué sucedería cuando localizase a Klara, e imaginó posibles escenarios para el reencuentro: en la playa o en el vestíbulo de un lujoso hotel de la costa. Estas elucubraciones le hicieron sentirse feliz y le estimularon, pero al cabo de un rato se aburrió y las dejó de lado. Cerró la cortinilla de la ventana y siguió sentado en la penumbra. Vio pasar al revisor por el pasillo, lo llamó y le pidió que le dejase papel y lápiz. Utilizando la maleta como escritorio, dibujó una U al revés. Bajo el arco de esa línea que había trazado escribió unas palabras para el futuro, un futuro que esperaba que fuese muy lejano. Pero se necesitasen más tarde o más temprano, sabía que sería práctico tenerlas ya redactadas:

LUCIEN MINOR

Su corazón fue la iglesia que él mismo eligió,
y la luz penetraba
a través de las vidrieras de colores.

AGRADECIMIENTOS

Philippe, Emma y Nina Aronson, D. Contumely Berman, Leslie Butler, Rachel Lee Corry (ella misma una embaucadora), Eric Issacson, Azazel Jacobs, Megan Lych & Dan Halpern & Allison Saltzman y todas las personas de Ecco, Lee Boudreaux, Peter McGuigan y todas las personas de Foundry, Sarah MacLachlan & Janie Yoon y todas las personas de House of Anansi, Leslie Napoles (toda elegancia), Rene Navarette, Brian Mumford, Danny Palmerlee, Max Porter & Aidan O'Neill y todas las personas de Granta, Steve Schiller, Scoop Short, Dan Stiles, Libby Werbel, mi madre, mi padre y mis hermanos.

Al escribir este libro he tomado en consideración las obras de Thomas Bernhard, Ivy Compton Burnett, Italo Calvino, Dennis Cooper, Robert Coover, Roald Dahl, J. P. Donleavy, C. F., Knut Hamsun, Sammy Harkham, Werner Herzog, Bohumil Hrabal, Shirley Jackson, Par Lagerkvist, Harry Mathews, Stephen Millhauser, Jean Rhys, Robert Walser y Eudora Welty. Gracias a todos ellos.

Table of Contents

EL SUBMAYORDOMO MINOR

I. LUCY EL MENTIROSO

Eirik y Alexander

II. EL SEÑOR OLDERGLOUGH

III. KLARA LA SEDUCTORA

IV. EL CASTILLO VON AUX

V. APARECE ADOLPHUS

VI. LUCY Y KLARA ENAMORADOS

De cómo Klara fue engatusada por el misterioso desconocido que vino del este, corruptor impío

VII. LOCALIZACIÓN, APREHENSIÓN Y REINTEGRACIÓN A LA NORMALIDAD DEL BARÓN

VIII. LA BARONESA VON AUX

La lección de Memel a los niños

El enorme agujero

IX. EL CONDE Y LA CONDESA, EL DUQUE Y LA DUQUESA

Los extraños y terribles comportamientos del salón de baile

X. UN MUCHACHO TRISTE

Cómo sucedió que Memel mató a su amigo del alma, Tomas

XI. EL SEÑOR BROOM Y TOMAS EL JUGADOR

Los detalles del plan de evasión del enorme agujero

XII. LUCY LIBERADO

AGRADECIMIENTOS